

Cuadernos

EX-LIBRIS



12 | Abuelo al bicentenario
Angel Marcel

Índice

Prólogo	7
Mis primeros cuarenta años. Anécdotas	
1972. Mi primer día en el GM. Una 'vaciada' histórica	13
1979. Todo lo que chilla es 'lobo'	14
1980. El que tiene sed busca el agua	16
1985. Profesor, ¿qué hacemos con el hombre?	19
1990. No se enamore del carro, enamórese del viaje	21
1994. ¡Más menguado sois vos, grandísimo bellaco!	24
2006. Un alumno ejemplar del Politécnico	25
2006. El correcto uso de la doble moral	29
2007. La autonomía intelectual y la lectura	32
2008. Entre la realidad y la fantasía. Una buena clase a pesar de todo	35
2011. Arte y pornografía	40
¿Y si esto fuera un cuento?	
A la sala	43
Aquí les pinto flores	53
¿Así que esto es la muerte?	

68	
Encuentro mágico	78
Esa oscura memoria de la llave	81
Hija del azar, fruto del cálculo	88
La respuesta no miente	91
N.N. Sogamoso	96
Onán enano	102
Operación	109
Pena máxima	117
Minicuentos	126
Una cosa piensa el burro Y otra el que lo está enjalmando	
¿Cuáles valores?	131
Don Guillermo Quiroga	134
Cosas que aprendimos con el Prof	137
Ni miedo ni esperanza	140
Qué orgulloso me siento de ser colombiano	144
Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando	148
Y dale otra vez con la lectura	152

La historia de siempre y de cualquier parte

Carta

El único y muy bello poema de Pedro Abelardo a Eloísa 161

El viaje no pudo terminar en La Odisea

Macondo y Comala, dos formas del infierno

En la narrativa latinoamericana.

Conferencia 167

Don Agustín Nieto Caballero andante de la educación. Ensayo

189

¿Para qué sirve la literatura?

Discurso 217

Nos une un parentesco de palabras

Poemas selectos

Transgresión y anacronismo. Selección de poemas 223

¿Tiene corazón este camino? Selección de poemas 230

La búsqueda de amor ya es un encuentro. Selección de poemas 238

Chonetos 253

Palabras finales 261

Referencias 263

Cuadernos

EX-LIBRIS

GIMNASIO MODERNO

Víctor Alberto Gómez Cusnir

Rector del Gimnasio Moderno

Juan Sebastián Hoyos Montes

Vicerrector del Gimnasio Moderno

Federico Díaz-Granados

Director de la Agenda Cultural del Gimnasio Moderno

Camilo De-Irisarri Silva

Director Centro Cultural y Oficina de Comunicaciones

© Pompilio Iriarte Cadena

© 2014, **AGENDA CULTURAL
GIMNASIO MODERNO**

Carrera 9 No. 74 - 99, Bogotá

Tel. (57 1) 540 1888

www.GimnasioModerno.edu.co

Biblioteca@GimnasioModerno.edu.co

ISBN: 978-958-57854-5-8

Primera Edición: Marzo de 2014

Oficina de Comunicaciones del Gimnasio Moderno

Concepto de diseño y diagramación:

Natalia Ibáñez L.

Imagen de carátula: Jaime E. Obregón. Cielo raso del primer piso
del edificio de Primaria. Coordenadas: 4°39'31.542"N, 74°3'23.07"W.

Impreso en Colombia

Para Alicia.

Para Marcela, Angélica y Alejandra.

Para Daniela, Ángela, Juliana y Juanita.

Para el Gimnasio Moderno, también mi familia.

Un gimnasio llamado Moderno y un ángel llamado Marcel

Daniel Samper Pizano

Cuando compruebo que el Gimnasio se apresta a cumplir el centenario me pongo a hacer cuentas bajo la inquietante tutela del profesor Rafael Herrera (*El Rey de los Unos, El Divino Herrera, Helí*), q. e. p. d., y las cuentas me dicen que pertenezco a la Edad Media del colegio. Lo digo porque me gradué en 1962, cuando aún el Gimnasio no había celebrado sus primeros cincuenta años. Sin embargo, me corresponde, digamos, la Alta Edad Media, es decir, la segunda mitad de la primera mitad. (¿Voy bien, don Rafael?). Esto significa, en primer término, que, salvo don Agustín como rector, no tuve de profesor a ninguno de los fundadores, ni a *monsieur* Yerly, don Oswaldo Díaz Díaz, los hermanos Prat o el señor Fornaguera. Ellos pertenecen a la Edad Antigua y a la Baja Edad Media.

Pero también significa que sí tuve la fortuna de ser alumno, entre muchos otros nombres inolvidables, del Prof Bein (*Meus*), don Rafael Herrera, don Arturo Camargo, don Cayo Medina, don Bernardo Cortés (*El Topo*), don Guillermo Pinzón (*Mol*), don Humberto Sánchez (*El Libertador de Natagaima*) y el mejor profesor que tuve nunca, don Héctor Cardozo (*Don Hétor, Víctor Mature, Cardósibus*).

Finalmente, significa que no recibí clases de muchos excelentes educadores que han trajinado con estudiantes de la Edad Moderna y Contemporánea, como don Guillermo Quiroga, don Jorge Cortés (Costello) y don Pompilio Iriarte Cadena (*Ángel Marcel*). Por diversas razones — una de ellas, que mi hijo fue su discípulo y sigue siendo fanático suyo — a quien más conozco es a este último, el hombre que no necesita apellido. Él ha sido una de las más poderosas fuerzas formadoras del Gimnasio, profundo humanista, gran lector y escritor, tipo cumplidor y divertido; en fin, uno de esos maestros que le marcan a uno la vida. El que nunca tuvo uno de ellos siendo estudiante, no sabe de lo que se perdió.

Pompilio mismo lo dice en uno de sus ensayos: “He tenido en mi vida muchos profesores y pocos maestros. A los primeros los he olvidado casi por completo. A los segundos los recuerdo [...] como si de una epifanía o de un feliz advenimiento se tratara”. Él pertenece a aquel grupo escogido que ilumina y guía.

Los renglones que siguen, pues, constituyen una antesala de la obra recopilatoria de Ángel Marcel cuya oportuna y acertada publicación forma parte de las celebraciones del centenario del Gimnasio. Ese mismo Pompilio del cual nunca fui alumno, lamentablemente, pero a quien admiro y estimo como si lo hubiera sido.

2

Abuelo al bicentenario es uno de esos libros que ahora se denominan “heteróclitos” y antes, sin ofender a nadie, calificaban como “cajón de sastre”. Es decir, que se rebelan ante el orden temático ortodoxo y crean su propio barullo. El propósito es ofrecer un mosaico en el que cada azulejo tiene su propia entidad pero el todo es algo más que la suma de las partes: se trata de una copia de la realidad, siempre dispar y a veces disparatada.

El tomo se abre recuperando una sabrosa chiva: la sorprendente página de impecable textura literaria que escribió el Prof Bein sobre la luna, “eterna Huitaca, bella y maliciosa”. Son menos de 400 palabras encuadradas dentro de las memorias de Marcel como excursionista gimnasiano. Antes de ellas, recuerda su primer encuentro con el Prof y las lecciones que derivó aquel día acerca de los valores que son la esencia del Gimnasio.

A estos artículos siguen otros que son ejemplo de su manera de enseñar. Enseñar divirtiendo, enseñar jugando, enseñar despertando interés; enseñar por medio del entusiasmo, de la participación, de la sorpresa; enseñar a través de la invitación a ser creativo, crítico,

bastante escéptico y un poco loco.

Los lectores se sumergen de repente en un mundo donde el lenguaje se transforma en laberinto, en enigma policiaco, en pantano lúdico. Algunos de los personajes son sus propios alumnos: Saad, Silva, Daniel el Joven (el Viejo escribe prólogos), el lamentado Pardito... Gentes que cuando aún tenían pelo en el pericráneo se dejaron guiar por Pompilio a través de los vericuetos que finalmente los arrojaron en un lugar de perdición: hoy son escritores o profesores.

Tras los acertijos en los que el lenguaje es al mismo tiempo la guaca y la clave para llegar a ella siguen ensayos, relatos, recuadros donde se nota la sombra de un Borges o un Saramago... Disfruté de todos ellos, pero particularmente de los minicuentos, esos nanocompendios de relatos ingeniosos, sorprendentes, a menudo circulares (ya mencioné que Borges ronda por ahí) y de formidable economía expresiva.

Hay temas que obsesionan a Marcel como profesor y lector: la afición al libro, el aprendizaje sin dolor... Hay otros que lo acosan como profesor y escritor: los grandes personajes literarios, las grandes obras, el lenguaje como caja de herramientas... Y hay otros más que le interesan como gimnasiano: los grandes maestros, los valores como metas y los medios para alcanzarlos, el humor y la discreción, la antinomia simulación/disimulo...

Entreverados con cuentos y minicuentos, anécdotas, versos y perfiles de personajes, Iriarte larga varias cargas de profundidad. Son ensayos de ambicioso alcance y rigurosa factura académica que analizan asuntos como "Don Agustín Nieto y Henri Bergson", "Macondo y Comala, dos formas de infierno en la narrativa latinoamericana" o "¿Para qué sirve la literatura?"

Tratándose de un laureado poeta (lo siento, pero es así: no intento hacer daño al prologado), era de esperar que la compilación *Abuelo al bicentenario* exhibiera una rica antología de versos de Ángel Marcel. Así ha sido. Aparece una cincuentena de sus sonetos, arte digno de equilibristas de la palabra, a quienes un paso de más o uno de menos precipita en caída poética libre. Marcel ha logrado recorrer con éxito el alambre. Muchos de sus sonetos disfrutaban de esa sencilla perfección de la estructura a la que sería imposible añadir o quitar una sola letra.

Sea el momento de decir que el autor no solo cultiva el soneto con pulso de neurocirujano (antes se decía “burilar”) sino que ha desarrollado una estrategia para utilizarlo como herramienta pedagógica. Me consta que muchos de los discípulos gimnasianos que dan la vida por Pompilio cayeron seducidos por el desafío de escribir sonetos. Es un truco de gran viveza, pues la tarea parece fácil: catorce versos dicen que es soneto, y por más que uno alargue el renglón, de catorce sílabas rara vez se pasa. Sin embargo, envuelven una carnada diabólica, porque meten a su víctima en la olla de la poesía, pero una vez allí el poema exige muchos hervores. Así y todo, no son pocos los sonetos de los alumnos de Iriarte que han merecido los honores de aparecer en antologías y publicaciones especializadas.

Don Francisco de Quevedo, uno de los poetas de cabecera de Ángel Marcel, le enseñó a él — nos enseñó a todos — que con la misma mano es posible escribir los más bellos sonetos de amor, los más hondos poemas existenciales y los más agudos poemas satíricos. Como su chiverudo jefe, Marcel cultiva el soneto humorístico, la décima y la jácara. Son lo que algunos denominan poemas *jocosos y otros*, más circunspectos, llaman *joco-serios*. Es decir, rimas que mueven a la risa valiéndose a menudo de lenguaje equívoco o escatológico, pero que también dejan una banderilla clavada en lo más alto del morrillo. Iriarte los ha bautizado “Poemas chonetos” y me atrevo a pensar que su esencia mamagallista es quevedesca pero también profundamente gimnasiana. No olvidemos que en este colegio se aprende más sonriendo que sudando.

3

En el año 2114, cuando se festeje el segundo centenario del Gimnasio, muchos profesores y alumnos revisarán seguramente este libro que circula a la sombra de los primeros cien años. *El Aguilucho* se publicará quizás en tercera dimensión, el palomar será accionado mediante un programa electrónico que dirigirá un mirlo y la Raqueta se

seguirá llamando la Raqueta, pero pocos sabrán qué diablos significa la palabra, porque el tenis se jugará con palas virtuales. Volveremos a oír aquello de “Es un canto de vida nuestro canto”, pero seguramente se interpretará desde tabletas individuales con ajuste automático de tono. Y nosotros — Marcel, sus compañeros, sus discípulos, su prologuista — miraremos el espectáculo divertidos, emocionados y rodeados de camaradas queridos desde el cenizario anaranjado y verde.



Cuadernos

EX-LIBRIS

MIS PRIMEROS CUARENTA AÑOS

Anécdotas

*1972. Mi primer día en el GM. Una 'vaciada' histórica*¹

Qué bueno haber contado con estos 40 años de vida gimnasiana, para escribir sin afán estas palabras pensadas desde la sorpresa de mis primeros días en el colegio, consciente como estuve siempre del vínculo entre el azar que me abrió las puertas del Gimnasio por recomendación del profesor Arturo Camargo, y cierta forma de anticipación –o de intuición, si quieren– para presentir y aceptar la feliz casualidad que habría de cambiar mi vida desde entonces.

Llegué al Gimnasio como candidato a profesor el 21 de septiembre de 1972. Ese día conocí al vicerrector, en ese momento el Prof Ernesto Bein, mi maestro de vida y, como sabemos, rector del Moderno desde el fallecimiento de don Agustín, el 3 de noviembre de 1975, hasta su propia muerte, en diciembre del 80.

Qué encuentro. Parece que mi presentación le causó risa a Bein por mi facha de hippie ensimismado y majadero, con melena y barbas de 'iluminado' al modo de Rasputín; cinturón ancho, de cuero, guarnecido con remaches de latón, y una enorme hebilla en forma de herradura; zapatos de plataforma a manera de zuecos para aumentar la estatura, y un pantalón sicodélico, bota campana, de cenefas amarillas, negras, verdes, azules y naranja. Como quien dice, un verdadero 'lobo'. Sin embargo, lo que más risa le produjo al vicerrector fue mi petulancia de estudiantico de último año de universidad en plan de descrestarlo con mis lingüísticas y mis literaturas. “Va a partir en dos –me dijo con sarcasmo– la historia de la enseñanza en este colegio: antes y después de usted”.

No bien me oyó con fingido interés el cuento de mis pobres logros que a mí me parecían hazañas de algún Cid Campeador de la cultura, mirándome de reajo y moviendo a un lado y otro el bigote en son

1. GM. Convivencia de Maestros. Ibagué, Hotel Estelar Altamira, 12 de enero de 2012. www.angelmarsel.com Menú, Novedades.

de burla, me hizo una pregunta desconcertante por lo imprevista, una pregunta de gran maestro, como poco después comprendí:

-¿Sabe usted el nombre de ese árbol? -dijo señalando con gesto teatral uno de los más altos y frondosos del Moderno.

-No, señor -le contesté.

-¿No le da vergüenza, profesor? -me reclamó-. ¿Dónde tiene los ojos, señor lingüista? Usted ha visto esa clase de árbol miles de veces en su vida, y ¿todavía no se preocupa por averiguarle el nombre? Mire -añadió en tono áspero, señalándome a don Eudorito, el jardinero-. El señor de la carretilla sabe más que usted. Preséntesele de mi parte ahora mismo, recorra con él el campus del colegio, pregúntele el nombre de cada uno de los árboles del Gimnasio, apúntelos en un cuaderno y apréndalos de memoria, porque mañana a las 8 le tomo la lección, y si se raja, no lo recibo.

Luego, fingiendo mucha ira (no estaba enojado. En el fondo, el Prof se reía de casi todo), me gritó:

-Agáchese, señor, y recoja esa pepa. Es la semilla del árbol del que usted no sabe decir ni mu. Trate de abrirla con las uñas. Muy dura, ¿verdad? Pues por eso, el árbol se llama eucalipto. Como usted debe saber si es que es lingüista, en griego eu significa 'bien' y kaliptós, significa 'cubierto'. Eucalipto significa 'bien cubierto', 'bien cerrado'.

Esta sencilla aunque profunda lección de mi maestro me bajó los humos de inmediato y me enseñó de entrada uno de los valores de mayor aprecio y significado en el Gimnasio: el valor de la sobriedad, la sencillez y la discreción, el valor de no hacerse notar demasiado y de mantener siempre un bajo perfil; un arte tan fino, sutil, elegante y elevado como difícil de aplicar en estos tiempos de simulacros, aspavientos mediáticos y simulaciones.

1979. Todo lo que chilla es 'lobo'²

El martes 18 de septiembre de 1979, el Gimnasio Moderno y el país celebraban el primer centenario del nacimiento de don Tomás

2. GM. Convivencia de Maestros. Ibagué, Hotel Estelar Altamira, 12 de enero de 2012.
www.angelmarsel.com Menú, Novedades.

Rueda Vargas, y el presidente de la república iría al colegio a imponer la Medalla Francisco de Paula Santander al rector Ernesto Bein, al escritor Germán Arciniegas, al académico José Antonio León Rey y al profesor Henry Yerli.

Eran las 11 de la mañana de aquel martes caluroso. El sol caía casi a plomo sobre nosotros. El Consejo Superior, un nutrido grupo de padres de familia, dignatarios, profesores y empleados del colegio, amigos e invitados especiales, así como los alumnos del Gimnasio en 'rigurosa' formación en la Raqueta, esperaban la llegada del primer mandatario, quien presidiría el acto e impondría las condecoraciones desde el balcón del edificio principal.

Sin embargo, su excelencia el presidente Julio César Turbay Ayala no llegaba. Estaba demorado. Mientras varios curiosos, impacientes, miraban hacia la carrera novena, pues se creía que la caravana presidencial haría su entrada al Gimnasio por esa vía, y algunos pequeños se desmayaban por el hambre, la sed, el cansancio y el rigor de la espera, otros de oído más pronto empezamos a oír ruido de helicópteros. A medida que se acercaban, el golpeteo de los rotores fue en aumento hasta hacerse insoportable. De pronto, casi en vuelo rasante y envuelto en un estrépito infernal, pasó por encima de nosotros el enorme pájaro presidencial que, en medio del fragor y de una espesa nube de estiércol que levantó del palomar y enturbió la atmósfera gimnasiana³ se posó aparatosamente sobre la cancha de fútbol. El Prof, torcido de la risa, sentenció: "Todo lo que chilla es lobo".

Con la medalla en el pecho impuesta por el presidente de la república, el Prof se enfrentó a la prensa.

–¿Cómo se siente, profesor Bein, con la Medalla Francisco de Paula Santander? –le preguntó un periodista.

–Como un toro premiado en la feria –contestó Bein, y se encerró en su cuarto.

3. En junio de 1993, bajo la dirección de una Junta Editora que integraban Sergio Mendoza, Julián Saad y Ricardo Silva, apareció por primera vez *El Palomar*, "un periódico serio y objetivo que surgió a partir del Quinto Foro de Periodismo Juvenil". Reemplazaba la sección habitual de humor de *El Aguilucho*. En efecto, En la carátula del número 194 de nuestra revista, dedicado aquella vez a Eduardo Caballero Calderón, observamos en primer plano la imagen del palomar abrigado por los árboles del Gimnasio. Sin embargo, "Aún no sabemos –dicen los editores fundadores– por qué llamamos a este pasquín subversivo *El Palomar*". Creo saber por qué. En la espesa nube de estiércol que levantó del palomar el helicóptero del presidente Turbay, puede estar el origen y el sentido fundacional de *El palomar*. (Véase: IRIARTE CADENA, Pompilio. (2011): "El humor excretorio de *El Palomar*", en: *El Aguilucho, la revista del Gimnasio Moderno*, No. 2, diciembre).

1980. *El que tiene sed busca el agua*

De las 23 excursiones escolares de una semana o más de duración realizadas dentro y fuera del país entre 1973 y 1997 con mis alumnos del Gimnasio Moderno, la de mayor significado y la que me ha dejado los mejores recuerdos fue la sexta: Yopal–Orocué, a caballo, en 1980.

¡Qué aventura! Fueron unos 190 kilómetros de cabalgata que nos llevó a 25 excursionistas durante 6 días por los llanos de Casanare y nos permitió conocer, entre otros sitios, Yopal, Aguazul, Algarrobo, el Cravo Sur, El Carmen, El Amparo, y San Pablo, hasta llegar a Orocué, ese poblado a orillas del río Meta que sirvió de inspiración a José Eustasio Rivera para escribir *La vorágine*.

Bien lo recuerdo. Sed, hambre, un sol canicular que nos abrasaba en medio del llano anegado por las lluvias de septiembre, y ese cansancio invencible muy próximo a la agonía que tortura a los aprendices de jinete. Todavía siento en mi cabeza y en otras partes del cuerpo el tum tum del trote duro del caballo, el vértigo de atravesar, agarrado a las crines, ríos y caños crecidos, el estrépito de las aves asustadas que alzaban vuelo a nuestro paso, manadas de chigüiros que huían despavoridos hasta hacerse invisibles en las matas de monte, una que otra culebra a la vera del camino, un morrocoy contrahecho por los efectos del fuego en algún incendio forestal, cabezas de ganado por millares, y un oso hormiguero empeñado en hacer respetar sus dominios.

Recuerdo al Prof. Uno de los pocos textos escritos que dejó, admira por su dominio del español y por su belleza literaria:

La eterna Huitaca, bella y maliciosa. Arena fina y tibia, millares de estrellas, el ruido del río, los gritos de los animales de la selva. Lentamente sale la luna, grande y roja primero, y después amarilla, casi transparente, con la sonrisa maliciosa de la eterna Huitaca. La he visto iluminar las ruinas del templo de Palestina;

*me quedé asombrado por su luz sobre las pirámides; he admirado por horas el efecto de sus rayas en el patio de los leones, en la Alhambra de Granada; pero nunca me ha parecido más bella, más grande, más misteriosa que aquí en una playa del río Meta. No había ruinas, vestigios de culturas perdidas para estimular la imaginación; no había fuentes moriscas; no, solamente arena estéril. Sola estuvo ella con unos hombres en una playa del río Meta. La eterna Huitaca, bella y maliciosa.*⁴

Recuerdo a José Eustasio Rivera: “Atropellados por la pampa suelta / los raudos potros en febril disputa; / hacen silbar sobre la sorda ruta / los huracanes en su crin revuelta. / Atrás dejando la llanura envuelta / en polvo, alargan la cerviz enjuta. / Y a su carrera retumbante y bruta / cimbran los pinos y la palma esbelta. / Ya cuando cruzan el austral peñasco / vibra un relincho por las altas rocas; / entonces paran el triunfante casco, / resoplan roncros, ante el sol violento. / Y alzando en grupo las cabezas locas / oyen llegar el retrasado viento”⁵.

¡Qué aventura! Recuerdo que entre el Cravo Sur y El Carmen, nos perdimos en la mitad del llano. Habíamos salido de Algarrobo muy temprano en la mañana con un desayunito que consistió en agua de panela y popocho, un plátano pequeño semejante al guineo. No llevábamos provisiones de comida, pues esperábamos llegar hacia el mediodía a la hacienda San Felipe donde nos aguardaba un abundante y delicioso almuerzo de ternera a la llanera.

No llegamos, al menos como esperábamos. Los primeros signos de que algo andaba mal, bien entrada la tarde, fueron las palabras de uno de los baquianos:

–Virgen Santísima, profesor –dijo disimulando la angustia–. Se me hace que estamos perdidos.

–¿Cómo? ¿Y qué hacemos? –pregunté disimulando también mi desconcierto.

–Pues rezarle a la Virgen para que los caballos cojan el rumbo de San Felipe. Lo grave es que el agua no deja ver el camino. Y yo tampoco atisbo una mata de monte que hace rato debimos pasar, a tres tabacos del caño.

4. BEIN, Ernesto. (1986): “La eterna Huitaca, bella y maliciosa” (Sobre una excursión a los Llanos Orientales). En: *Se nos volvieron aves las palabras*. Bogotá, Gimnasio Moderno, Departamento de Extensión Cultural, Pág. 33.

5. RIVERA, José Eustasio. (1921): “los potros”, en: *Tierra de promisión*, Bogotá, Editorial minerva.

Entre tanto, anocheció en medio de un aguacero como pocos he visto. Cortinas de agua. Los relámpagos alumbraban nuestras caras de susto y nos dibujaban como una procesión de aparecidos. El hambre era insoportable. Entonces uno de los estudiantes –por cierto el menos destacado en mi clase de literatura– para distraerse tal vez, quizás para espantar el miedo, comenzó a describir en voz alta, casi gritando para que todos lo oyéramos, los más sabrosos platos y bebidas que conocía: carnes rojas, ensaladas, frutos del mar, vinos generosos, postres de fantasía, licores exquisitos. Pintaba con palabras maestras sabores y aromas, colores y texturas de viandas y manjares irresistibles al paladar, al punto de hacernos salivar tanto o más como al perro de Pávlov. Allí supimos en qué consiste el reflejo condicionado. Otro se sumó al ejercicio, y después otro y otros más, en una especie de certamen para decidir quién entre ellos era el más hábil a la hora de poner el universo en la olla.

Sin embargo, varios consideraron muy cruel, de mal gusto y casi sádico hablar de comidas en medio de semejante apuro. Los ánimos se fueron calentando. A las protestas de unos contestaban otros con alguna nueva descripción de ágapes y banquetes a los que ellos mismos invitaban. Elegían el menú, nombraban a los invitados, inventaban el motivo, armaban el jolgorio.

Para resumir, debo decir que faltó muy poco para que terminara a puñetazos aquel ejercicio de creación literaria.

A las 10 de la noche –no sabemos cómo– los caballos encontraron El Carmen sin la valiosa ayuda de los baquianos, y, días después, llegamos a San Pablo. Eran tales el hambre y la sed, que nos emborrachamos con la primera cerveza que nos ofrecieron.

–¿Se dan cuenta? –les dije gangleando con voz pastosa de borracho–. Ningún sentido tendría hablar de comida con el estómago lleno. Ningún sentido tendría hablar de agua con la sed saciada. Lo mismo ocurre con la cultura. Si estamos ahítos, hartos, indigestados, con el alma llena de basura, es imposible apetecer aquellos platos deliciosos que nos ofrece la cultura: música, pintura, danza, escultura, historia, teatro, política, cine, libros, ideas, viajes, economía, ciudades, usos y

costumbres, modas, estilos, artesanías, diseños, ritos, máquinas, deportes, idiomas, filosofía, ciencias, tecnología, inventos, tradiciones... La inapetencia –continué aun más inspirado con la segunda 'agria' que me alcanzaron– es la fuente del tedio y la 'mamera', del hastío y la indiferencia, cuando ya no tenemos tiempo para nada más que para ser 'importantes', no útiles a la sociedad; cuando asumimos el estudio con fines exclusivamente prácticos y utilitarios; cuando en vez de cultivarnos tenemos que mostrar a toda costa 'resultados' puntuales de una gestión a menudo estéril; cuando a las volandas tenemos que engañar el estómago con esa comida rápida llamada también 'chatarra'; cuando en vez de deleitarnos por lo bien oída, la música nos aturde; cuando el espectáculo y la farándula sustituyen la cultura; cuando adoramos la acción por la acción misma y odiamos las ideas; cuando el dinero –usualmente el dinero fácil– se convierte en el centro de nuestras aspiraciones, en el factor fundamental del éxito; cuando en vez de proponer rumbos nos fijamos metas; cuando para no pensar lo medimos todo; cuando no advertimos que el exceso de palabras no es otra cosa que escasez de ideas...

–Bueno, bueno –me interrumpió uno de los estudiantes–. Zafa esa nota, profesor. Mérmeme, mérmeme, que ya están sirviendo la ternera.

1985. Profesor, ¿qué hacemos con el hombre?

He tenido que lidiar en mi vida con enfermedades crueles y peligrosas. Sin embargo, la experiencia mayor, la que marcó mi vida para siempre, no tanto por la gravedad de la dolencia como por el valor de la enseñanza recibida, tuvo lugar hace 29 años, en el consultorio de un famoso oncólogo, en la Clínica de Marly. El doctor, un hombre de mediana edad, alto y más bien delgado, la “frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz curva, aunque bien proporcionada” (como dice Cervantes de sí mismo), el pelo liso y negro peinado hacia atrás con la ayuda de abundante y espesa brillantina, bigote mazamorrero, las manos grandes y huesudas, y un rostro de pensador que me recordó a Quevedo, entre severo y burlón, irónico y bondadoso, risueño y serio,

cándido y desconfiado, recatado y cínico, atendía mi consulta por una masa de 5 x 5 cm., de crecimiento lento, de consistencia dura, adherida al 6°, 7° y 8° arcos costales anteriores, que mostraba, según estudio radiológico, “una lesión osteolítica en la parte anterior y lateral del 7° arco costal izquierdo”.

El doctor, después de un examen minucioso que incluyó la punción de la masa sin que de ella saliera líquido alguno, con la expresión de quien tiene trato familiar con la vida y la muerte, me miró a los ojos en silencio, como esperando mi pregunta.

–Doctor, ¿usted cree que es algo maligno? –pregunté.

–Sí, hombre –me contestó–. Aunque no hemos hecho una biopsia, creo, por el aspecto del tumor, que puede tratarse de un osteosarcoma del 7° arco intercostal izquierdo.

–¿Y eso es muy grave, doctor?

–Gravísimo –me dijo sin alarma–. El cáncer de hueso es uno de los más dolorosos, de los más rápidos e invasores, y de los más letales.

En ese momento, tendido decúbito supino en la mesa de examen, semidesnudo y con las medias puestas, sentí que el mundo se hundía bajo mis espaldas. Mi estado de ánimo oscilaba entre la incredulidad, el rechazo de un hecho más que probable, la esperanza de que el médico se equivocara, y, también, la angustia por la familia que posiblemente muy pronto dejaría.

–A ver, profesor, –me dijo–. Pongámonos serios, dejemos la pendejada. ¿Cuál es el susto? ¿Cuál es la cobardía? Tenemos, por lo que sospecho, una lesión neoplásica en una de sus costillas, una masa tumoral que, al parecer, no ha hecho metástasis. Usted que sabe tanto de castellano y filosofía, ¿puede decirme en qué consiste el cáncer?

–Creo que sí –le contesté–. ¿No es un tumor formado por células que se multiplican de manera anárquica?

–Perfecto –me dijo–. Merece cinco aclamado. El cáncer es el caso de unas células que dicen 'No' al orden establecido. Forman una masa que se hipertrofia, invaden y destruyen los tejidos vecinos, luego saltan al hígado, a los pulmones, a la próstata, y en un tiempo que puede ser corto o largo, según el caso, nos mandan sin contemplación a los “Jardines del Recuerdo”.

-Tenaz, doctor -le dije.

-Es cierto -aceptó-. Tenaz. Pero aun así tenemos recursos. En su caso, creo, hay que hacer la resección de la masa y una biopsia. Si hay cáncer, le ofrezco radioterapia o quimioterapia, según sea lo más aconsejable, y luego veremos qué más puede hacerse. Esto parece lo indicado para su problema. Pero usted, profesor, que sabe tanto de castellano y filosofía, ¿puede decirme qué hacemos con el hombre?

-¿Cómo así, doctor?

-Sí, sí -acotó enseguida-. El ser humano es de naturaleza cancerosa. Es la única especie que dice 'No' a la naturaleza. La única que pone en grave riesgo la propia supervivencia, la única que atenta contra el hábitat, me temo que en forma irreparable. A pesar de sus logros que son muchos, excelsos, indiscutibles y dignos de admiración, el hombre ha hecho de su historia la historia de la agresión y de la guerra. Tiene un ego tan grande e hipertrofiado, tan invasor y tan maligno, que nosotros los médicos podríamos pensar que los cánceres que tratamos, por graves que sean, son un mal menor frente al gran cáncer que somos los humanos. Tratamos los tumores malignos con procedimientos y fármacos que curan con frecuencia o, si no hay remedio, con recursos paliativos. En cambio, para el cáncer de la condición humana no hay resección que valga, ni radioterapias, ni quimioterapias. Usted que sabe tanto de castellano y filosofía, ¿puede decirme qué hacemos con el hombre?

-No sé, doctor -le dije con un ligero rubor en las mejillas.

De esto hace la friolera de 29 años. El cirujano que me operó extrajo un tumor benigno. No hubo necesidad de otros tratamientos. Pero aquel maestro de la vida me dio una lección de humor y lucidez que me dejó pensativo y caviloso para siempre.

1990. No se enamore del carro, enamórese del viaje

En 1990, cuando era director de curso de uno de los grados undécimos del Gimnasio Moderno, me di a la tarea de organizar con mis estudiantes nuestra ansiada excursión de ocho días a la Guajira, que por

aquel entonces se realizaba en carros particulares. Era toda una tradición instituida por el inolvidable educador Ernesto Bein.

Se trataba de hacer viaje desde Bogotá para conocer, entre otros sitios de interés, el cañón del Chicamocha, el complejo carbonífero de El Cerrejón y Puerto Bolívar, el Cabo de la Vela y la zona de la Alta Guajira que incluía Puerto Estrella, Nazareth y la Serranía de la Macuira. De regreso, haríamos visitas a las salinas de Manaure y al Parque de los Flamingos.

No se trataba de un viaje cualquiera sino de nuestra gran excursión de ocho días, esperada con verdadera ilusión por los estudiantes durante toda su vida de colegio; un recorrido que haríamos en plan de viajeros, no de simples y vulgares turistas que ni ven ni oyen ni observan nada que no sean sus cámaras y celulares, y en el que, se suponía, tendríamos contacto directo con la realidad de esa parte del país, para conocer sobre el terreno, no en farragosas teorías ni en la fría abstracción de mapas y estadísticas, el inmenso caudal de sus riquezas y el tesoro inabarcable de su cultura. “La excursión –se nos había dicho siempre– es ante todo una aventura intelectual, un viaje de conocimiento”.

El uso del campero se justificaba por la necesidad de atravesar el desierto de la Guajira desde el Cabo de la Vela hasta Nazareth. Había que conseguir unos ocho carros entre las familias de los excursionistas, y así se hizo. Sin embargo, ya a punto de partir, se presentó un problema imprevisto: el invierno de ese año en la península, por los meses de agosto y septiembre, justamente la época de la excursión, se había dejado sentir con especial crudeza, lo que, unido a las características del desierto formado por inmensos arenales sobre un suelo de arcilla, hacía impracticable la entrada de los carros, al menos que quisiéramos dejarlos enterrados.

Así las cosas, propuse planes alternativos: podríamos ir a San Agustín, Puracé y Tierradentro. Si no, a la Sierra Nevada de El Cocuy. Si no, a la cueva de los Guácharos, en el sur del Huila. Si no, a la zona cafetera. Si no, a tantos otros lugares hermosos de Colombia.

Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que mis estudiantes

aceptaban cualquier plan de excursión y cualquier itinerario, con la única condición de que fuéramos en carros particulares, conducidos por ellos mismos. En otras palabras: la excursión de Once tenía que realizarse a toda costa en carros particulares.

–Muy bonito –les dije–. De modo que su interés no estaba en el viaje a la Guajira ni en el conocimiento de esa región ni de ninguna otra, sino en los carros por los carros mismos. Veo que se han enamorado de sus vehículos, no del viaje. Veo que para ustedes no hay excursión posible si no es en camperos particulares. Estamos interesados, al parecer, en la exhibición de los modelos y de las marcas; queremos hacer alarde de la potencia de los motores, de la elegancia y belleza de los diseños. Ustedes quieren lucirse como choferes, no como excursionistas. Si eso es así, déjenme proponerles un plan que debe resultarles atractivo: traigamos los ocho camperos que necesitamos, los abordamos, y durante ocho días nos dedicamos a darle vueltas al colegio: saldremos el próximo lunes, muy de mañana, por la carrera 9, frente al número 74–99, tomamos la calle 76 hasta la carrera 11, luego por la 11 hacia el sur hasta la 74; enseguida giramos a la izquierda, hasta desembocar de nuevo en la 9, y así sucesivamente el martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo, hasta completar los 8 días previstos para la excursión. Lleven, eso sí, buenas cámaras y abundantes provisiones de comida, porque el viaje es largo y promete increíbles emociones.

Después de aquella reflexión que causó gran risa entre los alumnos (el humor es por fortuna uno de los pilares pedagógicos del Gimnasio) decidimos hacer la excursión a San Agustín, Puracé y Tierradentro, adivinen en qué, ¡En carros particulares!. Debo decir que fue un viaje memorable, aunque algún alumno –espero que en broma– me haya preguntado al llegar al Parque arqueológico de San Agustín: “¿Y usted nos trajo hasta aquí solo para ver piedras?”

1994. *¡Más menguado sois vos, grandísimo bellaco!*

Marzo de 1994. Una semana después de haber empezado con mis estudiantes de 'sexto' (hoy, undécimo grado) la lectura de *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, muy de mañana llegó al colegio una mamá furiosa porque, según decía, era inconcebible que un profesor del Gimnasio Moderno pusiera a su hijo a leer 'porquerías'.

Después de calmarla un poco y de ofrecerle un tinto para disimular el 'oso' de que me gritara delante de todos, nos sentamos en la sala de profesores.

—A ver, señora —le dije tratando de parecer amable—. ¿Cuál es el problema?

—¿Y todavía lo pregunta? —me contestó—. ¿Ah, ah, ah? ¿Le parece poco poner a sus alumnos a leer semejante obscenidad?

—¿Cuál obscenidad, señora?

Sacó el libro de la cartera. Lo abrió en una página señalada y leyó:

“—(...) cómo es posible que este indio pueda escribir una cosa tan bella con la misma mano con que se limpia el culo, (...)”⁶ ¿Ah, ah, ah? ¿Qué le parece, profesor?

Apuesto a que no leen a los modelos, a los escritores que sí valen la pena.

—¿Como cuáles, señora?

—A Cervantes, por ejemplo —dijo con los ojos llenos de furia—. Apuesto a que no leen a Cervantes. A ese sí no lo leen, ¿verdad?

—Sí, señora, lo leemos —dije—. Leemos las partes más 'decentes', las que no ofenden el decoro ni la moral.

—¿Como cuáles? —preguntó ya más calmada.

Entonces saqué mi Quijote del cajón del escritorio, y busqué el episodio aquel en que el cabrero dice de don Quijote:

“—Eso me semeja —respondió el cabrero— a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo o que vuestra

6. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (2008): *El otoño del patriarca*, Bogotá, Norma. *Verticales de bolsillo*. Biblioteca García Márquez. Pág. 206.

merced se burla o que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza”.⁷

—¿Y qué dijo don Quijote? —quiso saber la señora.

—Lo siguiente, señora—. Y le leí:

“—Sois un grandísimo bellaco —dijo a esta sazón don Quijote—, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió”.⁸

Y agregué:

—Tenía usted razón. Cervantes es un modelo de decencia.

Debo añadir que la señora, con una risita medio torcida, guardó El otoño en su cartera y salió de la sala sin despedirse.

2006. *Un alumno ejemplar del Politécnico*⁹

Este semestre recibí en mi clase de Taller de escritura a un alumno que había perdido “por vago” la materia. Era repitente. Su actitud no podía ser más displicente y desdeñosa. El curso empezó con la consideración de que es mejor escribir textos a partir de problemas y preguntas inquietantes que nos llenen de perplejidad y asombro, y no sobre temas obvios o anodinos que a la larga no son otra cosa que lugares comunes. Preguntarnos sobre la importancia de la alimentación para la preservación de la vida y la salud, sería tanto como servirle en bandeja de plata el tema a Perogrullo.

Cuando, semanas después, llegó el momento de formular preguntas que sirvieran de base para la redacción de textos, entre ellos el trabajo final, nuestro alumno no quiso proponer ninguna. Dijo que la clase no le interesaba. Que era una costura. Preguntado sobre las razones por las que estaba allí, contestó que simplemente le tocaba. Que el programa de estudios así se lo exigía. Que necesitaba esa 'nota' para poder continuar su carrera de ingeniero.

—¿De modo –le dije– que usted considera que este cuento de la escritura no es importante para usted?

7. DE CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. (1964): *Don Quijote de la Mancha. Primera parte. Capítulo LII. Barcelona, Editorial Juventud, pág. 909.*

8. *Ibíd. Pág. 909.*

9. www.angelmarcel.com Menú. Baúl. *Lectoescritura. Un alumno ejemplar del Politécnico.*

-Así es -me contestó-. Para eso están las secretarías. Lo que me interesa es graduarme de ingeniero.

-Amplíemos la pregunta -añadí-. ¿Usted pensaría que sin esas materias llamadas humanísticas podría lograr una buena formación como ingeniero?

-Claro -contestó-. Deberían suprimirlas y darnos la oportunidad de ver materias más útiles para la carrera.

-¿Como cuáles?

-No sé. Cosas 'chéveres', cosas interesantes, que sirvan para algo, no esas 'babosadas' de las humanidades. Lo que quiero es llegar a 'gerenciar' la empresa de mi papá, y allí tenemos buenas secretarías.

-Pues en lo que acabamos de hablar -le dije- hay un problema interesante, una pregunta que puede formular para dar comienzo a su trabajo. Pase al tablero.

De mala gana pasó al tablero, mientras el grupo vislumbraba la puesta en escena de un espectáculo bastante divertido.

-Tenga la bondad -le dije- de escribir en la parte de arriba una pregunta sobre lo que acabamos de hablar. Diga con pocas palabras lo más que pueda, sin cometer errores de gramática ni de graffía.

Con una risita medio torcida y después de pensarlo un momento, escribió:

¿SON LAS UMANIDADES INDISPENSABLES EN LA FORMASION PROFECIONAL DE UN INJENIERO?

-Para empezar -le dije- 'humanidades' se escribe con h, 'formación' con c y lleva tilde, 'profesional' con s, y la palabra 'ingeniero' se escribe con g, porque viene de 'ingenio', que quiere decir 'máquina'. Pero no importa, la pregunta es muy buena, y puede servirle, si de veras le preocupa, como tema para su trabajo.

-Ahora -añadí después de que él corrigiera el texto- escribamos un objetivo: ¿Qué quiere demostrar o describir o narrar o criticar o reflexionar a partir de su pregunta?

-Quiero demostrar -dijo- que las humanidades no son

indispensables en la formación de un ingeniero.

–¿Se da cuenta? –le dije–. Pues escríbalo. Ya tenemos el tema y el objetivo. Ahora, con ese objetivo como columna vertebral, escriba un pequeño plan de trabajo que le permita contestar su pregunta mediante un texto escrito que no supere las cuatro o cinco cuartillas, y que usted desarrollará, corregirá y perfeccionará en lo que queda del semestre.

Para entonces, aunque socarrona, la cara de nuestro alumno era de franco entusiasmo, más por el reto que se le ofrecía que por otra cosa. Escribió:

Plan de temas:

1. ¿En qué consiste la formación profesional en ingeniería?
2. ¿Qué es formación en humanidades?
3. Relación entre las humanidades y la formación profesional en ingeniería
4. Inutilidad de las humanidades
5. Conclusión.

–Perfecto –le aplaudí–. Ya tenemos el plan. Ahora debemos buscar unos apoyos, unas fuentes bibliográficas, unos autores que apoyen su locura, porque hasta este momento usted no me ha convencido.

–¿Y dónde los consigo? –me preguntó.

–Pues en la biblioteca o en el Centro de Cómputo. ¿Dónde más?

–¿Me deja salir de clase?

–Por supuesto. Vaya, pero vuelva cuando haya encontrado algo.

Asesórese, pida ayuda, que el tema vale la pena.

Al rato regresó.

–No encontré nada –nos dijo.

–Debe ser –comenté– que nuestra biblioteca es bastante pobre en esos temas. Le sugiero una visita a la Luis Ángel Arango.

Después de una semana, volvió el alumno con la mala noticia de que en la

Luis Ángel tampoco había encontrado nada. No había ningún libro que apoyara su intento por demostrar que las humanidades sobran en la formación de un ingeniero.

–Vaya –le sugerí– a la biblioteca de la Universidad Nacional. Como allá son más rebeldes que nosotros, es posible que tengan obras subversivas que apoyen su proyecto.

–Tampoco –dijo cuando volvió al cabo de dos o tres clases a las que, por supuesto, había capado.

–Pues si en verdad no hay quién lo apoye, le toca a usted solo –dije–. Y, ¡ay de usted si no me convence!, porque lo que voy a hacer, después de leer su 'revolucionario' trabajo, escrito primero en borrador, luego corregido, reescrito y de nuevo corregido hasta que le quede impecable, es proponerle al decano de su facultad, mi amigo el ingeniero Ignacio Vélez Pareja, que elimine del plan de estudios ese embeleco de las humanidades, pues, como quedará sin duda demostrado, las tales humanidades no son indispensables en la formación de nuestros estudiantes de ingeniería.¹⁰

Para no alargar el cuento, debo decir que el alumno hizo un excelente trabajo, que todavía conservo, en el que demostró todo lo contrario: que la formación humanística sí es por lo menos importante en la formación profesional de los ingenieros, como podía verse en la aventura intelectual en que con verdadero gusto se había involucrado.

Éste es para mí un modelo de alumno. No necesariamente el estudiante 'juicioso' que saca cinco en todo, que hace todas las tareas pero nunca se cuestiona nada. Siento una gran admiración por mis alumnos rebeldes, contestatarios, críticos, pensantes, inconformes, porque tienen la posibilidad de descubrir alguna cosa que oriente sus vidas para siempre. Y, como dice Sábado, ante ellos me inclino con profundo respeto.

10. Las malas lenguas –o, mejor, las buenas lenguas, que son las más filudas– atribuyen a Don Mario Laserna Pinzón, fundador de la Universidad de los Andes y rector de la Universidad Nacional de Colombia entre 1958 y 1960, una frase que quedó sonando en los oídos de muchos. Dicen que como respuesta a la airada exigencia de algunos estudiantes de medicina veterinaria que pretendían graduarse sin cursar las asignaturas humanísticas prescritas en el plan de estudios de la facultad, con la excusa de que esa carrera se ocupa ante todo de la salud de los animales, Don Mario les contestó: “Las humanidades sirven para que ustedes se distingan de sus pacientes”.

2006. *El correcto uso de la doble moral*

Homenaje al trabajo de uno de mis estudiantes

El título del presente artículo está tomado de un trabajo escolar de Juan Pablo Piñeros Sanz de Santamaría, uno de mis alumnos más destacados del Gimnasio Moderno durante el segundo semestre de 2006. Juan Pablo, entonces estudiante de undécimo grado a punto de graduarse de bachiller, se había matriculado en mi clase de taller de letras y preparaba un texto sobre la amistad, a propósito de un aforismo del filósofo rumano Émile Michel Cioran (Rășinari, 1911 – París, 1995), puesto el aforismo (no colocado, como dicen ahora) a manera de tema o pie de escritura. El aforismo, para escándalo de muchos y escarmiento de pocos, decía lo siguiente:

La amistad es un pacto, una convención. Dos seres se comprometen tácitamente a no decir jamás lo que en el fondo piensan el uno del otro. Una especie de alianza hecha de precauciones. Cuando uno de ellos señala públicamente los defectos del otro, el pacto queda revocado, la alianza rota. Ninguna amistad resiste al hecho de que uno de los dos deje de jugar el juego. En otras palabras: ninguna amistad soporta una dosis exagerada de franqueza.¹¹

Se trataba de apoyar o refutar o, en todo caso, de aceptar o rechazar mediante la redacción de un texto lo más convincente que se pudiera, la definición de amistad de Cioran. Recuerdo que la discusión previa al trabajo escrito fue ardua, ruidosa y apasionada como cabe esperar del temperamento juvenil poco dado a las parsimonias filosóficas.

Recuerdo que alguien de la clase preguntó:

–¿Usted, profesor, juzgaría de hipócrita a una lagartija porque se camufla entre las matas para que no se la trague el gato?

–Por supuesto que no –contesté–. La mimesis es su medio de defensa natural, su modo de supervivencia.

–¿No le parece –insistió el alumno– que las formas del trato social, las buenas maneras, los saludos y felicitaciones, los sentidos

11. CIORAN, Emile Michel. (1991): *Desgarradura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.

pésames y los cumplidos, las declaraciones de amor y amistad, los buenos deseos y frases de cortesía, la urbanidad y la diplomacia, las relaciones públicas y profesionales, la política, las ceremonias y fórmulas rituales, la religión, el arte, nuestras palabras, gestos y actitudes, lo políticamente correcto que nos enseñan a decir para quedar bien ante los demás, nuestra vida escolar y familiar, los valores que predicamos y a la vez desmentimos con nuestros actos públicos y privados, son formas culturales de mimesis o camuflaje, aprendidas para preservarnos y sobrevivir sin que nos 'trague' la sociedad? ¿No cree que la hipocresía y la doble moral son medios de defensa, formas de vida connaturales al ser humano que deberíamos aceptar y practicar sin tapujos ni cargos de conciencia?

-Notable razonamiento -comenté-. Recuerden que Robert Champigny, en su libro *Sur un héros païen* (París, Gallimard, 1959) dice que el señor Meursault, el personaje de *El extranjero*, de Albert Camus, es condenado a muerte porque rechaza "la sociedad teatral, es decir, no la sociedad en tanto que se halla compuesta de seres naturales sino en cuanto ella es hipocresía consagrada".¹² Sin embargo, no es lo mismo simulación que disimulo.

-¿Cómo así?

-Por supuesto. El disimulo es distinto de la simulación. Podemos disimular, es decir, hacer menos ostensibles, por ejemplo, la grandeza interior y la riqueza económica mediante el ejercicio de una vida sencilla y discreta, lo cual es propio de personas cultas, sabias y elegantes. Ahora bien, si estamos en la indigencia económica o mental, es decir, si somos pobres de espíritu o de chequera, indigentes de mente y corazón o de bienes materiales y queremos aparentar fortuna, cultura o sabiduría, no nos queda más que el expediente del simulacro, tan propio de arribistas, 'lobos', 'avivatos', 'pantalleros', fanticos y pedantes. En otras palabras, podemos disimular lo que somos y tenemos, pero también podemos simular lo que ni somos ni tenemos.

-¿Cuál es la raíz del simulacro y del disimulo?

-Tal vez -dije- la raíz esté en el hecho de ser personas. No olviden que la palabra persona significa originalmente 'actor de teatro',

12. Robert Champigny. Citado por Mario Vargas Llosa. (1990): "El extranjero debe morir". En: *La verdad de las mentiras*. Alfaguara, pág. 127.

porque en la antigüedad las máscaras de los actores estaban provistas de un tubo resonador o bocina (per sonare), para que sonara la voz, para que se oyeran los diálogos en todo el auditorio, pues en aquel entonces no había, como ahora, micrófonos ni equipos de amplificación. Como ven, esa tecnología primitiva dio origen a un hecho cultural sin precedentes, como quiera que ser 'personas' consistió desde entonces en enmascaramos, en simular y disimular, en ser hipócritas, fingidores, farsantes, trágicos, cómicos o tragicómicos según se nos dé la vida.

-¿Los poetas fingen, profesor?

-Como los que más. El gran poeta Fernando Pessoa dice al respecto: "El poeta es un fingidor. / Finge tan completamente / Que hasta finge que es dolor / El dolor que en verdad siente. / Y, en el dolor que han leído, / A leer sus lectores vienen, / No los dos que él ha tenido, / Sino solo el que no tienen. / Y así en la vida se mete, / Distrayendo a la razón, / Y gira, el tren de juguete / Que se llama corazón ".¹³ ¿Bello, verdad?

-¿Y los pintores fingen?

-Naturalmente. "La ilusión de profundidad que inaugura la pintura renacentista dependió del modo artístico como los pintores trataron las dos dimensiones físicas del plano euclidiano –alto y ancho– para plasmar las formas plásticas en sus cuadros. En otras palabras, altura y anchura, un horizonte y un punto de fuga son recursos más que suficientes para crear la magia de la tercera dimensión".¹⁴

-¿Finge usted o sueña?

-"Yo sueño que estoy aquí / destas prisiones cargado, / y soñé que en otro estado / más lisonjero me vi. / ¿Qué es la vida? Un frenesí. / ¿Qué es la vida? Una ilusión, / una sombra, una ficción, / y el mayor bien es pequeño: / que toda la vida es sueño, / y los sueños, sueños son".¹⁵

-¿Qué le gustaría fingir?

-Que soy auténtico. Me gustaría fingir que ejerzo la enseñanza en un sistema educativo cuyo eje es el arte del disimulo, no de la simulación.

13. PESSOA, Fernando. (2002): *Antología poética. El poeta es un fingidor*, Madrid, Espasa-Calpe. Colección Austral.

14. Ángel Marcel. (2003): *Don Agustín Nieto, caballero andante de la educación*. www.angelmarcel.com Menú. Ensayo.

15. CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. (1998): *Monólogo de Segismundo*. En: *La vida es sueño*, Madrid, Espasa-Calpe. Colección Austral.

-¿Qué diferencia hay entre la mimesis de los animales y la simulación humana?

-La diferencia está en que mientras la mimesis de los animales es natural e instintiva, la simulación humana casi siempre resulta patética y artificial, quiere decir, ridícula. O si no, miren la cara de los enamorados. Bueno, ya es hora de escribir un texto sobre la capacidad de las personas para fingir.

-Pues voy a escribirlo -dijo Piñeros-. Y el título será El correcto uso de la doble moral.

-Yo también voy a escribirlo -dije-. Pero me dan tiempo. Debo decir, para terminar, que el texto de mi alumno fue sobresaliente. El mío apareció 4 años y medio después y no estoy seguro de que resulte convincente. Menos mal que la modestia también puede fingirse. ¡Ja!

2007. La autonomía intelectual y la lectura¹⁶

No sé si en la mayoría de los casos la autonomía intelectual depende de la lectura. Es probable que no, sobre todo si se lee basura. No creo, por ejemplo, que las obras de Corín Tellado o de esos otros mercachifles de la felicidad, la superación personal y la autoayuda contribuyan de modo significativo a incrementar en sus lectores la autonomía intelectual, esa condición que nos permite pensar por cuenta propia y ver todo lo humano y lo divino desde la risueña distancia de quien no se deja tramar y no come cuento.

En mi caso particular, la poca o mucha independencia mental que me permite incluso decir cosas políticamente incorrectas, la debo a mis grandes maestros y a mis libros.

Puedo recordar, por ejemplo, a don Aquilino, maestro de matemáticas, no de español. Cursaba mi noveno grado. Me gustaba hacer bien lo que podía, que era estudiar, tal vez como compensación a mi fracaso como jugador de fútbol, a mi torpeza en el baile, a mi irredimible timidez especialmente con las mujeres, a los brotes de acné y a las burlas inclementes de mis compañeros.

16. Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano (2007): "La autonomía intelectual y la lectura". En: *El Polí*, No. 15, pág. 38.

Recuerdo que ese año el profesor de español cometió con nosotros un error inexcusable: con la amenaza de quices y controles de lectura, nos puso a leer *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Había que leer la obra completa: los 52 capítulos de la primera parte y los 74 de la segunda, en el español del siglo XVII, sin que el 'profe' se hubiera molestado en poner nada en contexto, sin motivar y sin crear un ambiente propicio a la lectura.

Recuerdo que abrí el libro y no entendí casi nada:

En un lugar de la Mancha –así empieza la célebre novela–, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda¹⁷.

Qué horror. No alcancé a terminar la primera página, y quedaban por leer mil y pico.

Entonces don Aquilino, consciente de mi aflicción y del susto por lo que me esperaba, me dijo en un recreo:

–No es que usted sea mal lector. Simplemente no es lector. Y no lo es porque no entiende las claves. ¿Quiere jugar a ser un excelente lector?–me preguntó.

–Por supuesto –le contesté.

Entonces me propuso que, así sacara cero en los quices y controles de lectura, dejara a un lado *El Quijote* y leyéramos juntos *La metamorfosis*, de Kafka. Y empezamos:

“Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregory Samsa encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto”.¹⁸

–¿Entendió? –preguntó entre risas.

–Creo que sí –le dije.

–Veamos –agregó–. Cambiemos un poco el cuento: si decimos “Una tarde, después de la merienda, Luis López se encontró convertido en una cucaracha”, ¿cambia demasiado la historia?

–Pues no mucho –dije.

17. DE CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. (1964): *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Editorial Juventud. Pág. 433.

18. KAFKA, Franz. (1980): *La metamorfosis / Un artista del hambre / Un artista del trapecio*. Alianza (España).

-Pues cambia radicalmente -me explicó el maestro-. En un texto como *La metamorfosis* todas las palabras -los nombres entre ellas- están puestos a propósito y con toda intención. Tiene que ser "Una mañana" (o la primavera, en el caso de las estaciones) para indicar con ello la juventud del personaje, así como el mediodía (o el verano) indicaría la adultez, la tarde (o el otoño) la vejez, y la noche (o el invierno) la muerte. Y tiene que llamarse Gregory y no Luis López, pues Gregory significa "despierto", "consciente", "crítico", "reflexivo", "autónomo intelectualmente". Esa primera frase quiere decir que si somos como Gregory, despiertos, reflexivos y autónomos, y nos miramos a nosotros mismos, podemos descubrir que a veces somos monstruosos: crueles, egoístas, malas personas.

Cuando días después terminamos el libro, me invitó a ponerlo en un sitio especial de mi cuarto. Lo puse encima de mi mesa de noche.

Después, leímos *El proceso*, del mismo autor, en relación con *La metamorfosis*, y me invitó a poner sobre este el segundo libro. Recuerdo que ese año leí con don Aquilino 9 libros, entre los que estaban *El extranjero*, de Camus, *El túnel*, de Ernesto Sábato, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, en fin, nueve libros inolvidables que cambiaron mi vida para siempre. Para resumir, debo decir que el día de mi grado de bachiller ya tenía leídos unos cien libros, entre los que estaba, por supuesto, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. ¿Qué más podía hacer? Estudiar letras y dedicarme a la enseñanza de la literatura.

¿De qué manera la lectura ha fomentado en mí la autonomía? Muy sencillo. De tanto leer y leer diferentes visiones del mundo y de la vida, casi siempre en obras significativas, he terminado por configurar una visión personal de la realidad ajena por completo a todo fanatismo, a toda adhesión incondicional a personas y sistemas de pensamiento, a todo partido político (o de fútbol), a toda religión. He aprendido a no tragar entero ni a comer cuento, a reír de los absolutos y de las verdades reveladas; he aprendido que lo único absoluto es que todo es relativo, que nada ni nadie son tan importantes ni definitivos como para hacerme perder el buen humor ni la paciencia, que "nada es demasiado grave", como decía mi maestro de vida, el profesor Ernesto Bein, y que, como afirma Woody Allen, "Tragedia + Tiempo = Comedia".

2008. Entre la realidad y la fantasía: una buena clase, a pesar de todo

Imagine usted, profesor, una discusión en clase con sus estudiantes de Humanidades acerca de la verdadera educación fundada en los valores humanos. Antes de darles la palabra, les ha dicho que la verdadera educación, más que informar, forma ciudadanos ejemplares, cultos, emprendedores, honrados, asertivos, capaces de acciones comunitarias; hombres y mujeres solidarios, pacíficos, demócratas, autónomos, coherentes, esforzados y competentes en el desempeño de sus futuras profesiones. Para apoyar su discurso, menciona las teorías de tratadistas y autoridades, cuyos textos se citan en la bibliografía del programa, y cuya lectura ha hecho usted obligatoria como requisito para pasar el examen.

No obstante el entusiasmo que ilumina sus palabras, nota entre sus estudiantes ciertas risitas de incredulidad, ciertas miradas de escepticismo, y, en algunos de ellos, gestos de hostilidad y caras de aburrimiento. Otros están distraídos. Mientras Juanita duerme, John Jairo se ocupa de su celular. Carolina y July Andrea hablan de novios y de lo que pasó en la última rumba. A su lado, Javier Enrique se divierte con la imagen de unas modelos semidesnudas en la pantalla de su portátil, al tiempo que Johanna y Wilber, los más juiciosos del grupo, observan la escena con asombro. Es evidente: usted no logra convocarlos y, menos aun, convencerlos.

Entonces, usted se enfurece, profesor. No entiende cómo, después de preparar a conciencia su clase magistral, recibe semejante respuesta. Se descompone e inicia una perorata de lugares comunes y razones gastadas:

–Lo que pasa –dice fuera de sí– es que ustedes son unos vagos, unos inconscientes, unos inmaduros. No aprecian los esfuerzos de sus padres para que estudien algo de provecho. En mis tiempos la cosa era diferente: se estudiaba más, se leía más; había más preocupación por sacar adelante la carrera. Había más disciplina. Nada de celulares. Nada

de llegar tarde ni de capar clase. Nada de salirse del salón con cualquier pretexto. Cuando yo era estudiante, la universidad era un hervidero de ideas. Se debatía con maestros y compañeros acerca del acontecer político y cultural del país y el mundo. Y, sobre todo, había propuestas. Se hablaba del futuro y de lo que sería Colombia en nuestras manos (risas). Éramos optimistas (carcajadas). Muy pocos eran los que se dejaban llevar por ese aburrimiento –'mamera' dicen ustedes–, por esa lasitud y desencanto tan propios de estos tiempos llamados posmodernos. Nada los emociona, nada los entusiasma, nada los motiva...

–¿Y qué proponían ustedes, profesor? –quiere saber Javier Enrique mientras levanta los ojos de la imagen de las modelos.

–Bueno –contesta usted todavía furioso, pero con algo de frialdad en la mirada–. Eran los tiempos del Che Guevara, del cura guerrillero Camilo Torres, del grupo sacerdotal de Golconda, de la teología de la liberación; los tiempos de mayo del 68, del viaje del hombre a la luna. Estaban de moda los hippies, el amor libre, la marihuana, el “hagamos el amor y no la guerra”, el marxismo leninismo, el socialismo, la rebeldía y la inconformidad. Eran los días de la revolución, la Edad de Oro.

–Sí, ¿pero qué queda de todo eso? –pregunta Carolina, más por tomarle el pelo que por otra cosa.

–Mucho –asegura usted con menos convicción que entusiasmo–. La gente tiene hoy mayores oportunidades. El mundo está más desarrollado y es más liberal (risas). Hay más libertad de pensamiento (risas). El progreso es innegable. Las ciencias avanzan como nunca antes. La globalización, la industria, la tecnología, los medios de comunicación, la economía, la educación... ¿Saben qué? saquen una hojita y hacemos un quiz (grandes carcajadas).

–¡Noooooooooo, profe! –protestan en coro los estudiantes, muertos de la risa.

–Mejor discutamos –propone July Andrea, la niña que hablaba de novios con Carolina–. Mejor discutamos porque tengo mis dudas.

–¿Y cuáles son tus dudas? –le pregunta usted, profesor, mientras pone la lista de clase sobre la mesa–. ¿Cuáles son tus dudas?

–Es que yo no como cuento, profesor. Para empezar, no me gusta que nos trate de vagos, de inconscientes e inmaduros. Los jóvenes de hoy hacemos las mismas locuras que hizo usted cuando joven. Pero, bueno, ese no es el punto. Usted empezó la clase con una reflexión acerca de la verdadera educación basada en los valores. Nos mencionó los libros que hablan de esas cosas y nos recordó el compromiso de leerlos como requisito para pasar el examen. Ya no estamos para oír discursos ni consejos. Nadie se vuelve mejor persona por el solo hecho de que le hablen de valores. Tal vez lo que nos conviene es debatir con franqueza y respeto sobre los temas duros de la vida. Discutir, profe, dialogar, no parlotear ni armar altercados como los políticos que hablan y hablan y se gritan e insultan entre sí, pero ninguno oye a nadie. Tal vez nos sirviera también ver en los adultos el modelo que nuestros maestros quieren que sigamos. Nos gustaría tener en nuestros padres y hermanos mayores, en nuestras familias, en los dirigentes, líderes y jefes de Estado verdaderos ejemplos dignos de seguir.

–Cierto –acotó Juanita, que había despertado–. El *show* de los presidentes ayer, en Santo Domingo, es una vergüenza.¹⁹ Por la mañana, qué insultos, qué ofensas, qué amenazas, qué modo de agredirse. Y son los mismos que, según dicen, trabajan por la paz. Y por la tarde, qué abrazos y palmaditas en la espalda, qué palabras y frases tan 'amables'. Qué promesas de entendimiento. Cualquiera diría que habían solucionado un grave conflicto entre naciones hermanas, cuando sabemos que para los gobiernos no cuentan la amistad ni la convivencia pacífica sino los intereses económicos y las relaciones de poder. Todo frente a las cámaras, como si la paz fuera un asunto de farándula o una función de circo.

–Cierto –se rebeló Wilber mientras guardaba en la mochila su cuaderno–. A mí que no me vengán con el cuento de que la educación

19. En su XX Reunión Cumbre, celebrada el 7 de marzo de 2008 en Santo Domingo, República Dominicana, el Grupo de Río puso a prueba su efectividad para mediar en conflictos regionales, al servir de espacio para debatir sobre la crisis diplomática que enfrentó a Ecuador y Venezuela con Colombia, y que dio lugar a un áspero intercambio de acusaciones. Si bien el tema central sería la energía, se impuso la situación que enfrentó a Ecuador con Colombia, cuando este último incursionó en territorio ecuatoriano la madrugada del sábado 1 de marzo de 2008, en un operativo militar que terminó con la vida del jefe guerrillero Raúl Reyes. La crisis se agravó cuando Venezuela y Nicaragua dieron total respaldo a Ecuador y rompieron relaciones diplomáticas con Colombia. Venezuela y Ecuador anunciaron que desplegarían tropas hacia sus fronteras con Colombia (Wikipedia).

forma ciudadanos ejemplares, cultos, emprendedores, honrados, asertivos, capaces de acciones comunitarias; hombres y mujeres solidarios, pacíficos, demócratas, autónomos, coherentes, esforzados y competentes, cuando lo que vemos en la realidad es más bien lo contrario: incultura, ordinariez, chabacanería, desgreño administrativo, deshonestidad, trampas, criminalidad, egoísmo, intereses mezquinos, agresividad, autoritarismo, dependencia mental, incoherencia e incompetencia, y todo esto en cabeza de buen número de dirigentes del mundo, los mismos que se nos proponen como ejemplos y modelos.

–Bueno, bueno, bueno –intercede usted, profesor, un poco alarmado por el curso que ha tomado el debate–. No podemos generalizar. No porque haya esas personas y esas cosas que ustedes señalan, debemos asumir que todo el mundo es lo mismo y que lo mismo ocurre en todo el mundo. Ha habido excelentes modelos de vida a quienes debemos seguir, dirigentes de una honestidad a toda prueba: la madre Teresa de Calcuta, Ghandi, Martin Luther King, Jesucristo..., aunque parece que Cristo también dijo sus mentiritas...

–¿Cóooomo? –aúlla Johanna, cuya familia es del Opus Dei.

–Sí, sí. Cómo les parece que el viernes santo por la tarde, poco antes de morir crucificado, Jesús le dijo a Dimas, el buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”, y tres días después, el domingo de resurrección, les dijo a las mujeres que estaban junto a su tumba: “No me toquéis, que aún no he subido a mi Padre” ¿A quiénes mintió, a Dimas o a las mujeres? (carcajadas). Pero bueno, ese no es el punto. El punto es que hay que ver la realidad tal y como es, sin maquillajes ni idealizaciones. A propósito, quiero recomendarles la lectura de *Allegro ma non troppo*²⁰, un libro fascinante y breve de Carlo M. Cipolla, un economista italiano muy notable, nacido en el año 22 y muerto en 2000. La segunda parte del librito que lleva por título “Las leyes fundamentales de la estupidez humana” es un ensayo en el que con gran sentido del humor y agudeza crítica clasifica a las personas en cuatro grandes grupos: los incautos, los malvados, los inteligentes y los estúpidos.

20. CIPOLLA, Carlo M. (1991): “Las leyes fundamentales de la estupidez humana”. En: *Allegro ma non troppo*. Barcelona, Grijalbo Mondadori.

-¿Y quiénes son los incautos? -pregunta Elizabeth.

-Sencillo. Los que en el “negocio de la vida” emprenden y llevan a cabo una acción que los perjudica en favor de otros. Digamos que en este grupo estamos los “bobos”, los que casi siempre resultamos tumbados en los negocios. Hay sociedades enteras de incautos engañados por la demagogia y falaz idoneidad de sus dirigentes. Tanto es así, que los eligen.

-Y los reeligen -completa Daniela.

-¿Y quiénes son los malvados? -pregunta Nicolás.

-Los que sacan provecho de sus acciones en perjuicio de otros.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo los que se aprovechan de la tragedia de los secuestrados para sacar dividendos políticos y electorales, para hacer pantalla, para figurar.

-¿Y quiénes son los inteligentes? -pregunta

Christian Fernando.

-Aquellos cuyas acciones benefician a todos.

-¿Por ejemplo?

-¡Yooooooooooooo! -grita Camilo Alberto, el chistoso de la clase.

-¿Y quiénes son los estúpidos? -quiere saber Nathalie.

-Los del grupo más numeroso y de mayor peligro. Lo conforman aquellos que, creyéndose inteligentes, ejecutan acciones en las que nadie gana y, sí, con gran frecuencia, todos resultan perdedores. Lean ese libro. Se lo recomiendo.

-Profe, ¿y el libro sobre la estupidez también entra para el examen? -pregunta Wilber, el juicioso.

-Por supuesto. Por supuesto, entra para el examen. Ni más faltaba.

-Pero ese no está en el programa -reclama Adriana Paola-. Ni siquiera aparece en la bibliografía.

-¿Y qué importa? -contesta usted, profesor-. Las mejores cosas

que pueden decirse en clase son aquellas que no están en el programa.

2011. Arte y pornografía

Este año un grupo de estudiantes de nuestro curso electivo de Pintura, literatura y cine, del Politécnico Grancolombiano, se sorprendió sobremanera cuando, al entrar a clase, vio colgadas sobre el tablero, al parecer con segunda intención, un par de imágenes provocadoras, de buen tamaño y muy parecidas en el manejo del color, la luz y la composición, así como en la representación del erotismo.

Se trataba de dos desnudos de mujer bastante explícitos. En ambos, "La mujer y la silla se entrelazaban, se correspondían, se compenetraban armoniosamente. En ningún caso se alcanzaba a vislumbrar el rostro de la modelo, solo sus piernas, (...), su sexo, en unos primeros planos relumbrantes, meticulosos, elaborados con una infinita gama de grises que se oscurecen hasta llegar al negro más oscuro o se aclaran hasta desaparecer en el blanco resplandeciente del papel"²¹. En ambos, "(...) la modelo aparece con medias pantalón oscuras pero transparentes, a medio quitar, que dan la impresión de que su sexo ha sido recién descubierto, recién puesto a la vista, lo cual incrementa notoriamente su erotismo"²².

El tema de aquella clase era El arte y la pornografía: qué diferencias (y similitudes) hay entre uno y otra, y qué límites separan lo artístico de lo pornográfico. Estaba claro para casi todos que la pornografía se relaciona con el carácter obsceno de obras literarias o artísticas, con lo que ofende el pudor, con lo impúdico, torpe y licencioso, y con lo que el sentido común y la 'decencia' llaman 'sucio', 'lúbrico', 'deshonesto', 'indecoroso' e 'indecente'.

Preguntados los alumnos sobre el origen, títulos y autor o autores de las 2 imágenes, señaladas, la de la izquierda con la letra A, y la de la derecha con la B, no supieron qué responder. Ambas eran para ellos completamente desconocidas. Nunca las habían visto.

21. Eduardo Serrano. (1995): "Darío Morales". En: Darío Morales. Segunda edición, Bogotá, El sello Editorial. Pág.18

22. *Ibíd.*, Pág. 18.

Consultados los 35 estudiantes sobre el carácter artístico o pornográfico de los 2 desnudos, las opiniones se dividieron: para la gran mayoría, tal vez un 80%, se trataba de pornografía; para el 20% restante, se trataba de obras artísticas. Sin embargo, una alumna aclaró que una obra artística puede ser al tiempo pornográfica, sin que pierda por ello su condición de obra de arte.

–Muy bien –les dije–. Identifiquemos la imagen de la izquierda. Se trata de una fotografía publicada por la revista Penthouse.

–¿Se da cuenta, profe? –dijo una de las estudiantes–. Eso es pornografía. Penthouse es una revista pornográfica, prohibida para menores de edad.

–¿Pero por qué es pornográfica? –pregunté–. Tratemos de ser objetivos.

–Es pornográfica –insistió la alumna– porque ofende el pudor. Es demasiado explícita, muestra eso que llamamos 'sucio', 'lúbrico', 'deshonesto', 'indecoroso' e 'indecente'.

–Bien –agregué–. Identifiquemos ahora la imagen de la derecha. Se trata de “Desnudo en silla”, del gran pintor cartagenero Darío Morales (Cartagena, 1944, París, 1988), muy apreciado en los medios artísticos tanto de Europa como de América. Él dijo alguna vez: “Cada vez me doy más cuenta de por qué me obsesiono con el cuerpo de una mujer. Pero hay una parte que me gusta saber y otra que prefiero ignorar. Porque pienso que si a uno le vacían sus valores, sus contradicciones, sus conflictos y emociones, pierde las motivaciones. Y no quiero perder ni mi mundo interior, ni mis tristezas.”²³ También afirmó: “Siempre he mirado su cuerpo (el de la mujer) con respeto, con amor, con el sentimiento que uno tiene ante lo sagrado”²⁴. ¿Qué opinan?

–Ahora las cosas cambian –dijo un alumno con convicción–. Ahora me parece que esto está más cerca del arte, y no me pregunte por qué, porque no sabría decirlo.

–¿No creen –les dije– que el valor y el sentido de las cosas dependen en gran medida del contexto y del ángulo desde donde se las mire? ¿No creen que hay tantas verdades cuantos grupos humanos, culturas y sociedades? Si las obras de arte –pinturas, esculturas, fotografías, textos literarios o lo que sea– están frente a nosotros como un espejo, es decir, nos muestran la cara, ¿no creen entonces que la

23. *Ibíd.*, pág. 233.

24. *Ibíd.*, Pág. 233



Cuadernos

EX-LIBRIS

¿Y SI ESTO FUERA UN CUENTO?

A LA SALA

LEÍ NADIE : LEÍ DANIEL

SATÁN SALABA LAS NATAS

ALLÍ DA LA LANA PAN A LA LADILLA

Por donde lo mire da lo mismo: que se mate la gente en un partido de fútbol, vaya y venga. Pero que un hombre asesine a otro por una partida de scrabble, resulta por lo menos un juego divertido.
AM.

1

Alarmado porque el profesor Salazar, conocido entre sus íntimos como “La ladilla”, no había ido al Politécnico esa semana a dar clase de Valores, Ética empresarial y Solución de conflictos, Ángel Marcel, su patrón y jefe inmediato en el Departamento de Humanidades, dio aviso a la policía.

Salazar era dueño de una biblioteca peligrosa pero selecta, inútil además, por cuanto ninguna de esas obras había logrado que sus lectores fuesen mejores y más benignos, menos envidiosos y desleales, aunque él, el profesor, reputado por todos como excelente persona, atribuyera su condición de tío risueño y bondadoso a la paciente lectura de Ama y no sufras, de Walter Riso.

Filósofo y abogado en ejercicio mediante la práctica del baloncesto, Salazar, además de catedrático de Valores, Ética empresarial y Solución de conflictos, era aficionado al juego del scrabble²⁵, del que

25. SCRABBLE es un juego de palabras para 2, 3 o 4 personas. Consiste en formar palabras que se entrelacen, a manera de crucigrama, en el tablero de juego, mediante el uso de fichas con letras cuyo valor en tantos es variable. Cada jugador trata de hacer el mayor número de tantos colocando sus letras en combinaciones y posiciones en que se saque ventaja de los valores de las letras y de los cuadros con premio del tablero. El total combinado de tantos para un juego puede alcanzar de 500 a 700 puntos o más, de acuerdo con la maestría de los jugadores (Selchow & Righter Co. Bay Shore, New York, 1955).

defendía la perfecta armonía entre azar e inteligencia. Era, según decía, una especie de ajedrez que se juega a las cartas.

2

Cuando por orden del fiscal entró la policía al apartamento de Salazar, lo primero que vio el mayor Ricardo Silva, “el patrón”, a quien acompañaban el teniente Germán Pardo García-Peña, “Pardito”, y el sargento Julián Saad, “el periodista”, fue la escena del crimen.

El cadáver de Salazar, sentado, se recostaba sobre la mesa negra del comedor. Los dedos índice y pulgar de su mano derecha sostenían una ficha de scrabble con la letra S. Entre el tablero y la cabeza, en un soporte o puente de madera, 6 fichas formaban la palabra **S A L A L A**.



A la diestra del cuerpo, frente a una silla vacía, había un soporte con 7 fichas –la última un comodín– con las siguientes letras:

L A C A C A □. Y en seguida, al lado derecho, muy cerca de estas fichas, podían verse un vaso azul de cristal ordinario, y un “caimán” de color carey de los que usan las mujeres para sujetarse el pelo. Además, un frasquito que ponía superpuesta en el rótulo y pegada con cinta adhesiva la palabra **NAPAN**, y un poco más allá, hacia el fondo, 3 latas de cerveza, una botella de whisky a medio consumir, y otro vaso de vidrio.

A la izquierda del muerto, frente a otra silla vacía, había un tercer estante o puente con 7 fichas en las que se ponía: **ACA LACA**.

Y en un rincón de la sala, junto a la ventana principal, sobre una mesita esquinera, el monitor del computador dejaba ver el siguiente texto: De Wikipedia, la enciclopedia libre

Saltar a [navegación](#), [búsqueda](#)

Los lala son un grupo de habla chibemba de unos 140.000 individuos que viven en Zambia central, al oeste del río Luangua. Practican el cristianismo y las religiones africanas tradicionales. Como parte del pueblo bemba, comparten con éstos una cultura y una organización social y política similares. Los lala siguen un sistema de descendencia matrilineal y son conocidos por su talento artístico. A comienzos del siglo XX los lala estuvieron bajo la influencia de los movimientos milenaristas protestantes que abrumaron Zambia.

Los lala producían hierro hasta la llegada de los europeos, momento en el que se hicieron campesinos. Originariamente formaban parte del reino de los luba, que emigraron hacia el sur desde el sureste del Congo.

Obtenido de <http://es.wikipedia.org/wiki/Lala>

3

Una vez que los detectives trazaron el croquis de la escena del crimen y tomaron otras fotografías, se hizo el levantamiento del cadáver que fue llevado a la morgue para que el forense practicara la autopsia. Los tres policías se sentaron entonces en las sillas del comedor con el ánimo de descifrar el enigma de una muerte que prometía secretos placeros intelectuales, la delicia de “leer” las claves en las piezas del juego, bajo la certeza de que basta imaginar algo para conocerlo.

–Mala cosa. Muy mala cosa –comenzó el mayor Ricardo Silva–. Aquí hay un juego siniestro.

–A mí me parece –dijo Pardito– que el profesor Salazar sentía interés por los lala. Ha estado averiguando sobre sus orígenes en la Internet.

–Pamplinas –corrigió Saad, dándose un golpe en la frente con la palma de la mano–, esas son cosas del asesino para desviar nuestra atención hacia Lala. Es como si dijera “fíjense en Lala, fíjense en Lala”. He logrado averiguar que una tal Lala, afrocolombiana de origen zambiano, de unos 27 años, bella pero taimada, trabajó hasta hace poco para el profesor como sirvienta. Estaba enamorada de él, y era, con Daniel Dimate, su compañera de juego. Salazar la había despedido para no tener ocasión de intimidad con ella, pues vivía solo en este apartamento.

–¿Y quién es Daniel Dimate? –preguntó el mayor Ricardo Silva.

–Por lo que sé –contestó Pardito–, Daniel es un ingeniero de sistemas, aficionado al basquetbol, al scrabble, al ajedrez, y a acostarse con mujeres de raza negra. Diría que es “negrofilico”, y que anda detrás de Lala para coronarla como reina negra del ajedrez.

–Bueno, bueno –interrumpió el mayor Ricardo Silva con la boca torcida y el ceño fruncido–. Vamos al grano. Yo estoy sentado ahora en la silla que ocupaba el muerto. Yo soy el muerto. Usted, Saad, ocupa el puesto de la mujer, a mi derecha. Usted es Lala. Y usted, Pardito, está en el sitio del hombre que juega a mi izquierda. Usted es Daniel.

–¿Está loco, Silva? –protestó Julián Saad dándose otra vez una palmada en la frente, que resonó en la sala como un chasquido–. ¿Por qué supone que aquí estaba sentada la exmucama? ¿Por qué dice que soy Lala?

–Por tres razones –contestó con firmeza Silva Romero–. Primera, miren el caimán. Ese es el puesto de la mujer. Segunda, porque usted ha contado la historia de Lala, y, tercera, porque, ya sabemos, basta imaginar algo para conocerlo. Así que usted, sargento Saad, es Lala.

–¿Y por qué soy Daniel? –preguntó el teniente Pardo–. ¿Es que me vio cara de ingeniero negrofilico?

–Exactamente por eso –contestó el patrón, y se hundió en un obstinado silencio.

Un rato después el espíritu del whisky que los tres acabaron de apurar en los 3 vasos que había sobre la mesa, despejó la mente del “patrón”, quien, con gesto de caudillo mesiánico, tomó la ficha con la S, hallada entre los dedos del occiso, y la puso en el extremo derecho del soporte que ahora tenía frente a sí.

-Miren lo que dice -exclamó-, y es un palíndromo: ¡SÁLA LAS!
Mire ahora cada quien lo que tiene en su respectivo soporte. A ver, Lala,
¿qué dicen sus fichas?

Sargento Saad -corrigió Julián-. Aunque se demore.



-¡Lala! -gritó el jefe, con mirada de furia-. Usted es Lala y no me
contradiga. A ver, Lala, ¿qué dicen sus fichas!

-LA CA CAL- contestó entre risas el sargento, dándose otra
palmada en la frente-. Eso, si asumimos que el comodín vale por la L.

-Y usted, Daniel, ¿qué es lo que tiene? Desembuche.

-ACÁ LA CA- dijo el teniente Pardo García-Peña-. Otro
palíndromo.

-Sí -agregó Ricardo Silva-. Los tres son palíndromos. ¿Por qué no
los ponemos unos sobre otros?

Y procedieron a hacerlo:

L	A	C	A	C	A	L
A	C	A	L	A	C	A
S	A	L	A	L	A	S

Cuando vieron el resultado, estuvieron de acuerdo en repetir
abajo, a manera de imagen especular, los dos primeros palíndromos,
separados por el del muerto:

L	A	C	A	C	A	L
A	C	A	L	A	C	A
S	A	L	A	L	A	S
A	C	A	L	A	C	A
L	A	C	A	C	A	L

-¿Vieron a Lala? -se burló Pardito, mirando a los ojos a Saad-. Usted es Lala. Esto es increíble. La la la la la...

-Pero hay algo incompleto -se preocupó el mayor Ricardo Silva-. Si tenemos 7 columnas, hacen falta 2 filas. Intentemos ponerlas.

Y las pusieron. Con las fichas de scrabble dispuestas de un modo y otro, en un desesperado intento por hallar sentido al azar, al cálculo, a la diversión y a la desdicha, a la muerte de Salazar, a la autoría intelectual y material del crimen, al papel de cada quien en la tragicomedia en que consiste nuestra vida, al juego infernal a que se presta el mundo, llegaron finalmente al crucigrama palíndromo que los dejó, además de admirados, más perdidos que antes. Sobre la mesa aparecieron 49 letras que tal vez guardaban las claves del misterio: **A la sala / Laca cal / Acá laca / Sálalas / Acá laca / Laca cal / A la sala**

A	L	A	S	A	L	A
L	A	C	A	C	A	L
A	C	A	L	A	C	A
S	A	L	A	L	A	S
A	C	A	L	A	C	A
L	A	C	A	C	A	L
A	L	A	S	A	L	A

4

Daniel Dimate dijo a la policía que era ingeniero de sistemas, hábil en la programación de crímenes virtuales, pero incapaz de matar una mosca.

-Imagine que está sentado, imagine que tiene piernas, que tiene cuerpo, y no pensará: soy inocente -le dijo "el patrón" Silva Romero mientras hojeaba el último número de la revista *SoHo*.

-Qué suerte -respondió Daniel-. Qué maravilla. Me hace usted recordar, señor policía, las palabras que la reina blanca le dice a Alicia, en

el librito de Lewis Carroll: «*Consider what a great girl you are. Consider what a long way you've come today. Consider what o'clock it is. Consider anything, only don't cry*»²⁶.

–Además de asesino, es usted un hombre culto –dijo el mayor Silva Romero, divertido con la erudición del sospechoso–. Asesino bilingüe y lector exigente. ¿Qué más queremos? Apuesto a que usted planeó y ejecutó el crimen mediante un modelo literario.

–Soy hacker, señor, y no asesino. La modesta cultura de que dispongo, que incluye el dominio de la lengua chibemba, se debe a mi afición a entrar a los correos de los demás, especialmente a los de la gente que tiene algo que enseñarme. Mediante este inofensivo procedimiento sé, por ejemplo, que la tal Lala, exmucama del profesor, y desde hace unos meses nuestra compañera de scrabble y de baloncesto, ardía de amor por él, sin que Salazar la hubiera incluido nunca en su proyecto de vida, razón por la cual ella le escribía por la Internet ciertos mensajes en chibemba, que para un lector vulgar (suponiendo que conociera esa lengua) no irían más allá de ventoleras de enamorada, pero que para mí eran graves amenazas de muerte.

–¿Cuáles? –preguntó el mayor Ricardo Silva con los ojos en llamas.

–En uno de los correos le escribió: “Chanda, ¿uacísanga icúúni kwii?”

–¿Y eso qué quiere decir?

–Chanda, ¿dónde encontraste el pájaro?

–¿Y el profesor le contestó?

–Sí, le contestó: “Íng'-ng'andá”. (En su casa). Días después –prosiguió Daniel–, la tal Lala le preguntó: “¿Tuléelyá nshi?” (¿Qué comeremos?), y el profesor contestó: “Tuléelyá buléetí. ¿Tuléelyá nshi?” (Estamos comiendo pan ¿qué comeremos?). Y ella: “Úmu-ti” (Árbol, medicina). Y terminó con la amenaza: “¡Pasóopo!” (¡Cuídate!).

–Qué buena memoria. Es probable –continuó Silva Romero– que en las palabras de Lala haya implícita una amenaza. Pero quiero pensar que usted es por lo menos el autor intelectual de este homicidio.

–¿Y qué pruebas tiene?

–Mire, payaso –contestó el policía–. Basta imaginar algo para conocerlo. Y lo estoy imaginando.

26. CARROLL, L. (1871): *Through the Looking-Glass*. Bbc Books, 2001.

–Ah, –exclamó Daniel con ojos de burla–. ¿No fue eso mismo lo que dijo Goethe?

–Que lo haya dicho Goethe o no, me tiene sin cuidado.

5

Lala dijo a la Policía que amaba a Salazar, pero que el profe no la quería. Que ella le tenía bastantes ganas porque hablaba bonito en español y en chibemba. Que una vez él le había dicho (en chibemba) que si fuera capaz de hacer con ella en la cama lo que hacía en la cancha de baloncesto, sería campeón del mundo. Que ella entendió (en español) el dicho de Salazar como que ahora sí quería meterle en la cesta todas las bolas. Dijo, además (en español), que el profe la había echado del puesto por querendona, “por mamona” decía él (en chibemba), y “por sucia” (en español). Que, no obstante, el 7 de julio del año 77, entre las 6 y las 7 de la noche, el profesor Salazar los había invitado, a ella y a Daniel, a jugar una partida de scrabble. Que antes de empezar, el profe, en son de chiste, –¡Ay, era tan chistoso mi profe!–, había escrito (en español) con las fichas del juego un insulto que enfureció a Daniel; algo así como: **LEÍ NADIE, LEÍ DANIEL**. Que para calmarlo, Salazar le aseguró que no era su intención ofenderlo, sino enseñarles un “patícrono”, o algo así, una frase o palabra que se lee lo mismo al derecho y al revés. Que un tal Marcel, conocido en los bajos fondos por el remoquete de “La lana”, le había enseñado a Salazar el truco de los “patícronos” con las fichas del juego. Yo lo que quería –agregó Lala en chibemba– era que el profe me volviera “patícrona” en la cama. Que me cogiera al derecho y al revés. Dijo (en español) que empezaron la partida en medio de la furia. Que daban gritos (en chibemba) y gesticulaban (en español). Que mientras Daniel y el profe subían el tono de la voz, el uno reclamando por el insulto (en chibemba), y el otro tratando de apaciguar los ánimos (en español), ella sacó del bolsillo un frasquito con una cosita para que esa noche el profe la quisiera, y untó con ella una fichita del juego del difunto.

–¿Qué porquería le untó a la ficha? –preguntó El patrón con la cara descompuesta.

-“Quereme” -contestó Lala compungida. Y agregó-: agüita amarilla. Le di pájaro macuá, corazón de azulejo, ojo del águila 'rial' y sesos de tominejo.

-¿Y qué pasó después? -preguntó Saad mientras se golpeaba de nuevo la incipiente calva.

-Mientras pensaba la jugada, el profe se metió la fichita a la boca, y luego se durmió. Como no despertaba, don Daniel y yo, salimos del apartamento y nos fuimos a un motel.

-Miremos de nuevo las 2 últimas frases palíndromas con las que formamos el crucigrama -invitó el jefe a los dos policías-. Miren, miren. ¡Qué barbaridad!

L	A	C	A	C	A	L
A	L	A	S	A	L	A

-¿La caca Lala sala? -preguntó a las carcajadas Julián Saad.

-¡No, Saad! ¡Por Dios! ¡No sea pendejo! ¡Fíjese bien! -continuó Silva-. Si combinamos las letras de las dos filas en el sentido arriba-abajo-horizontal-abajo-arriba-horizontal, etcétera, como si trazáramos una línea sinusoidal, nos queda una frase muy interesante, que puede mandar a Lala a pudrirse en la cárcel. Miren: **La laca saca Lala:**

L	A	L	A	C	A	S	A	C	A	L	A	L	A
---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---

-El veneno -gruñó Saad, resentido por el regaño, mientras se daba con la frente en la mano-. La laca es el veneno.

-Pero no es frase palíndroma -se quejó Pardito-, y así no vale.

-Pues entonces -concluyó El patrón-, nada de lo dicho es cierto.

Tendremos que empezar de nuevo. Tal vez de atrás hacia adelante.

6

El dictamen del forense enredó aun más las cosas:

“JUAN SALAZAR. Cuerpo de paciente de 43 años, de raza mestiza y estatura media de 1.64 m. Peso de 60 kilogramos. Con historia de haber sido hallado muerto en su domicilio, ingresa con livideces cianóticas en miembros inferiores, con predominio en muslo posterior y miembros superiores (antebrazos). Causa aparente de muerte no clara al ingreso a la morgue. Posterior a haberse realizado estudio tanto macroscópico como microscópico, además de pruebas toxicológicas pertinentes, se concluye como causa inmediata de muerte anoxia secundaria a envenenamiento por cianuro”.

–Pobre Lala –se compadeció Pardito–. Pobre Lala. El tal “quereme” resulto cianuro.

–No creo en la culpabilidad de Lala –reflexionó el “patrón” mientras arrastraba las sílabas de la frase–. Ella solo quería enamorar a Salazar, no matarlo. Hay que buscar en otra parte al asesino.

–Tampoco creo en la responsabilidad de Daniel –apuntó el sargento–. Daniel y el profesor eran buenos amigos, y la pelea no era para tanto. Hay que buscar en otra parte. Para mí tengo que el responsable de este crimen es el mismo que le enseñó a Salazar los trucos de estos juegos diabólicos. El tal Marcel que mencionaron. Pues vamos **A L A S A L A**, a la entrada, al comienzo del texto. Lean los siguientes palíndromos:

A L A S A L A

LEÍ NADIE : LEÍ DANIEL

SATÁN SALABA LAS NATAS

ALLÍ DA LA LANA PAN A LA LADILLA

–Los tres primeros los entiendo –dijo Ricardo Silva–. Pero el último se me escapa.

–¿No ve nada, Patrón? –dijo Pardito–. Mire allí a La ladilla. La Ladilla es Salazar. La lana, es Marcel, y el pan, el veneno.

–Están locos de remate –dijo el sargento–. Ustedes no ven un

carajo. Les voy a hacer un cambio, un pequeño movimiento, pues también he pensado que basta imaginar algo para conocerlo. Miren:

ALLÍ DA LALA NAPAN A LA LADILLA

-¿Entendieron?

-Sí, señor, entendimos -dijeron al tiempo el mayor Ricardo Silva y el teniente Germán Pardo-. Vamos por Marcel.

7

-Por donde lo mire, da lo mismo -dijo Ángel Marcel a la policía-: que se mate la gente en un partido de fútbol, vaya y venga. Pero que un hombre asesine a otro por una partida de scrabble, resulta por lo menos un juego divertido. Yo cambié el “quereme” por cianuro.

Aquí les pinto flores

*(...) que sean buenos los bobos,
porque otra cosa no pueden.
Giacomo Leopardi.*

1

Aquiles Pinto Flores, poeta y pintor, fue condenado a prisión por haber matado de amor a la mujer que amaba.

2

No hubo puñal ni arma de fuego ni otro ingenio agresor con que los humanos se matan. Hubo, sí, palabras asesinas. Tal vez, también, imágenes letales.

Aquiles, hijo de Aquileo, nació bajo el signo de Aries. Acaso porque el padre se llamaba Aquileo Pinto y la madre Ofelia Flores, dieron al niño la identidad tortuosa de Aquiles Pinto Flores. Ese fue su talón.

Los horóscopos dicen que las estrellas responden por nuestra suerte desde que nacemos. Lo que no sabían Ofelia y Aquileo es que Aquiles, además de significar “sin labios”, “fosco”, “negro”, “el que comprime sus labios”, “lóbrego”, “lúgubre”, “tenebroso” y “me vuelvo oscuro”, llevaba oculta en sus letras una maldición.

Con los años, Aquiles resultó poeta. Desde sus épocas de colegio cayó en cuenta de que su nombre y apellidos formaban oración completa, una unidad plena de sentido que, tiempo después, habría de erguirse en poema o cuadro, en contraste con otros modos tontos de llamar a las personas, Pompilio, por ejemplo.

Pese a haber oído una y otra vez de boca de su maestro que las palabras usadas con intención son en extremo peligrosas, se dio a fabricar máquinas verbales. Una vez dijo “Lentitud” y los relojes de su casa se atrasaron. Otra vez dijo “Fuego” y se abrasó los labios. En una ocasión dijo “El girasol es rojo”, y uno de los de Van Gogh cambió a ese color en la portada de un libro sobre el pintor. En otra ocasión dijo “Aquí les Pinto Flores”, pero nadie observó ningún cambio de importancia, pues él se llamaba como estaba escrito: oscuro hasta la muerte.

Hacía poemas en forma de llave para abrir las puertas, en forma de nube para que lloviera, en forma de pájaro para que volara, en forma de cuchillo para pelar naranjas, en forma de jaula para encerrar el loro, en forma de lápiz para escribir poemas.

Una vez advirtió que las frases “Oí burlas al rubiO” y “A tu plácida, radical putA”²⁷ podían leerse de derecha a izquierda y al revés, con

27. GIRALDO, Juan David. (2001): *Palíndromos*. Bogotá, Villegas editores. Pág. 93.

idéntico sentido. Entonces se dio a fabricar sus propios artilugios, como estos:

Ese mal onagro, ese Onán enano, ese órgano lámeSE
Adán, (res o no res), liga ese ágil (ser o no ser) nada
Adán, la ira, la salarial nada
Ateo poeta, a Teo, poeta
Leí nadie: leí Daniel
Satán salaba las nataS
Allí da la lana pan a la ladilla
Acá habla, allí vaga o allá calla o agavilla albahacA
Se le nota: será separada Nelly y llena dará pesares a toneleS

3

Aquiles Pinto Flores amaba en secreto a una muchacha con cara de niña prerrafaelista. Nunca antes le había hablado, pues era tímido en extremo y taciturno. Cuando la vio en el velorio de una joven que se había ahogado, y que resultó pariente de ambos, se atrevió a decirle:

–Me llamo Aquiles Pinto Flores. ¿Y tú?

–Tengo nombre de drama y de pintura –le contestó ella, con la mirada fija en el ataúd–. Me llamo María Ofelia Flores. Casi como tu mamá.

–Así que nos conoces –dijo él–. O a ti te sobra el María o a mi mamá le falta.

–Creo que a mí me sobra y a tu mamá le falta. Además de común, María es un nombre triste y de mal presagio. No han sido muchas las Marías felices.

–Entonces –dijo él–, te llamaré María.

–Y yo te llamaré como te llamas –dijo ella.

–Qué maravilla –comentó Aquiles–. Nos une un parentesco de palabras.

Horas después, en el cementerio, mientras el sepulturero dejaba caer sobre el cajón las primeras paladas de tierra, y cuando, como en el

poema de Quessep, “Honda / sonó la muerte en el aljibe”, Aquiles le dijo a María Ofelia: “Si pudiera decirte lo que quiero, / sabría decirlo todo”. Eso bastó para enamorarla, y desde entonces supo –y ella también– que aun con esos nombres, serían para siempre cada uno metáfora del otro.

No hubo tregua. Una tarde se fueron a la cama con un poema que le compuso Aquiles:

No son tus ojos lo que más recuerdo. / Son tus ojos en mí, /
dándome la visión que me faltaba. // Si dos se miran, bellos, a los ojos, /
exceden el modelo / de la estatua que tallan; / la perfección, el gesto, la
mesura / de la pena en el rostro; la inminencia / del rubor sentido en
las mejillas / que de pronto se encienden, / y no saben si el sol / con su
mano maestra, / a través de la nube y la ventana, / da decoro y verdad a
la escultura, / o son sus ojos los que dan certeza / al pudor que
transmuta en carne viva / –casi en llaga– la piedra. // Si dos se miran,
bellos, a los ojos, / el amor se convierte en monumento. // No son tus
manos lo que más recuerdo. / Son tus manos en mí, / dándome el
mundo, dándome el cimiento, / la costilla de Adán que me faltaba. // Me
diluyes y al tiempo me modelas, / me endureces, me ablandas, / me
nombras, me desnombras, / y en mi razón de arcilla te edificas. // Si me
tocas, conmigo te haces hombre / y a la vez en mujer me transfiguras, /
hombre y mujer, criaturas y hacedoras, / escultor y escultora que se
eligen / para ser uno en dos, la mutua imagen, / doble cristal de roca en
el espejo. // Penetrado por ella, la seduce, / habitado por ella, se le
entrega. // Me vives, te desvives, / me haces llaga y en sangre te diluyes,
/ me desarmas, me hieres, me enamoras, / me estremeces si abrazo tu
cintura. / A golpes de cincel / le doy forma a tu vientre; / a tu espalda,
llanura donde pace / el inquieto rebaño de mis dedos; / a tu cuello, pilar
de la nostalgia; / a tu ombligo, vestigio / del dolor más profundo; / al
talón de tu pie, como el de Aquiles, / proclive a claudicar y a redimirse; /
a tus senos, erguidos alminares, / cada uno parábola del otro; / a tus
muslos que se abren y me ofrecen / la herida del placer más escondido.
// En el amor te formo, / en el amor me creas. / Por el amor labrado y
esculpido, / nos llenamos de amor y de deseo, / nos llenamos de amor y
de deseo.²⁸

El poema los dejó sin aire.

28. Ángel Marcel. (2009): “Vox Sculptorica”. En: www.angelmarcel.com Menú. Escritos. Poemas. La búsqueda de amor ya es un encuentro.

4

Años atrás, sin maestro que lo ayudara, Aquiles Pinto Flores aprendió el oficio de la pintura. Pintando flores empezó a ejercer sobre el lienzo la gramática de su nombre y apellidos.

Como hacía poemas en forma de llave para abrir las puertas, en forma de nube para que lloviera, en forma de pájaro para que volara, en forma de cuchillo para pelar naranjas, en forma de jaula para encerrar el loro, en forma de lápiz para escribir poemas, pronto vio en la escritura el principio esencial de su pintura:

“Azul de cobalto y de cerulio. Amarillo de cadmio, carmín de garanza y blanco de titanio. El aire aroma a trementina. Huele a sándalo en flor, a linaza y aguarrás. Rojo de cadmio y azul de Prusia, Bermellón escarlata, verde claro permanente y verde oscuro permanente. Violeta de cobalto claro y oscuro, los colores servidos sobre la paleta. El lienzo en blanco sobre el caballete. Setos frescos y en flor, flores silvestres y nenúfares, plantas acuáticas, y un nido de pájaros para lograr, con la lentitud del agua y sus reflejos, la más viva imagen de la muerte. Situado frente al paraje, tomándolo del natural con la mayor fidelidad posible, y sin permitir que el tránsito mortal turbe la belleza de tu rostro, pongo después tu figura exánime en el lecho del arroyo al cual caíste cuando adornabas con flores un sauce primitivo en memoria de tu padre, muerto por error a manos del príncipe de Dinamarca.

“De este modo el paisaje previo impuso su carácter a la obra. Pintada el agua bajo el follaje umbrío, supe que aquel era el sitio ideal para tu muerte. Fuiste pues, María, posterior figura al fondo y al paisaje. Soy el fondo de ti, la idea de cielo / que emana del perfil de tu semblante; / yo soy tu corazón y tu habitante / mi amor, mi Dios, mi afán y mi modelo”.

El cuadro lo dejó sin aire.

A prudente distancia del bastidor, miró el conjunto. Luego, con un poco de verde oscuro y blanco de titanio, diluidos, –el trazo pulcro aunque nervioso y ágil–, puso su firma sobre una piedra lamosa y lisa del arroyo: Aquí les Pinto Flores / 52.

5

Nadie aceptó como accidental la muerte de María. Desde que el cadáver flotó en el arroyo, todos pensaron que había habido manos criminales, tanto que Agualongo, el idiota de la comarca, un enano gracioso y jorobado, de memoria prodigiosa, andaba repitiendo por las calles: "Se parece al cuadro, se parece al cuadro".

Meses antes, María había dejado a Aquiles por un filósofo, lo que equivalía a que ahora ella se acostara con la hermenéutica encima, cuando tantas veces antes había hecho el amor con la poesía.

Llamaron, pues, a la autoridad. Llegaron tres agentes investigadores: el mayor Ricardo Silva Romero, conocido como "el patrón", el teniente Germán Pardo García-Peña, a quien de cariño le decían "Pardito", y el sargento instructor Julián Saad, llamado también "el periodista", quienes habían aprendido su oficio de sabuesos leyendo y escribiendo excelentes historias policiales, relatos lacerantes que ponían el dedo en la llaga de la miseria humana. Saad, además, era experto profesor de cine de suspenso en un conocido colegio de la ciudad. Para resumir, una nómina de lujo.

Puesta, pues, la denuncia y cumplidas las primeras averiguaciones y formalidades, sin pérdida de tiempo los agentes se dispusieron a hacer una inspección en la casa del pintor, ahora sospechoso de homicidio. Aquiles no estaba. Los recibió la criada.

Lo primero que advirtieron al transponer la puerta, fue un cuadro colgado en la pared principal de la sala.

Con celo profesional se acercaron, y al ver la imagen sobriamente enmarcada en caoba, con el alivio de una marialuisa de color marfil, el

sargento Saad recordó las palabras del jorobado: “Se parece al cuadro, se parece al cuadro”.

–Está un poco despeinada –apuntó Pardito.

De inmediato el “patrón” le ordenó al sargento Julián Saad:

–Tome las medidas y una foto.

La obra medía 76 x 111 cm. Era un óleo sobre tela que representaba a una mujer ahogada. Lo curioso era que la muerte no lograba turbar la placidez del rostro. En el ángulo inferior derecho, entre la tela y la marialuisa, y ocultando la firma del artista, había un papelito largo y rectangular que ponía en letra manuscrita:

algo que fluye inquieto como el río / de su leve cintura bajo el cinto.

Entre paréntesis aparecía el número (3). Y al otro lado, en el ángulo inferior izquierdo, en otro papelito del mismo tamaño y aspecto que el anterior, había una serie de 9 letras en mayúsculas:

VTQNM RGLF

–¿Quién firma la obra? –preguntó el mayor Ricardo Silva.

–Aquí les Pinto Flores / 52. –respondió Pardito.

–¿1952? ¿1852? ¿1752? No puede ser tan antigua. Todavía huele a óleo fresco –observó “el periodista”.

–Recuerdo –dijo entonces Pardito– que en 1852, un tal Sir John Everett Millais pintó un cuadro llamado Ofelia. Recuerdo también que cuando estudiaba en el Politécnico, hice un trabajo sobre Ofelia para la clase de Historia del arte, a propósito de los prerrafaelistas. La obra original, si es que no es esta, está en la Tate Gallery de Londres, donde pueden verla cuando vayan.

–Muy curioso –comentó el sargento–. O el tal Pinto Flores copió la obra de Millais, vaya a saber usted con qué propósitos oscuros, o simplemente Aquiles y Millais son la misma persona.

–Elemental, mi querido Adso –contestó el “patrón”–. Otra manera de decir lo mismo es decir lo mismo de otra manera.

Pasaron enseguida a la biblioteca. Libros y libros y más libros en los anaqueles. Discos y esculturas. Frascos de colonia y de perfumes. Roger & Gallet, Façonnable y Johann Maria Farina, Enciclopedias, atlas, el Oriente / y el Occidente, siglos, dinastías. / Símbolos, cosmos y cosmogonías / brindan los muros, pero inútilmente. // Borges. Vallejo,

Miguel Hernández, Silva (Ricardo y José Asunción), De Greiff, Quessep, Quevedo y Víctor Hugo. Goethe, Sófocles, Kafka, Cervantes, Milan Kundera, Musil, Hermann Broch, Camus, Dante, Homero, Sábato, Saramago, Nabokov, Zolá, Tolstoi, y Dostoievski. Yourcenar, Virgilio, Lope de la Vega, Calderón de la Barca, Süskind, Jorge Iván Salazar, Jorge Iván de la Parra y Londoño, Juan Carlos Bayona, Gonzalo Mallarino Flórez, Ignacio Vélez Pareja, Conan Doyle, Chesterton, José Donoso, libros y libros y más libros, y, discretamente oculto por un bronce de Narciso, Mis primeros cuarenta años, de Jorge Barón, al lado de algunas novelas de Corín Tellado.

–Ningún principio de orden –dijo “el patrón”–. Ningún criterio. Libros y más libros.

–No, señor –respondió Pardito–. Todos son libros de literatura. Y de la buena.

–Ni tanto –sentenció Julián Saad, esbozando una sonrisa equívoca.

–Lo que me molesta –dijo el mayor Ricardo Silva– es que, junto con mis libros, Podéis ir en paz, Sobre la tela de una araña, Requiem, Relato de navidad en La Gran Vía, Tic, y Terranía, estén el libraco de Jorge Barón y las novelitas de Corín Tellado. Si por lo menos el tal Aquiles, aunque injusto, fuera selectivo. No, carajo, no hay derecho. Dime qué lees y te diré quién eres.

–Pues sepan que me voy formando muy buena idea del tal Pinto –comentó Pardito–. Es un hombre de humor. Si lee a mi mayor, es porque no es tan bruto.

–No sea sapo –le espetó “el periodista”.

Estamos aquí –agregó Saad– para investigar y esclarecer un posible delito, no para hacer crítica literaria, aunque esta –como dice Chesterton– sea una especie de tarea detectivesca que va siempre detrás de los artistas y de sus obras criminales. Fíjense bien. Aquí hay algo por lo menos sospechoso, y sospechoso es todo aquello que sea diferente. Miren esto: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho. Un grupito de ocho libros de distinto tamaño, forrados todos con papel de regalo navideño. Todos también con papelitos entre las páginas, como si señalaran textos especiales. Y todos, además, con números en los lomos.

Observen esto y tomen nota: 9, 1, 7, 2, 4, 6, 5, 8. Fíjense que falta el 3. Aquí puede haber gato enmochilado.

-¿Cuál gato enmochilado? -suspiró Pardito-. No nos venga ahora con el cuento de que estos libros, solo porque están forrados en papel de regalo navideño, tienen alguna relación con Relato de Navidad en La Gran Vía. En ese caso hasta “el patrón” estaría implicado. En cuanto al número 3, está en el cuadro.

-¿Y qué tiene que ver el cuadro con los libros? -preguntó el sargento-. ¿Y qué tienen que ver el cuadro y los libros con la muerte de doña María Ofelia?

-Se parece al cuadro, se parece al cuadro -recordó Pardito.

El primer libro, de izquierda a derecha y marcado en el lomo con el número 9, era Cuentos orientales, de Marguerite Yourcenar. Julián Saad se puso unos guantes, y con gran cuidado lo sacó del estante.

Señalando el texto “Cómo se salvó Wang-Fo”, había un papelito similar a los del cuadro, que decía:

y el amor perdido / de ahogarla estaba en todo su derecho.

-Yo me sé ese cuento de memoria -dijo El patrón-. Y empezó a recitar como cuando daba la lección en el colegio:

-Apresado junto con su discípulo Ling por orden del emperador Dragón Celeste, y condenado a perder sus manos y después la vida por el solo delito de haberle hecho ver en sus cuadros un mundo más hermoso que el real, antes de morir Wang-Fo es obligado a concluir su obra maestra (aquí impostó la voz), una pintura admirable en donde se reflejan las montañas, el estuario de los ríos y el mar, infinitamente reducidos, es verdad, pero con una evidencia que sobrepasa la de los objetos mismos. Sentado sobre el lienzo que reflejaba el agua, Wang-Fo pinta una barca que, una vez terminada, sirve para que el pintor y su alumno se vayan alejando de la prisión hasta perderse en la distancia²⁹.

-Tiene cinco aclamado, mi mayor -se burló Pardito.

El segundo libro -de formato pequeño y marcado con el número 1- era la Biblia de Jerusalén. El papelito, que señalaba el capítulo 7 del Génesis en que se narra el diluvio universal, ponía la siguiente frase en letra manuscrita:

29. YOURCENAR, Marguerite. (2000): Cuentos orientales. Editorial Punto de lectura. Suma de letras, S. L.

Ahogada va a morir. /

Subrayados con verde fluorescente, podían leerse los versículos 11 y 12.

–“El año seiscientos de la vida de Noé –leyó “el patrón”–, el mes segundo, el día diecisiete del mes, en ese día saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron, y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.”³⁰

–Les faltó poner la hora –se rió Pardito.

–Agua la del diluvio universal –dijo el sargento con entonación oratoria–, cuando llovió cuarenta días y cuarenta noches sin cesar. Hubo agua para todos, y todos quedaron satisfechos.

–Tienen cinco aclamado –sentenció Pardito.

El tercer libro, marcado con el número 7, era de Sófocles. Las tragedias de Ajax, Antígona y Edipo Rey. En la página 153 (sobre el texto de Edipo), el papelito decía:

Si el anuncio / evitado por años se ha cumplido, /

Resaltadas con el mismo verde fluorescente, Julián Saad leyó las siguientes palabras:

– (...) Por fin, a escondidas de mi madre, tomo el camino de Pito, y Apolo me deja ir sin responder a lo que yo deseaba, pero bastante aclara mi mísero destino respondiendo un terrible, horroroso vaticinio, que había de dormir con mi madre y poner ante los ojos de los hombres una raza execrable, y que había de matar al padre que me engendró. Yo, después de oír esta respuesta, me doy a la fuga, siempre midiendo la distancia que me separa de la tierra de Corinto, al azar de los astros, a lugares adonde no vea nunca realizarse las desgracias de aquel funesto oráculo... En mi camino, llego a un lugar como este en que tú dices que fue asesinado el Rey Layo... (Baja la voz tembloroso.) Y a ti, mujer, te diré la verdad. Cuando estaba yo cerca de la encrucijada que has dicho, un heraldo y tras él un hombre que iba en un carro tirado por potros, un hombre como el que tú describes, se me acercan de frente. Y el heraldo que va abriendo paso y el anciano quieren por fuerza echarme del camino; yo, airado, le doy un golpe al hombre que me apartaba, al conductor, pero el anciano, al verme, cuando paso por el lado del carro

30. Biblia de Jerusalén. (1976): Génesis 7, 11-12. Bilbao, La Editorial Biscaína, p. 11.

en mitad de la cabeza me golpea con las dos puntas de su fusta. No recibe de mí la misma pena. Sino que, al punto, golpeado por un bastón que sostenía esta mi mano, cae de bruces en mitad del carro y luego rueda hasta el suelo... Di muerte a todos. Y, si este desconocido tiene algún parentesco con Layo, ¿qué hombre hay más mísero que este (señalándose a sí mismo), en estos momentos? ¿Podría haber hombre más aborrecido por los dioses? (...) ³¹

El cuarto libro señalado con el número 2, era el tomo I de la Historia de la filosofía, de Nicolás Abagnano (2º edición, Barcelona: Montaner y Simón, S. A., 1973). En la página 17, donde puede leerse que Heráclito fue autor de una obra en prosa, *Acerca de la naturaleza*, además de aforismos y sentencias breves y tajantes, no siempre claras, que le valieron el sobrenombre de “El oscuro”, a manera de seña de lectura, había un papelito que decía:

Aquí les pinto / el amazonas que hay en su atavío /

–¿Se dan cuenta? –dijo el sargento Julián Saad, dominado por el asombro–. El río de Heráclito. Se parece al cuadro, se parece al cuadro. Aquí hay gato enmochilado.

El quinto libro –un poco más ajado que los anteriores, y marcado con el número 4–, era El nombre de la rosa, de Umberto Eco. Cuando Julián Saad, con sus guantes de detective lo sacó del estante, y lo abrió en la página 475 (Séptimo día, NOCHE), no podía creerlo. En verde fluorescente se destacaban las siguientes palabras: “–¿Aún está vivo? Creía que ya se le había acabado el aire”. Y, para mayor asombro, el papelito decía:

Así como me llamo Aquiles Pinto / Flores habrá que pierdan el navío, / nombres habrá que rindan su albedrío / a la alta y honda flor del laberinto.

–Esto es increíble –dijo El patrón francamente preocupado–. No quisiera pensar que la muerte de esa mujer está relacionada con este macabro juego literario. Veamos qué hay en el siguiente libro.

El sexto –y marcado con el número 6–, era Cien mujeres colombianas [Antología de poemas], de Fernando Garavito Pardo y Fernando Umaña Pavolini. En la página 131, encontraron el poema de

31. SÓFOCLES. (1969): “Edipo Rey”. En: *Ajax, Antígona, Edipo Rey*. Navarra, Salvat Editores, S. A. Pág. 153.

Giovanni Quessep (1939), “Un verso griego para Ofelia”. Y en la página siguiente, resaltado en verde fluorescente, las palabras “honda sonó la muerte en el aljibe”³². Para mayor preocupación de los detectives, el papelito decía: Si pronuncio / su nombre bajo el agua

–Créanme –dijo Pardito–, que esto parece una broma de muy buen gusto, un chiste de lo más fino. Si el siguiente libro no tiene algo que ver con agua, que me cuelguen. A ver, Julián, que se vea.

Y lo vieron. El séptimo libro, marcado en el lomo con el número 5, era el Popol Wuj. En la página 15, el verde fluorescente resaltaba: “Los hombres de madera trataron de salvarse de la inundación”³³. Y en el papelito podía leerse: Que se ahogue María.

Y el último libro, marcado con el número 8, era el Hamlet, de William Shakespeare. Y el papelito decía:

Muere ahogada María. De su pecho / escapa el aire,

En la página 142, en que empieza la escena XXIV del acto IV, pudieron leer el siguiente diálogo:

Laertes. –¡Ahogada!... ¿Dónde?... ¡Cielos!

Gertrudis. –Donde hallaréis un sauce que crece a las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir a suspenderla en los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia o como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron a la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.³⁴

32. GARAVITO PARDO, Fernando, y UMAÑA PAVOLINI, Fernando. (1992): *Cien mujeres colombianas (Antología de poemas)*. Bogotá, Ediciones Cama/León. Pág. 131.

33. Popol Wuj, *las antiguas historias de los indios quichés de Guatemala, ilustradas con dibujos de los Códices mayas* (1984): México, Editorial Porrúa, S. A. Pág. 15.

34. SHAKERPEARE, William. (1969): *Hamlet*. Biblioteca Básica de Salvat. Pág. 142.

–Blanco es, gallina lo pone y frito se come –dijo el mayor Ricardo Silva Romero, con cara de quien ha resuelto el enigma pero no el misterio.

–Se parece al cuadro, se parece al cuadro –dijeron en coro Julián Saad y Pardito.

–Quedan, sin embargo –agregó El patrón–, varios cabos sueltos:

Uno, las letras mayúsculas que están en el papelito, al lado izquierdo del cuadro. Dos, los números que señalan los lomos de los ocho libros. Tres, la relación –si es que la hay– entre las frases escritas en los papelitos. Cuatro, ¿quién pintó el cuadro de la sala? Cinco, ¿qué tiene que ver Aquiles Pinto Flores con la muerte de María Ofelia Flores?

Tomemos los ocho libros en el orden en que están, y vamos a la sala.

La criada, que trabajaba por horas, ya no estaba en la casa. Aquiles Pinto Flores aún no había llegado. Así que los detectives –con cara de quien no logra resolver un crucigrama– se sentaron alrededor de la mesa de centro. Sobre ella Julián Saad puso los ocho libros en el orden en que los habían hallado.

–Bueno, pues si les parece, empecemos por las letras –dijo el mayor Ricardo Silva, mientras sacaba el papelito del ángulo izquierdo de la Ofelia–. Tenemos las siguientes: VT Q N M R G L F

–Esto se me parece –recordó Pardito– a “¿Le llamas cripta? Hija del azar, fruto del cálculo”, un cuento raro de un tal Ángel Marcel –medio pintor, mejor poeta–en el que la mnemotecnica ayuda a resolver el enigma cifrado en un soneto. Recuerdo (creo) que en ese cuento, la V tenía un valor de 9. No me pregunten por qué, porque no me acuerdo. Asimismo, la T valía 1; la Q, 7; la N, 2; la M, 3; la R, 4; la G, 6; la L, 5; la F, 8.

–¡Eureka! –gritó Saad–. Pues esos son los números pegados en los lomos de los libros. Y en ese orden. Claro, mi mayor. Claro, mi teniente Pardito. Miren: La V corresponde al libro de Margueritte Yourcenar, que es el primero. La T corresponde al segundo, que es la Biblia; la Q, al tercero, que es el de Sófocles; la N, al cuarto, que es la Historia de la filosofía, de Abagnano; la M..., ¿la M no vale 3? Debería corresponder a El nombre de la rosa... Lo grave es que ese libro está marcado con el número 4...

-Ya les dije -recordó Pardito- que el cuadro está marcado con el número 3. Deberían hacer el Curso casero de memoria y concentración, del Dr. Bruno Furst.

-Perfecto -prosiguió el sargento-. Entonces que la M corresponda al cuadro. La R, entonces, corresponde al quinto libro, que es El nombre de la rosa; la G, al sexto, donde está "Un verso griego para Ofelia", de Giovanni Quessep; la L, al séptimo, que es el Popol Wuj; y la F, al octavo libro, que es el Hamlet, de Shakespeare. Listo. ¿Contentos?

-Ni mucho -protestó el "patrón"- . ¿Y por qué esas letras y no otras?

-Según el Dr. Bruno Furst -dijo Pardito-, a los números convertidos en consonantes, se les pueden agregar vocales -que no tienen ningún valor numérico-, con el fin de formar palabras y frases.

-¿Y qué frase formaría usted con las letras consonantes que tenemos? -insistió El patrón.

-Pues la que ya encontré en el espejo del baño, escrita con pintalabios: VeTe, Que No Me RiGe La Fe

-Mis respetos, Pardito -dijo El patrón, haciéndole una venia-. Ya decía yo que usted lee mejor el mundo que los libros.

Resuelto el misterio de las letras mayúsculas y su relación con los números en los lomos de los ocho libros, les quedaban pendientes los otros tres enigmas, a saber: el del vínculo -en caso de haberlo- entre las frases escritas en los papelitos, el de la autoría del cuadro de la sala y la responsabilidad de Aquiles Pinto Flores en la muerte de María Ofelia Flores.

-Si les place -consultó El patrón-, pasemos a la relación entre las nueve frases escritas en los papelitos. Propongo que las pongamos una detrás de otra, tal y como las encontramos en nuestro recorrido.

El texto quedó así:

(3. El cuadro) algo que fluye inquieto como el río / de su leve cintura bajo el cinto. // (9. Yourcenar) y el amor perdido / de ahogarla estaba en todo su derecho. (1. Biblia de Jerusalén) Ahogada va a morir. (7. Sófocles) Si el anuncio / evitado por años se ha cumplido, / (2. Abagnano) Aquí les pinto / el amazonas que hay en su atavío (4. Umberto Eco) Así como me llamo Aquiles Pinto / Flores habrá que

pierdan el navío, / nombres habrá que rindan su albedrío / a la alta y honda flor del laberinto. (6. Giovanni Quessep) Si pronuncio / su nombre bajo el agua (5. Popol Wuj) Que se ahogue María (8. William Shakespeare) Muere ahogada María. De su pecho / escapa el aire,

-Frasas sueltas -dijo Julián Saad-. La última, además, termina en una coma. ¿Por qué no las ponemos en riguroso orden de 1 a 9?

Ante el desconcierto de los tres agentes, el texto les quedó así:

*Ahogada va a morir. Aquí les pinto
el amazonas que hay en su atavío,
algo que fluye inquieto como el río
de su leve cintura bajo el cinto.*

*Así como me llamo Aquiles Pinto,
Flores habrá que pierdan el navío,
nombres habrá que rindan su albedrío
a la alta y honda flor del laberinto.*

*Que se ahogue María. Si pronuncio
su nombre bajo el agua, si el anuncio
evitado por años se ha cumplido,*

*muere ahogada María. De su pecho
escapa el aire, y el amor perdido
de ahogarla estaba en todo su derecho.*

-¿Quién pintó el cuadro de la sala? -preguntó Julián para disimular su asombro.

- El homicida -respondió El patrón. Y agregó:

Sir John Everett Millais y Aquiles Pinto Flores son la misma persona, es decir, el hombre que mató de amor a la mujer que amaba. ¿No se han dado cuenta de que toda obra de arte es criminal?

-Que lo cuelguen -dijo Pardito-. Que lo cuelguen por bobo, pues, como afirma Giacomo Leopardi, "(...) en todas las lenguas civilizadas, antiguas y modernas, las mismas voces significan bondad y bobería,

hombre de bien y hombre simplón”. Como usted, mi mayor Silva, como usted, mi sargento Saad, hombres demasiado buenos para esta época de astutos y avivatos.

–Que lo cuelguen –concluyó el sargento Julián Saad– por habernos metido en este cuento.

¿Así que esto es la muerte?

1

Narciso De Liborio, prófugo de la justicia, cerrajero, pintor de domingo, profesor y poeta, quien ahora protegía su identidad con el pavés o escudo de Cesare Pavese, apuntó en su agenda el día y hora de su muerte, con el mismo cuidado e interés con que había anotado sus otros compromisos.

2

Vivía el poeta en la última planta de un excéntrico edificio de 14, cuya nomenclatura, en vez de señalar los pisos con números arábigos, los distinguía con letras mayúsculas seguidas de ciertas palabras un tanto misteriosas, en perfecto acuerdo con el color de las paredes.

El D-Cabellera, que era el primero, tenía muros pintados de amarillo de espino cervical. Nunca tal se vio en la nomenclatura de ninguna torre, excepto en la de esta donde vivía Pavese, clásica, críptica, esencial, austera y sustantiva, por cuya defensa sin fe ni convicción estaría dispuesto a volver a la cárcel, o a consentir un exilio voluntario que, sin embargo, no implicara ningún compromiso ni esperanza alguna en la redención de los hombres. “La compensación de haber sufrido tanto –había dicho a sus amigos– es que después nos morimos como perros”.

Y así, conforme se subía por el ascensor o las escaleras, se encontraban los otros pisos: el E-Puerto, pintado de azul de Egipto, el E-Muerto, de azul de Bremen, el D-Sonriera, de amarillo de Nápoles, el C-vida, de rojo español, el C-partida, de carmín nacarado, el A-mano, de verde mate, el B-hombría, de blanco de China, el B-agonía, de blanco de cal, el A-ciudadano, de verdete, el A-humano, de verde de Rinmann, el B-traía, de blanco creta de Bolonia, el B-bahía, de blanco de barita, y, por último, el A-temprano –el piso de Pavese–, de verdín o cardenillo.

–Es como vivir en el arco iris –le dijo alguna vez Ignacio Vélez, uno de sus poquísimos amigos.

–Sí, señor –asintió Pavese–. Y como vivir también en un soneto.

3

El profesor Pavese fue el primero en llegar a las 6:50 de la mañana al comedor de directivos. Poco después llegaron los decanos y docentes invitados. Salvo por el jugo de naranja, el pan con mantequilla y mermelada, los huevos revueltos “al gusto” y el chocolate que sirvió don Héctor con gestos de ayuda de cámara de Su Alteza Real, la princesa Camilla Parker Bowles, el desayuno de trabajo organizado por Vicerrectoría para elucidar las grandes diferencias entre reforma educativa y reforma educacional con miras a los procesos de autoevaluación y acreditación del Instituto, pasó sin pena ni gloria.

No faltó quién contextualizara la puesta en común –como se les dice ahora a las discusiones bizantinas– dentro del marco teórico de la semiología pedagógica al uso, como estudio que es de los signos y sistemas de signos de dicha disciplina en el seno de la vida social, para desacreditar en seguida los enfoques semióticos tradicionales que, al parecer, se ocupan de lo mismo.

Quien finalmente zanjó entre risas la disputa fue precisamente el profesor Pavese, quien advirtió que la diferencia entre *reforma educativa* y *reforma educacional* es la misma que hay entre muerto y

difunto, panificadora y panadería, fábrica y factoría, cacao y chocolate. “No sé –concluyó mientras se levantaba de la mesa– por qué nos seguimos matando por palabras”.

4

Aunque estaba algo enfermo, no era como para morirse tan temprano. La próstata, por mal que la cuidara, podía aguantarle seis años más de vicio, y sus pulmones de fumador, otros siete.

No obstante, a las nueve se presentó en la *Nuova Necrópoli Ecuménica*, la funeraria del señor Chiaviríe.

Después de los saludos de rigor a tono con el ambiente fúnebre de la empresa, desde cuya dirección, con todo respeto, señor Pavese, hemos sido líderes continentales durante más de 30 años gracias a nuestra agresiva gestión y a la tecnología de punta que nos ha permitido posicionarnos en los primeros lugares de la industria mortuoria, como otros dirigentes del país se han posicionado ya en sus respectivas industrias, la educativa entre ellas, en sintonía con los aires de globalización que soplan en estos tiempos; gracias además a nuestro atractivo proyecto tanatológico estratégicamente ejecutado y atendido por el recurso humano a nuestra disposición, audaz, “asertivo”, leal, competente y “proactivo”, no solo en lo que atañe a la preparación y presentación estética de los cuerpos bajo estrictas normas de asepsia y seguridad sanitaria exigidas por el ente del ramo, sino también en la fabricación de más de 70 modelos de cofres de excelente calidad y acabado, modelos únicos en continua renovación, a la altura de las exigencias de nuestros clientes, permítame ponerme a su disposición para ofrecerle total o parcialmente nuestro portafolio, que incluye los trámites notariales, el traslado del fallecido hasta nuestra sede, el proceso de embalsamamiento y colocación del ser querido en el cofre que usted escoja, a cargo siempre de expertos tanatólogos con título

profesional, diplomado, magíster o especializaciones; los arreglos florales, los obituarios en la prensa, la capilla ardiente y el acompañamiento de los deudos, la esmerada atención a quienes nos visiten, con un refrigerio cada seis horas que incluye, según la hora del día o de la noche, te o café o limonada, bebidas gaseosas y sabrosas galletitas con el logo de nuestra casa, aguas aromáticas, deliciosos y discretos canelazos, tisanas, tilo o toronjil; la ubicación a la entrada de nuestras salas de velación del libro de condolencias, en un atril finamente tallado en maderas nobles; las diligencias para la celebración de las exequias en la parroquia a la que pertenezca el extinto, o en el templo que haya pedido en sus últimas voluntades, con un ligero incremento del 10% en los costos si el oficiante es canónigo o monseñor y lleva por escrito la oración fúnebre o el panegírico; la conducción del cadáver desde nuestra sede a la iglesia y de allí al jardín cementerio, en carrozas de lujo de las prestigiosas y exclusivas marcas Lincoln, Jaguar, Cadillac, Mercedes Benz, BMW, Volvo o Rolls Royce, según las preferencias de nuestros clientes, en cuyo vidrio trasero fijamos una linda cinta funeral con el nombre del fallecido que entregamos a los deudos una vez concluyan las honras fúnebres; y para aquellos que deseen un ceremonial más económico, una carroza de la marca Renault, más modesta es cierto, pero también pulcramente arreglada como lo merecen todos nuestros difuntos, con escolta a cargo de personal motorizado que activará o no las sirenas durante el desfile si así lo disponen los parientes; la asistencia psicológica a los familiares que lo deseen, por parte de nuestras expertas terapeutas formadas en las escuelas de Deepack Chopra, Antony de Mello o Walter Riso, para una adecuada elaboración del duelo, y, finalmente, señor Pavese, después de la inhumación o de la entrega del cuerpo para su cremación, el obsequio de un lindo recordatorio que consiste en un lapicero con el nombre del difunto grabado junto al logo de nuestra casa.

-No es para tanto -se rio Pavese-. Yo solo quiero un cajón y un entierro sencillo.

-Ah, sí, sí, señor Pavese, por supuesto. No faltaba más. Usted necesita un cofrecito. Permítame antes que todo darle en nombre de la

Nuova Necrópoli Ecuménica y en el mío, las más sentidas condolencias. Y ahora, si le parece, podemos dar inicio al trámite de este sencillo formulario. Le garantizo que no le causaré demasiada molestia ni pérdida de tiempo. Comprendo desde luego su situación y su estado de ánimo. Por favor, señor Pavese, ¿quiere darme el nombre de la persona fallecida?

–Cesare Pavese.

–¿Su señor padre? Ah, cuánto lo siento.

–No señor. Yo.

–Caray, caray, ejem...Sí, sí, ya comprendo. Veo que usted, con todo respeto, es un cliente atípico, diferente. Aunque, como comprenderá, debería ofrecerle otra clase de ayuda, remitiéndolo por ejemplo a una de nuestras psicólogas terapeutas, voy a respetar su voluntad y a atender de inmediato su petición, pues, como usted comprende, siempre hay que dejar al cliente satisfecho. Pero, dígame, señor, ¿usted qué profesión tiene?

–Cerrajero, pintor, profesor y poeta.

–Qué maravilla, señor Pavese –dijo el Sr. Chiaviríe, mientras acompañaba al poeta al depósito de ataúdes, en el sótano del edificio, contiguo a la sala de anatomía–. Lo felicito. Por ser poeta, se entiende. Precisamente tenemos por estos días una atractiva promoción de cofres y servicios exequiales para aquellos de nuestros usuarios que hayan cultivado en vida la literatura. Queremos celebrar así los 400 años de Cervantes. Se trata de un Kit funerario –para no darle el nombre de Combo, que podría sonar un poco inconveniente– que, además de todo lo anunciado, le ofrece un increíble descuento del 35%. Mire nuestra oferta. Tenemos féretros de interés social y ataúdes económicos de convenio. Ahora, dentro de la línea de super lujo, tenemos el modelito París, fabricado en cedro crespado, con aros y argollón dorados, y pintado al duco. El modelo Galaxia, muy fino, con argollón rosa, y pintura al tapón. El modelo Imperio, lo mismo que el anterior, pero con tapa bombé. El modelo Presidente, tapa huevo, argolla de aluminio dorado, baranda fina e impecable acabado en laca china. El modelo Wojtyła, en simple madera de ciprés, como el que usó Su Santidad hace unos meses. Está de moda. El

modelo Lux aeterna, en nogal, con aro y argollón estilo calima. El modelo Ejecutivo, en cedro o roble, argollón y vidrio visor. El modelo Llamita, en cedro o roble, argollón emperador dorado y 6 manijas. El modelo Challenger, tapa huevo, como el que le mostré hace un momento, en madera de pino, vidrio visor, lacado. El modelo Banano, exclusivo, en cedro crespo o en abeto, con aplicaciones talladas, vidrio visor, y un magnífico y cómodo abullonado interior en satín rosado, bolsillo secreto para guardar recuerdos, y almohada de plumas.

-Quiero este -dijo Pavese francamente divertido, y haciendo fuerza para no reírse-. Pero en vez de vidrio visor, quiero que me le pongan un espejo.

-¿Y por qué un espejo, señor Pavese?

-Pues oiga esto -dijo el poeta poniendo cara un poco más seria-.

Oiga esto:

*Que nadie lllore a Borges muerto o ciego.
Él encontró la paz en la ceguera
de su arduo laberinto; y en la esfera
halló la forma pura del sosiego.*

*Él pudo imaginarse, desde luego,
en riesgo de morir de otra manera;
y es probable que Borges nos pidiera
con las palabras justas de su ruego,*

*enaltecer la estirpe de esos muertos
que mueren con los ojos bien abiertos.
Y para que en los rostros del cortejo*

*esos ojos sin luz se reflejaran,
él hubiera querido que fijaran
en la tapa del féretro un espejo.*³⁵

35. ÁNGEL MARCEL. (1967): *Obra poética*. Bogotá, Fondo de publicaciones del Gimnasio Moderno. Pág. 67.

5

A las seis de la tarde se sentó a la mesa para cenar. Invocó a doce de sus discípulas amadas, a las que había dado potestad contra los demonios. Allí estaban Adalis, Alessandra, Amalberga, Amparo, Carmiña, Flor Alba Teresa, Luigina Paola, Jeanine, Luce Stella, María Geloira, Penélope y Viviana, y al frente de ellas y de él, a la diestra y siniestra de Jesucristo, y en cuatro grupos de a tres los hombres repartidos, Simón llamado Pedro, Andrés, Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, llamado Leví, Tomás, Santiago el Menor, hijo de Alfeo, Simón, llamado el celador, Judas Tadeo y Judas Iscariote, tal y como Leonardo los puso al fresco en el refectorio del convento de Santa María.

¿Quién estaba con quién? No se sabe. Lo cierto es que Da Vinci pintó, en un solo y callado movimiento, la tensión y el desconcierto, la sorpresa y el dolor, la indignación y la pena, y el ventarrón de emociones que estremecía a los comensales en el momento en que el pobre nazareno les revela la figura del traidor; mientras él, Cesare Pavese, cerrajero y expresidiario, profesor y poeta, permanecía en el centro, solitario y abandonado por sus mujeres.

Es verdad que todas ellas podían ser la misma persona, la que él siempre amó y amaba todavía, con los miedos de Pedro, las ternuras de Juan, la vocación viajera de Santiago, la incredulidad de Tomás y la culpa inocente de Judas Iscariote.

Puesto que está escrito que, por designios de la fatalidad, las cosas ocurren como ocurren, que muere el que tiene que morir, y que con la muerte, cumplida la sentencia, sabemos por fin quiénes somos, hombres y mujeres de carne y hueso, engreídos por el conocimiento y el poder que de él se deriva, seres esperanzados en ninguna esperanza, no se entiende entonces cómo se califica de cobarde a quien teme por instinto, y de incrédulo a quien no encuentra explicación al mundo; cómo se reprueba la aventura del que es camino, viaje y caminante, a la

vez que origen y destino; cómo se condena por licencioso a quien nada puede frente al amor, incluso sabiéndolo ilusorio, y cómo se acusa de traidor a quien solo es el instrumento de la suerte.

Mientras Pavese escanciaba el vino y repartía galletitas a sus invitadas, al tiempo que decía “Tomad y comed, éste es mi cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi sangre”, la imagen de sus mujeres se fue difuminando hasta diluirse en los fantasmas de los apóstoles, al tiempo que la figura del poeta se desvanecía en la persona de Jesucristo, de modo que nadie supo cuál era la diferencia entre la Cena de Leonardo y esta otra, más modesta, que estaba terminando. “La diferencia –como había dicho por la mañana en el desayuno– es la misma que hay entre muerto y difunto, panificadora y panadería, fábrica y factoría, cacao y chocolate. No sé –volvió a decirse ahora mientras se levantaba de la mesa– por qué nos seguimos matando por palabras”.

Entonces el comedor empezó a llenársele de plumas. Primero unas, como de canario, entapizaron el piso de amarillo, como una alfombra de espino cerval. Luego, miríadas de azulejos y oropéndolas, flamencos y guacamayos, cacatúas de moño rosado, cotorras de collar, palomas mensajeras y frailecillos, cóndores y buitres, quetzales y colibríes, faisanes orejudos, avestruces y aves del paraíso, soltaron sus plumas de azul de Egipto y de azul de Bremen, amarillo de Nápoles, rojo español, carmín nacarado, verde mate, blanco de China y blanco de cal, verdete y verde de Rinmann, blanco creta de Bolonia y blanco de barita, verdín o cardenillo, y fueron alcanzando en capas sucesivas guardaescobas y tomacorrientes, los cajones bajos de la alacena, los cojines de los asientos, el borde del mantel, la superficie eucarística de la mesa, los restos de galletitas, las copas de vino ya escanciadas, el espaldar de las sillas, el picaporte, la Cena de Leonardo, el cielo raso, y luego, otra vez desde el suelo, una marea irisada de trinos y cantos, gritos y gorjeos, himnos y palabras, comenzó a subir en las aguas crecientes del arco iris, hasta hacer invisibles los zapatos, los tobillos, las pantorrillas, los muslos, las manos, el sexo inútil, el vientre y las caderas, los brazos y el torso, los hombros, la quijada, la boca, la nariz, las orejas, los ojos, la frente y la cabeza de Pavese.

6

Es verdad que no sabía si eran plumas o cantos los que lo envolvían. Podían ser algodones. En el libro *Modo práctico de embalsamar cuerpos defunctos*, de Pérez Fadrique, un eminente tanatólogo del siglo XVII, que Pavese conservaba como un tesoro entre los más bellos de su biblioteca, se da cuenta del mirracio, un bálsamo inventado por don Pedro del Agua, célebre boticario del rey Francisco I de Francia, nuestro señor. Compuesto por sal, alumbre, mirra, áloe o acíbar, ajeno, cinamomo o canela, cominos, clavos, sílice y pimienta, a los que se añadía vinagre para darle cuerpo y contextura de unguento, consigo lo llevaba por si moría mientras hacía camino en sus libros por lejanas tierras, en cuyo caso quienes atendieran su deceso debían untarlo con él para que, así ungido, pudiera volver a su patria sin el riesgo de corromperse.

Vaciaron pues su cuerpo de las vísceras, lo lavaron bien y lo limpiaron, y lo untaron por fuera y por dentro con mirracio. Ungido así y cubierto con ceras y aceites esenciales, lo amortajaron con un lienzo de lino, y en seguida lo pusieron en el cofre que él mismo había comprado esa mañana, el modelo *Banano*, exclusivo, en cedro crespo, con aplicaciones talladas, un espejo en vez de vidrio visor, y un magnífico y cómodo abullonado interior en satén rosado, bolsillo secreto para guardar recuerdos, y almohada de plumas.

Entre los asistentes al velorio estaban sus poquísimos amigos: el mayor Ricardo Silva Romero, el teniente Germán Pardo García-Peña, el sargento Julián Saad, el ingeniero Ignacio Vélez Pareja, el jurisconsulto Jorge Iván Salazar Muñoz, y el abogado Manuel Ospina, quien, con el respeto que le merecen los que han muerto de veras en sus libros, mientras viajan por países oscuros y lejanos, puso sobre el cajón, para que todos lo leyeran después de contemplar su rostro en el espejo, el siguiente poema de Pavese:

*Qué modo el suyo de zarpar temprano
sin agitar apenas la bahía;
qué marinero el gesto que traía,
joven Ulises, demasiado humano.*

*Qué navegante y breve ciudadano
que supo anticiparse a la agonía;
qué juventud, propósito de hombría,
el relámpago vivo entre su mano.*

*Se antecedió a sí mismo en la partida,
nos precedió en las cosas de la vida
por querer que la muerte le sonriera.*

*Vivos los ojos entre tanto muerto,
nos anuncia en las vísperas el puerto
y en el viento, la roja cabellera.³⁶*

7

-Nos hemos reunido aquí -comenzó el oficiante- para dar cristiana sepultura a nuestro muy querido amigo..., a nuestro muy querido amigo..., a nuestro muy...

Ante el olvido del nombre del difunto, monseñor metió la mano al bolsillo de la sotana por entre el fárrago de sus ornamentos episcopales, sacó un papelito diminuto, se caló los anteojos, y con voz clara y firme continuó:

-...a nuestro muy querido amigo Cesáreo Pavesas.

-Ese fue el muerto de las doce -aclaró una ancianita que asistía a todos los entierros.

36. *Ibíd.*, pág. 102.

Encuentro mágico

Son las 2:36 de la tarde del 15 de abril del año...

Él está en un café Internet de Chapinero, pues desea enviar un mensaje a la mujer que ama. Le escribe. Empieza por decirle que a las 2 en punto llegó al parque de Lourdes para sentir allí, en el sitio, un eventual encuentro mágico con ella. Quería vivir el texto frase por frase, palabra por palabra. Le cuenta que entre las 2:00 y las 2:30 caminó varias veces de la acera de la cafetería "San Fermín" al restaurante "Navarra", y de allí al atrio de la iglesia.

La iglesia de Lourdes, de Bogotá, es una mole gótica que nos recuerda la pesadumbre leve y vaporosa de las catedrales medievales. Aunque cerradas durante el día, sus puertas se abren al deseo de los amantes que se citan allí y quisieran entrar para sentarse un rato en algún escaño, uno al lado del otro, tomados de la mano, sin decirse nada.

En el centro del parque tocaban música andina. Otros vendían cachivaches y baratijas, o, enceguecidos por el afán, se dirigían aprisa a quién sabe dónde. El ruido del tráfico y de los oficios hacía casi inaudible el silencio, pero él, acostumbrado a callar y a no prestar oídos a palabras sordas, lo llevaba dentro de sí como se lleva un tesoro, como la llevaba a ella, el tesoro de su amor. Mientras recorría el atrio a pasos lentos, se le acercó un joven vestido de gris oscuro, con maletín y gafas negras, y le preguntó si por casualidad esperaba a un señor Wills. Él lo miró con desconfianza pues vio en sus ojos y en sus gestos la intención del asalto, o quizás la burla de un mal presagio, o la urgencia de entregarle alguna excusa que tal vez ella le enviara para justificar su ausencia aquella tarde. Sea como fuere, lo ignoró. Lo miró sin responderle y, con cierto temor, se hizo a un lado.

30 minutos bastaron para revivir la historia de su amor. Recordó que aunque en otras ocasiones ese había sido el sitio del encuentro, sentía la misma emoción de la primera vez. El amor seguía intacto. Por eso estaba allí, esperándola de nuevo. "Esperándola" quería decir que era posible que ella no fuera, pero él tenía la clave para que llegara: "Las cosas -se dijo- ocurren mejor cuando no suceden, se dicen mejor

cuando no se dicen, se sueñan mejor cuando estamos solos”. Pensó en los chamanes amazónicos que guían con su videncia la mente de las personas hasta hacerlas ir al sitio deseado. Aunque solo era un aprendiz de brujo, un artista discreto apenas iniciado en otras formas no convencionales del conocimiento, un poeta que intentaba, a veces sin lograrlo, la identidad de palabra y acto, de verbo y cosa, tenía el recurso de su amor para obrar el prodigio de su presencia, pues el arte de las apariciones no le era del todo desconocido.

Si dios dijo alguna vez: “Hágase la luz, y la luz se hizo”, él podría decir con toda la fuerza de su pensamiento: “Ven, mi amor”, y su amor vendría. Así lo dijo. Y agregó: “Ya vienes cerca, siento tu presencia aquí, siento tu cercanía como el vuelo de una mariposa en Nueva Delhi, capaz de producir, no obstante la distancia, una pequeña ola en las aguas atlánticas de Cartagena, y llegas hasta aquí donde te espero bajo la forma de esta otra –¿o la misma? – mariposa que acaba de posarse junto a mí, en la rama sinuosa de ese árbol”.

Pensó en la posibilidad contraria: que la mariposa del parque de Chapinero produjera la ola en el mar de Cartagena, y que esta apareciera bajo la especie de una mariposa en Nueva Delhi. En ese caso él podría estar también en esa ciudad esperando a su amada, pues en verdad la quería y la estaba deseando. “El amor –se dijo mientras pensaba– nos vuelve ubicuos y atemporales. Hoy podrá ser el ayer que fue mañana. Estoy aquí y estoy en ella, en Chapinero, en Roma, en su casa, en su lugar de trabajo, donde esté. En Berlín, Cartagena, Nueva Guinea o Nueva Delhi”.

Cómo lo emocionaron esos pensamientos, pues querían decir que ya estaba con ella gracias a un sentimiento que junta como el imán todos los puntos luminosos del universo.

Como conocía el aroma que un sándalo en flor le había prestado, dijo: “Siento tu perfume como el olor de los naranjos florecidos en los jardines del palacio de la Alhambra, y puedo aspirarte aquí en estas palabras que te digo, que son las mismas que me dices”.

“Que son las mismas que me dices”, repitió. Y agregó: “Quiere decir que estás diciendo ahora las mismas palabras que tomo de tu boca”.

Qué maravilla. Qué emoción. Qué sentimiento. Qué aroma tan conceptuoso y a la vez tan ligero y ágil, alto y hondo. Qué perfume tan tibio, tan dulce, suave y armonioso, y al tiempo indefinible.

Se acordó de los diccionarios. En un buscador de Internet escribió la palabra “beso”. Nada que ver con lo que sentía. El beso era otra cosa, y de ello no hablaban los diccionarios. Un beso era darle a ella el mundo y tomarlo de su boca. Era probar –comprobar– con la lengua lo que la lengua de ella probaba y comprobaba. Era saborear el mismo manjar a dos bocas, de modo que no hubiera diferencia entre el sabor, la gustadora, el gustador, el gusto y lo gustado.

Conocía la voz nacida de las intimidades de su alma. Repitió su nombre una y otra vez y, a pesar de los ruidos de la calle, pudo oír que ella le respondía. Cerró los ojos y oyó con claridad estas palabras: “He venido porque me llamaste. He acudido a tu voz como el arroyo al río, como el río a las aguas del océano, como el mar a las nubes, como las nubes a las gotas de la lluvia, como el aguacero al arroyo, y tú vienes a mí, a mi encuentro, como el arroyo al aguacero, como la lluvia a las nubes, como las nubes al mar, como el océano al río, como el río a las aguas del arroyo”.

Él y ella eran, pues, el mundo en su ir y venir sin tiempo, sin espacio, sin viaje ni destino, sin procedencia ni historia, sin porqué ni movimiento. Se sentía un hombre lleno de amor por alguien que tal vez también lo quería. Hizo clic en “enviar”.

A las 2:57, después de pagar por el servicio, salió a la calle. Quería irse a su casa. Caminó de la acera de la cafetería "San Fermín" al restaurante "Navarra", y de allí al atrio de la iglesia.

Allí se agolpaba la gente como si hubiera ocurrido algo extraordinario. Entre el grupo estaba el joven del maletín y las gafas negras. Miró el reloj: eran las 3 de la tarde. Como pudo llegó al centro del círculo y vio, no sin asombro, que todo el mundo miraba sobre las losas del atrio de la iglesia cómo se posaba con infinita gracia una sencilla y bella mariposa.

Esa oscura memoria de la llave

*Las entidades no deben ser
multiplicadas innecesariamente.
Guillermo de Occam.*

1

“Narciso De Liborio se evadió del penal mientras dormía”. Con estas palabras que alguien medio amodorrado todavía escribió de afán en un papelito, y que el director leyó ante la prensa con voz reposada pero también perpleja y afligida, la nación se enteró aquella mañana de la fuga de su preso más querido, un hombre que había dado la muerte a una mujer con la navaja de Occam.

–No es lo mismo –había aducido el doctor Ignacio Vélez Pareja en defensa del reo– dar muerte a alguien que darle la muerte. En el primer caso –decía– se quita la vida a otro, se lo mata, y ese es un acto vulgar. En el segundo, se le ofrece el don de la muerte de la manera más sobria, bella y convincente, lo cual eleva el homicidio a la dignidad del arte, del que, sin embargo, mi cliente no puede ser absuelto, pues la Ley, como sabemos, no alcanza semejantes distinciones.

–¿No alcanza semejantes distinciones, o no alcanza a semejantes distinciones? –había preguntado en la audiencia el mayor Ricardo Silva Romero, “el patrón”, quien había investigado el caso junto con el teniente Germán Pardo García-Peña, “Pardito”, y el sargento Julián Saad, “el periodista”.

–Imposible saberlo –fue la respuesta de Vélez Pareja, quien agregó–: Qué bueno que la Ley hiciera diferencia entre tristeza y melancolía, para que, en razón de la segunda, honrara al menos con una pena menor y más benigna a quien ofrece a otro el regalo de la muerte y, de paso, se distinguiera a sí misma.

Nada más había que agregar. El acusado, vencido en juicio, fue condenado a largos años de prisión por haber dado, como se dijo, la

muerte a cierta mujer con una navaja, la de Occam, que nunca apareció. Lo extraño es que, dados el carácter noble del convicto, su excelente conducta y su espíritu travieso proclive al humor, a la ironía, a reírse de sí mismo y de todo cuanto le pareciera intolerante y rígido, atributos que le habían granjeado altísima estima entre los reclusos, el señor alcaide tuviera que anunciar esa mañana a la nación y al mundo la noticia de su fuga, y ordenar en consecuencia a las fuerzas bajo su mando la persecución implacable del fugitivo hasta dar con él vivo o muerto. “La nación –dijo ante los micrófonos con voz más firme e imperiosa– no puede tolerar que forajidos como De Liborio se burlen de la Ley y pongan en peligro la tranquilidad ciudadana. Puede estar tranquilo el país. Más temprano que tarde tendremos de nuevo al prófugo tras las rejas”.

2

Cerrajero de profesión, artífice y poeta de verbo vivo y amoroso, Narciso se acostumbró desde niño a contemplarse en el cristal de las palabras, y años después descubrió, con la ayuda de otro espejo, que su rostro, visto de perfil, replicaba el contorno sinuoso de la llave con la que abría y cerraba el arcón de sus poemas.

Escribió algunos, como llaves de paso, para regular corrientes interiores; dísticos como tenazas para sacar las muelas; monostiquios para apretar y aflojar dolores y nostalgias; antistrofas o lances para hacer morder la lona al adversario en la lucha libre. Había escrito silvas y estancias que daban cuerda a relojes y juguetes, o disparaban armas; endechas que hacían sonar oboes y clarinetes, flautas y saxofones, cornos ingleses y trompetas; octavas reales y octavillas en dos de las tres claves musicales. Guardaba también en su baúl las llaves de la ciudad que le había entregado el alcalde del pueblo vecino, por haber ganado allí violetas y escaramujos de oro en los juegos florales, pero decía con cierta sorna que esos símbolos de la majestad urbana, como también las

llaves de San Pedro, signos estos de la inseguridad que reina en el paraíso, nunca habían abierto o cerrado ninguna de las puertas de la ciudad o del cielo.

Desde sus años mozos Narciso De Liborio se había dejado hechizar por el prestigio y el inútil poder de las palabras. Caminaba a ritmo de frase, respiraba según la cadencia de ciertos versos que iba repitiendo en voz baja mientras hacía el camino del colegio, de modo que algunos descifraban, por su andadura lenta o presurosa, por el movimiento de los brazos y el gesto risueño o triste que ponía, así como por las pausas que hacía entre hemistiquios, los himnos y poemas que iba caminando.

“Todo tiene su clave”, solía decir Narciso. Por eso era poeta y por eso se hizo cerrajero. Si alguien extraviaba las llaves del carro, de las puertas, cajones, baúles y bargueños, acudía al escritor, y él se las ingeniaba para abrir –sin forzarlos– candados y cerrojos. Houdini, al parecer, era un chapucero al pie de tan alta maestría. A veces, también, abría los corazones. Cuando alguien perdía a su amor, buscaba al cerrajero para que él le diera las llaves de su reino.

De los instrumentos para apretar o aflojar tuercas y tornillos aprendió el pulso, la precisión, el cuidado, el buen gobierno, la firmeza y seguridad con que hay que usar las palabras para que el alma ceda sin violencia. No era otro el secreto de su arte.

3

Con el mismo cuidado y gusto con que elegía sus llaves y herramientas para la pulcra ejecución de sus trabajos, Narciso escogió uno de sus poemas para leer aquella noche en la celebración del Día internacional del recluso. El programa incluía, además, la misa cantada en honor de Nuestra Señora de las Mercedes, la lectura de fragmentos selectos de la Historia del cautivo, de Cervantes, la proyección del documental Los simios en cautiverio, de la National Geographic, y una conferencia de la psicóloga de penal sobre Cómo ser feliz en la cárcel.

Cuando le llegó el turno a De Liborio, notó que la audiencia se dormía. Así que con voz de hombre libre, aunque estuviera preso, con el mejor empaque y con la inspiración honda y genuina de un cerrajero eximio, leyó el soneto que hacía perfecto juego con su nombre y rostro, con el que transportó a quienes lo oyeron al dulce territorio del ensueño:

*He matado por celos, amor mío,
al que en tu nombre, hermoso, se nombraba;
Narciso que en tus ojos se miraba
sin presentir la muerte en aquel río.*

*Heredó del Cefiso el extravío
de oír la propia voz que nos alaba.
El que en sí mismo fluye, menoscaba
el lecho que engendró su señorío.*

*Criminal y abogado por oficio,
espejo de la muerte y de la vida,
en mi propio gemelo me convierto.*

*Pues que soy juez y parte y en este juicio,
pido la libertad para el suicida
y la pena de muerte para el muerto.*³⁷

4

Cierto día, por casualidad, se encontraron en los juzgados el ingeniero y abogado Ignacio Vélez Pareja, y los agentes secretos Ricardo Silva Romero, Germán Pardo García-Peña y Julián Saad. Los acompañaba el filósofo y jurisconsulto Jorge Iván Salazar Muñoz, quien había sido citado por un fiscal para que explicara cierto asunto tenebroso en relación con la navaja. Todos entraron a la oficina. Sin pérdida de tiempo el fiscal pidió a Salazar –y también a sus

37. *Ibíd.*, pág. 115.

acompañantes– que dijeran todo cuanto sabían acerca de la navaja.

–Sé –dijo Pardito– que Ángel Marcel se afeita con navaja, y que se corta el pescuezo si está borracho. Ergo debería afeitarse con Prestobarba.

–Sé –dijo el ingeniero Vélez– que sinónimos de navaja son: cuchillo, charrasca, faca, perica, alfiler, machetona y herramienta. Me encanta la perica.

–Sé –dijo Julián Saad– de una película famosa que se llama La navaja mecánica. Soy profesor de cine en el Moderno, ergo no sé explicar la relación entre la navaja y la música de Beethoven.

Sé –dijo el jurisconsulto Salazar– que, entre varias deducciones, debe preferirse la que tenga menos premisas. He ahí el quid.

–Entonces prefiero –dijo el fiscal– la deducción del señor Pardo.

Sé –dijo “el patrón” citando un conocido diccionario de literatura– que, “...a menos que una poderosa razón justifique lo contrario, la mejor manera de decir una cosa es la más sencilla”³⁸.

–Entonces prefiero –concluyó el fiscal– la del señor Saad. Además, yo también conozco la película.

5

Narciso De Liborio no quiso abrir a Claudia Cleofe como sí la abrieron otros hombres con la llave maestra del dinero. “Detesto –recordó que había leído en algún libro o revista– ese asqueroso sentido práctico de las mujeres”.

A falta de mejor partido, puso los ojos en Hahna Klappe, una joven hermética, culta, bella, sensitiva y fría, pelirroja además de peligrosa, hija de fontanero alemán y música italiana. A pesar de todo, Hahna y Narciso se querían con un amor hostil pero tierno, que cifraba su encanto en la manera sobria, bella y convincente con la que prometían no dejar morir su amor, cada vez que discutían.

El señor Klappe había intentado, sin lograrlo, que Narciso se

38. SHIPLEY, Joseph T. (1962): *Diccionario de la literatura mundial*. Barcelona, Ediciones Destino. Pág. 400.

dedicara de lleno al oficio de la cerrajería y abandonara el de poeta, pues no imaginaba a su hija casada con un quijote bobo y maricón que echaba en el mismo costal las artes mecánicas y las liberales. O trabajaba como cerrajero, en cuyo caso le abriría las puertas de su casa, o seguía perdiendo el tiempo con el embeleco de la poesía, en cuyo caso tendría que buscar novia en otra parte.

Por su parte, Laura Chiave, la madre de Hahna, no obstante su familiaridad con las llaves del píccolo que tocaba con dulzura y primor en la orquesta de cámara del pueblo, también trataba de que Narciso escogiera, entre las dos, la profesión más útil y lucrativa, aunque entendía y aceptaba como intérprete virtuosa de su instrumento, el vínculo de la poesía con las todas cosas de este mundo, incluso la cerrajería.

6

Perdido el norte de su jovialidad y de su buen carácter, mas no el de su terrible ironía, mortificado, además, por la intromisión de sus futuros suegros en asuntos tan íntimos como el tríptico que formaban Hahna Klappe, sus llaves y las otras claves de su poesía, la unidad de Narciso se fue desmoronando en un calidoscopio, como si volviera otra vez a contemplarse en el reflejo de sus palabras, y descubriera, con la ayuda de otro espejo dispuesto sobre el primero, que su rostro, visto de perfil, replicaba infinitas veces el contorno de una llave de tercera vuelta con la que abría y cerraba las puertas de su desdicha; como si su mundo interior se fragmentara en poemas sueltos e inconexos, y estos en estrofas; las estrofas en versos y hemistiquios partidos a la vez en imágenes absurdas y conceptos, protones y neutrones de un núcleo atómico escindido por la fusión que reacciona en cadena, y libera tan grande cantidad de empuje, odio, poder, rabia, actividad, robustez, eficacia, nervio, atrevimiento, violencia y energía, como para destruir objetos y personas, construcciones, amores y cariños, mundos y mundos y universos mundos bajo el hongo siniestro de Hiroshima.

Poco antes del capítulo final, Narciso le envió a la muchacha un papelito que decía: “Abriré tu puerta sin doblar la llave”, en respuesta a

otro de Hahna que decía: “Escribe, y aprenderás a no ser correspondido”. Poco después Hahna Klappe apareció muerta en su cama, sin señales de violencia. Excepto por un papel que apretaba en su mano, y que en principio hizo pensar en el suicidio, todo indicaba que había fallecido de muerte súbita y natural. El fiscal que levantó el cadáver y ordenó la autopsia, no podía dar crédito a sus ojos cuando leyó con voz reposada, pero también perpleja y afligida:

*Busco el arte total. Confiado intento
compendiar en mis versos esa oscura
memoria de la llave –la figura
universal– aquel conocimiento*

*que encierra en el misterio un nuevo invento
para el afán de cada cerradura.
Y en la profundidad de la ranura,
configuro las formas del portento.*

*Con pulso de poeta y cerrajero
la llave en una lámina recorto
sobre el perfil derecho del soneto.*

*Y al insertar la clave en su agujero,
abro con gozo de ladrón absorto
la puerta de tu alcoba y tu secreto.³⁹*

7

El señor Chiappe –que así se llamaba el director– estaba desocupando su escritorio, pues había sido despedido a causa de la huida de Narciso. Entre el desorden de sus documentos apareció el papelito que alguien escribió de afán aquella mañana, y que él había leído incompleto ante la prensa para dar cuenta de la fuga. Y otra vez, con voz reposada, pero también perpleja y afligida, leyó lo que decía:

“Narciso De Liborio se evadió del penal mientras dormía la guardia”.

39. ÁNGEL MARCEL. *Op. Cit.*, pág. 16.

Hija del azar, fruto del cálculo

La diferencia entre el hombre común y el artista, lo mismo que entre el bosque silvestre y los jardines, no consiste en que unos sean superiores o inferiores a los otros, sino en que están tejidos de modo diferente.

Marc Sandalio.

Entre las historias que, no por triviales dejan de ser sorprendentes, no tanto para el hombre común cuanto para el que está tejido de modo diferente, sea jardinero, artista o jardín, se cuenta la del viudo que encontró en el cementerio, junto a un Sándalo en flor, las trece letras que cambiaron su vida para siempre.

Marc Sandalio (ese era su nombre de escritor con el que también firmaba sus cuadros) había ido al camposanto, pues dos semanas atrás –trece días, para ser exactos– había muerto su mujer, y quería renovar las flores que pusieron en la tumba la tarde del entierro.

Como a hombre que tenía bien puestos los ojos y las orejas, la lengua y el paladar, las manos y las narices, no dejaba de sorprenderle que, sin pensarlo, hubiera comprado trece rosas, como si en sus manos llevara dos semanas florecidas. Sonrió. Esos trece días en flor ya no le hablaban tanto de la muerte. Le hacían sentir más bien los colores y los contornos, los sabores y las texturas, los ritmos y las fragancias de algo que intuía como el fondo de otras categorías, como la forma de otras realidades.

Menos por devoción que por comodidad, se puso de rodillas para poner el ramo en el florero. Sintió ganas de llorar. Sonrió, sin embargo, y miró a otra parte. Cerca de allí se levantaba el escándalo de un sándalo. “Qué curioso –pensó–. Dos palabras que riman de manera casual y perfecta, como también pasos y brazos, encrucijada y amada, ocaos y acasos, mirada y desorientada, ansias y fragancias, caminante e instante, carencia y presencia”.

Atraído por el sándalo en flor –como por un imán de herradura–, Sandalio se puso en pie y se dirigió hacia el arbusto que aromaba. En el césped, bajo la sombra del follaje, encontró las trece letras, cada una impresa en tarjetas diferentes, cuyos dibujos, aspecto, tamaño y ornamentos hacían pensar en las cartas del Tarot.

–¡Qué suerte! –se dijo–. ¡Pero qué suerte!

Las letras eran las siguientes: **R, A, C, I, P, L, A, M, A, L I, E, T, S**. Había, pues, una vocal tres veces repetida: la **A**. El resto, **R, C, I, P, L, M, L I, E, T, S**, aparecía una sola vez. “Qué coincidencia –sonrió–. Trece rosas, trece días, trece letras... ¿Hará falta algo más?”

Se arrodilló y recogió las cartas con cuidado. Volvió a la tumba de su mujer y otra vez se puso de rodillas. “Es cierto que te echo de menos pero no de mala manera, pues, como ya se ha dicho, la peor forma de extrañar a alguien es sentarte a su lado y saber que no está ni estará nunca contigo. Hoy no me siento a tu lado y, sin embargo, te tengo, tanto más cuanto que escribo y pinto para celebrar la certeza que tú representas en mi pensamiento, en el recuerdo, en la palabra, en la imagen pictórica, en la visita eventual a los lugares donde estuvimos, en un sándalo sembrado hace tiempos para recordarte, cuyo aroma me habla de ti cuando florece. Es una dicha haberte conocido, y una dicha también haberte escrito cosas que aún hoy me conmueven y me llenan de ternura. Es una dicha haber encontrado en ti mi único tesoro, que guardo con cuidado para que no se me pierda”.

Se puso a jugar con las cartas. “Si supiera decirte lo que quiero / sabría decirlo todo”. “Con el dolor que tengo basta y sobra / para encontrar tolerable la alegría”. Cierta fascinación ganaba el alma de Sandalio. Consciente del misterio de las palabras, que de no repetirse tanto conservarían su poder original y su fuerza seductora, quiso saber si podría armar con las letras alguna frase, por absurda que fuera. Al fin y al cabo ese era su oficio: jugar con las palabras. Combinándolas, pues, de una forma y otra, cambiándolas de lugar, por fin leyó: **CEPILLAR MALTAS**, un par de palabras sin mayor sentido.

Luego, puestas de otros modos: **PATILLAS MARCEL, TAPILLAS MARCEL, LLAMITAS PLACER, PALMITAS CELLAR, CELAS TRAMPILLA, PRESTA CALMILLA, CAPILLAS MARTEL, LE LLAMAS CRIPTA, LA PILLASTE MARC**.

¿Capillas Martel? Habían velado a su mujer en una funeraria con ese nombre. **¿La pillaste, Marc?** Él se llamaba Marc. Marc Sandalio. **¿Le llamas cripta?** Qué curioso, esto es sorprendente: 'cripta', 'cripto', 'críptica', 'críptico', 'criptodídimo', 'criptografía'... Lugares comunes de lo oculto.

Pensó y sonrió. Si hay lugares comunes que son un misterio, y hay a la vez enigmas prodigiosos, ¿habrá algún hombre común tejido de modo diferente?

R, A, C, I, P, L, A, M, A, L, L, E, T, S.

–Sorprendente. Asombroso. Nada común. Extraordinario. ¡Tejido de modo diferente!–dijo Sandalio en voz baja–. Pongámoslo al revés, a ver qué dice:

S, T, E, L, L, A, M, A, L, P, I, C, A, R.

–Esto parece cosa de Borges –se dijo Sandalio. Y agregó–: “Si (como el griego afirma en el Cratilo) / El nombre es arquetipo de la cosa, / En las letras de rosa está la rosa / Y todo el Nilo en la palabra Nilo⁴⁰”. Puro tejido vivo, la poesía es la red cuyos hilos sustentan las bóvedas del mundo. En ella se sostienen el aire y las palabras, el Cielo y el Infierno, los duelos y las dichas, el amor y la muerte.

–El amor es la red que nos cautiva para siempre. “La muerte es una sorda melodía / que nadie acallará: / todos hacemos parte de la orquesta”.

Arrodillado sobre la tumba, Marc Sandalio escribió:

*Sándalo fue lo que orientó mis pasos
Tejidos de remota encrucijada;
En cada letra el nombre de la amada,
La huella de mi amor entre tus brazos.*

*Lento mi azar y raudos los ocasos,
Al punto de perderme en tu mirada;
Malandante la voz desorientada,
Alto el amor, profundos los acasos.*

40. BORGES, Jorge Luis. (1981): “El golem”. En: *Obra poética*. Buenos Aires, Alianza Editorial. Pág. 206.

*Los aromas, las sombras y las ansias
Preceden los afanes del amante...
Ido el amor, se olvidan las fragancias.*

*Cada vez que me duele tu carencia,
Alsándalo recurro, y al instante,
Reconozco en su aroma tu presencia.*

Con discreta emoción leyó el poema. Leyó también con alegría –de arriba abajo– las letras iniciales de los 14 versos. Sonrió. Pensó. Se asombró. Miró hacia la tumba. Leyó otra vez el papel en el que había escrito su poema. Salvo por una letra, los nombres coincidían.

La respuesta no miente

*–¿Con qué palabra se ha sentido enamorado?
–Con la palabra Adiós. Las despedidas inauguran la nostalgia.*

1

Imagino las palabras que te gustaría leer en esta carta, y solo esas te escribo.

2

Envió el mensaje con la certeza de tener pronto una respuesta. Mientras llegaba –llegaría–, se puso a pensar en la cara de sorpresa de la mujer cuando recibiera sus palabras, después de tanto tiempo de silencio. Abriría los ojos como los abrió la tarde de la despedida cuando,

sin que nadie la tocara, voló la rosa de la cesta al florero un instante después de que ella la arrojara con furia a la basura. Sonreiría como sonrió la noche en que él le mostró la luna en el fondo del estanque, sin que en el cielo alumbrara ninguna. Sentiría palpitar su corazón con los mismos tambores que anunciaban la desnudez de ambos poco antes de la entrega.

Pensó en la calidad de sus palabras. Eran en verdad hermosas, dignas de él y de ella y del grande amor que se tuvieron. Ahora renovadas, diáfanas en su calidez, obsecuentes, profundas, rendidas, sustantivas, no podían brillar menos en la oscuridad que el anillo recién comprado que ella arrojó también con ira al lodazal sin que el barro lo tocara.

No de otra forma hubiera podido escribir algo semejante: las palabras justas que ella desearía leer sin sentirse avasallada por los reproches; los términos exactos de una nueva ofrenda que obviaba los rencores; la forma transparente y alta de una imagen de páramo que a fuerza de cariño y comprensión lograba deslizarse del monte a la llanura; el más bello poema epistolar que jamás se hubiera escrito, más bello aun y más fino, más esplendoroso, limpio y elocuente que los que se escribieron Abelardo y Eloísa, Oscar Wilde y lord Alfred Douglas, o Simone de Beauvoir y Sartre.

No sentía remordimiento por las horas robadas a su trabajo de oficina. Los asuntos urgentes de ese fin de semestre podían esperar ante el apremio de palabras que acaso fueran decisivas.

Imagino las palabras que te gustaría leer en esta carta, y solo esas te escribo. Qué maravilla. Quince términos no más, y solo esos, sacados con esmero y tenacidad de los anaqueles del diccionario como si de otros tantos libros se tratara; como si cada uno de ellos y todos en conjunto fueran capaces de decirlo todo, como si hubiera compendiado el mundo en la brevedad de una estampilla.

Quince perlas genuinas de un collar que en adelante anularía la distancia entre ella y su atavío, entre ella y él, entre los dos y el lenguaje. Dormida o despierta, sola o acompañada, presa del deseo o satisfecha, expectante o nostálgica, triste o alegre, enajenada o lúcida, desnuda o

vestida, sana o enferma, atenta o distraída, seria o sonriente, enardecida o sosegada, sentada, de rodillas, erguida o acostada, ya no podría pensar en su figura sin el fondo esencial de esas palabras.

Sintió pena por la desproporción de sus pensamientos y el desbocado tropel de sus recuerdos frente a la sobriedad de la frase. Alguien tenía que estar pensando por él, algún espíritu maligno lo estaba poseyendo, pues no era posible que aquel mensaje de alto estilo, ejemplo de concisión y sucinta grandeza, tuviera origen en el tumulto de su mente. Menos mal que ninguno de esos desatinos hizo mella en el temple de acero de la carta, elástica y recia, compacta y afilada como la más virtuosa espada de Toledo.

Volvió a caer en el delirio. Acaso –pensó– estaría sentada frente a la pantalla. Quizás estuviera leyendo ahora su mensaje, muerta de la emoción al comprobar que esa exactamente y no otra era la carta que había esperado siempre y que nadie le había escrito nunca, ni siquiera él, experto en crear espejos de frescura en el Sahara, y caudales de arena en el Amazonas. Ni una palabra más, ni una menos. Un punto o una coma que sobrara o faltara podrían estropearlo todo, echar a perder el Nilo en la palabra Nilo, la imaginación en imagino, y toda la escritura en la palabra escribo.

Qué maravilla. Había acertado. Había escrito esa misiva por ella imaginada, para que no ocurriera otra vez lo que a Don Quijote con la carta que le envió con Sancho a Dulcinea; con la que le hizo llegar lord Byron a Carolina, o Franz Kafka a su padre y a Milena. No podían seguir sucediendo esas desgracias. Si Beethoven convirtió en música la carta a su amada inmortal, él convertiría en naturaleza viva la confluencia dichosa de la flor, la luna, el anillo y el estanque, en el común prodigio del florero.

Quizás la carta final del joven Werther a Carlota, o la carta de James Joyce a su esposa, o la de Marcel Proust a madame Straus sentaron las bases para construir notables catedrales, pero no por ello resolvieron la soledad del hombre ni acallaron el eco de los adioses con que se inauguran las nostalgias. Tal vez los desamores y las dificultades del corazón entre Borges y Estela Canto, entre Juan Rulfo y Clara Aparicio, entre Cesare Pavese y Pierina, entre Frida Kahlo y Diego

Rivera, entre Edgar Allan Poe y Helen, entre él y la hermosa mujer que lo había dejado, se debieran a la precariedad de las palabras o al orden verbal equivocado o a la prelación del remitente sobre el texto, incluso a alguna tilde que sobrara a la hora de decir la verdad y decidir lo justo. Ahora sería diferente.

“El mundo nace cuando dos se besan”, le escribió Octavio Paz a Elena Garro. Bonito verso es cierto. Es probable que aquel poeta haya logrado la creación de un universo menor por obra y gracia de los besos, pero quizás él, orfebre de la frase y artista de la brevedad, dueño y señor de las palabras que hacía poco había mandado, él que también había besado sin evitar por ello la ruptura, alcanzara lo que nadie antes había conseguido: que aquel oscuro Adán creara a su creador arrepentido, para que él mismo corrigiera el error de haberle sacado a Eva del costado. El pecho de los varones –pensó- no tiene por qué ser ningún depósito de arcilla para fabricar mujeres, sino la llaga abierta en carne viva para que vuelvas por ella a mí, mi Magdalena.

Imagino las palabras que te gustaría leer en esta carta, y solo esas te escribo. Comparó la brevedad del texto con la escueta esencialidad de los pintores: la pura sugerencia en dos o tres líneas vivas que se prolongan en la mirada, los trazos maestros de Erns, Klee y Antonio Roda, el cuadro oculto que aun pinta Velázquez en Las Meninas.

Pensaba en la delicadeza de sus palabras, en el arte de tocarla como si no se atreviera, ejercido con minucia de jardinero hasta el día en que ella se fue, arte mejor logrado ahora en el acto de escribir a la autora de su carta. Qué ritmo el suyo y qué cadencia, qué musicalidad y maestría, qué modo de poseerla cuando era él el poseído. Qué sobriedad, qué forma de escribir la carta de las cartas –su Arte epistolar– con tan solo el recurso de esas pocas palabras.

3

Volvió a Hotmail. Digitó la clave secreta con el nombre de la mujer a la que había escrito. Todo un homenaje. Quince estrellitas en el campo de texto. El firmamento en la pantalla. Hizo clic en Iniciar sesión, y sí, allí estaba la respuesta.

Abrió los ojos como ella los abrió la tarde de la despedida, y vio otra vez la rosa en el florero. Sonrió como ella la noche en que le mostró la luna en el estanque. Sintió palpar su corazón con los mismos tambores que anunciaban la desnudez de ambos poco antes de la entrega.

“Hola. Precisamente estoy frente a la pantalla. Abrí el correo con la esperanza de que el decano me hubiera contestado. Envié mi hoja de vida a la facultad, pero nada. Si por lo menos me llamaran a entrevista. El muy ingrato ya no recuerda que la otra noche me acosté con él para que me tuviera en cuenta. Pero no. Nada. Oye, nadita es nada. Todos los hombres son iguales. Una porquería. A este e-mail sólo le entra el correo basura. Estoy desesperada. Tengo ganas de llorar. Desde hace meses ando sin trabajo. Necesito comprar zapatos y pagar las deudas. Ya van a cortar el agua y el teléfono. En la tienda de don Ramón ya no me fían.

Empeñé el anillo y el florero que me regalaste. Sólo me falta llevar a la compraventa la luna, la rosa y los tambores. Para completar, mi mamá se torció un tobillo, y el niño mocosito, con bronquitis. Con este clima hasta la gata se enferma. Y ahora apareces tú, otra vez, con esas cosas que ni entiendo. ¿Por qué no coges oficio? O es que te pagan por hacer nada. ¿Cómo se hace para bloquear el correo basura? Adiós. Besos y abrazos. Cuídate mucho”.

N.N.

Sogamoso

*Para La MaLa.
Para Ricardo Silva Romero.*

1

Tres días después de la salida del muerto de la morgue llegaron a la funeraria, pero el conductor de la carroza, despedido de su empleo en razón de la tardanza y arrestado junto con la mujer que lo acompañaba, bajo la sospecha de tráfico de órganos, dijo al fiscal, a manera de descargo, que del afán no queda sino el cansancio.

2

Atraído por la lentitud solitaria y promiscua de los entierros, pues el dolor de la muerte y el luto no admiten prisa, don Ángel Caronte, un profesor de literatura jubilado, de 64 años o más, y operado de la próstata, había aceptado tres semanas atrás el puesto de chofer de uno de los coches fúnebres de la empresa.

El afán no era lo suyo. Nunca lo había sido, menos ahora en su nuevo empleo y menos aún en el amor de viejo alegre que apacentaba sin altivez ni aspavientos. Detestaba el atafago de burócratas y ejecutivos, incluso los de pompas fúnebres, que nunca tienen tiempo para nada excepto para escalar posiciones desde el pedestal de su importancia fútil y engreída, aunque hagan poco o nada en favor de quienes se declaran servidores, como también aborrecía el desasosiego de las ambulancias empeñadas en que los pacientes que llevan, por agónicos que estén, son más urgentes que los muertos. “Nada hay

demasiado grave –se decía recordando a Laura– que no parezca leve ante algo de mayor peso. ¿Y qué más grave puede haber que la levedad de un difunto?”

El señor Caronte amaba la parsimonia con que conducía el carro mortuorio, la minucia y tranquilidad de remero con la que había dado sus clases durante más de 40 años y el detallado empeño para amar a las mujeres. Cuando escribía –pues también era escritor– ponía las comas y los demás signos de puntuación con tal esmero y talento, con tan lúcida paciencia, que no podría decirse qué significaba más, si la palabra aventuras, tan frecuente en sus escritos, o el punto y aparte que la seguía. Por eso se repetía a menudo: Si has de salvar, amante, las honduras / donde el amor vigila su labranza; / si de la espera vas a la esperanza / y codicias sus dádivas maduras; // si armas lazo a la muerte y la capturas / sin que anteceda el golpe a la acechanza; / si, alabando, persigues la alabanza, / por mal despeñadero te aventuras.

Con ese modo de enseñar tan suyo, lento, diáfano y risueño, había dirigido por años en colegios y universidades los talleres de escritura literaria, sin atribuirse jamás el éxito de sus alumnos. Hablaba con precaución, como echando hacia adelante las palabras con los labios, y reía de igual manera, empujando el humor con la quijada. Ese impulso orientador del gesto, que daba expresión y ritmo a cuanto decía, también se dibujaba en el ademán discreto de sus manos, más sustantivas que adjetivas, a la hora de insistir sin énfasis ni apremios en las claves del discurso o en las pistas policiales del crimen en que consisten el arte y la literatura.

Puesto que amaba con deleite y placidez su oficio de chofer mortuorio y el ejercicio arcaico de juvenil amante, análogos en esencia a su condición de escritor y de maestro, más que dejar rodar la carroza con desgano, la hacía avanzar despacio por las calles con leves y lentos cabeceos, sin otra intención que dar ánimo al extinto y alivio a los dolientes.

Con estas consideraciones que lo redimían de la culpa de estar vivo, casi al anochecer llegó el señor Caronte en la Lincoln de lujo a la

morgue del centro de Bogotá con el fin de conducir el cadáver que le habían encomendado hasta la funeraria donde esperaban los deudos para velarlo. Sobre la tapa del ataúd, y pegada con cinta adhesiva, vio la impudicia de una tarjeta blanca, impresa en letras moradas, que decía:

N. N.

SOGAMOSO

No dejó de llamar su atención el N. N. seguido de esa otra palabra, Sogamoso, que acaso aludiera al apellido del finado o a su lugar de origen o destino. “Poético y macabro”, masculló echando hacia adelante la quijada. Y agregó: “Como para un cuento”.

Después de firmar con parsimonia de escribano la autorización para trasladar el cuerpo, y de comprobar con calma de experto tanatólogo la correcta posición del féretro en el coche, cerró con respeto la portezuela, ocupó su puesto de conductor, y puso en movimiento el carro, al tiempo que hacía sonar el Requiem, de Mozart, en el pasacintas.

Tomó la avenida Caracas hacia el norte de la ciudad, que a esa hora del crepúsculo le pareció temible y ominosa, tanto o más que el Aqueronte cuyo nombre significa río de la tragedia, en el que todo se hunde menos la barca de Caronte. Cruzó la avenida Jiménez de Quesada, en el sector de San Victorino, luego las calles 26 y 45, próximas a Teusaquillo, y a la altura de la 63, en el turbio corazón de Chapinero, sobre la acera oriental, vio una especie de estatua o de fantasma del tamaño humano, casi inmóvil, alumbrado desde adentro por una luz fosforescente como candela de cementerio o de luciérnaga, que daba contenido y forma a su atavío.

Era Laura, la mujer que hacía varios años no veía, tres veces más hermosa a los 41 que ahora tendría, con ese pelo liso y claro, casi rubio, que le llegaba un poco más abajo de los hombros, y esas piernas y caderas de bailarina de cabaret moldeadas por la necesidad y las músicas de sus tiempos mozos, antes de dejarse pervertir con otras carencias y otros ritmos no menos bellos y lacerantes, los de la literatura, que encontró en la facultad de letras donde, próximo a la jubilación y a la operación de próstata, daba sus clases el profesor Caronte.

En razón del respeto y consideración debidos al fallecido, ese N. N. que llevaba en la parte de atrás de la carroza, viajero conspicuo y digno, pasajero dormido, hombre de pro en tránsito al misterio y al llanto y aflicción de sus dolientes, tal vez la viuda, quizás los hijos y los hermanos, los primos y los tíos, uno que otro amigo que le quedara después de la vergüenza de la agonía, y acaso también alguna amante furtiva que lo llorara en silencio para no delatarse o ponerlo en evidencia, en razón del respeto, como se dijo, don Ángel pisó con suavidad el freno de la Lincoln que se detuvo con breves cabeceos como si hiciera tres o cuatro venias de cortesía.

Asomó la cabeza lenta y gris por la ventana del carro, y desde ese instante hasta tres días después no tuvo más remedio que mirar a Laura, absorto y fascinado con la aparecida, apartando de sí la imagen con los ojos, echándola hacia delante, como si la Virgen de Lourdes hubiera descendido de su nicho gótico en la iglesia cercana, y él quisiera devolverla a su sitial de gloria y privilegio a fuerza de impulsos cariñosos y tiernos empujones.

Cuando ella lo advirtió, se quedó más perpleja todavía, y no tuvo más qué hacer que levantar los ojos hacia el cielo y dejar caer a los costados los brazos oblicuos y extendidos y las manos abiertas, como una Milagrosa que buscara apoyo en la pared para no caerse.

No se dijeron nada. Nada tenían que decirse. Tampoco se estrecharon las manos. “Cuando los gestos sobran –pensó don Ángel–, hay que quitarlos como se quitan los malos adjetivos”. Nada se preguntaron: “Si miente la pregunta –se dijo Laura mirando incrédula a Caronte–, la respuesta no tiene fundamento.” Ninguno de los dos cayó en el lugar común ni en la trampa de los saludos y los abrazos, tan engañosos y ambiguos como los pésames y las condolencias. Entonces él le abrió la puerta del coche, y ella, en silencio, se sentó a su lado, punto y aparte puesto con sentido y decisión después de la palabra aventuras.

Ahora, con tan bella aparición y hermosa compañía, el señor Caronte, como era su deber, prosiguió la marcha hacia la funeraria con la misma pericia de siempre, a paso de procesión de viernes santo y andadura de tránsito mortuorio, como si en vez de rodar sobre el asfalto de Chapinero, navegara al vaivén de las aguas mortales del Aqueronte.

Pero en la calle 66 con Caracas, don Ángel dobló de improviso a mano derecha, en dirección a los cerros, y casi dos cuadras más allá, pasada la carrera 13, torció a la izquierda, entró sin decir palabra al sótano de El Castillo, nombre que le pareció esquivo, limpio y lujurioso, y estacionó la Lincoln en un rincón discreto y oscuro del garaje. Era un motel. Solicitaron en la recepción una habitación sencilla, una botella de Buchanan's para él, una de Néctar verde para ella, 3 ó 4 paquetes de Marlboro, papas fritas y maní salado, chicharrón y patacones, y agua cristal sin gas en botellitas.

3

-¿Y si esto fuera un cuento? -preguntó él cuando quedaron solos.

-No puede ser -contestó Laura sin alarma-, a menos que alguien lo escribiera.

-Escribámoslo entonces, pero con buena letra -la invitó don Ángel tomándole la cara entre las manos.

-¿Y cómo empezaría? -preguntó ella levantando una ceja con gracia de bailarina.

-Escribamos -sugirió el profesor con la voz esquivada, limpia y lujuriosa-: Tres días después de la salida del muerto de la morgue llegaron a la funeraria, pero el conductor de la carroza...

-¿Tres días después? -preguntó ella entusiasmada.

Sí, tres días que se nos fueron en este sitio equívoco y esquivo, limpio y lujurioso, mientras el muerto esperaba en el parqueadero su destino final, ajeno por completo a su propia historia, 72 horas que constan paso a paso en este testimonio íntimo, crónica judicial que puede leerse en todas y cada una de las 2.070 palabras que a razón de 2 por minuto escribimos en el papel, en las sábanas, en la cabecera de la cama, en nuestros cuerpos desnudos, en el espejo obsceno del cielo raso, echando el cuerpo y la risa adelante y atrás en sostenido y leve balanceo, entre whisky y whisky y algunos chicharrones, entre aguardientes,

danzas, besos y cigarrillos, entre el Ay, mi amor, me encanta la confianza que hubo desde el principio entre nosotros, que ni siquiera nos hemos mirado a los ojos ni nos hemos tocado, y ese otro Ay, por qué matarme así, si te servía más viva, qué vas a coger o a recoger si no quedan más que tus escombros, poeta maldito, asesino en serie, taladro mortal, sublime gamín, bribona preciosa, debajo o encima de ti, como si la Virgen de Lourdes hubiera descendido de su nicho gótico de la iglesia cercana, y hubiera que devolverla a su sitial de gloria y privilegio a fuerza de impulsos cariñosos y tiernos empujones.

Cuando, al anoecer del tercer día, alarmados los de El Castillo por la fetidez que salía de la carroza, con urgentes y sostenidos golpes llamaron a la puerta, don Ángel y Laura dieron en la cuenta de entregar el cadáver.

-¿Qué vamos a decir? -preguntó Laura asustada.

-Lo que dice el cuento:

-¿Dónde estaba, imbécil? -rugió el gerente de la funeraria haciéndose oír entre el griterío y las amenazas de los deudos-. ¿Dónde estaba, atembado?

-Dejando el difunto en Sogamoso -mintió don Ángel con mansedumbre, echando hacia delante la quijada. Y agregó-: Parece que no es de allá. Por eso se lo trajimos.

-¿Cuál Sogamoso? -aulló el gerente agarrando al señor Caronte por el cuello con ambas manos- ¿Cuál Sogamoso, idiota? ¿Cuál Sogamoso, hijueputica? ¿Cuál Sogamoso, cabrón? ¿No ve que Sogamoso es el apellido de don Néstor Nicasio?

-Shhhhhh -pidió silencio don Ángel llevándose el índice a los labios-. Por favor, señor gerente, un poco de respeto con el finado.

-Recoja de inmediato sus cosas, señor Caronte. Queda despedido.

-¿Y qué vamos a decir en la fiscalía? -preguntó Laura entre lágrimas, ya en manos de la policía.

-Lo que dice el cuento:

-¿Qué más hicieron en el motel, señora Laura? -le preguntó el fiscal.

Onán enano

*Una aldea tiene el tamaño exacto del mundo
para quien siempre ha vivido en ella.*

José Saramago.

*Para ser grande sé entero. Pon cuanto eres
en lo más pequeño que hagas.*

Ricardo Reis.

1

El mar existe. Así lo confirmó ante la incrédula asamblea de geógrafos, cosmógrafos y sabios un navegante marinerero de nombre Marino Canale de L'Acqua, también conocido por los remoquetes de El Globo, Nubarrón, Su Menudencia, Meteoro, El Mundo Pajuelo, El Mapa, La Manuela, La Jirafa, Planeta, Planisferio y Mapamundi. Quieren decir que el nombre tenía y los apodos de acuerdo con su oficio, que no era otro que el de marear y llevar a buen puerto las pericias del alma, que no son otras que las artes del soltero que no encuentra mujer que le de la talla. Conformes el nombre y los alias con su condición de varón completo y onanista plenario, de más de 30 años y menos de un metro de estatura, un hombre hacia sur de mirada maestra y norteña, abarcadora y plena como la sonrisa; la piel íntegra y prieta, veteadada aquí y allá de pintas o mapas de carate –por nombre más bonito vitiligo– de color blancuzco, rojizo y azuloso. La palabra fácil, redonda, veraz y contundente. La mente esclarecida y limpia, diáfana y despierta como las aguas del Caribe.

Aunque dichas unas y otras no por razones de idioma y urgencias de relato, pues de otro modo habría que callarse la boca y dejar las cosas como están y la página en blanco, íntegro, justo, cabal, consumado, sustantivo, no son palabras que agreguen o resten

humanidad al navegante, así como blancuzco, rojizo y azuloso tampoco quitan o añaden blancura al blanco, encarnado al rojo, ni turquesa al azul carate de su piel, en la extensión geográfica del cuerpo. Entero en sí mismo, sin ningún atributo u ornamento distintos de sus propias plenitudes, era aquel Marino un enano a secas, un enano absoluto.

2

Canale de L'Acqua, ganador a los 30 años en la muy Noble y Señora Villa de Cartagena de Indias del Premio Global al Enano Perfecto –una especie de Señor Universo en miniatura, a quien por no llamar Su Eminencia decían Su Menudencia, como ya se dijo–, tuvo la primera vislumbre de la mar oceánica cuando, aún pequeño, puso en la acequia de su casa un barco de papel de pintas blancas, rojas y azules, al que llamó La Pinta, que pronto naufragó en el fondo del estanque. Fue como si el Titanic se hubiera hundido en la alberca, o el Queen Mary en el pozo sin fondo de sus penas.

Qué maravilla: jugaba en serio y se educaba. Cumplía a cabalidad en tierra firme, por si se daba el caso –y se daría–, sus tareas de aprendiz de marinero, cartógrafo de aventuras y gran descubridor del Agua, como tal vez lo hizo –aunque no de modo tan perfecto– un tal Vasco Núñez de Balboa del que daban cuenta mitos inmemoriales. “Los mitos –le habían dicho sus maestros– son las verdades falsas de aquellos pueblos que no alcanzaron nunca la madurez y estatura de nuestra aldea”. Ahora, años después, cosmógrafo hecho, viajero derecho, baquiano del mundo, marino de altas aguas y enano en la más pura acepción de la palabra, sabía de su oscuro parentesco con la muerte, con la profundidad del cielo y el azul caratoso de los mares.

3

Supo desde niño que sin dolor no hay viaje ni aventura, y que sin esfuerzo nada completo puede alcanzarse. Supo que de la mar proviene el marearse, esto es, el embriagarse con la mudanza de las olas que llevan la nave en hombros a la rada.

Así que hizo de tripas corazón, y de la insidia con que lo trataban los demás enanos el mejor instrumento para hacerse hombre. Si se dice que ellos, sus hermanos de raza, eran compasivos y amistosos con él, es porque no se sabe lo que eso significa.

Agrupados en colonias o barrios, al norte de la aldea, cada ghetto miraba con desprecio a sus vecinos, en especial a Marino, con la envidia y altivez de quien ve en los otros lo que echa de menos en su alma.

Qué burlas tan agrias las que les oía, qué afrentas e insultos los que soportaba. En la calle, en la plaza o el liceo, en los baños públicos, allí donde hubiera mirmidones y gnomos, incluso enanos de la política y la moral, de la Iglesia, de la vida civil y de las armas, pigmeos del alma y del saber, mínimos profesores que hacían alarde de elevada talla, qué desdenes y ultrajes los que le llovían, qué risas y denuestos, qué amenazas tan ásperas, qué enormes demasías, qué oprobios y maldiciones, desprecios y desaires, qué ignominia, qué avalancha de lodo tan crecida.

Nubarrón lo llamaban –a veces Meteoro– que es como decir “llover sobre la nube”, pues bastaba con que hiciera presencia en la atmósfera ominosa del estadio, para que de inmediato se desatara sobre él un aguacero de escarnios e insolencias, descaros e irreverencias, cuchufletas y broncas, agravios, befas y cantaletas a los que no respondía. Qué chaparrón de inmundicias el que le caía: gestos obscenos, muecas injuriosas, intrigas y chanzas, desconocimientos, odios profundos, crueldades subterráneas, y esa centella de la palabra enano dicha con intención, con los ojos en blanco y la boca torcida, por aquellos que lo eran de manera precaria, en menoscabo del Gran Marino, paradigma y ejemplo de su progenie, la flor y nata de su linaje y condición, incapaz de imitar a nadie, pues en él mismo hallaba su modelo.

4

Entre los enanos incompletos, había los llamados ocasionales, a causa de trastornos como el mongolismo. De facciones y cuerpos flácidos y menudos, los ojos pequeños, sesgados hacia arriba y almendrados, la nuca plana, el meñique curvado y las rayas de las manos anchas y cortadas, eran incapaces, entre otras cosas, de la voluptuosidad del tacto. Marino, por el contrario, lloraba de deleite con solo tocar la piel de terciopelo del durazno, en todo semejante a la suavidad del murciélago, al pelo del vampiro y a esa oscura y sedosa lenidad del falo que se palpaba con el ardor de quien se entrega al delirio de su propio cuerpo.

Había también los enanos liliputienses. Los liliputienses clásicos, proporcionados y bellos, pero incapaces de conmovirse hasta las lágrimas, como Don Marino, con las delicias del paladar, con el fluir deleitoso de la dulzura al contacto de su lengua con la fruta hecha amor en su boca.

Los liliputienses monstruosos, de figura atroz, pequeñas bestias con ojos de salamandra, hijas del diablo, deformes y repulsivas, se burlaban de Marino porque se derretía de gozo frente a un durazno pintado de mano maestra por Mefisto; o porque, sinceramente conmovido, prestaba oídos al crujir del membrillo entre los dientes, o porque, presa de la emoción, husmeaba en la mar de aromas melocotoneros, que, unidos a los colores, sonidos, sabores y texturas de cuanto oía y probaba, de cuanto olía y miraba a través del tacto en que consisten los sentidos, hicieron posible su arquitectura interior de Onán enano, enano a secas, siempre niño de corazón de estatura completa, como para que algún Silesius dijera de él que el enano es sin porqué; no crece porque no crece.

5

Si se dice que Onán, el segundo hijo de Judá, fue a los ojos de Dios un perverso salaz y lujurioso, es porque no se entienden la talla del Altísimo ni el tamaño de la perfidia humana. La verdadera falta de Onán, cuyo nombre en hebreo significa “fuerte”, nada tuvo que ver con el pecado de la carne, aunque sí con el de la codicia.

A la muerte de Er, su hermano mayor y el primogénito, Onán debía casarse con Tamar, la viuda, tal y como lo ordenaba la Ley judía. Así lo hizo. Pero cada vez que yacía con su cuñada, el avariento Onán regaba en la tierra la semilla, pues temía que un hijo suyo engendrado en ella se reputara como un vástago tardío de su hermano muerto y, también, como el heredero de la hacienda. Onán quería quedarse con la herencia. De allí viene que Dios le quitó la vida.

6

Por motivos ajenos a la codicia, Marino Canale de L'Acqua también vertía en la Tierra la semilla. De pie sobre una silla frente al espejo, desnudo por completo para deleitarse una y otra vez con la belleza y proporción de su cabeza y tronco del que salían las piernas y los brazos diminutos, con el solo atavío de un durazno en la mano, mordisqueando aquí y allá, tocando con sus dientes el leve crujido de la fruta, oliendo los colores que Mefisto puso en el lienzo, probando los aromas, oyendo la dulzura de esa carne amarilla, viendo la suavidad de terciopelo, en todo parecida a la del murciélago, al pelo del vampiro, o a esa oscura y sedosa lenidad del falo que se palpaba, con el ardor de quien se entrega al delirio de su cuerpo, descubrió una tarde que entre el talle y el comienzo de los muslos –alrededor del cuerpo– tenía el Globo terráqueo.

Qué maravilla. Descubrió que el Círculo Polar Ártico rodeaba su cintura; que el Polo Norte señalaba el ombligo, y que las nalgas ocupaban lo que a Núñez de Balboa le pareció bien dar el nombre de Pacífico. Al lado diestro, repartidas en la terra nostra del glúteo y la cadera, la ingle y el nacimiento del muslo, descubrió las tres Américas: la del Norte, la de en Medio y la del Sur.

Pensó en los misterios de la palabra *espejo*, pues el espejo le enseñaba a Cartagena de Indias en ese minúsculo lunar de la cadera. Y allí –dentro del lunar–, perplejo, acezante y rendido ante la verdad del soñador que se sueña a sí mismo, de pie sobre la silla y en frente de otro espejo, estaba él desnudo con el cetro en la mano, a punto de descubrir los mares, mirando desde arriba todo su cuerpo abajo, sin entender siquiera por qué la cabeza y el cuello, el pecho y la espalda, los brazos y las piernas constelaban galaxias de otros universos.

Mareado ante el prodigio de contemplarse fuera de sí en esa especie de utopía refleja en que consiste el mundo, descubrió que Europa le anochecía en el pubis, y que el África abrasaba sus partes genitales. Años después, arqueólogos insignes, barbudos antropólogos, médicos, sicólogos y otros estudiosos de nuestra condición tórrida y lujuriosa, habrían de reconocer la cuna de la Humanidad y el origen del SIDA en esa parte ardiente del Planeta.

Descubrió con asombro, en el siniestro lado repartidos, el Continente asiático y Australia. El Asia en la cadera, Australia, al sur, en el arranque de la pierna. Años después, zoólogos y naturalistas de la Universidad de Melbourne, hallarían en esa circunstancia la solución al salto del canguro.

Y, por supuesto, allí estaba la mar entre las piernas y a los lados del vientre: el Atlántico a la diestra, el Índico a la siniestra. Entre el ano y las gónadas, la Antártida le helaba el perineo. “No cabe duda –pensó–, el mundo es un enano caratejo”.

7

Cartagena de Indias, noviembre 2 (Agencia EFE).

El profesor Marino Canale De L'Acqua, cosmógrafo y prominente investigador de origen napolitano, oceanógrafo y especialista en mareas del International Hydrographic Bureau, de Montecarlo, catedrático de Ciencias del Mar en la Universidad de Londres (Queen Mary College), miembro del Natural Environment Research Council, adscrito a la Unit of Coastal Sedimentation, y Doctor Honoris Causa de University College of Swansea, de la Universidad de Wales, vivamente interesado en investigar si el incremento de muertes por sumersión marina, a una tasa del 0.7 % anual, a partir del cuaternario, tenía que ver o no con el aumento del nivel del mar que, como ya está científicamente demostrado, se debe a factores locales o isostáticos resultantes de los movimientos sísmicos, la formación de montañas o el hundimiento lento pero progresivo de la geosinclinal, y a factores eustáticos o globales inherentes a las glaciaciones simultáneas de los dos hemisferios, se adentró imprudentemente en el Caribe por la ensenada de Amansaguapos, sin contar con que a esa hora azotaba las playas el mar de leva.

Por desdicha, para la comunidad científica internacional, el profesor Canale De L'Acqua no pudo realizar como quería su trabajo de campo, pues la marejada, al parecer, alteró sus mediciones de manera significativa. El cadáver del profesor fue rescatado por Celéporo Agualongo, pescador analfabeto, pero sabedor como el que más, de que la gente suele ahogarse por pendeja.

Operación

*Operación capaz de cambiar al mundo,
la actividad poética es revolucionaria por naturaleza.*
Octavio Paz

1

Durante la operación de próstata que le costó la vida al profesor Crótatas Rimoso, el doctor Urías Cucalón, urólogo y gineco-obstetra de reputada fama, descubrió los secretos de la poesía.

2

Es verdad que el doctor Cucalón, un hombre pulcro y nervioso de unos sesenta años o más, padecía desde niño un extraño mal que algunos atribuían a causas fisiológicas, otros a desórdenes mentales, y no faltaba quién a ambos factores en conjunción temprana con el yo profundo del enfermo, sin perjuicio del dictamen del capellán de la clínica, para quien la excentricidad de aquel hombre no era más que una perversión moral –“un modo raro de ser muérgano”, decía– que sin embargo jamás le impidió ejercer la medicina de manera seria, limpia, ejemplar y competente.

De mente inquieta y lúcida, inquisitiva, sensible a los olores, el doctor Cucalón, un hombre alto y delgado, de melena y bigotes entrecanos, las manos grandes y huesudas, y un rostro de pensador que en mucho se parecía al de Einstein, entre severo y burlón, irónico y bondadoso, serio y risueño, inocente y astuto, recatado y altivo, indeciso y seguro de sí, era a la vez objeto de mofa y veneración por parte de sus colegas que veían en él a un artista del bisturí y a un maestro incomparable de la medicina.

Qué modo el suyo de ser hombre. Esa manía de Cucalón de graznar como el grajo delante de quien fuera, de crispas las manos sobre la bragueta o entre los bolsillos del pantalón mientras hacía muecas y guiños obscenos a las mujeres; la costumbre de rimar palabras para hacer énfasis en lo que decía, como “vejete que se respete te mete en el retrete”; la obsesión por el orden, especialmente cuando alineaba una y otra vez de mayor a menor los libros de su biblioteca, los instrumentos de su profesión, los pinceles o los destornilladores de la caja de herramientas, para empezar de nuevo hasta el cansancio; ese hurgarse en público las narices y las orejas, y revolver en seguida con el mismo dedo los cubos de hielo de su whisky, eran actos que en nada se compadecían con el comportamiento normal de las personas y menos con la dignidad profesional de un médico de su talla. Sin embargo, como queda dicho, el doctor Cucalón era un médico admirable.

Quién sabe qué le pasaría. Ademanes, maldiciones, blasfemias involuntarias, tics a medio andar entre contracciones musculares y voces sin sentido, entre gruñidos y actos oscuros y repetidos, restos fosilizados de un pasado remoto, conservados en su interior con celo de anticuario; la imitación de acciones ajenas como si hiciera eco a otro yo que tuviera delante; la indiferencia por el qué dirán; ese arremeter contra todo y tocar a la gente o empujarla sin consentimiento o intención; el alargar el brazo hacia la pared hasta sentirla con la yema de los dedos; ese acercar por detrás la rodilla doblada a las mujeres para dibujarles un corazón en el trasero; el afianzar el pie derecho contra el suelo y dibujar con el dedo su contorno; esa habilidad manual a tono con su curiosidad por saber cómo están hechas las cosas, todos esos rasgos y gestos, más propios de artista que de galeno, lo llevaron a hacerse cirujano.

Otra rareza de Cucalón lo impelía a partir la cara de la gente, de frente o de lado, en figuras geométricas que dibujaba en el aire con el dedo, y a leer o cantar mientras daba pedal hasta agotarse en la bicicleta estática del gimnasio. De pronto, llevaba una mano al suelo como si quisiera recoger un objeto. Marchaba por la sala de su casa como militar, andaba por la calle con paso saltarín, daba brincos cada cinco o seis trancos, al tiempo que recitaba al compás de su rítmica andadura una retahíla de palabras extrañas: “Congo azarcón, luengo alfordón, clueca la

cuca María.” Era un hombre cuya naturaleza le permitía observar la condición del ritmo, los modos de la melodía, el fluir incesante de las cosas. Quizás eran estas sus formas de ordenar el mundo, de componer las categorías indóciles de su mente, y de orquestar y dar sentido al tumulto travieso de su alma.

No obstante su formación intelectual, sólida y coherente, abarcadora, Urías Cucalón nunca pudo vencer sus dificultades para la lectura, pues tenía que alinear cada párrafo ante los ojos hasta ver las cuatro esquinas en perfecta simetría. Repetía palabras y frases y las deletreaba al derecho y al revés como si todas fueran palíndromas. “Otra manera de decir lo mismo –decía una y otra vez– es decir lo mismo de otra manera”. Y enseguida, “Arená martó e dom símol ríced se omsí mol ríceded arená martó”. Y agregaba: “A Cucalón no la cuca, a Cucalón no la cuca”. Cualquiera diría que era un poeta perdido entre olores hospitalarios, pues sentía la necesidad de equilibrar sílabas y palabras y de comprobar la fragancia y frecuencia de las letras.

Qué hombre tan singular, tanto que podía hacerse pasar por hombre cabal y verdadero. Es cierto que le gustaba, como a Narciso, mirarse y ser mirado, fisgarlo todo, hurgar cuanto se ponía ante sus ojos, como medio tal vez de liberar ese impulso juguetón perdido en lo profundo de nosotros. Sin embargo, sus verdaderos conflictos no tenían asiento en la excentricidad ni en su amor a las formas y al detalle, sino en el pánico y la rabia repentinos y en la furia que lo acometía como súbita expansión de sus impulsos cerreros, que lo obligaban a dar golpes aquí y allá y a tirar las cosas. Víctima de semejantes desvaríos, veía fantasmas agresores, peligros y castigos donde no los había.

3

¿Quién puede predecir en los hechos los restos del futuro?
¿Quién puede prever en la tristeza los despojos mortales del destino, el humo y las cenizas de lo que va a dejar la vida? ¿Quién ve el signo de la

fatalidad en las palabras que se dicen médico y paciente días antes de la operación?

–¿Con qué asocia usted la palabra cirujano? –preguntó el doctor Cucalón, metiéndose el dedo en las narices.

–Con la palabra verdugo –dijo en broma Rimoso–. El cirujano es un verdugo de motricidad fina, y el verdugo un cirujano de motricidad gruesa. A propósito, doctor, ¿con qué asocia usted la palabra próstata?

–Con Crótatas –gruñó Cucalón, mientras se levantaba para examinar a su paciente.

4

Hasta el día fatal de la operación el doctor Cucalón, como se ha dicho, fue un artista del bisturí y un maestro de la medicina. Había podido ejercer su oficio sin tropiezos, con solvencia y maestría, con amor y esmero de artesano, gracias a que nada ni nadie habían logrado distraerlo de su pasión por la salud humana a la hora de recetar y operar. Compasivo con sus pacientes, la enfermedad nunca afectaba su trabajo siempre muy concentrado y pulcro, minucioso, casi automático. En otros quehaceres, por lo demás, cuando la atención se le iba de las manos, los tics y las repeticiones se apoderaban de él como si el diablo se le metiera al alma. ¿Qué pudo haber ocurrido? No lo sabremos. No es posible prever lo imprevisible y disponer los modos de la desdicha. Nadie puede advertir a tiempo la inminencia de la fatalidad y ordenar los hilos de futuras contingencias.

Aquella mañana la instrumentadora que asistiría al doctor Cucalón durante la intervención quirúrgica, una muchacha esquivia y bella como una Ofelia a punto de caer al río por culpa de los hados, graduada con honores en la Escuela Superior de Enfermería, se presentó en el quirófano a la hora acordada, como nunca antes lo había hecho. Betty se llamaba y, además de su nombre que recordaba la beatitud de Beatrice en el momento de presentar al Dante ante quien todo lo puede y sabe y lo dispone a su amaño y acomodo para su propia gloria, además

del nombre de Beatriz, como dicho queda, solo parecía llevar entre la blancura de su bata abierta el esplendor de sus senos y un delicado aroma en el escote. Fue como una aparición. Qué gloria de mujer, qué rara maravilla. Qué aparición de Inmaculada y qué fragancia entre el olor a clorexidrina, a límpido y a vapor de plancha de la sala. No obstante, el doctor Cucalón, habituado durante tantos años a traducir la desnudez humana a los secos esquemas anatómicos, pasó por alto lo que tal vez –¿quién lo sabe?– pudo ser la causa de su caída.

Dispuesto ya en la mesa quirúrgica, la enfermera canalizó al paciente y, por orden del anesthesiólogo, administró un sedante benzodiasepídico en el conducto de líquidos endovenosos.

Volteado decúbito lateral, Crótatas Rimoso más parecía el señor caído de Monserrate. Qué ojos de miedo, qué temblores, qué modo de mirar a todas partes. Ubicado el espacio intervertebral, el anesthesiólogo lo puncionó entonces con el spinocath, y le administró a través de él bupivacaína, gracias a la cual fue perdiendo sensibilidad hasta no tener conciencia de sus piernas. “Qué bueno –pensó– que hubiera algo así para la vida”.

Luego el doctor Cucalón, dispuesto como siempre a llevar a buen puerto la intervención, perfectamente concentrado, dueño de sí y señor de sus actos, introdujo por la uretra del señor caído el resepectoscopio que le permitiría la visión interior de la uretra y la irrigación con suero de la zona intervenida. Con un asa de alambre conectada al bisturí eléctrico, resecaría los pedazos de próstata que irían a depositarse luego en la vejiga. Un tubo pinchado directamente en la cavidad vesical aspiraría los fragmentos resecaados y mantendría a baja presión el suero durante el procedimiento.

5

¿Qué ocurrió en realidad? Nadie puede saberlo. Tal vez el leve roce del pecho de Betty en el costado del médico, quizás la fragancia a rosas que emanaba del escote, encendieron las alarmas. De un momento

a otro el doctor Cucalón llevó la mano al piso y trazó con el dedo enguantado el contorno de su pie mientras graznaba como el grajo y alargaba el otro brazo hacia la instrumentadora hasta sentirla con la yema de los dedos. Luego le acercó por detrás la rodilla doblada y le dibujó un corazón en el trasero. Vino entonces el torrente de frases inconexas, como nunca antes le había ocurrido en el quirófano. “A Cucalón no la cuca. Congo azarcón, luengo alfordón, clueca la cuca María”. Con la voz impostada, extravagante, como si de un poeta demente se tratara, comenzó a decir: “Ni poder ni esplendor ni lozanía son razones de amar: otro es el lazo que nadie nunca desatar podría. Amo yo por instinto tu regazo. Patria, eres tú de la familia mía. Madre: de tus entrañas soy pedazo. Luengo alfordón, clueca la cuca María. ¿Miguel Antonio fue acaso a nuestra patria tan caro? Él se creyó sin reparo de sus entrañas pedazo. Poeta, y con tal enredo, no supo bien lo que dijo. Gran pedazo fue aquel hijo: era un grandísimo pedo”.

-¿Qué pasa, doctor Cucalón? -quiso saber el médico ayudante mientras auscultaba a Rimoso-. Me parece que su paciente pierde la conciencia.

-Recuerdo nuestro encuentro -dijo Cucalón con la voz apagada-. Recuerdo lo que ocurrió y lo que no ocurrió. También lo que hablamos y lo que callamos, lo que queríamos decir y no dijimos. El sitio (creo) era real, tanto como un país imaginado. Las palabras audibles como el silencio en medio de una fiesta, como la palabra en la punta de la lengua, como los signos de un idioma que no hablamos todavía.

-Doctor Cucalón ¿qué le pasa? ¿Se siente bien? No olvide que su tiempo quirúrgico es de 60 a 80 minutos, y que usted debe resecar un gramo de próstata por minuto.

-No pusimos en duda la solidez del tiempo -continuó sollozando-. Eran (creo) las horas de la tarde de aquel viernes de junio, ¿lo recuerdas? Más que un día de la semana del mes del año de un siglo de tal lustro de tal época, era un estado del alma análogo a la alegría y la tristeza, a la nostalgia y al entusiasmo, a la espera y la esperanza, al desaliento y al miedo, al dolor, a la ternura, a la perplejidad de estar vivos después de tantos años, al asombro de existir para alguien en el mundo; al cariño y al odio, al presentimiento y la certidumbre de un suceso

pretérito que no sucede aún pero que vendrá con el tiempo, al amor que se hace realidad en el deseo.

-Por Dios, Urías, no olvide que mientras más tiempo pase, más posibilidades hay de absorción del medio hipotónico.

-Análogo (el tiempo) al viento que cesa en los tejados y en la copa de los árboles, al mar robusto que se vuelve estanque y espejo en la bahía, al pie que se levanta para dar un paso y no llega a posarse en el camino, a la caricia próxima a tu intimidad cuya puerta quiere abrirse a más caricias.

-Por Dios, Cucalón, no olvide que la vejiga no es indiferente al intercambio de agua y electrolitos, y que en el desarrollo de esta operación pueden romperse vasos venosos con paso directo de la solución irrigante a la sangre del paciente.

-Hombre fluvial en riesgo marítimo de amante. Levanta la mano al despedirse. Se queda solo, quieto, mudo. El gesto, lentitud enérgica de estatua. Desnuda frente a mí. Desnuda. Concavidad el fondo a tus espaldas. Espuma de transcurso tu camino. Horizontes azules tu cintura. El otoño y las nubes te coronan. La desnudez en viaje de elementos al fondo elemental. Catástrofe los cuerpos que se juntan. Arriba, sobre el mar, desnuda. Testimonio fragante del naufragio.

Desnudo, abajo, el boga marinerero. Señal del hundimiento. Dos cuerpos desnudos son herencia, riqueza, testamento. Dos cuerpos desnudos todo lo que queda.

-No olvide, doctor Cucalón, que si el volumen que pasa al sistema intravascular es importante, un litro o más, tendremos hiponatremia, que a su vez origina los síntomas del Síndrome de RTU.

-El paisaje era como el cuadro que siempre quise pintar y no he pintado, no porque haya faltado la voluntad de ejecutarlo, sino porque no estaba la modelo. Quizás ella habita el país de los designios. Tal vez sueña con una rosa entre las piernas. El lienzo sobre el bastidor. Blanco. No tocado. A la espera del alba, de la albura, de un blanco más blanco que la claridad miedosa de la noche. Los pinceles en orden. La paleta y los colores dispuestos a tejer sobre la tela. Los aceites y la trementina llenan el estudio de fragancias. Sin embargo, falta la modelo. La sueño. La deseo.

-Usted lo sabe, Cucalón, síndrome de resección transuretral, con tendencia al compromiso de conciencia, náuseas y vómitos por edema cerebral. No olvide, doctor, que la hemólisis de los glóbulos rojos puede comprometer seriamente la función renal de este paciente.

-Las frases tenían el ritmo del jadeo. La palabra erecta, firme, recia, dura, erguida, sustantiva, dispuesta a desbordarse en catarata, quería hacerse carne dentro de tu cuerpo. Un ir y venir de aromas y colores. La palabra callada, no dicha, sugerida. Desnuda frente a mí. Desnuda. Desnuda sobre mí, debajo de mí, desnuda, gimiendo bajo el peso de la levedad de aquel instante. Concavidad el fondo a tus espaldas. La palabra es azul, y rojo el grito que te embiste. Entra y sale de ti, viene y va como las olas, sube y baja, te rebasa, te llena de diluvios. Espuma de transcurso tu camino. Horizontes azules tu cintura. ¿Más adentro, dijiste? Y hacerte maldecir de tanto cielo.

6

¿Qué pudo ocurrir? Nunca lo sabremos. ¿Accidente quirúrgico? ¿Perforación de vejiga con el resectoscopio? ¿Rompió el cirujano la técnica aséptica cuando llevó la mano al suelo? Lo cierto es que el profesor Rimoso hizo abdomen agudo al que siguió una peritonitis. Luego vino la sepsis, la falla multiorgánica, y tres días después estaba en los Jardines del recuerdo.

7

Entre los papeles del doctor Cucalón, obligado a abandonar el ejercicio de la medicina, mas no el de la poesía, y a someterse a un tratamiento psicoterapéutico, se encontró la siguiente nota:

“El fantasma es azul. Te he tomado en mis brazos para leerte. Qué soledad tan sola. Renglón a renglón, frase a frase, palabra por palabra, te he recorrido toda, más que con los ojos, con los labios. Sé a qué saben tus letras, sobre todo el punto de tus íes. Es como tapar el sol con la punta de la lengua. Sé que no eres mía ni lo serás, pues habitas el reino del misterio. Mejor es que así sea. Sé que no soy tuyo ni lo seré, pues te ofrezco mi lengua para leerte, Amilamia a mí lamía, mi Amalia, la muñeca reina: “Amilamia no olvida a su amigito, y me buscas aquí como te lo divujo”. Me has buscado pero no me encuentras, amor mío. Tal vez leer consista en eso: en mirar, saborear y oler el texto, y citarlo después (como quería Borges) con algún error que incluya secretas correcciones. Quizás leer exija la renuncia a descifrar lo indescifrabable, a abarcar lo inabarcable. Quizás leer consista solamente en querer. Es probable que mis brazos alcancen a abarcar tu cintura, y mis manos a ocultar tu rostro alucinado, pero no a leerte entera, mi Beatrice”.

Pena máxima

*Para Daniel Samper el Viejo.
Para Daniel Samper el Joven.*

Primer tiempo

1

Egidio “El bufón” Shield, portero de la selección nacional de fútbol, a quien nunca le hicieron un gol en ninguno de los partidos que jugó en su vida, murió de un disparo en los últimos minutos del encuentro final de la Copa Mundo.

2

–Amados hermanos –dijo con voz conmovida el capellán en la homilía exequial mientras elevaba al cielo las manos unguidas de misterio–: nos hemos reunido aquí para dar cristiana sepultura a nuestro querido amigo Egidio Shield, a quien Dios llamó de este mundo. Arquero de acendradas virtudes cristianas y deportivas, escudo de los pobres y los humildes, hijo solícito y obediente, vecino solidario, buen samaritano, ciudadano a carta cabal, ejemplo de juventudes, hombre de pro y amigo incomparable, fue “El bufón” ante todo un católico fiel, guardián de nuestra santa fe, legionario de Cristo y Nuestra Señora. Durante los cortos años que estuvo entre nosotros, Egidio fue una especie de Dino Zoff, pero piadoso. Si bien, como sabemos, a Dino Zoff no le hicieron ningún gol durante aquellos 1.143 minutos providenciales de aquellos 12 históricos partidos, y solo fue vencido en franca lid cuando Haití le convirtió un gol a Italia en la Copa del Mundo que todos recordamos, a nuestro hermano Egidio nadie lo venció como portero, ni siquiera la muerte que nos llama a todos, pues ahora, por la gracia y poder de Cristo Jesús resucitado, ante quien interceden su Santísima Madre la Virgen de las Cabañas, patrona de los arqueros, y Pedro, fundamento rocoso de la Iglesia y guardián de las llaves del Reino, se le abren de par en par las porterías del cielo.

–Siempre lo mismo –le comentó al oído una viejita a su vecina–. A todos les acomoda la sepultura al oficio. ¿Qué les dirá a las guarichas que se mueren?

–Ay, hija. Cállese la boca. Yo solo asisto a los entierros grandes.

3

Hijo prematuro y niño precoz de un arquero inglés jubilado, y de una fornida mujer natural de Parma, ex guardiana de la cárcel de mujeres, y ahora, ya jamona, portera de la célebre cartuja, Egidio Shield mostró desde niño sorprendente pericia para atrapar a la velocidad del rayo cuanta cosa se pusiera al alcance de sus manos. No solo fue imbatible como portero en los partidos de fútbol del colegio, sino que, además, tenía la habilidad de dar y esquivar palmadas con infalible acierto en el juego de manitas calientes, y de pillar al vuelo en los velorios cuanta mosca se acercara al cuerpo de los difuntos, según que la muerte se hubiera producido por causas naturales o violentas. Asimismo, por la forma como las moscas se aproximaban a un cuerpo, podía decir con exactitud la razón del deceso, al punto que cierta vez se atrevió a contradecir el dictamen del forense, para quien el recluta que estaban velando en la capilla del Cantón Norte había fallecido de politraumatismo craneano al caer desde lo alto de la roca de Tolemaida, durante un simulacro de rescate de secuestrados. “No señor –dijo el joven Egidio–, se murió del susto. Fíjese bien en el vuelo de las moscas”.

Conforme crecía el muchacho y se acercaba a la plenitud física en admirable acuerdo con la salud del alma, aumentaba también la lumbre de su fama, y con ella ciertos rumores acerca de su extraña condición ajena por completo a la naturaleza falible de los hombres.

–Ni siquiera los héroes de la antigüedad –dijo alguna vez su maestro de literatura– alcanzaron de los dioses el privilegio de ser por completo invulnerables. Aquiles y Sigfrido, por ejemplo, tuvieron, el uno en el talón y el otro en un sitio de su espalda el punto débil por el que les entró de pena máxima la esférica imparable de la muerte; pero este joven con cara de mago y manos de poeta no ha mostrado hasta hoy ninguna flaqueza a la hora de cuidar el arco, pues agarra el balón con la misma destreza con la que atrapa moscas.

–Válgame Dios –comentó entre risas el prefecto de disciplina–. Ahora solo nos falta que lo compare con Superman para que nos quede completo el culo con los calzones.

–Porteros como Lev Yashin, “La araña negra”, ha habido pocos en el mundo –declaró meses después en el velorio del profesor de literatura, el director técnico del equipo de fútbol del colegio, mientras Egidio, junto al féretro, jugaba a las manitas calientes con la hija solterona del difunto–. El gran parador de tiros, nacido en Rusia en el año 29, jugó de portero en 326 partidos; militó en el Club Dynamo de Moscú, y representó a la Unión Soviética en 78 compromisos internacionales, entre ellos los mundiales del 58, 62 y 66. Por si fuera poco, en el 63 se le declaró el futbolista europeo del año, y en 1969 se le premió con la Orden de Lenin. Nadie ha superado hasta hoy su determinación y su coraje, su espíritu combativo y su vocación de rayo. Nadie ha tenido su elasticidad, sus reflejos de gato y su instinto de anticipación. Junto a sus hazañas, lo de Egidio es pura bufonada, pura suerte, pura pirotecnia.

Egidio Shield se limitó a reírse para sus adentros y comenzó a aceptar muy a su pesar la escueta verdad que había en las palabras del entrenador de fútbol. Si no había sido capaz de preservar el amor de la mujer que amaba, lo suyo como portero era pura bufonada, pura suerte, pura pirotecnia. ¿Qué ganaba con atajar todos los balones, si a cada momento el desamor metía en su arco semejantes goles? Sintió ganas de llorar, no tanto por la muerte de su maestro y menos aún por las palabras del director técnico, cuanto por consentir en su recuerdo lo último que le dijo a la muchacha, poco antes de que ella se le fuera: “No te pido que me quieras. La vida es demasiado breve para el amor que mi corazón reclama”.

–Lo que pasa –sentenció don Ramiro, un viejo chamán del Putumayo, discípulo socarrón de los brujos de Sonora, hombre de conocimiento, heredero del saber ancestral y experto yagetero– es que en esos partidos que mienta el profe, “La araña negra” podía mover a voluntad su punto de encaje y pasar del tonal al nahual, es decir, de la conciencia ordinaria a un estado de conciencia acrecentada. A “La

araña” debió pasarle lo que nos pasa a muchos cuando nos coge el pánico: somos capaces de dar brincos increíbles y saltos descomunales a la hora de salvar el pellejo.

–Pues entonces –declaró René Higuita que a la sazón conversaba con Daniel Samper el viejo, humorista y escritor de reputada fama e impenitente hincha de un modesto equipo de fútbol de su país, y con el doctor Víctor Alberto Gómez Cusnir, decano fundador de la facultad de psicología del Politécnico– a mí me pasa lo mismo, y más, que a “La araña negra”. Y más que al “Caimán” Sánchez en el mundial de Chile del 62, cuando aquel 4 a 4 en el partido contra Rusia. Y más que al “Pato” Fillol, campeón del mundo con Argentina en el 78. Y más que a José Luis Chilavert, líder, agresivo, guerrero, provocador, que cobraba tiros libres y penaltis. Y más que a Hugo “El loco” Gatti, del que dicen que se me anticipó con sus acrobacias y como portero líbero. Y más también que a Amadeo Carrizo en aquel clásico de Millos-Santafé, en El Campín. El partido iba 1 por 0 a favor de Millonarios. Alfonso Cañón, delantero del Santa Fe, ve que Carrizo está fuera de la portería y le hace tremendo disparo desde los 40. Amadeo da dos o tres pasos atrás, y cuando el tiro iba a rebasarlo, ante los gritos frenéticos de 50.000 fanáticos, agarra el balón, óigame bien señor Samper, agarra el balón con una sola mano, lo pasa por detrás del cuerpo y lo entrega a uno de sus defensas. Un uhhhhhhhhhhh de 50.000 voces, como un rugido, por poco nos deja sin estadio. He jugado 66 partidos –agregó– con la selección Colombia, y he metido 4 goles en calidad de arquero. Por ser el único portero líbero que se conoce, la FIFA me dio en el 97 el premio al guardameta con más goles marcados en el mundo. Yo soy, además, óigame bien doctor Víctor Alberto, el inventor de la jugada del escorpión, muy, muy famosa, tanto que Eduardo Galeano, un señor que también escribe libros como usted, señor Samper, pero dicen que con menos chistes, dijo que Higuita no se resignó a que el guardameta fuera un hombre muro, pegado a su valla, y demostró que el arquero también puede ser un hombre lanza.

–Eso no es nada –dijo Egidio Shield, ya muy famoso, seis años después, mientras por respeto al cadáver se aguantaba las ganas de atrapar las moscas en el velorio del director técnico del equipo de fútbol del colegio–. El inglés Gordon Banks fue entre el 66 y el 70 el mejor

guardameta del mundo. A él se le atribuye la salvada del siglo. Ocurrió en la Copa Mundo del 70, cuando Pelé cabeceó aquel pase cruzado de Jairzinho hacia la red de Banks. El gol era un hecho seguro. Gordon Banks corrió frente a su malla y saltó en picada como un gato. La pelota rebotó. El arquero parecía vencido. Entonces se retorció hacia arriba y desvió el balón al travesaño. Qué maravilla.

Segundo Tiempo

4

La guerra había empezado con tempranas discordias entre expertos y aficionados al fútbol y a otras artes y ciencias de menor peso y prestigio, cuyos jerarcas, neófitos, fanáticos y adeptos emulaban por explicar aquel prodigio humano nunca antes visto, de acuerdo con su lógica profesional, sus intereses de gremio, de secta o de partido, sus querencias, odios y rencores, sus verdades religiosas o científicas, y sus modos privados de ver el mundo y la vida.

Era tal la fama de “El bufón” y tal la idolatría que se le tributaba; a tanto llegaban ya los buenos y los malos vientos de su nombradía, los chismes, los rumores, los artículos de prensa, las peregrinaciones y los viajes de turismo a la casa donde nació; las entrevistas, los realities para premiar al hombre invencible en lo que fuera: en la cama o en la deglución de perros calientes; a tanto llegaban los ensayos y monografías y las tesis doctorales de los graduandos en las academias; a tanto llegó la industria del espectáculo cultural y del simulacro deportivo, y a tanto también el negocio de las devociones y supercherías, que las Conferencias Episcopales de cada país, redactaron un documento conjunto en el que se negaba a Egidio Shield el don de la ubicuidad y la profecía, a no ser que se tratara de las artes del maligno. Si acaso –se aventuraban con prudente celo de pastores– esa habilidad de “El bufón”, ajena sin duda a la versatilidad de los cuerpos gloriosos, solo

podía atribuirse, sin que tal atribución afectara nuestros dogmas fundamentales, a un favor divino por la buena fe con que el padre del futbolista se había convertido al catolicismo después de tantos años de veleidades anglicanas; o a un regalo de la Providencia y en particular de San Bruno, porque su madre había pasado de vigilar reclusas a guardar con castidad de divorciada las buenas costumbres de la cartuja, o si no, a esta moderna epifanía, misterio y testimonio de la presencia salvífica de Dios en estos tiempos azarosos del nuevo milenio.

Los médicos neurólogos, los psiquiatras, psicólogos y otros profesionales de la salud mental y la neurociencia no se quedaron atrás.

Con evidente desconfianza del rigor científico del resto de sus colegas, organizaron el “Primer coloquio internacional de neurocognición aplicada a casos de Desarrollo Extremo de Inteligencia Neuromotora (DEIN, por su sigla en castellano), a la luz de la evolución del genotipo”, auspiciado por el Departamento de fisiología y neurociencia de la Escuela de medicina de la Universidad de Nueva York, evento al que por ningún motivo tendrían acceso monjas y curas, brujos y chamanes y mucho menos parapsicólogos, poetas y periodistas, “gentes ingenuas –según dijeron– de pésima reputación y bajo coeficiente intelectual que a la hora de explicar los fenómenos siguen apelando a mitos infantiles en vez de asumir con seriedad los métodos objetivos del proceder científico”.

–Hablan como comentaristas deportivos –acotó Egidio cuando lo supo.

El presidente del evento, un prestigioso neurocientífico, autor de más de 500 trabajos de investigación y varios libros sobre el tema, candidato al Nobel de medicina, explicó en la ponencia inaugural la teoría según la cual lo que demostraba el caso Shield no era otra cosa que un desarrollo neuronal extremo, de génesis desconocida, quizás atribuible a su destreza inicial para dar y esquivar palmadas en el juego de manitas calientes, y a su habilidad temprana para atrapar moscas. “Un caso excepcional de inteligencia –dijo– unida al desarrollo de la motricidad gruesa y fina, que tiene que ver con la evolución y naturaleza de su mente. El sistema nervioso y el cerebro –agregó– evolucionaron de tal suerte que hicieron posibles, en términos de predicción, las

interacciones entre los organismos vivos dotados de movimiento, y su hábitat. Para preservarse y sobrevivir en un medio hostil, una criatura debe prever el resultado de cada uno de sus movimientos con base en informaciones sensoceptoras. En tanto en cuanto la capacidad de anticipación es probablemente la función sustantiva del cerebro, puede decirse que el 'sí mismo' de Egidio Shield es el centro de sus predicciones, en gracia del cual anticipa a una velocidad superior a la normal, todos y cada uno de los eventos balompédicos, del mismo modo como el resto de los mortales calculamos el peso, la temperatura y la lisura de una botella de leche en el momento de sacarla de la nevera. La realidad –concluyó– no solo está 'allá, afuera', sino también en el mundo virtual que construimos”.

–¡Hermoso! –exclamó el negro Perea que seguía desde Barranquilla la teleconferencia–. Pero, eche, ¿qué fue lo que dijo?

Después del discurso del doctor Llinás –que así se llamaba el presidente del coloquio– al que asistieron algunos infiltrados del Opus Dei, enemigos del condón en cabeza del cardenal López Trujillo, defensores de la familia como núcleo eclesial en miniatura para la opción cristiana de procrear hijos para el cielo, defensores también de la línea creacionista según la cual el Eterno creó de la nada el cielo, la Tierra y los infiernos con todas las criaturas que hay en ellos, los ánimos se fueron caldeando, al extremo de que varios centenares de miembros, amigos y benefactores de la Obra, bajo el patrocinio de San Josemaría Escrivá de Balaguer, llegaron en procesión al estadio de Berlín al partido final de la Copa Mundo.

A la semifinal del campeonato habían llegado las selecciones nacionales de Portugal, Francia, Alemania, y los once jugadores del equipo de Egidio, después de dejar por el camino al resto de los equipos participantes. Francia había vencido a Portugal por 1 a 0, y Alemania había caído en memorable encuentro bajo el poderío de los de Egidio por 2 a 0, así que la gran final tenía que jugarse entre los dos finalistas sobrevivientes.

La atmósfera en el estadio era en extremo densa y opresiva. Mucho tenía de misa y bacanal, de congreso científico, manifestación

política, corrida de San Fermín y carnaval de Río, de bautismo y funeral, de cónclave, boda, cruzada y aquelarre, de fiesta brava y candomblé, de vudú y partido de fútbol. Un aire a la vez de intifada y jolgorio, de misterio y fuerza primitiva. Unos esperaban que por primera y única vez la valla del famoso portero se derrumbara, con lo que estaban seguros, ganarían por segunda vez y acaso por la mínima diferencia un campeonato del mundo. Otros –los más– confiaban en la invulnerabilidad del héroe, que al contrario de Aquiles y Sigfridos, no mostraría un solo punto débil a la hora de cuidar el arco, milagro más que suficiente para erigirlos en tetracampeones.

–En estos momentos, señoras y señores –tronó William Vinasco Ch. –, la trilogía arbitral hace su aparición en el gramado ecuménico.

–Qué bonito. Habla como Bossuet o Lacordaire –dijo cuando lo oyó por la radio, encerrado en su celda, el abad de la cartuja de Parma.

La salvada del siglo ocurrió a los 92 minutos, cuando Zidane cabeceó aquel pase cruzado de Malouda hacia la red de Egidio. El gol era un hecho seguro. Shield corrió frente a su malla y saltó en picada como un gato. La pelota rebotó. “El bufón” parecía vencido. Entonces, señoras y señores, miren cómo se retuerce hacia arriba y desvía el balón al travesaño.

Las palabras del locutor llegaron a la audiencia global instantes después que el balón a las manos de Egidio, y engrosaron un uhhhhhhhhhhh de millones de voces, cánticos, blasfemias, gritos, aplausos, imprecaciones, músicas, truenos, ovaciones, pirotecnias, silbidos, estridores, estampidos, estrépitos, bramidos, alborotos y algarabías que emanaban como el mundo primordial del corazón de las barras. Se siente, se vive, Egidio es imbatible, Alabío, alabao, Egidio está acabao, Abajo la bota proimperialista del gobierno títere de Prodi, Francia es tu papá, Bufón es marica, Que viva el Papa, Es un canto de vida nuestro canto, Por Colombia, la patria que nos nombra, ¡Oh gloria inmarcesible! ¡Oh júbilo inmortal! Roma immortale di Martiri e di Santi, Roma immortale accogli i nostri canti: Gloria nei cieli a Dio nostro Signore, Pace ai Fedeli, di Cristo nell'amore, Tú reinarás, este es el grito que ardiente exhala nuestra fe, Allons enfants de la Patrie, le jour de

gloire est arrivé. Contre nous de la tyrannie L'étendard sanglant est levé, Fratelli d'Italia, l'Italia s'è desta, dell'elmo di Scipio s'è cinta la testa, Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt, wenn es stets zu Schutz und Trutze brüderlich zusammenhält. O felix Roma, O Roma nobilis. Sedes es Petri, qui Romae effudit sanguinem, Petri, cui claves datae sunt regni caelorum. ¡Que viva la patria! Sabas, invitemos a Egidio una tardecita de estas al Ubérrimo, ¡Que viva la patria! ¡Qué viva la paz!

Mientras la gente grita, Egidio está en el suelo. No se levanta. Un hilo rojo casi imperceptible mana de su boca y se pierde en el césped del magno estadio de Berlín, mientras la portera huida del monasterio para ver a su bufón, canta como los monjes de la cartuja: “El señor hizo en mí maravillas”.

5

“Le llevaron a la habitación, y aquel mismo día, el mundo, respetuosamente estremecido, recibió la noticia de su muerte”.

Minicuentos

Tragedia

Aunque amaba de veras a su madre, la noticia de su muerte lo alegró, pues el duelo lo eximía aquella tarde del pánico de enfrentarse a sus alumnos en la clase de literatura que pensaba dar sobre Edipo.

Sensibilidad

Agonizante, el hombre se escurrió de la silla al suelo, pero nadie rompió el silencio ni se movió de su puesto por respeto al concierto que había comenzado.

Asociación libre de ideas

–¿Con qué asocia usted las bibliotecas? –le preguntó el periodista.

–Asocio las bibliotecas –respondió– con la palabra “Alejandría”, pues este era el nombre de una casa de citas de mi pueblo, vecina de la biblioteca municipal. Recuerdo que el alquiler de un libro costaba menos que el de una “vieja”, circunstancia a la que debo mi notable cultura.

Instalación

Mientras los camilleros recogían los cadáveres de los estudiantes que quedaron tendidos sobre el césped, el rector explicaba a los fiscales que solo se trataba de un simulacro.

Libertad

El hombre se sintió libre cuando le dieron a escoger el veneno que de todos modos lo mataría.

Hasta que la muerte los separe

La mañana siguiente a la noche de bodas, ya se habían peleado, así que ella decidió irse sola a la playa, mientras él salía de pesca mar adentro. Por la tarde el hombre regresó feliz con un enorme escualo, pero no encontró a su esposa ni a nadie que diera razón de ella. Pensó que aún estaría enfadada. Mientras la mujer aparecía, se puso a destazar el pez, y en su vientre halló la argolla de matrimonio.

Yo soy el camino, la verdad y la vida

–Queridos hermanos –comenzó el sacerdote–, bienaventurado el que recibe la palabra de Dios. Feliz el buen ladrón cuando Jesús le dijo

el viernes de su muerte: Hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc. 23, 43). Y feliz también la Magdalena cuando, tres días después, el domingo de Pascua, Jesús le dijo: No me toques, que todavía no he subido al Padre (Jn. 20, 17).

–¿A quién mintió –preguntó el borracho–, al buen ladrón o a la Magdalena?

El poder de la oración

–Si rezas con devoción el Santo Rosario –le dijo el sacerdote–, Nuestra Señora será tu mejor escudo y los ladrones respetarán tus bienes.

En efecto, el fiscal que hizo el levantamiento del cadáver, constató que los cacos le habían robado todo, excepto la camándula.

Clarividencia

–Este objeto de poder –le anunció el brujo– te traerá buena suerte y protegerá tu vida hasta que llegue tu hora.

Minutos después, en plena calle, la mujer fue estrangulada con el mismo amuleto que acababan de ponerle. Cuando lo supo, el hechicero dijo:

–Era llegada su hora.

Mateo, 9 6-8.

Entonces dijo al tullido:

–Levántate, recoge tu camilla y vete a tu casa.

Él se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto, la gente se rió, pues todo el mundo sabía –menos el Maestro– que aquel hombre fingía invalidez para pedir limosna.

No hay mal que por bien no venga

Una mujer que padecía cáncer de seno prometió al Señor de Monserrate subir al santuario de rodillas con tal de verse libre de su mal.

La enferma sanó, pero poco después murió de una infección por las peladuras que se hizo en las rodillas.

Libre examen

Notables teólogos de la Universidad de Tübingen afirman que Pedro negó tres veces a Jesucristo, no porque fuera cobarde sino porque el Señor había sanado a su suegra.

La Torre de Babel

Y la ciudad erigió dos torres de altura inverosímil, motivo a la vez de orgullo y de vergüenza, pues ni escaleras ni ascensores dieron abasto para evacuar a tanta gente en el pánico de la estampida cuando advirtieron que no podían entenderse los unos con los otros.

La condición humana

A medida que los ciudadanos limpiaban sus casas y sacaban a la calle lo que les sobraba, en cumplimiento de la jornada de aseo ordenada por el alcalde, se fueron dando cuenta de la imposibilidad de cumplir con la tarea, pues comprendieron que todo, incluso ellos, eran también basura.

Operativo

En cumplimiento del Estatuto Antiterrorista la patrulla militar puso preso a aquel hombre, pues hallaron en sus bolsillos el siguiente minicuento:

“En cumplimiento del Estatuto antiterrorista la patrulla militar puso preso a aquel hombre, pues hallaron en sus bolsillos la siguiente sentencia: 'El que tiene rabo de paja, poco aprieta'”.



Cuadernos

EX-LIBRIS

Una cosa piensa el burro Y otra el que lo está enjalmando

¿Cuáles valores?

El mayor peligro para la mayoría de nosotros no es que nuestra meta sea demasiado alta y no la alcancemos, sino que sea demasiado baja y la consigamos.
Michelangelo Buonarroti

Me preguntan con frecuencia si considero que de ayer a hoy han cambiado los valores de los jóvenes. Evidentemente sí. Habría que ver si para bien o para mal. Este artículo intenta dar alguna respuesta.

Para empezar, me declaro “hincha” de los jóvenes porque, dicho no sea de paso, son capaces de decir cosas políticamente incorrectas, lo que indica que viven todavía. De no ser así, no tendría mayor sentido mi oficio de maestro.

Trátese de muchachos, adultos o ancianos, entiendo por juventud cierta forma rebelde, inconforme, contestataria, crítica y hasta socarrona de ver el mundo y la vida, cierta actitud de modernidad espiritual y apertura mental que no traga entero, y que nada tiene que ver –o muy poco– con la edad de las personas y las modas. Desde este punto de vista, hay “muchachos” envejecidos, más aún: muertos en vida, y adultos y ancianos juveniles.

Cuando hace más de cinco siglos Jorge Manrique escribió en sus famosas Coplas a la muerte de su padre que “(...) cualquiera tiempo pasado fue mejor”, no había leído por supuesto la Historia de la estupidez humana, del húngaro Paul Tabori,⁴¹ ni Akenaton, la historia de la humanidad contada por un gato, de Gérard Vincent⁴². No conocía El túnel, de Ernesto Sábato, en cuyo primer capítulo se lee que “(...)

41. TABORI, Paul. (1995): *Historia de la estupidez humana*. Buenos Aires, Ed. Siglo XX.

42. VINCENT, Gérard. (1996): *Akenaton, la historia de la humanidad contada por un gato*. Madrid, Ed. Alfaguara Bolsillo.

cualquier tiempo pasado fue peor”, ni sabía, como Borges, que “(...) los gnósticos decían que la única manera de librarse de un pecado era cometerlo, porque después uno se arrepentía”⁴³. Tampoco había hojeado *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust⁴⁴, cuya idea central parece ser que los niños carecen de pasado y los viejos de futuro.

Quienes hoy en día piensan que los “valores” de antes eran mejores que los actuales, olvidan al parecer la historia de nuestra especie, tan inerme e indefensa frente al mundo natural autorregulado, que tuvo que crear la cultura como soporte, del modo como los miopes nos “apoyamos” en nuestros lentes para no tropezar, los cojos y los mancos en sus piernas y manos artificiales, los sordos en sus audífonos, los minusválidos en sus prótesis. En nuestro fuero interno y en el plano de la convivencia social, nuestros “apoyos” son los valores, la ética, las normas y las leyes. La pregunta es si esos valores, esas leyes y normas y esa ética han logrado cambiar o no –o atenuar siquiera– la barbarie en que consiste la historia humana.

Quienes piensan que los “valores” de antes eran mejores que los actuales, olvidan que los muchachos de hoy hacen las mismas locuras que a su edad hicimos los mayores, porque, como decía mi maestro de vida, el gran profesor Ernesto Bein, los dos motores del mundo han sido y serán siempre el sexo y el dinero, ejes de las relaciones de poder que gobiernan las conductas humanas.

Wayne W. Dyer, en su ensayo “La esperanza”⁴⁵ afirma que “nadie sabe lo bastante como para ser pesimista”, a lo que cabría replicar que nadie sabe lo suficiente como para ser optimista. Alguien, no me acuerdo quién, definía al pesimista como “un optimista bien informado”, es decir como un realista que se atiene a lo que el hombre es, a lo que ha sido y será, a pesar de todos los discursos y “eventos”, congresos, encuentros, simposios, conferencias y talleres sobre ética y valores, sobre la no violencia y la paz.

Tan sano realismo que renuncia, sí, a hacer del mundo un paraíso inalcanzable, pero no a producir algunos cambios de

43. BORGES, Jorge Luis. (2001): “Credo del poeta”. En: *Arte poética. Seis conferencias*. Barcelona, Ed. Crítica. Pág. 131.

44. PROUST, Marcel. (1967): *En busca del tiempo perdido*. Barcelona, Plaza y Janés.

45. DYER, Wayne W. (1999): “La esperanza”. En: *La sabiduría de todos los tiempos*. Grijalbo Mondadori, S.A.

importancia en una u otra persona, no descarta la esperanza que ciframos en nuestra labor educativa. Por fortuna contamos con jóvenes de todas edades a quienes no cautiva ya el “discursito plano” que da por sentados los valores, ni tienen interés alguno en que se los sigamos “inculcando” mediante “palabritas” inocuas y vacías, como aquellas que “predican” que “hay que ser buenos, honrados, francos, transparentes, generosos, esforzados y solidarios”.

Si, a contrapelo de lo anterior y a tono con una visión humanizante y enriquecedora –realista en todo caso– les proponemos debatir, hacer conciencia y tomar decisiones en torno, por ejemplo, al supuesto o real carácter mercantilista del saber en nuestro tiempo, al supuesto o real desinterés utilitario que, según dicen, animaba el conocimiento en otras épocas; a la pregunta de si la cultura nos hace o no mejores, a la precariedad e ineficacia de las palabras a la hora de “comunicarnos”, a la dudosa “racionalidad” de nuestra especie, como consta en la no muy honrosa historia de la humanidad, a la complejísima, ambigua y contradictoria condición humana capaz de los más bellos actos comunitarios y a la vez de las acciones más ruines, al carácter teatral e histriónico de la amistad, el amor y las relaciones públicas y privadas, a la relatividad o universalidad de los valores éticos y morales, y a la necesidad de asumirlos como soportes para no caer en el más grosero primitivismo, tendríamos ante nuestros ojos y ante los ojos de nuestros jóvenes no una meta demasiado baja, fácil de conseguir, sino otra de mayor alcance y altura, así corramos el riesgo de encontrar una violenta oposición en las mentes mediocres y rutinarias.

Me preguntan –dije– si considero que de ayer a hoy han cambiado los valores de los jóvenes. Pues sí. Sí que han cambiado, y de qué manera. ¿Para bien o para mal? Me gustaría pensar –y esperar– que para bien. Frente a lo que me tocó vivir en mis años de estudiante, encuentro en los jóvenes de hoy mayor audacia, más frescura e irreverencia, más precaución ante “absolutos” y “verdades reveladas”, mayor capacidad crítica así sea ante cosas que los mayores consideramos “fruslerías”; mejor disposición para reírse, incluso de nuestras clases, de nosotros y de ellos mismos. Aunque adoro las coplas de Manrique, estoy muy lejos de pensar con él que “(...) cualquiera tiempo pasado fue mejor”. Lejos también de decir: “¡Ah, en mis bellos

tiempos...!" "¡Ah, es que en mi época...!" Con frecuencia digo a mis jóvenes estudiantes que el día que me sorprendan diciendo semejantes chocheras, me lo hagan saber, para empacar mis cosas e irme a casa. Una cosa es cierta: si los "valores" de los viejos hubieran sido mejores, hoy tendríamos como herencia un mundo más amable.

Don Guillermo Quiroga, maestro de la discreción, la decencia y el sentido común

Hace poco, en la clase de literatura del grado 10-C, hablábamos del Poema de Mío Çid. Lo recordarán quienes no caparon clase ese día. Decíamos entre otras cosas, que el reparto de este cantar de gesta castellano en tres cantos solamente, frente a, por ejemplo, los 24 de la *Ilíada*, es un síntoma de la discreción y la medida que animan todo el texto. Decíamos que Ruy Díaz de Vivar, desterrado injustamente por el rey Alfonso, gana para el monarca victorias resonantes, entre las que está la toma de Valencia. Que, por si fuera poco, para congraciarse con el rey, casa a sus queridas hijas doña Elvira y doña Sol con los infantes de Carrión, sus enemigos. Y que después de la paliza que estos cobardes maridos infligen a sus esposas en el robledal de Corpes, el Çid Campeador, en vez de hacer justicia por su propia mano y pasar por las armas a los agresores como correspondía a un héroe épico de su alcurnia, acude al rey para que sean las cortes las que juzguen el agravio. Un monumento, pues, a la discreción, a la hidalguía, a la generosidad, a la nobleza, a la caballerosidad, a la decencia. Un canto, además, al respeto por la ley.

Decíamos lo anterior por parecernos que esa caballerosidad de don Rodrigo Díaz de Vivar, ese no hacerse notar siendo un hombre tan notable, ese bajo perfil que distingue a quienes alcanzan estatura de espíritus superiores, son justamente las calidades que adornan a don Guillermo, pues este maestro de la discreción, de la decencia y del sentido común, siempre ha disimulado su grandeza.

En otras clases he releído a mis alumnos el artículo Arte e ilusión (Ver: www.angelmarcel.com Menú. Escritos. Artículos.), escrito para un Aguilucho anterior, en el que se afirma que el disimulo es cosa bien distinta de la simulación. En efecto, podemos disimular la grandeza del alma o la solvencia económica y espiritual mediante el ejercicio de una vida sencilla y discreta, propia de las personas de alto estilo, sabias y elegantes. Pero cuando estamos en la inopia –económica y mental– y queremos aparentar fortuna y abundancia, cuando no cultura y sabiduría, no nos queda más remedio que echar mano del expediente mezquino del simulacro, tan frecuente en fantoches y pedantes. En otras palabras, se puede disimular lo que se tiene, y se simula lo que no se tiene.

¿No ha sido acaso el alma y nervio del espíritu gimnasiano esto de no simular la grandeza y en cambio sí disimularla? Del prof Ernesto Bein quien, junto con don Guillermo, es uno de los grandes maestros del Gimnasio, aprendimos la siguiente sentencia: “Todo lo que chilla es lobo”. Cierto. La “lobería” en el vestir, el hablar, el actuar, el ser, el tener o el pensar, no es otra cosa que una pretensión frustrada de grandeza. Quiere decir que al “lobo” no le alcanza el simulacro para imponer y hacer valer la prestancia o el prestigio que no tiene, que nunca tuvo, y que, por lo visto, nunca tendrá.

Y así como hay “lobos” en el vestir o en el modo como “adornan” o “decoran” la casa o el carro, hay también (y estos son los más ridículos y peligrosos) “lobos” de las ideas y de la vida intelectual, “lobos” de las profesiones, entre las que está, desde luego, la de maestro.

Un profesor “lobo” es aquel que considera que nadie, absolutamente nadie, puede vivir sin “sus” conocimientos y enseñanzas; aquel que hace más difícil lo difícil, aquel que simula erudición mediante el uso de jergas incomprensibles para sus alumnos; aquel que considera inapelable la calificación que impone a sus estudiantes; aquel que ve en las modas pedagógicas (casi siempre referidas a lo formal) la panacea para ocultar su ignorancia y su incultura, aquel que, al decir del maestro Antonio Roda, “pule y pule la copa sin tener un buen vino que echarle”. Por lo demás, la idea de

reglamentar administrativamente la vida y la aspiración de algunos científicos y artistas a sobrepujar la naturaleza, son, según Bergson, la quintaesencia de la “lobería” y el pedantismo. Cierto. El médico que ejerce su profesión como si el enfermo se “hubiera hecho” para “su” medicina y no al revés, la medicina para el paciente; así como el profesor que trata a los alumnos como si ellos estuvieran al servicio de “su” pedagogía, y no la pedagogía para provecho de los estudiantes, son “lobos”, ridículos y pedantes, y dignos, por lo tanto, de la misericordia de la risa. Fuente también de lo risible de los distintos oficios y profesiones, es lo que el mismo Bergson llama lógica profesional, mediante la cual se razona siguiendo los patrones –casi siempre rígidos– aprendidos en el ámbito profesional donde sin duda pueden ser verdaderos, a pesar de considerarlos falsos el resto de los mortales.

Pues bien, don Guillermo está en las antípodas de los “lobos”, fanticos y pedantes. Con la misma discreción con que llegó al colegio hace 40 años, y con la misma con que ejerció durante ese tiempo su formidable magisterio, se ha retirado del ejercicio activo de su profesión, mas no de su influencia en generaciones y generaciones de estudiantes, y en quienes, como colegas, recibimos también sus enseñanzas y sus lecciones de vida. Siento que la ausencia del Maestro es más ostensible que su presencia. Tanto que, sin decirlo, nos preguntamos todos los días: “¿Por qué no está don Guillermo?, lo cual significa que, mientras él estuvo entre nosotros, nadie se haya preguntado: “¿Y qué hace aquí don Guillermo todavía?”

Hablar de un amigo así resulta difícil en extremo. Publicar sus virtudes, “cantar sus alabanzas” resulta también dificultoso, no solo porque él no lo necesita, sino porque las palabras que están ahí, en el diccionario, a nuestra disposición, esperarían un principio de orden para decir lo justo. Decir algo sobre don Guillermo exige el rigor del soneto, la precisión del verso, la perfección de una frase que no quiera quedarse en el temido lugar común, o en la palabra inocua:

*¿Dónde está el amoroso jardinero?
Si no está es porque existe, porque escribe
el nombre de la rosa en el florero,*

*y en esa flor tan sola que demanda,
pues quien vive entre rosas se desanda,
y quien anda entre flores se desvive.*

En resumen, pienso que el mejor homenaje a don Guillermo sería no rendirle ninguno. Sinceramente, no lo necesita. Su solo nombre y mención, su recuerdo perdurable, su estampa, su eterna juventud, su familia, doña Berenice, a quien vinculó con el Gimnasio de modo tan entrañable y significativo, su inimitable estilo, la vigencia de sus enseñanzas que nunca olvidaremos, sus anécdotas, sus excursiones, sus caricaturas en El Aguilucho, la falta que nos hace, su humor, las visitas con las que nos honre de ahora en adelante, las palabras que definen su talante: “Stúpido”, por ejemplo, “Y yo le voy a decir una cosa”, su amada ciudad de Popayán desde donde –en sus tiempos mozos– viajaba a Garzón, la Muy Noble y Señora Ciudad de los Obispos y del Seminario, para “echarse una pasadita” por Moroco, un célebre “establecimiento” de “altos estudios económicos”, y disertar allí sobre Lenin, Marx y Engels, los ángeles de la guarda de don Guillermo... Todo esto que digo y todo lo que venga en los buenos años que aún tiene por delante, constituyen una especie de catecismo del Padre Astete (“Astuto” –diría don Guillermo) en el que habremos de aprender lo que aún nos falta de este Maestro de la discreción, la decencia y el sentido común.

Bogotá, noviembre de 2007

Cosas que aprendimos con el Prof

Tomado de Mis primeros cuarenta años, texto leído en la Convivencia anual de maestros del Gimnasio Moderno. Ibagué, 12 de enero de 2012.

Antes que profesor, el Prof fue un gran maestro, uno de esos seres humanos, “que me pudrieron el seso para siempre”, como dice García Márquez de la maestra que le enseñó a leer a los cinco años. Con el Prof aprendimos muchas cosas. Déjenme resumirles algunas que recuerdo.

- ¿Exceso de palabras? Escasez de ideas

Fue el Prof un hombre de pocas palabras. Las reuniones de profesores que presidió durante su rectoría –pocas y breves–, se distinguían por la claridad, concisión, precisión y sencillez del lenguaje. A propósito del lenguaje, decía entre risas que no entendía muy bien el modo de hablar de los colombianos, pues a una mujer bella y joven le decimos 'vieja'; a la esposa, 'mi hija' (o 'mija') o 'mami', a la novia, 'bebé', y 'papito' al niño pequeño de la familia.⁴⁶

- Una persona cultivada ni tiene ídolos ni tiene fanatismos.

- Nada más cercano a la estupidez que la falta de humor, esa 'seriedad' ceremoniosa y tonta que presupone verdades absolutas e inamovibles, ciencia hecha, disciplina de cuartel, obediencia y fe de carbonero. “No hay que tomar en serio a quien se toma demasiado en serio”, enseñaba el Prof.

-El ridículo resulta de un inmenso esfuerzo que termina en nada.

-Nada es demasiado grave.

-Colombiano que se respete no orina solo.

-No es lo mismo 'California' que 'fornicar en Cali'.

-No es lo mismo sensibilidad que sentimentalismo o sensiblería.

-No es lo mismo sentido de pertenencia que 'patrioterismo'.

Sobre pedagogía

- Un buen programa de asignatura no es mucho más que un plan sencillo en el que se establecen las reglas del juego, el objetivo y los principales contenidos de la materia. Deben indicarse también las posibles relaciones con otras asignaturas. En las clases importantes, el maestro es el programa. Las cosas valiosas que pueden decirse en una clase son aquellas que no están en el programa.

46. ÁNGEL MARCEL. (7/22/2009): “Qué orgulloso me siento de ser colombiano”. En: revista SoHo, Edición 111.

- Uno de los males universales del sistema educativo consiste en que se enreda con los esquemas formales: que el esqueleto o formato del programa, que los objetivos generales y específicos, que los módulos, que los ejes temáticos, que los logros y las competencias... ¿Dónde están los grandes problemas y los grandes contenidos? ¿Dónde las grandes preguntas? Privilegiar lo formal sobre los contenidos es como pulir y pulir la copa sin un buen vino que echarle.

- Una buena clase empieza en el momento en que alguien (maestro o alumno) altera el automatismo de la percepción. En toda buena clase algo extraordinario ocurre.

- Así como la medicina se hace para el paciente y no el paciente para la medicina, la pedagogía está hecha para los estudiantes y no los estudiantes para la pedagogía.

- El arte de preguntar. En las malas clases, el profesor es siempre el que pregunta, a menudo verdaderas estupideces. Hay que darle al estudiante la oportunidad de elaborar sus propios cuestionarios para que él mismo los resuelva. La evaluación tendría en cuenta la calidad de las preguntas.

¿Puede un sordomudo de nacimiento 'pensar' como las personas normales? ¿Por qué en la Grecia antigua no hubo grandes pintores como sí escultores, poetas, filósofos y oradores? ¿Por qué debemos ante todo a los griegos la llamada 'cultura de occidente'? ¿Por qué ningún país de habla española –ni europeo ni americano– ha producido jamás un científico como Einstein o Newton o un filósofo como Kant? Si a alguien que pierde a sus padres se le dice 'huérfano' (a), y a quien pierde a su consorte se le dice 'viudo' (a), ¿cómo se le dice a quien pierde a los hijos? ¿Logró el surrealismo del siglo XX crear algo nuevo en arte después de El jardín de las delicias, de Hieronymus Bosch (h. 1450–1516)? Eran preguntas que trataban de resolverse en las clases del Prof.

- Las instituciones, especialmente las educativas, deben trazar rumbos en vez de fijarse metas.

Ni miedo ni esperanza

Octubre de 2001

*(...) cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Jorge Manrique

(...) Yo, por ejemplo, me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos y, así, casi podría decir que “todo tiempo pasado fue peor”, si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado (...)

Ernesto Sábato

Muchos años después...

Con ocasión del Segundo Congreso Nacional de Pedagogía celebrado en el Gimnasio Moderno los días 25, 26 y 27 de octubre de 2001, y con la asistencia de más de 500 participantes, estuvo con nosotros como conferencista invitado don Fernando Savater (1947), filósofo español de reconocida trayectoria internacional, contestatario y polemista, influido en su juventud por anarquistas, nihilistas e iconoclastas de la estirpe intelectual de Nietzsche y Ciorán, y autor, entre otras obras, de Nihilismo y acción y La filosofía tachada (1972), ensayos de gran escándalo en su país hace 29 años; Humanismo impertinente (1980), La tarea del héroe (Premio Nacional de Literatura 1981), Caronte aguarda (1981), Ética para Amador (1991), Política para Amador (1992), El jardín de las dudas (1993), Sin contemplaciones (1994), El valor de educar (1997), y Despierta y lee (1998).

Una rueda de prensa y una comida de gala en el Moderno, el miércoles 24, así como una corta conferencia en el Auditorio Ernesto Bein, el jueves 25, inmediatamente después de los actos inaugurales del Congreso, coparon la agenda del destacado intelectual que, además, tenía otros compromisos en Bogotá, Medellín, Barranquilla y Cartagena. Hábil para sortear preguntas duras, difíciles y comprometedoras, a una que le formuló en la rueda de prensa el Licenciado don Jorge Iván Parra Londoño, en el sentido de por qué no citaba en sus libros a los pensadores españoles, como sí era frecuente que lo hiciera con europeos de la importancia de Descartes, Leibniz, Hegel, Kant, Heidegger y otros, Savater contestó –palabras más, palabras menos– que no hay que buscar papas donde se dan los fríjoles, sin duda para señalar que la cultura de habla española –la de allá y la de acá– no ha sido ni es tierra abonada para la filosofía, como sí lo ha sido y lo es para la literatura y el arte.

Sin embargo, la respuesta más aguda, a mi parecer, la dio el escritor a propósito de la pregunta de un periodista, quien deseaba saber qué sentido tiene su optimismo con respecto a la educación y al conocimiento en un mundo particularmente violento, más aún cuando sabemos que la historia de la humanidad ha sido y es la historia de la barbarie. Savater contestó que, contra lo que muchos piensan y esperan, él se confiesa pesimista, al punto de entender la educación como el único medio de que disponemos, si no para suprimir, al menos para atenuar el absurdo, las contradicciones y la incontable miseria de la especie humana.

En su corta conferencia, el día jueves, Savater puso de presente, entre otras cosas, que la verdadera educación, en tanto acción deliberada y en tanto formación para príncipes y genuina preparación para el ejercicio de la ciudadanía, es la forma más adecuada y eficaz de hacer una revolución pacífica. Que el ciudadano, producto de la sociedad, solo se da en las democracias. Que los menos favorecidos necesitan más educación, y de tal calidad, que no permita en ellos el retorno de las fatalidades. Que la educación es siempre un problema público, y en tal sentido hay que educar no tanto para la pertenencia a la

comunidad cuanto para la participación ciudadana. Que la educación libera con argumentos racionales y forma a la vez en la competencia para ser persuadido por otros con razones. Que las opiniones, simples puntos de encuentro, no siempre deben ser respetadas, aunque sí las personas. Que la escuela no es democrática: por el contrario, mediante la función antipática de oponer resistencia, hace que los alumnos maduren y crezcan. Sin embargo, no se pueden reprimir alternativas y no se puede discriminar a nadie. Que el conocimiento, aunque fiable, es por esencia falible y relativo. Que la educación tiene más de arte que de ciencia. Finalmente, que no hay oposición entre la disciplina y las normas, pues estas humanizan la libertad que respeta la decisión del otro.

Hace 76 años

Por invitación de don Agustín Nieto Caballero, Ovidio Decroly (1871-1932), médico y educador belga, realizó, a partir de agosto de 1925, una visita a Colombia y al Gimnasio Moderno.

Durante los 3 meses que duró su visita, en un ambiente de trabajo de gran cordialidad, don Ovidio desarrolló con los maestros del Gimnasio y de otras partes de Colombia temas tan importantes como el problema de la educación, la Necesidad de conocer al niño, Breves consideraciones acerca del niño, El desarrollo del niño, Mecanismo espiritual del niño y La medida de las capacidades.

Ni miedo ni esperanza

Algo va de Decroly a Savater, como algo debe ir de 1925 a 2001. Para que se compare con lo que hoy ocurre, vale la pena recordar –¿cualquiera tiempo pasado fue mejor, todo tiempo pasado fue peor? –, que cuando don Agustín, consciente de los cuantiosos emolumentos que entonces también se pagaban a los científicos e intelectuales por sus conferencias dentro y fuera de sus países, le planteó a Decroly el asunto de sus honorarios, este le respondió: “Pero si ya todo está arreglado, M.

Nieto: Ustedes me llevan, me alojan allá y me traen. Esa es la materialidad de ese viaje. Lo demás es el ideal y eso ustedes me lo pagan de sobra con la idea de llevarme"⁴⁷.

Eso no es lo importante, sin embargo. Hay cosas de mayor alcance. ¿Por qué –me he preguntado una y otra vez– este Segundo Congreso Nacional de Pedagogía, que implicó un enorme trabajo que hay que agradecer y aplaudir al comité organizador, que contó con la presencia de importantes conferencistas, entre ellos uno de fama mundial, que atrajo a multitud de asistentes, que puso en juego una logística impecable, puede significar menos que lo que significó para la educación y la vida del Gimnasio la visita de Decroly?

Me atrevo a pensar con Perogrullo que los tiempos han cambiado, y que si antes había mucho qué decir y mucho qué aportar y proponer, pues el Gimnasio era “un hervidero de ideas”, hoy tal vez las cosas son a otro precio: vivimos en un mundo trivializado en el que ya nada nos asombra. Vivimos en un mundo banal, donde es más importante la imagen que la reflexión y las ideas, los eventos sociales que los libros. A propósito de la pérdida del asombro en los niños, vale la pena recordar a Ernesto Sábato:

Ya sea que el chico vaya perdiendo esa capacidad, ya sea que pocos seres la tengan en alto grado, lo cierto es que nada de importancia puede enseñarse si previamente no se es capaz de suscitar el asombro. Vivimos rodeados por el misterio; vivimos suspendidos entre aquel doble infinito que aterraba a Pascal, todo es fantástico y hasta inverosímil y sin embargo el hombre de la calle raramente se sorprende mediocrizado por la enseñanza repetitiva, por el sentido común, y ahora, finalmente por la televisión. Ya ni los propios niños se admiran de ver a un hombre caminar por la Luna, cuando un físico sabe que es absolutamente descomunal y casi milagroso. Para qué hablar de otros misterios: ¿Existe esta máquina con que escribo? ¿Por qué soñamos? ¿De qué modo recordamos hechos pasados y dónde estaban guardados? ¿El mundo del día es más real que el de las pesadillas?⁴⁸

Fernando Savater, un hombre amenazado de muerte por la ETA como aquí tantos colombianos, y un intelectual profundamente pesimista frente a la condición humana, tanto que afirma que se hace

47. MALLARINO BOTERO, Gonzalo. (1990): *El Gimnasio Moderno en la vida colombiana. 1914-1989*. Bogotá, Villegas editores. 1990. Pág. 119.

48. SÁBATO, Ernesto. (1978): *Ensayo sobre la educación en América Latina*. Buenos Aires: Clarín, 11 de mayo.

imprescindible la educación para atenuar nuestra barbarie, resumió en cuatro palabras su actitud y su pensamiento: Ni miedo ni esperanza. Son sus opiniones y, como él mismo lo dijo, las opiniones no deben ser siempre respetadas. Esperemos que sí las personas.

¡Qué orgulloso me siento de ser colombiano!

Hace algún tiempo me topé en la calle con una radiopatrulla que llevaba en las puertas el siguiente letrero: “Qué orgulloso me siento de ser policía”. Me acerqué al conductor y le pregunté:

–¿Qué significa esa frase?

–Quiere decir –me contestó mirándome de reojo y mesándose el bigotico– que nosotros sí estamos orgullosos de ser policías.

–¿Y por qué –le dije– no se ven carros con frases que digan “Qué orgulloso me siento de ser médico”, “Qué orgullosa me siento de ser actriz”, o “Qué orgulloso me siento de ser abogado”?

–Porque ese personal no siente el orgullo de sus profesiones como nosotros sí sentimos el orgullo de ser policías.

–¿Está seguro?

–Positivo –dijo con menos convicción que entusiasmo–. Para mí –agregó– ser policía es lo más “bacano” que me ha pasado en la vida.

–Lo felicito, Patrullero –le dije en son de despedida–. Lo felicito.

Recuerdo el diálogo anterior a propósito de la pregunta que me hacen con frecuencia: ¿Qué es ser colombiano? Y también a propósito, recuerdo frases como “Colombia es pasión”, “Colombia: el riesgo es que te quieras quedar”, y la tan repetida y gastada “Qué orgulloso me siento de ser colombiano”.

¿Qué tal que para afianzar su identidad alguien tuviera que pregonar a los cuatro vientos: “Qué orgulloso me siento de tener orejas”? Tal vez si las tuviera de Dumbo, de burro o de conejo, o si fueran del tamaño de las del ratón, hubiera razones para hacerlo. Puesto que las orejas no constituyen para la mayoría de nosotros conflicto alguno ni motivo de incomodidad o de vergüenza, no necesitamos decirlo y menos aun gritarlo. En caso contrario, escribiríamos poemas, artículos y

ensayos, y haríamos fiestas y marchas en defensa de la “orejidad”, como sí lo hacemos con sospechosa frecuencia con motivo de todo aquello que nos hace falta y deseamos: el amor, la paz, la felicidad, el respeto por las personas, el aire puro, el agua, los bosques, los valores.

Por cuanto hacemos explícita la colombianidad, me temo que ser colombianos implica para nosotros un grave y sensible complejo de identidad. En consecuencia, buscamos nuestros modelos en otras partes para imitarlos y, además, para exagerar nuestra relación con ellos. No estoy exagerando: amamos la hipérbola macondiana.

El colombiano, salvo honrosas excepciones, cree que Popayán es “la Jerusalén de América” sin advertir que a Jerusalén la tiene sin cuidado presentarse ante el mundo como “la Popayán del Próximo Oriente”. Ser colombiano es comerse el cuento de que Bogotá fue “la Atenas suramericana”, sin que a nadie se le haya ocurrido bautizar a Atenas como “la Bogotá de Europa”. Es llamar “Wall Street de Colombia” al complejo empresarial de la avenida Chile, la calle 72 de Bogotá, sin sospechar que el corazón histórico del distrito financiero y sede principal y permanente de la bolsa de valores de Nueva York, jamás aceptaría el nombre de “Colombian Chile avenue of Manhattan”.

Ser colombiano es haber creído que el “combinado nacional”, sin la tradición y preparación de Brasil, Italia o Suecia, ganaría en 1994 el campeonato mundial de fútbol, en los Estados Unidos, solo porque el 5 de septiembre del año anterior había goleado por 5-0 a la selección de Argentina, en el estadio Monumental de River, de Buenos Aires.

Ser colombiano es pensar que, con el nombre de John Jairo I –o “Jhon”, como escriben algunos bárbaros–, el cardenal Darío Castrillón Hoyos sucedería en el trono de San Pedro a Juan Pablo II.

Y, a propósito de nombres, ser colombiano es ponerles (no colocarles) a los niños y niñas, con todos los horrores de grafía que aguante la escritura, Jessica, Giselle, Wilber, Wilmer, Johanna, Yuleidy, Erika, Yuraiby, Leidydi, Mayerly, Cindy Stefania, Deisy, Ginna, Jerson, Mangelly, Jhoan Andrey, Julieth, Christhian, Karen, Giseth, Jiseth, Lizeth, Valery, Jeniffer, Leydi Katherine, Vanessa, Yorleth, Jhorman, Tressor, Onedolar, Usnavy, Ferney, Stewenson, Nhorman o Linderman, mientras

padres y padrinos gritan llenos de entusiasmo: “Qué orgulloso me siento de ser colombiano”. ¿Alguien conoce a un solo gringo que se llame Pompilio?

El colombiano ama la retórica, los discursos, las frases de relumbrón y las palabras y giros efectistas. Quizás por ello algún paisano huilense descrestado con la razón social de varias sucursales de “Leonidas Lara e Hijos” en la “Noble y Señora Villa de la Muy Limpia Concepción de Neyba”, puso un negocito de abarrotes al que llamó “Bonifacio Rodríguez e Papá”. Habitados a semejante ingenio verbal –amable y simpático por cierto– no extraña ver por todas partes anuncios y avisos como los siguientes: “Fusagasugá: Pincelada Crepuscular de los Andes”, “Anapoima, el mejor clima del Mundo”, “Almuerzo Ligth Típico Ejecutivo”, “Sushicharrón”, “Se desigualaron los precios: Agosto al Kosto”, “Restaurante Gallina Pollitica”, “Se pintan casas a domicilio”, “Bidrios. Lo escribimos mal pero los colocamos bien”, “Ratas, cuidado con el gato”, “A Chávez ay (sic) que darle Correa sin Piedad”, “Chismoso, el helado que va de boca en boca”, o “Peluquería La Tusa: Estilistas Internacionales”.

El colombiano medianamente ilustrado se horroriza si alguien dice “hubieron fiestas”, pero no advierte que incurre en el mismo error cuando informa que “habían tres viejas en la iglesia”. Ser colombiano es tenerle miedo al verbo poner y sustituirlo por colocar: “Si sigue molestando, le coloco un uno, señorita” –dice un profesor de lecto-escritura, después de asegurar a sus alumnos que en Colombia se habla el mejor Español del mundo.

Cuando Borges dijo que “Ser colombiano es un acto de fe”, olvidó que también somos un problema semántico: Aquí no tenemos conflicto interno sino terrorismo; aquí no hay desplazados por la violencia sino migrantes. Colombia no necesita reforma educativa sino reforma educacional. Para muchos las normas y las leyes no son obligatorias sino obligantes. Para los burócratas, el agua es el recurso hídrico, la gente el recurso humano y los ríos son cuerpos de agua. Los viejos somos adultos mayores y los choferes, profesionales del volante.

El profesor Ernesto Bein, rector del Gimnasio Moderno entre 1976 y 1980, un hombre de cultura universal, alemán de nacimiento y colombiano de corazón, sin que –dicho no sea de paso– apenas lo mencionara, y eso, con algunos aguardientes en la cabeza, decía entre risas que no entendía muy bien el modo de hablar de los colombianos, pues a una mujer bella y joven le decimos vieja; a la esposa, mi hija (mija) o mami, y papito al niño pequeño de la familia.

El colombiano común simula lo que no tiene, pero olvida disimular y hacer discretas su holgura económica o su grandeza. Por eso tiende a la lobería y a la ostentación. Ser colombiano es viajar en buses con corazones que alumbran cuando se pisa el freno, con palomas de plástico en lo alto de la antena, con la barra de cambios forrada en peluche, vehículos que, además, llevan con frecuencia en los vidrios laterales la calcomanía de un gigantesco jet como signo de “distinción” y “elegancia”, sin que por ello, en compensación, ningún avión del mundo muestre en sus ventanas la imagen de un bus ejecutivo. Sí, ejecutivo. Todo se nos volvió ejecutivo: Almuerzo ejecutivo, Últimas noticias para ejecutivos, Esteticistas: masajes a nivel ejecutivo. No me quiero imaginar la parte del cuerpo de más alto nivel ejecutivo a la hora de poner (no colocar) a una vieja a darnos masaje.

Ser colombiano es creerse poeta y, en el peor de los casos, serlo. Régulo Suárez, un ingenioso coplero de Tesalia (antiguamente Carnicerías, en el departamento del Huila), quien vivió y murió en olor de poesía a mediados del siglo XX en medio de borrachos y prostitutas, furioso porque una de ellas a quien llamaban “La inmensa” por su gran tamaño se negaba a acostarse con él pues “el bardo de Tesalia” casi siempre le ponía conejo, escribió:

*Si el bizcocho de La inmensa
se pesara en la romana,
pesaría quinientos kilos
sin el cuero y sin la lana.*

Ser colombiano es creer que nuestro himno Nacional ocupa uno de los primeros lugares entre los más bellos del mundo. Peor aún: es

soportar que gracias a la Ley 198 de 1995 todas las emisoras de radio y canales de televisión emitan “las notas egregias de nuestro himno patrio” a las 6 de la mañana y de la tarde así como al comienzo y fin de sus emisiones, sin que semejante alarde de patriotismo nos haya hecho mejores ciudadanos o haya contribuido en modo alguno a erradicar –o al menos a atenuar– el horror de la guerra.

Ser colombianos, en fin, es tener por patria la incertidumbre y ser ciudadanos de la ambigüedad, como también deben sentirlo para sí mismos los súbditos de otros países. A la picaresca española que llevamos en la sangre y que nos autoriza a ser buscones, vividores, astutos y aviones, añadimos la malicia indígena que nos da patente de corso –al mejor estilo del tinterillo socarrón y marrullero o del político corrupto y clientelista que llevamos dentro– para soslayar lo que pudiera hacerse o decirse con mayor franqueza y transparencia. No estoy diciendo que estas condiciones sean exclusivas de nuestra idiosincrasia como inherentes que son a la condición humana. Lo que percibo es que entre nosotros tienen mayor relieve, subrayadas quizás por la pésima fama que tenemos aquí y afuera, y por ese vacío de humanidad que nos hace añorar lo que nunca fuimos. El punto, pues, no es preguntarnos qué es ser colombianos, sino más bien quién es el ser humano en un país como el nuestro.

Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando

De la autonomía moral y el uso de la libertad

Supongamos no ya una clase convencional de valores en la que con menos entusiasmo que convicción se “exponen” de modo magistral a los estudiantes algunas ideas acerca de La autonomía moral y el uso de la libertad, sino –como se quiere ahora en nuestra universidad– un debate público, abierto y franco sobre el mismo tema. Supongamos que a ese debate llegan “bien armados” profesores,

alumnos y administrativos, tanto, que entienden bien los términos “autonomía” y “heteronomía”. Además, días antes han tenido ocurrencia eventos de veras significativos como foros, encuentros, coloquios, mesas redondas, talleres, actividades lúdicas y conferencias, que han hecho sentir la necesidad de leer algunos textos, unos sugeridos por maestros y otros por estudiantes, incluso por directivos y funcionarios de nuestra institución, en verdad preocupados por el problema. Que los Escritos sobre moralidad y eticidad, de Habermás; que Razón comunicativa y responsabilidad solidaria, de Adela Cortina; que La ética discursiva, o La ética mínima, o Ética sin moral, o Ética de la empresa, de la misma autora; que Fundamentación de la metafísica de las costumbres, o la famosa Crítica de la razón práctica, de Immanuel Kant; que La filosofía del desarrollo moral, o Psicología del desarrollo moral, de Lawrence Kohlberg; que El criterio moral en el niño, de Jean Piaget, en fin...

Supongamos que empieza el ejercicio con una breve descripción del desarrollo moral del ser humano, según las teorías de Piaget y Kohlberg, por parte de una agraciada estudiante de Mercadeo y publicidad.

Ella dice –y lo dice muy bien– que desde la Ilustración (s. XVIII) se ha entendido la autonomía moral como un atributo de la madurez humana. Que un ser humano interiormente desarrollado no necesita de policías para portarse bien, pues es capaz de darse a sí mismo las normas que orientan su conducta. Dice, además –y lo dice muy bien–, que la heteronomía moral, propia de los niños, también se da en adultos interiormente inmaduros: una especie de “realismo moral” que hace pensar en las “normas”, “deberes” y “reglamentos” como “cosas” que existen de manera objetiva en la realidad, fuera de su conciencia, y que hay que “cumplir” porque los mayores las “imponen” desde fuera, de manera inapelable y perentoria. Que poco a poco, y con la ayuda de los adultos, los niños descubren su fuero interno y entienden la “flexibilidad” de las normas, así como la posibilidad de “interpretarlas”. En fin, que la madurez moral, antes que ajustarse ciegamente a normas y reglamentos, los somete a reflexión y los critica, hasta hacer que los actos dependan de su criterio.

Hasta aquí no ha habido ningún debate, ninguna discusión. Todos parecen aceptar sin mayor objeción las razones de la expositora. Es más, algunos se han dormido.

Supongamos ahora que uno de los ponentes invitados, ex gerente de un instituto descentralizado, investigado y condenado meses después por malos manejos de la cosa pública, se “luce” ante los oyentes con una sesuda exposición sobre las etapas y estadios del desarrollo moral, según Kohlberg.

Kohlberg –dice– señala tres etapas del desarrollo moral, cada una de ellas asociada a dos estadios: la etapa preconvencional, en la que los actos y decisiones del niño se orientan a obtener recompensa y a evitar el castigo. Bueno-malo, verdad-mentira, correcto-incorreto, son las categorías de una realidad maniquea, cuyos estadios son, primero, el de la obediencia para evitar el castigo, y, segundo, el de orientación instrumental relativista, en el que se “instrumentaliza” el orden moral de acuerdo con gustos y preferencias.

La etapa convencional, en la que el grupo –la clase, los amigos– se convierte en el referente moral del individuo, y cuyos estadios son el de la consideración convencional, referido al otro concreto y el de la orientación a la ley y el orden. En el primero, se busca la aceptación del grupo, por lo que valores tales como la lealtad y la gratitud empiezan a tenerse en alta estima. En el segundo, se sacralizan el código social y la autoridad hasta hacer de estos valores categorías supremas.

La etapa postconvencional –continuó diciendo– es la de la autonomía moral, cuyos estadios son el del contrato social y la utilidad, y el de los principios éticos universales. En el primero –legitimado por la utilidad personal y social–, la conducta moral del individuo forma parte de lo que podríamos llamar un pacto social fundamental, con valores y derechos válidos independientemente de lo que determinada sociedad acuerde en un momento determinado. En el segundo, se asume un criterio ético de alcances universales que acepta los principios no tanto porque “lo manda la ley”, sino porque “racionalmente” son correctos. En este estadio –dijo el expositor, y con ello dio fin a su ponencia– el individuo se da a sí mismo las normas, y actúa en consecuencia.

-Bonitas palabras –dijo a la sazón un profesor de lectoescritura que hacía esfuerzos para no dormirse-. Bonitas palabras, pero la historia humana ha demostrado que muy poco se cumplen. ¿No será porque en el fondo el solo conocimiento no nos hace mejores? ¿No será porque la “libertad” está bastante más restringida de lo que suponemos? ¿No será porque las llamadas instituciones educativas cada vez más abandonan su deber educativo y dan privilegio a la “instrucción”? Miren: Fernando Savater, en el prólogo a su libro *El valor de educar*, formula las siguientes preguntas:

¿Debe la educación preparar aptos competidores en el mercado laboral o formar hombres completos? ¿Ha de potenciar la autonomía de cada individuo, a menudo crítica y disidente, o la cohesión social? ¿Debe desarrollar la originalidad innovadora o mantener la identidad tradicional del grupo? ¿Atenderá a la eficacia práctica o apostará por el riesgo creador? ¿Reproducirá el orden existente o instruirá a los rebeldes que pueden derrocarlo? ¿Mantendrá una escrupulosa neutralidad ante la pluralidad de opciones ideológicas, religiosas, sexuales y otras diferentes formas de vida (drogas, televisión, polimorfismo estético...) o se decantará por razonar lo preferible y proponer modelos de excelencia? ¿Pueden simultanearse (sic) todos estos objetivos o algunos de ellos resultan incompatibles? En este último caso, ¿cómo y quién debe decidir por cuáles optar?

Supongamos que la pregunta sobre si la verdadera educación: “¿Reproducirá el orden existente o instruirá a los rebeldes que pueden derrocarlo?” da por fin origen a un juicioso y encendido debate. No importan las conclusiones. Para algunos será motivo de escándalo el que la educación promueva la formación integral de “rebeldes” enteros, pensantes, contestatarios, críticos, humanizados, capaces de demostrar con obras –no con palabras– que solo de ese modo son posibles la autonomía moral e intelectual y, por ende, el buen uso de la libertad.

Y dale otra vez con la lectura y la escritura

“Leer” las cosas antes o al tiempo con los libros

Ustedes me van a perdonar –y lo agradezco– lo elemental de estas reflexiones sobre el quehacer pedagógico que debe preceder o acompañar todo el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura y escritura de textos, a lo largo, ancho y hondo de la escuela. Nada de sociolingüística, de pragmalingüística, de psicolingüística ni de mal digerido constructivismo –al menos por ahora– para señalar un problema doméstico y fundamental acerca de por qué nuestros estudiantes –y acaso algunos de sus maestros– no leen ni escriben como fuera deseable.

En primer lugar –y excúsenme la perogrullada–, es inútil aspirar a que nuestros alumnos decodifiquen correctamente los textos escritos y produzcan otros, si no favorecemos durante todo el proceso educativo un desarrollo integral de los sentidos y de la sensibilidad. Del mismo modo como hay personas para quienes las páginas de un libro no dicen absolutamente nada, pues son analfabetas, con demasiada frecuencia nos topamos con estudiantes y aun con profesores e individuos en apariencia desarrollados, incapaces de hacer conscientes los colores o de percibir a plenitud los olores, sabores y sonidos, o las lisuras y asperezas de lo que tocan.

Si a lo anterior se añade que todos los objetos que nos rodean son susceptibles de alguna “lectura”, particularmente los que ha fabricado el hombre, verdaderos textos dotados de forma y contenido, de un decir algo por medio de imágenes, figuras, aspectos, configuraciones, estructuras, siluetas, disposiciones, colores, texturas, sonidos, aromas y sabores, por no atenderlos como se merecen en la cotidianidad escolar, matamos varios pájaros de un tiro: de una parte, esos objetos, aunque estén allí, serán invisibles (carentes de sentido) para nuestros estudiantes –y aun para algunos de nosotros–, lo que promueve esa curiosa forma de analfabetismo en relación con las cosas de la vida, esa incapacidad para “leer” los códigos y signos que sugieren; de otra, nos priva de un ejercicio necesario, de un entrenamiento

indispensable para la lectura de textos escritos, tan complejos o más que aquellos. No parece exagerado decir aquí, aunque suene un poco insólito para las academias librescas, por fortuna tan ajenas al colegio, que el lector atento de objetos es casi siempre un lector afortunado de textos escritos o, al menos, está en buen camino de serlo.

No estoy exagerando. ¿Cuántos de nosotros, como era habitual en el Prof Ernesto Bein, hacemos que los muchachos “lean” los cuadros que adornan el salón de clase? ¿Cuántos –no importa qué materia se enseñe– han intentado con los alumnos una aproximación al lenguaje arquitectónico del colegio, o al sentido de las frases en latín inscritas en los vitrales de la capilla? ¿Cuántos alumnos y profesores “ven” –aunque no juzguen o no estén en condición de hacerlo– las exposiciones de buena o no tan buena pintura que con frecuencia se cuelgan en el segundo piso del edificio principal? ¿Cuántos pueden identificar los seis sándalos que don Guillermo plantó en La Raqueta? ¿Cuántos distinguen por sus nombres y morfología los árboles del Gimnasio? ¿Quién se ha puesto a mirar la chinche que tiene al borde de la ruina los urapanes, a pesar de los cuidados de nuestro dilecto amigo el profesor Tamayo? ¿Quiénes son conscientes del “orden arbitrario” con que se colocan en los anaqueles los libros de la biblioteca? ¿Quién se detiene a mirar la composición del monumento frente al edificio del bachilletaro? ¿Cuántos pueden dar razón de la clase de madera –dura y pesada por lo demás– con que se hicieron los taburetes del comedor? ¿Cuántas columnas –y de qué clase– hay en el vestíbulo del edificio principal (a la entrada del comedor) y cuántas en La Facultad? A propósito: ¿Por qué se llama la Facultad? La lista es de nunca acabar.

En el evento de que nosotros que pasamos aquí gran parte de nuestro tiempo no pudiéramos contestar siquiera un sesenta por ciento de las preguntas que he formulado, que no por comunes y triviales en apariencia dejan de ser típicas y representativas, estaríamos en mora de reconocer que somos casi que analfabetos en cosas de algún modo significativas para colegio. Sin embargo, pretendemos que nuestros estudiantes lean los grandes textos y escriban con solvencia. ¿Quién puede leer y escribir como Dios manda si es ciego y sordo, limitado y torpe con los sentidos?

*Es imposible escribir algo que no se haya visto previamente, pues antes que una palabra pueda llegar a la página, tiene que haber formado parte del cuerpo, tiene que haber sido una presencia física con la que uno haya convivido, igual que convive con el corazón, el estómago y el cerebro. La memoria, entonces, (es) no tanto como el pasado contenido dentro de nosotros, sino como prueba de nuestra vida en el momento actual. Para que un hombre esté verdaderamente presente entre lo que le rodea, no debe pensar en sí mismo sino en lo que ve. Para poder estar allí, debe olvidarse de sí mismo. Y de ese olvido surge el poder de la memoria. Es una forma de vivir la vida en que nunca se pierde nada.*⁴⁹

En uno de sus grandes textos -El palacio de la luna- Paul Auster pone a su personaje, un joven aventurero y aprendiz de escritor de nombre Marc Stanley Fogg, en relación pedagógica con su maestro ciego, el señor Effing, quien le enseña a “ver” el mundo mientras deja que el discípulo le sirva de lazarillo por las calles de Nueva York:

–Cállese y hable, muchacho –dijo–. Cuénteme cómo son las nubes. Descríbame cada nube que hay en el cielo hacia el oeste, una por una hasta donde alcance su vista.

Para poder hacer lo que Effing me pedía, tuve que aprender a separarme de él. Lo esencial era no sentirme agobiado por sus órdenes, sino transformarlas en algo que yo hacía por gusto. No había nada inherentemente malo en aquella actividad, después de todo. Considerado de la forma adecuada, el esfuerzo de describir las cosas con exactitud era precisamente la clase de disciplina que podía enseñarme lo que más deseaba aprender: humildad, paciencia y rigor. En lugar de hacerlo simplemente para cumplir con una obligación, empecé a considerarlo como un ejercicio espiritual, un método para acostumbrarme a mirar al mundo como si lo descubriera por primera vez. ¿Qué ves? Y eso que ves, cómo lo expresarías con palabras? El mundo nos entra por los ojos, pero no adquiere sentido hasta que desciende a nuestra boca. Empecé a apreciar lo grande que era esa distancia, a comprender lo mucho que tenía que viajar una cosa para llegar de un sitio a otro. En términos reales no eran más que unos centímetros, pero teniendo en cuenta los muchos accidentes y pérdidas que podían

49. AUSTER, Paul. (1997): *La invención de la soledad*. Barcelona, Editorial Anagrama. Pág. 196.

producirse por el camino, era casi como un viaje de la tierra a la luna. Mis primeros intentos con Effing fueron terriblemente vagos, simples sombras que cruzaban fugazmente un fondo borroso. Yo había visto todo esto anteriormente, me decía, ¿cómo podía tener dificultad para describirlo? Un extintor de incendios, un taxi, un chorro de vapor que salía de la acera, eran cosas que me resultaban tremendamente conocidas, me parecía que me las sabía de memoria. Pero eso no tomaba en consideración la mutabilidad de las cosas, la forma en que cambiaban dependiendo de la fuerza y el ángulo de la luz, la forma en que su aspecto quedaba alterado por lo que sucedía a su alrededor: una persona que pasaba por allí, una repentina ráfaga de viento, un reflejo extraño. Todo estaba en un flujo constante, y aunque dos ladrillos de una pared se pareciesen mucho, nunca se podía afirmar que fuesen idénticos. Más aún, el mismo ladrillo no era nunca realmente el mismo. Se iba desgastando, desmoronándose imperceptiblemente por los efectos de la atmósfera, el frío, el calor, las tormentas que lo atacaban, y si uno pudiera mirarlo a lo largo de los siglos, al final comprobaría que había desaparecido. Todo lo inanimado se desintegraba, todo lo viviente moría. Cada vez que pensaba en esto notaba latidos en la cabeza al imaginar los furiosos y acelerados movimientos de las moléculas, las incesantes explosiones de la materia, el hirviente caos oculto bajo la superficie de todas las cosas. Era lo que Effing me había advertido en nuestro primer encuentro: No des nada por sentado. Después de la indiferencia, pasé por una etapa de intensa alarma. Mis descripciones se volvieron excesivamente minuciosas, pues tratando desesperadamente de captar cada posible matiz de lo que veía, mezclaba los detalles en un disparatado revoltijo para no omitir nada. Las palabras salían de mi boca como balas de ametralladora, un asalto con fuego rápido. Effing tenía que decirme continuamente que hablara más despacio, quejándose de que no podía seguirme. El problema no era tanto de velocidad como de enfoque. Amontonaba demasiadas palabras unas sobre otras, de modo que en vez de revelar lo que teníamos delante, lo oscurecía, lo enterraba bajo una avalancha de sutilezas y de abstracciones geométricas. Lo importante era recordar que Effing era ciego. Mi misión no era agotarle con largos catálogos, sino

ayudarle a ver las cosas por sí mismo. En última instancia, las palabras no importaban. Su función era permitirle percibir los objetos lo más rápidamente posible, y para eso yo tenía que hacerlas desaparecer no bien pronunciadas. Me costó semanas de duro trabajo simplificar mis frases, aprender a distinguir lo superfluo de lo esencial. Descubrí que cuanto más aire dejara alrededor de una cosa, mejores eran los resultados, porque eso le permitía a Effing hacer el trabajo fundamental: construir una imagen sobre la base de unas cuantas sugerencias, sentir que su mente viajaba hacia las cosas que yo le describía. Descontento con mis primeras actuaciones, me dediqué a practicar cuando estaba solo, por ejemplo, tumbado en la cama por la noche, repasaba los objetos de la habitación para ver si podía mejorar mis descripciones. Cuanto más trabajaba en ello, más en serio me lo tomaba. Ya no lo veía como una actividad estética, sino moral, y comencé a sentirme menos molesto por las críticas de Effing y a preguntarme si su impaciencia e insatisfacción no servirían a un fin más alto. Yo era un monje que buscaba la iluminación y Effing era mi cilicio, el látigo con el que me flagelaba. Creo que no hay la menor duda de que mejoré, pero eso no quiere decir que estuviera totalmente satisfecho de mis esfuerzos. Las exigencias de las palabras son demasiado grandes; uno conoce el fracaso con excesiva frecuencia para poder enorgullecerse del éxito ocasional. A medida que transcurría el tiempo, Effing se hizo más tolerante con mis descripciones, pero no estoy seguro de que eso significara que se acercaban más a lo que él deseaba. Tal vez había renunciado a la esperanza o tal vez había perdido interés. Me era difícil saberlo. También puede ser que se estuviera acostumbrando a mí, simplemente.⁵⁰

Perplejos ante el problema, con demasiada frecuencia damos palos de ciego y apelamos a métodos y teorías que en abstracto funcionan y serían por lo tanto la panacea para poner remedio a nuestros males: que la sociolingüística, que la pragmalingüística, que la psicolingüística, que la textolingüística, que el constructivismo. Una cosa es cierta: si no sacamos a los muchachos del analfabetismo sensorial, si no los sensibilizamos en lo que atañe a la realidad perceptible por los cinco sentidos, ningún método de los que propone la

50. AUSTER, Paul. (1990): *El palacio de la luna*. Barcelona, Editorial Anagrama. Pág. 131

lingüística, la pedagogía o la didáctica particular de la lecto-escritura o de la enseñanza-aprendizaje del español y la literatura, por moderno y sofisticado que sea, será capaz de hacer el milagro. Es más: me atrevo a pensar que con una buena educación de los sentidos, uno u otro método pedagógico podrían servir para enseñar a leer y a escribir correctamente, incluso los que hoy consideramos obsoletos, siempre y cuando no demos por sentado como lo dan esas disciplinas y ciencias eminentes, que nuestros estudiantes están en capacidad de ver, mirar, oír, escuchar, oler, palpar y gustar lo que les rodea.

Si el niño y el joven son buenos observadores de las cosas sensibles y pueden además relacionarlas y hallarles su sentido, lo más seguro es que logren hacerlo también con los elementos de la lengua. Por ejemplo, que este es el sujeto y aquel el predicado; que la frase A modifica al núcleo del sujeto, que la expresión B oficia de complemento directo; que la palabra C es el complemento indirecto y el sintagma nominal D, el circunstancial de tiempo. Que todo lo anterior constituye la idea principal del párrafo, que a su vez, está en relación causal con el que sigue. Y así sucesivamente.

Un caso común y triste en el Gimnasio

Nada más decepcionante para quien escribe, sea novicio, aprendiz o maestro, que sus textos pasen inadvertidos como los sándalos de don Guillermo. El ejemplo está aquí, a la vuelta de la esquina. El pasado 13 de junio, el día del colegio, sale El Aguilucho, la revista del Gimnasio Moderno, la de publicación continua más antigua de Colombia. Mal que bien los alumnos del comité se han preocupado por cifrar en la portada –es lo primero que se ve– un mensaje que haga mella en la indiferencia gimnasiana. La imagen muestra, a manera de cruz de cementerio, un tubo sembrado en la tierra, en lugar bien visible del campus del colegio –¿cuántos no lo habrán visto todavía? –, al que corona un alambre de púas que, en urdimbre casual y complicada, y a manera de corona de espinas, se entrelaza con los eslabones de una cadena. Al pie de la cruz, bajo el nombre de la revista, dos fechas: la del nacimiento y ¿muerte? (1927-1997), como si de una lápida se tratara. Y

en el ángulo superior derecho, destacadas en letras blancas sobre una cenefa negra que remite sin duda a las esquelas funerarias, las palabras 70 años.

Para un observador atento y lector de signos, era evidente la ansiedad con que los estudiantes esperaban que maestros y condiscípulos “leyeran” aunque fuera la portada y, sobre todo, reaccionaran de algún modo a la provocación que se ofrecía. Como para sentarse a llorar: fueron muy pocos los que notaron, y menos aún los que descifraron la imagen y captaron la ironía. Más triste todavía: ese Aguilucho fue a parar a las manos de los soldados bachilleres del Gimnasio que en ese momento prestaban su servicio militar en la Casa de Nariño. Ellos lo dieron a conocer a sus jefes y a otros burócratas y empleados del palacio presidencial, quienes no solo se interesaron por la revista, sino que, además, hicieron los comentarios que no hemos hecho aquí todavía los que pretendemos que los alumnos lean los grandes textos (Borges, Eco, Kafka, Leibniz, Descartes, Kant), y ni siquiera los acompañamos en la lectura de lo que escriben.

En el prólogo a la Historia oficial de El Aguilucho, la revista del Gimnasio Moderno, escrita por Daniel Samper Ospina y Ricardo Silva Romero, y publicada el año pasado, puede leerse:

De otro lado, una publicación que participe de la entraña escolar, debe hacer presencia como tejido vivo –no como una prótesis ni añadido– en todas y cada una de las partes del organismo. En este sentido, El Aguilucho no debe ser solamente propósito y tarea de un comité –en el peor de los casos tradición y rutina– sino el instrumento, y uno de los más eficaces de la escuela activa.

¿Por qué entonces los maestros no nos ocupamos de El Aguilucho? ¿Por qué los estudiantes no lo leen? ¿Por qué las ediciones de junio y de diciembre tienen tan pobre resonancia? ¿Será que nuestra revista no da la talla para que maestros y estudiantes de matemáticas y literatura, de biología y democracia, de ciencias y filosofía, de educación física y deportes, de religión e idiomas, de artes y tecnología, de culinaria, vean en ella el instrumento, el libro de texto, la cartilla, los indicadores de logro –tan de moda en nuestros días–, la revista del

corazón, el currículo y el programa, los objetivos (generales y específicos), lo fútil y lo importante, la práctica y la teoría, el medio para reírnos de nosotros mismos (sabia filosofía), la herramienta para hacer de la enseñanza y del aprendizaje de la vida algo menos artificial y aburrido?⁵¹

Se me dirá que no leemos El Aguilucho ni lo apoyamos ni lo utilizamos como instrumento pedagógico para que los alumnos lean y escriban desde las diferentes áreas y materias, porque la revista es mala; pero resulta que es mala porque no la apoyamos. Bonito círculo vicioso: el caso de la serpiente que se muerde la cola. Y lo mismo cabe decir de El pichón, la revista que edita y publica la primaria, como también de las demás publicaciones gimnasianas.

Apoyar, así sea indirectamente la revista, promover escritores o simplemente buenos redactores, quiere decir: que toda corrección en los trabajos escritos –sin importar de qué materia sean–, además del señalamiento de los errores de forma y contenido, debe incluir la manera correcta de expresarlos. Quiere decir: pensar en algunos textos que los estudiantes hacen –y, de nuevo, no importa a qué asignatura pertenezcan: artículos, investigaciones, informes técnicos, poemas, cuentos, reportajes– no tanto como un requisito para aprobar español, lenguas, química, física, religión, problemas colombianos, biología, educación física, matemáticas, et caetera, et caetera, sino como algo más ambicioso: como un texto que, después de varias correcciones, pudiera merecer “el arduo honor de la tipografía” que decía Borges. Quiere decir, además, que los maestros hagamos lo mismo: que escribamos aun a riesgo de equivocarnos. No olvidemos las palabras de Freud:

*Sin duda es en el niño donde encontramos los primeros indicios de la actividad creativa. La ocupación preferida y más cautivante del niño es el juego. Tal vez podríamos decir que todo niño que juega es como un escritor imaginativo porque crea un mundo propio o, más exactamente, reordena las cosas de este mundo de una forma novedosa... Sería incorrecto suponer que no toma ese mundo con seriedad; por el contrario, toma el juego con mucha seriedad y pone mucho sentimiento en él.*⁵²

¿Qué otra cosa es el acto de escribir sino jugar en serio con las palabras?

51. Ángel Marcel. (1996): “Prólogo. Que se haga digno de cambiar de nombre”. En: Historia oficial de El Aguilucho, la revista del Gimnasio Moderno. Santafé de Bogotá. Págs. 9 y 10.

52. FREUD, Sigmund. Citado por Paul Auster. Op. Cit., pág. 133.



Cuadernos

EX-LIBRIS

La historia de siempre y de cualquier parte

*El único y muy bello poema de Pedro Abelardo a Eloísa*⁵³

En Notre-Dame, ciudad de París, a los 26 días del mes de agosto del Año de Gracia de 1142.

Mi querida sobrina Eloísa:

Ahora, cuando Pedro Abelardo ha quedado solo, es bueno recordar que la historia humana –la actual, la de antes y la que habrá de sucedernos– es la historia de la agresión, de la humillación y de la ofensa. Así lo piensa de corazón quien te escribe, tu tío Fulberto, canónigo de Notre-Dame, el que inició, como se sabe, la construcción de la catedral de Chartres y habrá de merecer por ello y por otras obras bellas y ejemplares la gloria de los altares después de su muerte. Así lo cree de corazón el mismo que –¿ya lo olvidaste? – dio la orden de castrar a Abelardo, no digamos por tu culpa aunque sí por tu causa, que no es lo mismo, pues afirmar lo primero implicaría un juicio moral y no soy quién para juzgarte, mientras que lo segundo no va más allá de aclarar un hecho de sobra conocido.

Recordemos si no la burla que sufrió con la ganancia misma Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador, con la conquista de Valencia en 1094. La injuria que significó para los pueblos no cristianos el sometimiento de Antioquía por parte de los cruzados en 1098, y la toma de Jerusalén en

53. En 1113, Fulberto, canónigo de Notre-Dame, dio la orden de castrar a Pedro Abelardo (1079-1142), monje francés, filósofo y teólogo, célebre por su doctrina conceptualista de los universales, para castigarlo por haber poseído carnalmente a Eloísa (1101-1164), sobrina del primero y discípula del segundo con quien tuvo un hijo, y con quien casó en secreto; dama de la alta aristocracia de Ilerde-France, perteneció, como Abelardo, a una de las dos familias que se disputaban el poder en los círculos del rey Luis VI. A partir de 1129, fue abadesa del monasterio de Paracleto, fundado por su maestro. Ambos, Pedro Abelardo y Eloísa, han pasado a la inmortalidad no solo por sus ideas avanzadas y atrevidas para su época, la Edad Media, sino también por su amor imposible y desdichado.

1099 por Godofredo de Bouillon. Recordemos la primera condena de Abelardo por el Concilio de Soissons en 1121; la guerra civil entre Esteban y Matilde en la Inglaterra de 1139; la segunda condena de Abelardo, tu muy enamorado y querido Doctor Palatino, por el Sínodo de Sens en 1141, un año antes de su muerte. Pensemos en la humillación de la humanidad europea cuando descubra, poco después de 1492, que Cristóbal Colón no llega a las Indias occidentales sino a un continente completamente nuevo.

El saber es una de las formas más sutiles de la ofensa. Pensemos, como lo hará notar Félix de Azua, en el agravio que habrá de sufrir el Ego de los hombres, de por sí tan crecido, tan necio, engreído y suficiente, cuando Copérnico les diga que la Tierra no es el centro del Universo; cuando Sigmund Freud demuestre que la conciencia no es el centro del yo; cuando Darwin compruebe que el ser humano, ese miserable y azaroso residuo de la evolución en un pobre planeta perdido entre incontables sistemas planetarios, no es ni siquiera el centro de nuestro mundo. Pensemos en la humillación de los inventos: cuando el que llamarán motor de combustión sobrepase la fuerza del más fornido de los leñadores; cuando los pájaros de metal y unas máquinas que habrán de denominarse autos, rebasen –y de qué manera– la velocidad de la mejor de nuestras carrozas y del más conspicuo de nuestros atletas; cuando un artilugio al que los sabios por no hallar mejor nombre le den el de bomba atómica, aniquile en contados segundos multitudes enteras de inocentes; cuando el “progreso” por obra y gracia de la “inteligencia”, abra llagas en la tierra como nunca antes hemos visto, con nombres como New York, San Francisco, Detroit, Dallas, Sao Paulo, Buenos Aires o Ciudad de México; cuando los ríos más bellos y las quebradas se conviertan en verdaderas inmundicias; cuando haya que comprar el aire para respirarlo como hoy se compran condomios y vituallas; cuando la ingeniería genética fabrique a su antojo engendros humanos como no podrá imaginarlos Dante en la Comedia, cuando el procesador de palabras en el que quisiera escribirte esta carta, vuelva añicos la memoria de Funes.

Cierto es que el hombre ha sido, es y será capaz de crear belleza y utilidad, como la catedral de Chartres que empecé a construir; como El

jardín de las delicias, de Hieronymus Bosch; la Pietá que esculpirá Michelangelo Buonarroti; el libro maestro de un tal Cervantes; Las meninas, de Rodríguez de Silva y Velázquez, llamado Diego; las músicas excelsas de Johann Sebastian Bach; la torre Eiffel que será el orgullo de esta bienamada ciudad de París; Humillados y ofendidos, de Fedor Dostoievski; las obras de Cézanne, Gauguin, Kokoschka, Van Gogh, Joan Miró, Pablo Ruiz Picasso, René Magritte, entre tantos eximios artistas del futuro de los que nadie ha oído hablar todavía, y que tú y Abelardo adorarían de haber nacido dentro de ocho centurias.

Es cierto que el hombre es capaz de crear lenguaje. Pero qué humillación más terrible es que las palabras, tan bellas a veces como las que procuro para esta misiva, cada vez se alejen más de las cosas y de lo que quisiéramos decir, al extremo de no significar nada. Qué ofensa más grave habrá de ser para la humanidad que lo que lleguen a pintar los artistas del mañana ya no sea la imagen de nada, sino un objeto concreto, autónomo, completamente nuevo, sin referencia alguna a la naturaleza.

Si bien, como queda dicho, las palabras se alejan de las cosas y el lenguaje no es capaz de comunicarnos, la mayor ofensa para Abelardo, el sabio y famoso emasculado, tuvo que ser que ni su tiempo ni su mujer, también sabia y muy famosa, diesen crédito a sus palabras. Cuando Abelardo expuso su doctrina acerca de los universales, fue sincero y consecuente al tiempo que incomprendido. Por eso lo condenaron dos veces: la primera en el Concilio de Soissons, en 1121; la segunda, en el Sínodo de Sens, veinte años después, como ya te he dicho. Cuando maese Abelardo, un hombre de alto estilo, te hizo suya en la amplia y vieja casona de la que yo era el amo, cuando tomó a “la Eloísa de nuestros sueños (...), el paladín del libre amor que rechaza el matrimonio porque encadena y transforma en deber el don gratuito de los cuerpos”, como habrá de decir de ti Georges Duby 853 años después en un notable documento, fue Pedro Abelardo el mejor de los amantes. Sin embargo, no supe comprenderlo, pues me ofendió su hermoso atrevimiento. Por eso di la orden de castrarlo, ofensa de la que no me arrepiento, pues habrá de llevarme al Reino de los Cielos y enaltecerá mi Yo con la aureola de los santos. Cuando Abelardo dice que “es de Eloísa”, establece para siempre en su corazón un vínculo amoroso que ni la castración ni la vida

monacal habrán de destruir nunca. Sin embargo, “la apasionada que arde de sensualidad bajo su hábito monástico; (...) la rebelde que se enfrenta al mismo Dios; (...) la heroína precocísima de una liberación de la mujer”, como añadirá el ya citado Duby, no puede comprenderlo, pues allí donde Abelardo era todo fidelidad ella veía traición y felonía; indignidad donde había decoro y pulcritud, inconstancia donde había firmeza, paciencia y entereza; cobardía donde el valor estaba; desamor donde el amor sentaba sus reales; egoísmo donde la entrega era más que evidente.

El que fue Abelardo –y digo “fue” porque es un monje acabado– sigue siendo el hombre entero que enseñó en la montaña de Santa Genoveva, donde más tarde habrá de estar la Sorbona. Aunque, como comprenderás, no somos amigos, admiro en él la lucidez para seguir viendo en su Eloísa a una mujer bella, inteligente, sutil, sofisticada, elegante y graciosa sobre manera, que trasciende en términos de excelencia la mísera condición de los mortales. Por eso, estoy seguro, te sigue amando de todo corazón como muy pocos hombres pueden hacerlo, precisamente con los mismos atributos de su fidelidad que por curiosa paradoja se le niegan. A pesar de todo, adora en ti tu capacidad de ofensa, tu poder de humillación dignos de las personas superiores.

Si, por ejemplo, el arte que en el siglo XX habrá de llamarse “abstracto” va a proponer con sumo narcisismo la degradación de la pintura “figurativa” por cuanto no habrá representación de nada, tú ya has planteado, mi querida sobrina, con ocho siglos de antelación el agravio mayor para Abelardo y para todos los hombres que se le parezcan, y consiste en haberle hecho saber algo que a fuerza de dolor produjo en sus escritos gran belleza.

Entre sus papeles he encontrado un poema, el único que escribió por lo que sé, y que vale más que todas sus enseñanzas y doctrinas. Con gusto te lo transcribo con la esperanza de que la mansedumbre de su humillación nos haga más humanos y nos inspire otras ofensas mayores capaces de crear valores nuevos dentro de la sociedad, de modo que prosiga la aventura del hombre sobre la tierra y, acaso, en otros lugares de la creación.

*Al fin solos los tres. La misma suerte
comparten en la cruz. Ningún testigo
ha visto en las insignias del castigo
las perfumadas tablas de la muerte.*

*La nostalgia del otro los pervierte.
Se adora en la añoranza al enemigo;
si al otro evocas cuando estás conmigo,
en mal ladrón el Cristo se convierte.*

*¿Cuántas flores de lástima son buenas
para que arome el sándalo? Las penas
dan fragancia de cruz a la agonía.*

*Se necesitan tres para el calvario.
¿A quién salvabas, solo y solitario,
mientras solo contigo me moría?⁵⁴*

Pedro Abelardo

Con las muestras de mi más alta consideración y aprecio, y con el sincero afecto de tu tío,

Fdo. Fulberto,

Deán del Venerable Capítulo Metropolitano de la Catedral Primada de Notre-Dame.

54. www.angelmichel.com Menú. Escritos. Poemas. La búsqueda de amor ya es un encuentro. Se necesitan tres para el calvario. Pág. 15.



Cuadernos

EX-LIBRIS

El viaje no pudo terminar en La Odisea

Macondo y Comala, dos formas del infierno en la narrativa latinoamericana⁵⁵

"(...) descendit ad inferos; tertia die resurrexit a mortuis (...)"

Ordinarium divini officii.

"(...) descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos (...)"

Ordinario del oficio divino.

Las palabras que sirven de epígrafe a esta sencilla disertación, que no quiere ni puede ser erudita ni quiere ni puede asumir el talante de un enjundioso estudio crítico, puesto que soy apenas un hacedor de poemas que ejerce de maestro de escuela en mi país, han sido tomadas de la parte estival del oficio divino -según el antiguo rito tridentino- y me vienen como anillo al dedo para entrar con ustedes a ese hermoso y vasto mundo del infierno, al que han bajado también Ulises y Eneas, Teseo, Hércules y Orfeo, Jesucristo y Dante, la estirpe de los Buendía y Juan Preciado.

No deja de sorprenderme que en la puerta de entrada de ese lugar en que confluyen todas las carencias humanas, entre ellas, nuestra esencial incapacidad para comunicarnos, encontremos inscrito el verbo latino **fero**, diablo de palabra, trago o duende que se transfigura bajo la apariencia de otros nombres, y que significa **llevar y traer, presentar y obtener, sufrir y relatar**; término fantasma y por ello mismo poético, que funda una dinastía de signos que dicen lo inefable como, por ejemplo, feraz, fortuna y azar; ablación, lucifer y preferencia; conferir, circunferencia; elación y preferir; superlativo, diferencia; ofrecer y

55. Conferencia leída en la Universidad Federal de Río de Janeiro, en la Universidad de Brasilia y en la Asociación de Representantes Culturales Iberoamericanos, en Brasilia, los días 9, 14 y 15 de junio de 1995, respectivamente, por invitación del señor embajador de Colombia ante el gobierno de Brasil, don Mario Galofre Cano.

transferir; de donde inferimos que por ese rumbo no podremos salir nunca del infierno — del inferus— , el mundo de abajo, inferior y subterráneo.

Los infiernos poéticos, metáforas del mal

Cuando ejerce el oficio divino de la poesía, al poeta no le cabe la denominación de ser extraordinario, sino simplemente la de hombre en estado de alerta, en estado de emergencia permanente, que contempla el mundo para reflejarlo y reflejarse en él.

Aldo Pellegrini en el bello libro que titula *Para contribuir a la confusión general*⁵⁶, nos advierte que en el acto de percibir la realidad para otorgarle sentido poético, el poeta se proyecta fuera de sí mismo, se despersonaliza, deja a un lado su ego para acudir al llamado de las cosas, de modo que pueda poseerlas y ser poseído por ellas. La de la poesía es, pues, una percepción activa, mucho más real y más completa que la que se logra con el antejo del saber científico, pues lo que es objeto de aprehensión poética no está a flor de mundo sino en el fondo profundo de la tierra. El poeta sabe que allende la superficie subyace otra realidad más perdurable y más rica que, al trascender el tiempo y el espacio, se universaliza, de manera que puede hacerse vigente para los hombres de las diferentes épocas y lugares.

Ese abandono del yo, ese ceder el ego en favor del mundo, no es otra cosa que un acto de amor en la opinión del ya citado Pellegrini y de muchas otras personas. Por eso, ama el que vive en el fondo de las cosas, y el amante entrega su ser, es decir muere, para conocer al ser amado y ser conocido por él.

Ello explica —y quizá no exista otra razón más sólida— que el saber poético sea válido y permanente desde Homero hasta nuestros días, y que no opere en él el criterio de “progreso” que gobierna las ciencias; lo que no implica inmovilismo por parte del poeta, sino simplemente que él se ocupa de lo que no pierde vigencia en el seno de las transformaciones del mundo, del hombre y de la vida.

56. PELLEGRINI, Aldo. (1965): “La universalidad de lo poético”. En: *Para contribuir a la confusión general. Nueva visión*. Pág. 36.

De otro lado, el saber poético emprende el camino de la sensibilidad intuitiva, que no del discurso racional. En este orden de ideas, “Novalis afirmaba que la poesía es la infancia de las ciencias, y en efecto, el conocer poético está vinculado con el conocer mágico del niño, y participa de esa misma materia adivinatoria que establece sus primeros contactos con la realidad, y sin la cual no sería posible ningún conocimiento racional posterior”⁵⁷.

No olvidemos que en este sentido, poeta y profeta son la misma persona, y que el vate es el que vaticina, no porque sea dueño de poderes sobrenaturales, sino porque, a diferencia del hombre vulgar, tiene el privilegio de conocer mejor la realidad y, por tanto, puede predecirla.

Nada de extraño tiene, pues, que vates y poetas y brujos y profetas vean mejor en la noche como los gatos, y que el sueño les revele de modo misterioso los secretos resortes de la realidad, sin los cuales no sería posible la identidad del soñador con lo soñado. Cierto. En la oscuridad, abandonadas por la luz que ciega, las cosas son ellas mismas, y el poeta, el iluminado, no hace otra cosa que alumbrar y traducir a su lenguaje personal los universos que ha vislumbrado, no importa que se llamen infierno o paraíso. De este modo, la poesía que es reflejo del mundo en el hombre y de este en aquel, se confunde con la vida misma. Y una de las cosas que el universo ofrece para contemplar es la realidad del hombre de siempre y de todas partes; de donde inferimos — puesto que al infierno vamos — que ningún conocimiento poético puede desconocer el ser del hombre. ¿Y qué cosa más humana para aprehender que la realidad esencial de sus carencias?

*Si dos se quieren bien, que no se nieguen
 el hambre ni la sed ni la carencia;
 que no pierdan el nombre en la confluencia
 los que hacía el mar, fluviales, se congreguen.*

*Si dos se quieren bien, que no se entreguen
 ni el beso mutuo calme la apetencia;
 si hacen viaje común, a diferencia
 de los que mal llegaron, nunca lleguen.*

57. NOVALIS, citado por Aldo Pellegrini. *Ibíd.*, págs. 37 y 38.

*Solo se busca el agua cuando es alta
y ancha y honda la sed, y la reclama
el que, viajero, esperas y no viene.*

*Y el hambre es más completa si nos falta
la plenitud del mundo en plena rama;
solo se ama el amor que no se tiene.⁵⁸*

Si la vida fuera plena y se nos apareciera el mundo como llenura, nada habría qué decir. Ello explica, por ejemplo, que las mal llamadas sociedades primitivas, mejor unidas que las nuestras a Natura y por eso mismo menos depredadoras que nosotros, no tuvieran que celebrar el día internacional de la ecología. Me imagino que en Nigeria —país de negros— no tendría ningún sentido hablar de negritudes ni exaltar los valores de la raza, al menos que por alguna razón se sintieran discriminados. ¿Qué inferencia podemos sacar entonces de la celebración del día internacional de la mujer, del día de la paz, del día del niño, del día del idioma en mi país, del día del amor y la amistad, sino que percibimos como carencias esas realidades y valores que tanto celebramos?

Me atrevo a pensar que la expresión poética de esas faltas y vacíos, en boca de videntes y poetas y brujos y vates y profetas, corresponde a lo que las culturas invocan con el nombre genérico de mal, y que asume, según la lente con que se mire, la apariencia fantasmal de otras palabras: pecado ab origen para la religión judeocristiana; crimen y delito para la sociedad civil, regida por las leyes y el derecho; enfermedad, desamor, injusticia y soledad en la república universal de todo ser humano; maleficio en la visión del brujo. Y el lugar de encuentro, la confluencia de todos esos males, no puede ser otro que el infierno, denominado también, según el Diccionario de sinónimos y antónimos, de Sainz de Robles⁵⁹, como el abismo o el averno; el orco o el tártaro; antenora o báratro; gehena, fuego eterno, tinieblas exteriores, calderas de Pedro Botero, perdición, condenación eterna.

58. Ángel Marcel. (1990): *Transgresión y anacronismo*. Bogotá, Gimnasio Moderno. Pág. 83.

59. SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. (1973): *Ensayo de un diccionario español de sinónimos y antónimos*. Madrid, Aguilar. Pág. 624 y 625.

Ulises baja al reino de Hades

Oigamos cómo relata Ulises su viaje al Hades:

*(...) Después de haber rogado con votos y súplicas a las generaciones de los muertos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre, y al instante se congregaron, saliendo del Erebo, las almas de los difuntos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron males innumerables, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por broncíneas lanzas y que mostraban aún ensangrentadas armaduras. Agitábanse todas con grandísimo clamoreo alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y, al verlas señoreóse de mí el pálido terror. Enseguida exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la venerable Perséfone; y yo, desenvainando la aguda espada que llevaba junto al muslo, me senté y no permití que las vanas cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes de haber interrogado a Tiresias (...)*⁶⁰.

Notables helenistas y críticos literarios, entre los cuales no me cuento, han hablado con sapiencia y donosura del sentido que puede tener el descenso de Ulises a los infiernos, y el haber escuchado de los muertos la misma historia humana que hoy podemos oír de labios de quienes a duras penas sobreviven.

Por su difunta madre, Ulises se enteró de la condición de los mortales cuando fenecen, "(...) para que luego -según dijo-, una vez en tu palacio, puedas referirlas a tu consorte"⁶¹. Por boca de Tiro, hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida, supo que Poseidón se acostó con ella y la poseyó, haciéndose pasar por Enipeo. Y Agamenón

60. HOMERO. *La Odisea*. (1952): Obras maestras. Barcelona, Iberia. Pág. 138.

61. *Ibíd.*, Pág. 138.

Atrida le contó cómo, con la complicidad de su traidora esposa, Egisto lo invitó a su casa, le dio de comer y le quitó la vida como se mata -según dijo- al buey junto al pesebre. La historia de siempre y de cualquier parte. No se extrañen pues, señoras y señores, si un día de estos o a la salida misma de esta conferencia, se encuentran con Ulises, como yo me topé con él en algún aeropuerto, mientras hacía viaje de regreso a mi país.

*Vuelve Ulises de Pérgamo. Las penas
le dan nombre y el odio lo apellida.
¿Qué fue de Ilión, del sitio y la caída
y del llanto de amor de las sirenas?*

*Ha llegado de Ogigia a las ajenas
patrias que a nadie dan la bienvenida;
él espera en el muelle la salida
para Corintos, Ítaca o Atenas.*

*Si de Ilión se va a Thiaki por Esparta,
¿cómo ha llegado entonces hasta Isparta?
Y el oficial que visa su pasaje*

*admite que si aún vagabundea
por infiernos de fábula, su viaje
no pudo terminar en La Odisea.⁶²*

Eneas, guiado por sibila, baja a los infiernos en busca del alma de su padre

(...) Entonces, la profetisa comenzó a hablar así: “Caudillo esclarecido de los Teucros, (...) Encerrados aquí, aquí atienden su castigo aquellos a quienes, mientras tuvieron vida, fueron aborrecibles sus hermanos; los que a su padre hirieron o produjeron fraude a su cliente; o los que se tendieron sobre las riquezas halladas sin dar parte de ellas a los suyos -éstos son la más grande muchedumbre- y los que por adulterio fueron

62. Ángel Marcel. (1997): *Obra poética*. Bogotá: Fondo de publicaciones del Gimnasio Moderno. Colección Tréboles, pág: 100.

muertos; los que siguieron armas impías y no temieron quebrar la fe a sus señores. No pidas que te sea enseñada cuál es la pena ni la guisa y la suerte que les hundió. Unos hacen rodar un gran peñón; otros cuelgan fijos en los radios de unas ruedas; sentado está, y eternamente lo estará, el infeliz Teseo; y Flegias, el más mísero de todos, amonesta a los demás y, con gran voz, por las sombras va exhortando: 'Aprended justicia los avisados y a no despreciar a los dioses! Este vendió su patria por dinero y le impuso un tirano poderoso, hizo y deshizo leyes según tasa; este otro invadió el tálamo de su hija y contrajo vedados himeneos; todos osaron concebir grandes maldades y cogieron el fruto de su osadía. No, ni que yo tuviera lenguas ciento, y bocas ciento y férrea voz, no podría expresar todas las formas de la maldad ni puntualizar todos los nombres de las penas'⁶³.

Como La Odisea, La Eneida, de Virgilio, el mismo que acompaña a Dante en su viaje a los infiernos, nos cuenta la historia humana de siempre y de cualquier parte: fraudes, imposturas, odios, imitaciones, parricidios, avaricias, incestos y adulterios; agresiones, traiciones y tiranías. Solo que, a diferencia del de Homero, el infierno del poeta latino tiene un sentido más claro de castigo, como quiera que el reino de Hades pareciera ser tan solo el lugar de los muertos..

No deja de llamar la atención el que Eneas hable con la sombra de los difuntos, entre ellos Palinuro, Dido y Anquises, su padre, quien le muestra las almas de los que no han nacido todavía y habrán de tejer después la historia de Roma: Silvio, hijo de Eneas y de Lavinia; Rómulo, Bruto y varios otros, hasta llegar a César, Pompeyo y Augusto, para ilustrar quizás la esencia adivinatoria de la poesía que he señalado antes; ni deja de sorprender que Eneas baje a los infiernos en busca de Anquises, su progenitor, como mucho tiempo después lo hará Juan Preciado, el héroe del mexicano Juan Rulfo, cuando vaya a Comala en busca de Pedro Páramo, su padre.

63. VIRGILIO. "La Eneida". (1945): En: Obras completas de Virgilio y Horacio. Madrid. Aguilar. Pág. 305.

Dante baja a los infiernos

A juicio de Borges, en su estudio preliminar de la Comedia, “no hay cosa en la tierra que no esté ahí”⁶⁴. El poema de Dante, retablo del universo, tríptico -como El jardín de las delicias, de Hieronimus Bosch-, funda con rasgos precisos, con probidad y con mesura y sin el lastre de la hipérbole, los tres orbes de la muerte: el del pecado, en el infierno; el de la contrición, en el purgatorio y el de la beatitud, en el paraíso.

Bajo la égida de Virgilio, y guiado por él en su viaje por los dos primeros reinos, ingresa el florentino de patria mas no de costumbres, a aquel mundo de rigurosa topografía, que no es otra cosa que el estado de las almas después de la muerte, bien sea que merezcan el castigo por carecer de la Gracia; la misericordia, por haber muerto arrepentidas o la gloria eterna por estar llenas del Espíritu.

Tan severo como la misma topografía, es el rango de faltas y valores que establece Dante en su epopeya, bien que oficie como juez y verdugo, o bien como el teólogo que condena a los pecadores, aunque como hombre -y más, como enamorado de Beatrice- los comprenda. De la mano de Dante bajemos, pues, al infierno.

Cabe el monte de Sion, se abre hasta el centro de la tierra un cono invertido, que se divide en nueve círculos concéntricos que semejan las gradas de un estadio, y tasan la gravedad de las faltas según se acerquen o se alejen del vértice que ocupa el trono de Lucifer.

Allí están, en el primer círculo -en el limbo-, los no bautizados, que existen con un deseo sin esperanza. En el segundo, los lujuriosos giran en un torbellino sombrío; soportan los golosos una lluvia de granizo, en el tercero; en el cuarto, avarientos y despilfarradores empujan pesadas rocas; en el quinto, flotan, desgarrándose, en la laguna Estigia los iracundos, y permanecen bajo sus aguas los indolentes; en el sexto, los ateos y los herejes padecen dentro de sepulcros que arden; sufren, en el séptimo, los violentos: si han agredido al prójimo, fluctúan sobre un río de sangre hirviente; si han ejercido violencia contra sí mismos, se convierten en árboles secos; si crueles con Dios, toleran, inmóviles, una lluvia de fuego, y si han atentado contra natura, reciben, huyendo, un aguacero de llamas. En el octavo círculo, los fraudulentos pagan su castigo: los seductores corren fustigados por demonios; los

64. BORGES, Jorge Luis. (1980): “Estudio preliminar”. En: *La divina comedia. Clásicos universales. San Sebastián, Txertoa. Pág. v.*

aduladores se hunden en un estercolero; se quedan los simoníacos enterrados con la cabeza abajo; los magos y adivinos muestran el rostro volteado hacia la espalda; los cohecheros caen en un lago de pez hirviente; andan con pesadas capas de plomo los hipócritas; los ladrones intercambian su forma con serpientes; arden dentro de llamas los malos consejeros; los cismáticos sufren heridas y mutilaciones, y padecen los falsificadores toda suerte de enfermedades. Por fin, en el noveno círculo -el que señala el colmo de las culpas-, los traidores a parientes, copartidarios, amigos y bienhechores, perduran sumidos en el hielo.

Aunque nuestro itinerario hoy excluye el paraíso en la Comedia, no huelga recordar que Dante ingresa a la Gloria de la mano de Beatrice, ahora sin la guía de Virgilio que no merece la visión de Dios por no haber recibido las aguas bautismales. Ni sobra sugerir que es el amor el que nos da la Gracia, como quiera que llena nuestras faltas y redime todas nuestras culpas, y nos permite decir de él lo que ha dicho Milan Kundera de la poesía, cuyo sentido "(...) no consiste en deslumbrarnos con una idea sorprendente, sino en hacer que un instante del ser sea inolvidable y digno de una nostalgia insoportable"⁶⁵.

Macondo, o el infierno de la soledad

Gabriel García Márquez, nacido en 1927 en Aracataca, una tórrida aldea del Departamento del Magdalena, en el Caribe colombiano —muy parecida a Macondo—, hijo de Gabriel Eligio García, telegrafista que fue del pueblo natal del escritor, y de Luisa Santiaga Márquez, y nieto del coronel Nicolás Márquez Iguarán y de Tranquilina Iguarán Cotes - primos hermanos entre sí, como eran primos también José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, los fundadores de Macondo y de la estirpe de los Buendía-, antes que guionista de cine y narrador, y antes que reportero y periodista, ha sido un gran poeta, quiere decir, un hombre en estado de alerta que, al despersonalizarse y al entregar su yo al mundo en amorosa relación de mutuo reflejo, ha bajado a los infiernos, a lo profundo de la realidad humana, para crear un estilo y un universo que trasciende el tiempo y el espacio -el aquí y el ahora- y se hace, por tanto, digno sucesor de Homero, de Virgilio y Dante.

65. KUNDERA, Milan. (1987): *La inmortalidad*. Barcelona: TusQuets. Pág. 38.

De su abuelo, el coronel Nicolás Márquez Iguarán tomó según parece el talante y la catadura que habrían de animar al coronel Aureliano Buendía, personaje de algunas de sus obras; y de su abuela Tranquilina, el manejo suntuoso del idioma y el modo espontáneo de narrar que, a la manera de Kafka o de la Biblia, hacen verdadero lo increíble.

Estudiante fallido de Derecho en Bogotá y Cartagena a partir de 1947, García Márquez -o Gabo, como se le conoce entre sus amigos- revela desde entonces su vocación poética. De esa época son sus primeros cuentos que habrá de recoger después en el libro *Ojos de perro azul*, publicado en 1974.

Aunque autor de muchas obras, como *La hojarasca*, su primera novela, y *Relato de un naufrago*, publicadas en el 55; *El coronel no tiene quien le escriba*, en el 57; *La mala hora* y *Los funerales de la mamá grande*, en el 62; *Cien años de soledad*, en el 67; *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, en el 69; el libro de reportajes *Cuando era feliz e indocumentado*, en el 73; *El otoño del patriarca* y *Crónicas y reportajes*, en el 75; *Crónica de una muerte anunciada*, en el 81; *El amor en los tiempos del cólera*, en el 85; *El general en su laberinto*, en el 89; *Doce cuentos peregrinos*, en el 93; y *Del amor y otros demonios*, en abril del año pasado, Gabriel García Márquez puede considerarse creador de un solo libro, el de la soledad; y, aunque las únicas obras que ocurren en Macondo son *La hojarasca*, algunos de los cuentos de *Los funerales de la mamá grande* y, por supuesto, su novela fundamental *Cien años de soledad*, debo afirmar que todos los lugares y ambientes de sus relatos de una u otra forma participan de la topografía y condición de aquel infierno.

Aunque Martha Canfield⁶⁶, entre otros varios críticos, suscribe la opinión de que García Márquez, además de la invención de Macondo, crea un estilo poético inconfundible dentro del llamado realismo mágico, el escritor ha dicho varias veces que se niega a tal encasillamiento por sentirse más cercano al realismo. Lo que ocurre, según él, es que nuestra realidad latinoamericana excede con creces nuestras facultades imaginativas.

66. CANFIELD, Martha L. (1981): *Gabriel García Márquez*. Bogotá, Procultura, 1981. Pág. 17.

(...) Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines (dijo en Estocolmo al recibir el Premio Nobel de literatura en 1982), todas las criaturas de aquella realidad desafortada, hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad⁶⁷.

Sea adecuada o no, justa o injusta la clasificación de su obra dentro del movimiento del realismo mágico, fórmula que propuso Usler Pietri en 1948 para denominar las nuevas formas de expresión que se imponían en nuestra América y que habrían de alcanzar su máximo esplendor y desarrollo con los escritores del “boom” latinoamericano, lo cierto es que García Márquez refleja de modo poético los procesos y transformaciones de nuestro devenir y hace de la novela, como lo plantea Milan Kundera⁶⁸, un método de indagación de las caras ocultas del ser humano, de las que ni la filosofía ni las ciencias occidentales -y menos aún el positivismo- han querido ocuparse desde la aparición de la Edad moderna, en la Europa de los siglos XV y XVI.

Nada de extraño tiene, pues, que “este colombiano errante y nostálgico” -como él mismo se define- ahonde, como querían los surrealistas, en el universo de lo mágico, en el mundo de los sueños y en los laberintos del humor, y halle finalmente la síntesis perfecta, en que sujeto y objeto, fondo y forma, realidad y poema se hacen uno con él y con nosotros, como uno es el orbe en que vivimos, solo que escindido por el absurdo divorcio entre saber y vida, sentimiento y razón, cielo e infierno, hombre y animal; vicios estos, por desgracia, tan de la esencia de las llamadas sociedades avanzadas.

Quiero imaginar la cara de asombro de quienes lo escucharon decir en Estocolmo:

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas, cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho. Y

67. GARCÍA MARQUEZ, Gabriel. (2002): *La soledad de América latina*. En: *Discursos - Premios Nobel*. Bogotá, Común Presencia Editores. Pág. 133.

68. KUNDERA, Milan. (1987): “La desprestigiada herencia de Cervantes”. En: *El arte de la novela*. Barcelona, TusQuets. Pág. 14.

*otros como alcatraces sin lengua, cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen*⁶⁹.

Cualquiera diría que así como Dante, hallándose en la mitad del camino de la vida, se ve en medio de una selva oscura y, al emprender el ascenso por la colina solitaria, logra, con la ayuda de Virgilio, evadir la amenaza de la pantera veloz, del león rabioso y de la loba insaciable, y hacer su entrada con él a los infiernos, de igual manera, a mitad del camino de esta conferencia, me dispongo a ingresar con ustedes al infierno de Macondo, cuya puerta pudiera estar custodiada por los engendros de que dio cuenta Pigafetta, y que no pueden ser otros que los de nuestra realidad de cada día.

En este contexto, no repugna, pues, a nuestra mente —y menos aún al corazón— que todas las aldeas marginales y, en general, las provincias latinoamericanas, como lo afirma la ya citada Martha Canfield⁷⁰, estén representadas en Macondo; que el devenir de tantas ciudades nuestras, desde el río Grande hasta Patagonia, otrora prósperas y florecientes como Potosí, Huancavelica, Iquitos o Manaos y que hoy padecen el rigor de la miseria, se miren en el espejo de Macondo; que además, este averno al que estamos ingresando y que, a diferencia de otros infiernos, no levanta sus muros en el más allá, después de la muerte, sino en el más acá, mientras vivimos, sea a la vez terrible y bella metáfora de América Latina, desde la insularidad primitiva del edén aborígen hasta las guerras civiles y el imperialismo norteamericano, que nos lleva a caballo en el potro cerrero del subdesarrollo, pasando claro está, por la conquista y la colonia. Vida, pasión y muerte de este cristo latinoamericano que, como en La piedad, de Miguel Ángel, espera la resurrección en los brazos desolados de la madre, mucho más joven que él, en gracia de su hermosura.

69. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Op. cit.*

70. CANFIELD, Martha L. *Op. cit.*, p. 16.

*Bien labrado el silencio. La figura
quiere mirarlo. El hijo no la mira.
La fragancia del mármol solo aspira
a la amarga entidad de la escultura.*

*Bien talladas las manos. La hendidura
del corazón, sin ánima y sin ira;
viejas nostalgias de varón respira
un Dios con pies de estatua y de criatura.*

*Monumento. Metáfora. Renuncia
del amor, del oficio y de la vida;
memoria de la sangre y de la guerra.*

*No hay tal nación. No hay madre. Lo denuncia
la soledad de América dormida
sobre el duro regazo de la tierra*⁷¹.

Y, como si no fuera suficiente, tampoco repugna a nuestra mente —y menos aún al corazón— ver cómo en aquel espejo que refleja la antenora de Macondo, se escribe de derecha a izquierda el suceso y mudanza de la sociedad humana, condenada por quién sabe qué designio a nacer sin elegir la patria ni los padres, a crecer en el dolor y el desamparo, a llegar a la cima de la vana montaña y a declinar y morir en la nostalgia, con lo que -dicho no sea de paso- se inscribe la metáfora en la esfera de lo universal y hace suyos los versos de Manrique: “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, que es morir”.

En el tiempo histórico, podríamos situar el origen de Macondo en la primera mitad del siglo XIX que, a la vez, coincide con la génesis del mundo:

*Macondo era entonces (se lee en la primera página de Cien años de soledad) una aldea de veinte casas de barro y caña brava construida a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos*⁷².

71. ÁNGEL MARCEL. *Op. cit.*, p. 72.

72. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1970): *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Sudamericana. Pág. 9.

Mundo inocente y primordial, carente de muchas cosas, que no ha acabado de probar las sales del bautismo: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”⁷³.

La insularidad de Macondo, como un infierno tropical cercado por la selva y lejos del mar de las Antillas, prefigura el aislamiento de nuestra América latina, lejos del concierto del mundo y las naciones y en perenne lucha — sin espera y sin esperanza — por conciliar el decurso de los tiempos con su historia de soledad, olvido y muerte.

Macondo o nuestra América latina, en la que José Arcadio Buendía, fundador de la estirpe, se nos aparece como un inspirado patriarca de la Biblia, con gesto y talante de conquistador español, pasa, es cierto, del estado de villorrio primitivo — en la primera parte de la obra — a la condición de ciudad moderna, en la segunda. No obstante, ni el ferrocarril ni el telégrafo ni el cine, ni los adelantos que trae Melquíades, ni los extranjeros norteamericanos y europeos que llegan a vivir en sus dominios, logran romper el aro de esa serpiente en muda que se muerde la cola, pues esta patria que nos ha dado el nombre sin elegirla a ella, identifica su tiempo lineal, histórico, irreversible — el tiempo que va de la fundación hasta su declive y hundimiento — con el tiempo mítico y circular, como si fuera y no fuera posible para nosotros, en palabras de Octavio Paz, “un caminar de río que se curva, / avanza, retrocede, da un rodeo / y llega siempre”⁷⁴.

¿Cuál ha sido entonces nuestro pecado como para merecer un infierno tal, digno del astuto Sísifo? Nunca ha dejado de admirarme desde mi amistad con las palabras, que el término ladino, que significa taimado, pícaro zorro, sagaz y cazurro, además de esclavo o africano ya apto para el trabajo en América, se derive de latino y que por lo tanto lleve implícito en su nombre el estigma de la condición humana, que nos aparta de la ingenuidad del niño que quiere para el hombre superior el Evangelio, y Federico Nietzsche, para el superhombre; astucia, picardía y sagacidad que nos han hecho insolidarios y egoístas, incapaces de amor, y cada vez más solitarios, desde la conquista y la colonia, esa empresa alucinada que trajo hasta aquí, como puede leerse en El otoño

73. *Ibíd.*, p. 9.

74. PAZ, Octavio. *Piedra de sol*. <http://es.scribd.com/doc/9656039/Octavio-Paz-Piedra-de-Sol>

del patriarca, “unos forasteros que parloteaban en lengua ladina pues no decían el mar sino la mar y llamaban papagayos a las guacamayas, almadías a los cayucos y azagayas a los arpones”⁷⁵; hasta la fundación de estas repúblicas, cuyos líderes tan miopes, tan astutos y egoístas ellos también, no se dieron cuenta del talón de Aquiles que nos afeaba el paso y nos hacía, por lo tanto, fácil presa de potencias extranjeras.

Esta falta de amor en que consiste la soledad, según García Márquez, halla su expresión en el desamor del semental macondiano, antípoda del amante verdadero que, como el poeta, debe despersonalizarse y dar al otro su ser sin condiciones y sin esperar siquiera la respuesta. Como Aureliano que delira por Remedios Moscote, los machos macondianos se pierden en desvaríos pasionales y sensibleros, pero nunca se entregan de veras al amor, pues ellos son narcisistas y conquistadores, y ya se sabe, como reza el epígrafe de Crónica de una muerte anunciada -que cita a Gil Vicente- que “La caza de amor es de altanería”.

Sin embargo, la soledad asumida como falta de solidaridad, encuentra su cabal expresión en el incesto, “el llanto más antiguo de la historia del hombre”⁷⁶ “en los laberintos más intrincados de la sangre”⁷⁷.

A tono con el pensamiento de Ortega y Gasset, quien ve en el tabú el origen de la metáfora,⁷⁸ pues no se puede nombrar lo que es prohibido y hay que mencionarlo entonces con otros nombres, Gabriel García Márquez asienta en el tabú del incesto la vasta y bella metáfora de Macondo, cuya fundación, a juicio de Ernesto Volkening, citado por Michael Palencia-Roth⁷⁹, estuvo precedida por la unión incestuosa de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, los primeros padres de la estirpe, y cuya peripecia circular se cierra con el incesto de Amaranta Úrsula, hija de Fernanda del Carpio y de Aureliano II y tía de Aureliano Babilonia —ese adorado antropófago— a quien se entrega y de quien concibe al último Aureliano con cola de cerdo, el único de la progenie engendrado con amor.

75. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1975): *El otoño del patriarca*. Barcelona, Plaza y Janés. Pág. 44.

76. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cien años de soledad*. Op. Cit., pág. 334.

77. *Ibíd.*, p. 350.

78. ORTEGA Y GASSET, José. (1967): “El tabú y la metáfora”. En: *La deshumanización del arte*. Madrid, Revista de Occidente. Pág. 46.

79. PALENCIA-ROTH, Michael. (1983): *Gabriel García Márquez*. Madrid, Gredos. Pág. 96.

Entre el Génesis, que da cuenta del incesto de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, nuestros primeros padres, quienes temerosos de engendrar iguanas, huyen de su pueblo y fundan a Macondo, y el Apocalipsis, también precedido por el amoroso incesto entre tía y sobrino, de cuya unión nos queda la terrible maravilla de un último Aureliano con cola de cerdo, se teje en complicada urdimbre la odisea de los demás incestos, círculos todos del infierno sostenidos por el doble fundamento del imperio moral que encarna Úrsula Iguarán, madre legítima de José Arcadio, del coronel Aureliano y de Amaranta, y el dominio de Pilar Ternera, columna tierna y bovina, y madre a la vez de la ilegitimidad, de quien descienden los demás Buendías.

Allí están: José Arcadio, el primogénito, quien desea a su propia madre cuando piensa en Pilar Ternera, y después cede a la tentación de un incesto sicológico al casarse con Rebeca Montiel, criada y educada como su hermana, aunque -después nos enteramos- no lo era. El coronel Aureliano Buendía, amante -como su hermano José Arcadio- de Pilar Ternera, y quien recibe de ella en el amor un amor de madre. Años después, hombre ya maduro, establece casi una relación de padre a hija al enamorarse de Remedios Moscote, una niña de tan solo nueve años, que llega a ser su esposa.

Arcadio y Aureliano José, por su parte, hijos de José Arcadio y del coronel Aureliano Buendía en Pilar Ternera, sienten por su madre apetitos incestuosos. Y el mismo Aureliano José se enamora de su tía Amaranta, mientras ella también lo desea.

Renata Remedios y su padre Aureliano II, tienen con frecuencia gestos y comportamientos de amantes. En fin, José Arcadio, hijo de Aureliano II y de Fernanda del Carpio, siente por Amaranta, su tía abuela ya entrada en años, tendencias incestuosas, y deviene por despecho de su amor en homosexual y excéntrico degenerado.

“Toda buena novela — ha dicho García Márquez— es una adivinanza del mundo”⁸⁰, vale decir, un acertijo con voz de profecía, anuncio que, a la vez, es cifra de algo oculto sobre lo que hay que proyectar la luz del intelecto pero, sobre todo, la luz del corazón. En la opinión de Michael Palencia-Roth⁸¹ y de quienes compartimos su

80. Armando Durán. “Conversaciones con Gabriel García Márquez” citado por Michael Palencia-Roth. *Op. cit.*, pág. 112.

81. PALENCIA-ROTH, Michael. *Op. Cit.*

criterio, el enigma de la obra garcíamarquiana está en su forma circular, en gracia de la cual el último incesto de Amaranta Úrsula y Aureliano Babilonia nos remite al incesto de los primeros padres, José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, así como el Apocalipsis -la escatología- coincide con el Génesis de Macondo. Principio y fin que se encuentran, culebra en muda que se muerde la cola, tiempo lineal que se vuelve círculo como toda buena poesía, para predecir y relatar el remolino fatal de nuestras faltas que nos condenan al infierno de la soledad, a no ser que tuviéramos el privilegio de que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos:

*Sin embargo (dicen las últimas palabras de Cien años de soledad), antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irrepitible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra*⁸².

Roguemos, pues, para que Aureliano Babilonia termine de descifrar los pergaminos, que no pueden ser otra cosa que la novela misma, para que cese de girar la rueda y el destino nos libre de las siete plagas: la del insomnio y el olvido; la de las guerras civiles; la de la decadencia de la explotación del banano y de nuestros demás recursos naturales, por cuya causa nos matamos; la del diluvio; la del infierno de la selva, ya cantado en La vorágine por José Eustasio Rivera; la del huracán que nos convierte en “un pavoroso remolino de polvo y escombros”⁸³ y, por último, la de la desdicha de nuestra soledad.

Comala, o el infierno de la injusticia Y de la fractura de los valores morales y sociales

¿Y qué decir ahora de Comala, esa otra forma del infierno en nuestra narrativa?

82. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Op. cit.*, Pág. 351.

83. *Ibíd.*, pág. 350.

Vine a Comala (así empieza la obra) porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. “No dejes de ir a visitarlo — me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte”. Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aún después que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas⁸⁴.

Con estas sobrecogedoras palabras nos introduce Juan Rulfo al bátrato de su infierno. Para este escritor mexicano nacido en 1918, creador de *El llano en llamas* -un prodigioso libro de cuentos de los que acaso recodemos, entre los más bellos, a “Macario”, “Es que somos muy pobres”, “Diles que no me maten”, “Luvina” y “No oyes ladrar los perros”- y autor también de *Pedro Páramo* -una novela perfecta-, ambos textos fundamentales en el ya vasto y rico concierto de nuestras letras continentales, *Comala*, una palabra que probablemente se derive de *comal*, disco de barro que se usa en México y Centroamérica para cocer las tortillas de maíz, designa en la novela de que vamos a ocuparnos por breve espacio (para no ofender con el comentario la concisión del texto) un lugar de este mundo -no del otro- que se nos aparece a la vez como purgatorio, infierno y paraíso.

De modo diferente al de Dante cuya *Comedia* funda un infierno de ultratumba en que destaca, a juicio de Jean Franco, “(...) la rigidez del destino de los condenados y la diversidad de los pecados castigados”⁸⁵ que han privado del sumo bien a individuos específicos, el de *Comala* se configura como un infierno social y urbano, regido por el mestizaje y la subversión de valores, cuya consecuencia fue la escisión entre el orden moral y social del pasado en relación con el del presente.

Como Eneas, viajero a los infiernos en busca de Anquises, Juan Preciado, cuyo nombre proviene del hebreo y significa “Yahvé es benéfico”, “Yahvé es misericordioso” y es el mismo del autor del *Apocalipsis*, va a *Comala* en busca de Pedro Páramo, su padre, que es como si dijéramos que Juan, el visionario, cuyo apellido significa precioso, excelente y de mucha

84. RULFO, Juan. (1983): *Pedro Páramo*. Bogotá, *La oveja negra*. Pág. 7

85. FRANCO, Jean. (1974): “El viaje al país de los muertos”. En: *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas. Antología, introducción y notas de Joseph Sommers*. México, *Sep/Setentas*. Pág. 118.

estimación, así como jactancioso y vano, va al comal, ese disco de barro en que se cuecen las tortillas de maíz, base de la alimentación y economía precolombinas en aquella región del mundo, a buscar a Pedro Páramo, que no es otra cosa que una piedra helada.

En plan de exigencia y no de súplica, Juan Preciado va -¿o viene?- al mundo del más acá, purgatorio, infierno y paraíso, “la mera boca del infierno”, como se lee en la obra, “una llanura verde”, “(...) tierra de miel y de leche”, “un horizonte gris” en “que todo parecía estar como en espera de algo”, “blanqueando la tierra iluminándola, durante la noche”, para dar cumplimiento a la última voluntad de su difunta madre: -No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro”⁸⁶.

Pero este piadoso Eneas de México y —¿por qué no?— también de Latinoamérica, se encuentra con que el lugar, vacío y abandonado, que debieran habitar los vivos, está ocupado por las sombras de los muertos:

*Las ventanas de las casas abiertas al cielo, dejando asomar las varas correosas de la yerba. Bardas descarapeladas que enseñaban sus adobes revenidos*⁸⁷.

Y, como en Cien años de soledad, se encuentra con que una pareja desnuda de amadores, que son hermano y hermana, y cuya casa tiene, como las demás, el techo lleno de agujeros, se hunden en una relación estéril, pues en vez de procrear, él solo quiere el sueño, mientras a ella la desvela el más profundo remordimiento. Metáfora, sin duda, del abismo esencial entre nuestros valores morales del pasado y nuestro comportamiento del presente. Fractura, escisión —como la del techo roto—.

Yo le quise decir (dice ella, refiriéndole a Juan Preciado la explicación que había tratado de darle al obispo) que la vida nos había juntado, acomodándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo⁸⁸.

También se encuentra Juan Preciado con otra escisión inapelable: la que afectaba a los propios sentidos, pues mientras los

86. RULFO, Juan. *Op. Cit.*, pág. 7.

87. RULFO, Juan. (1961). *Pedro Páramo*. México, Fondo de Cultura Económica. Pág. 54.

88. *Ibíd.*, pág. 29.

oídos perciben el paraíso perdido, descrito como nostalgia en la voz de su madre, lo que sus ojos ven es el infierno de Comala, esa aldea en ruinas por culpa de Pedro Páramo, señor feudal, amo y dueño de la tribu, terrateniente obsoleto de la Media luna, cuyo hijo Juan Preciado ni siquiera merece el deshonoroso legado de su apellido, como sí recibimos nosotros la deshonorosa herencia de la picaresca española que, aún hoy, en la antesala del siglo XXI, nos sigue haciendo tan ladinos e insolidarios, casi que extranjeros en nuestros propios países, cuyas puertas permanecen cerradas al verdadero amor y al reconocimiento del otro.

¿Cómo salir de estos infiernos? ¿Cómo hacer cierta la quimera del amor y la utopía de la solidaridad? La solución — si es que hay alguna— no está por cierto en las manos de los poetas, pues solo compete a ellos el oficio divino de la adivinación y el mostrar cómo hombres de carne y hueso que deciden vivir cada instante de su vida en forma por demás extraordinaria, quiero decir, del modo más poético y humano — aunque jamás escriban versos— proponen no solo una estética para hacer más tolerable -y hasta más bella- esta tragedia de sabernos y sentirnos hombres, sino también una ética, rectora de nuestros actos, unión de nuestras fracturas, medio para entregar el ser en favor del otro; ética que consiste en desconfiar del dogma y de las verdades absolutas y en regirnos por el derecho que tienen los demás a ser distintos de nosotros; ética y estética que, finalmente, nos permiten a ustedes y a mí, en Colombia, en Macondo o en Comala y, por supuesto en esta hermosa nación brasilera, que ya me va pareciendo un paraíso, elevar nuestra voz al poderoso Hades para decir esta plegaria:

*Dios te salve, María, Gratia plena,
el Señor es contigo, Benedicta;
entre todas las víctimas, invicta,
patrona del destierro y de la pena.
Ave María, compasiva Helena
-en la acepción más alta y más estricta-,
sea bendito el fruto, la vindicta
que floreció en tu vientre, Nazarena.*

*Sancta María, madre Celestina
que, al sesgo de tu carne cristalina,
alumbraste el vía crucis de Belén,*

*Ora pro nobis, Venus redentora,
ruega por nuestras vértebras ahora
y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

*Padre nuestro, que estabas en el cielo
y hoy estás en nosotros, pecadores.
Santo sea tu nombre. Tus rencores
te hacen más Dios y prójimo del suelo.*

*Venga a nos el tu reino paralelo
a aquel de las tinieblas exteriores.
Tu voluntad no hagamos, que las flores
en ellas mismas tienen su modelo.*

*Danos, Señor, el hambre cada día
y la necesidad que no tenemos.
Perdónanos que no te perdonemos.*

*No nos dejes caer en la alegría.
Y líbranos, Señor, de la odisea
de tanta eternidad. Y que así sea⁸⁹.*

89. ÁNGEL MARCEL. *Op. Cit.*, págs. 148 y 149.



Cuadernos

EX-LIBRIS

Don Agustín Nieto Caballero andante de la educación

Ensayo

Resumen

Entre los pocos maestros inolvidables del autor figura don Agustín Nieto Caballero, un ilustre educador bogotano que, a partir de las teorías psicológicas, pedagógicas y filosóficas de John Dewey, Ovide Decroly, María Montessori y Henri Bergson, instituyó en Colombia la Escuela Nueva, y fundó con otros colombianos no menos notables, en 1914, el Gimnasio Moderno que tanta influencia ha tenido en el desarrollo educativo del país y de América Latina. El presente artículo, a la vez que destaca el aporte de Nieto Caballero a la luz de las ideas fundamentales de sus mentores, rinde homenaje al Maestro que hizo posible una audaz renovación de la educación colombiana.

Abstract

Among the author's few unforgettable masters, don Agustín Nieto Caballero stands out as an illustrious educator from Bogotá who, inspired on the psychological, pedagogical and philosophical theories by John Dewey, Ovide Decroly, María Montessori, and Henri Bergson, started the "Escuela Nueva" (lit. "New School") in Colombia, and together with several other not less renowned characters, founded the "Gimnasio Moderno" in 1914 (an institution which has exercised great influence over the development of education in the country and Latin America as well). This article, while highlighting Nieto Caballero's contribution in the light of his mentors' main ideas, also pays a homage to the master that made a bold renovation of education in Colombia possible.

Don Agustín Nieto Caballero andante de la educación

Nada sabes, mi niño, del modelo
que los nombres proponen. Nada sabes
del viaje riguroso de las aves
cuando su canto intentas y su vuelo.

Nada sabes del mundo paralelo
y, sin embargo, intuyes bien las claves;
con alas de papel haces tus naves
y con la luna llena un caramelo.

Buques que vuelan, lunas de confite,
mi niño hecho de juegos, hasta el punto
que nada digo en serio si te nombro,

pues las letras contemplas y el convite,
el orden y el desorden, todo junto,
con redondez insólita de asombro⁹⁰.

Presentación

He tenido en mi vida muchos profesores y pocos maestros. A los primeros los he olvidado casi por completo. A los segundos los recuerdo como recordamos a Ulises, Antígona, Hamlet y Otelo, don Quijote y Sancho, el padre Brown, Gregory Samsa, Gustavo Von Aschenbach, el señor Meursault, Funes el memorioso y William de Baskerville, entre tantos otros personajes de las grandes obras literarias que nos dejaron –cada uno de ellos a su modo, como si de una epifanía o de un feliz advenimiento se tratara- una visión perdurable de la condición humana. A don Agustín Nieto lo recuerdo como a una especie de Alonso Quijano, el bueno, el caballero andante de la educación.

Aunque nunca recibí una clase formal de don Agustín (lo conocí el 20 de septiembre de 1972, un día antes de ingresar al Gimnasio

90. ANGEL MARCEL. (1990): *Transgresión y anacronismo, Gimnasio Moderno, Bogotá*, pág. 34.

Moderno como profesor de Español), veo en él a uno de mis maestros decisivos junto a maestros también inolvidables aunque menos famosos, como don Aquilino Pérez, quien me enseñó a leer a derechas mientras cursaba el 4° año de bachillerato –en el sistema de hoy, noveno grado-; el doctor Otto Ricardo Torres, mi orientador en los secretos del oficio poético y literario durante mis primeros semestres de universidad, y el doctor Ernesto Bein, mi maestro de vida, alemán de cultura universal, profesor del Gimnasio a partir de 1937; luego su vicerrector desde 1948 hasta el fallecimiento de don Agustín veintisiete años después, y finalmente rector del colegio desde ese momento hasta su propia muerte en 1980.

Motivos para recordar a quienes me enseñaron a leer y a escribir, así como a quien “me alumbró y adestró en la carrera de vivir” –como dice Lazarillo de Tormes de su maestro ciego- tengo bastantes y de mucho peso, mas ellos se escapan del alcance y propósito del presente ensayo. En este solo quiero poner de manifiesto por qué recuerdo a don Agustín como a uno de mis grandes maestros.

Los maestros del maestro

No tuvo nunca don Agustín la pretensión de haber inventado nada nuevo en pedagogía:

Como ningún prurito de originalidad nos ha estorbado, hemos declarado en todas partes que no somos inventores de ningún nuevo sistema. Tampoco se nos ha ocurrido patentar un nuevo material didáctico. Hemos adaptado lo que ha venido a nuestro conocimiento, y, ensayando con una y otra idea, hemos concluido por abandonar o atemperar las unas, y por conservar como fuente viva de inspiración las otras⁹¹.

Se ha insistido bastante en la influencia que ejercieron John Dewey (1859-1952), Ovide Decroly (1871-1932) y María Montessori (1870-1952) en el pensamiento de Agustín Nieto Caballero y en el quehacer pedagógico del Gimnasio. Al primero le debe, como sabemos, su sentido pragmático, y la idea de que los datos de la experiencia no son

91. NIETO CABALLERO, Agustín. (1993): *Una escuela*, Editorial Presencia, 2° edición, Bogotá, p. 148.

“dados” sino “tomados” con un propósito. También, que las ideas son “planes de acción”, y que el pensamiento es uno de los modos de interacción entre la persona humana y el mundo, en el ámbito de una cultura específica.

Del segundo aprendió el método didáctico para conducir los intereses y el deseo de actividad del niño hacia la exploración de su entorno natural y social.

Ovidio Decroly (...), médico y educador belga, y autor de Hechos de sicología individual y de sicología experimental (1908), Función de Globalización (1923) y Desarrollo del lenguaje (1930), entre otras obras, por invitación de don Agustín Nieto Caballero realizó, a partir de agosto de 1925, una visita a Colombia y, en particular, al Gimnasio Moderno, que se prolongó durante tres meses.

Durante este tiempo, en un ambiente de trabajo casi familiar en el que la nota dominante fue la sencillez en el lenguaje sin desmedro del rigor ni de la precisión científica que distinguían al sabio europeo, don Ovidio desarrolló con los maestros del Gimnasio y de otras instituciones educativas de Colombia temas tan importantes como el problema de la educación, la Necesidad de conocer al niño, Breves consideraciones acerca del niño, El desarrollo del niño, Mecanismo espiritual del niño y La medida de las capacidades.

Tanto influyeron sus ideas y puntos de vista sobre lectura global y centros de interés, siempre en perfecto acuerdo con las necesidades naturales y sociales de los educandos, que el Gimnasio Moderno fue la primera institución de Suramérica que adoptó su teoría. Desde entonces y hasta hoy, una de las secciones del Moderno lleva su nombre, como otra honra la memoria de María Montessori, insigne pedagoga italiana quien, a partir de un profundo conocimiento del desarrollo del niño, que primero se interesa en lo individual y luego en lo social, fundó un sistema de enseñanza basado en la educación de los sentidos y en el juego⁹².

De María Montessori tomó don Agustín el método pedagógico preescolar que lleva su nombre, basado en la libre espontaneidad del niño para elegir sus trabajos, de manera que el maestro o la maestra solo

92. IRIARTE CADENA, Pompilio. (2001): “Ni miedo ni esperanza”, en la Revista El Aguilucho, No. 2, diciembre, Gimnasio Moderno, Bogotá, pág. 35

actúan como coordinadores y orientadores de la actividad didáctica. Se pretende, según la educadora italiana, despertar en el infante la propia iniciativa y el libre desarrollo de sus facultades.

De estas tres influencias magistrales –John Dewey, Ovide Decroly y María Montessori- nace en perfecta simbiosis la Escuela Nueva, y con ella el Gimnasio Moderno en 1914. No hace falta decir que en la Colombia parroquial de aquel entonces, pacata y tradicionalista, conservadora y clerical, en la que dominaba una enseñanza –si es que tal nombre puede dársele- basada en la coerción, la obediencia ciega, la aceptación sin derecho a réplica de “verdades” estatuidas, ya fuesen “científicas” o religiosas, filosóficas o sociales, así como en la repetición mecánica de las lecciones, que no en la creatividad ni en la disciplina de confianza y menos aún en el hecho elemental de que es el alumno y no el profesor el sujeto del aprendizaje, el proyecto de don Agustín tuvo ribetes revolucionarios.

La escuela nueva, con muy remotos antecedentes en la historia de los esfuerzos que se han hecho en el campo de la educación, ha creado el tipo de vida natural y sana que ha guiado nuestros pasos: una vida activa y alegre; animada en todo momento por trabajos y juegos en consonancia con los intereses vitales y permanentes de la niñez y de la juventud. Esta escuela está en el campo, porque es allí donde puede disponerse de mayor espacio, de más abundante luz y aire más puro, de mayor sosiego para el espíritu, de más ricas sugerencias para el desarrollo de la llamada trinidad psicológica del individuo: el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. La vigorización de las fuerzas más útiles al hombre se favorece allí por todos los medios posibles.

Escuela activa se le llama, pensando más en la actividad constructiva del mundo espiritual que en la actividad puramente exterior, mas todo lo que tenga de educativo el movimiento físico, encuentra su campo natural allí también. Dewey ha dicho que la escuela antigua era la escuela de la gente sentada, y que esta escuela nueva es la de la gente que se mueve. Lo de antes era un auditorio; lo de hoy es un laboratorio. Antes se escuchaba; ahora se trabaja. Se comenzaba antes por presentar la palabra; luego la imagen, por último el objeto. Ahora la experiencia –el contacto con el objeto- es lo primero. Viene luego lo demás. En reemplazo de

la escuela al margen de la vida, surge la escuela “en medio de la vida y para la vida”, uno de cuyos eminentes realizadores ha sido el profesor Decroly.

Con los nuevos sistemas se quiere formar el criterio del estudiante. Ya que el mundo marcha demasiado de prisa, y no es posible aprenderlo todo, se pretende que al menos el estudiante aprenda a experimentar, a pensar, y esto desde su infancia⁹³.

A propósito, muchos años después, Ernesto Sábato, en su luminoso Ensayo sobre la educación en América Latina, nos advierte:

Y no pretender enseñarlo todo, enseñar pocos episodios y problemas desencadenantes, estructurales, y pocos libros, pero leídos con pasión, única manera de vivir algo que, si no, es un cementerio de palabras. Porque el pseudoenciclopedismo está siempre unido a la enseñanza libresco, que es una de las formas de la muerte. ¿Acaso no hubo cultura antes de la invención de Gutenberg? La cultura no solo se transmite por los libros: se transmite a través de todas las actividades del hombre, desde la conversación hasta los viajes, oyendo música y hasta comiendo. En el Hyperion, de Longfellow, leemos que “una simple conversación mientras se come con un sabio es mejor que diez años de mero estudio libresco”. Y dice “wise”, es decir “sabio”, en el sentido en que a veces lo es un campesino iletrado, en el sentido en que los franceses dicen “sage”, para no confundir con ese “savant” que no puede hablarnos sino de silicatos o resistencia de materiales. La sabiduría es algo diferente, sirve para convivir mejor con los que nos rodean, para atender a sus razones, para resistir en la desgracia y tener mesura en el triunfo, para saber qué hacer con el mundo cuando los “savants” lo hayan conquistado, y en fin para saber envejecer y aceptar la muerte con grandeza. Para nada de eso sirven las isotermas y logaritmos, cuyo valor en el dominio de la naturaleza es indudable y necesario: la verdadera educación tendrá que hacerse no solo para lograr la eficacia técnica — indispensable — sino también para formar hombres integrales. Me estoy refiriendo a la enseñanza primaria y secundaria, no a la especializada que inevitablemente deben impartir las facultades. Estoy hablando de esa educación que debería recibir el ser humano en sus etapas

93. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit. p. 65.

iniciales, cuando su espíritu es más frágil, ese instante que para siempre decide lo que va a ser: si mezquino o generoso, si cobarde o valiente, si irresponsable o responsable, si lobo del hombre o capaz de acciones comunitarias. Problemas morales, o, en todo caso, espirituales; pero también y en definitiva prácticos, pues el desarrollo de una nación necesita en primer término de esos valores, ya que sin ellos tendremos lo que aquí ofrecemos en los últimos años: odio y destructividad, sadismo y cobardía, despreciativo dogmatismo y ferocidad. Y, en última instancia, incapacidad para levantar una nación grande que no puede construirse sin esos atributos espirituales⁹⁴.

Don Agustín Nieto, caballero andante de la educación

Nada más cercano a don Agustín que el modelo de maestro que nos propone Sábato, un sabio en el sentido en que lo es un “sage” o un “wise”, es decir, un hombre prudente, cuerdo, hábil, íntimamente culto, sensato y moderado, no el “sabio ignorante” que campea en la arrogancia de tantos especialistas, ni el simple erudito que solo es capaz de hablarnos desde la angosta provincia de su especialidad.

Además de lo anterior –y quizás por ello mismo, mas no por la coincidencia con su segundo apellido-, fue ante todo don Agustín Nieto un caballero andante de la educación. Usamos la expresión no con el sesgo peyorativo de quijote que hace quijotadas, de loco que intenta cosas imposibles, arbitrarias y descabelladas, sino en la acepción más genuina y pura de la invención cervantina. Cierto, fue don Agustín el impulsor de un ideal educativo, de una ilusión pedagógica realizable, y un hombre honesto que fundó su autoridad y su maestría, no en la liviandad de los discursos vanos, cuanto en el peso de su palabra plena de sentido.

En la intimidad de nuestra conciencia personal no tenemos frente a nuestros alumnos arma distinta que nuestras propias palabras. Si con ellas no movemos su discernimiento, hemos de reconocer nuestra derrota. Pero en el fondo confiamos casi siempre en esas palabras. Lo importante es saber cómo penetrar en la sensibilidad del discípulo. Si esto se logra, la partida está ganada⁹⁵.

94. SÁBATO, Ernesto. (1978): “Ensayo sobre la educación en América latina”, en suplemento de Clarín, 11 de mayo, Buenos Aires.

95. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 115.

En cuanto ideal o utopía posible –si así pudiéramos llamarla-, el proyecto educativo de Nieto Caballero –guardadas las debidas y respetuosas proporciones- es análogo por sus consecuencias a la invención de la perspectiva en el cuatrocento por parte de Filippo Brunelleschi (1377-1446). En efecto, la ilusión de profundidad que inaugura la pintura renacentista, dependió desde entonces del modo artístico como los pintores trataron las dos dimensiones físicas del plano euclidiano –alto y ancho- para plasmar las formas plásticas en sus cuadros. En otras palabras, altura y anchura, un horizonte y un punto de fuga, son recursos más que suficientes para crear la magia de la tercera dimensión. De manera semejante, a partir de las dos dimensiones humanas mejor reconocidas en nuestro dualismo irredimible, la dimensión biológica y la mental, o el espíritu y el cuerpo si se prefiere, frente a un horizonte que señala uno o varios puntos de vista educativos, podemos crear – y realizar- el ideal de hombre, mediante una tarea pedagógica que pone en juego la inteligencia y la imaginación, el esfuerzo y la constancia, así como la comprensión de la condición íntima del hombre. Un mundo perspectivo –centralizado en todo caso-, que por obra y gracia de la convergencia sobre el punto de fuga que tiende al infinito, bien sea en el espacio o en el tiempo, otorga sentido a todo cuanto se inscribe en él, y nos deja ver en efecto la tercera dimensión que no puede ser otra que la trascendencia.

La educación en la perspectiva del juego

Para ilustrar lo anterior en términos de perspectiva pedagógica, hablemos del juego, como uno de los métodos de la Escuela Nueva.

*Hay maestros que no advierten la seriedad que se esconde en todo juego de niños. Ignoran que el niño cuando juega trabaja, que la niñez sirve esencialmente para jugar, que es jugando como el pequeño se prepara para su vida ulterior. (...)*⁹⁶

No se trata desde luego de esas actividades lúdicas tan de moda en la actualidad, que tendrían mayor sentido en manos de recreacionistas que de maestros. El mismo don Agustín advierte contra esa desviación de la actividad escolar que deviene en “activitis”, esa forma de ocupar el

96. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, p. 80.

tiempo sin que el tiempo lo ocupe a uno, vicio que también ha pervertido la concepción del trabajo, algunos métodos didácticos y pedagógicos, y hasta los programas de capacitación docente incluso en las instituciones de educación superior. Al otro lado de esa “activitis” y de esas lúdicas insubstanciales, está el “juego serio” que pone en escena situaciones de la vida real en el ambiente artificial y descontextualizado de la escuela.

*(...) Queríamos mayor vida, mayor libertad. Nos sentíamos identificados con el espíritu de la ilustre doctora (María Montessori), pero no de la misma manera absoluta con su material didáctico. Pronto llegamos a la conclusión de que valía mucho más el espíritu de esta gran maestra que la serie de juegos “estandarizados” y comercializados que han invadido el mundo, dando en muchas partes una falsa idea de la doctrina montessoriana (...)*⁹⁷.

Entre las funciones del juego que señala Jerome Bruner, están las de atenuar las consecuencias de las propias acciones, mucho más graves en una situación real; asimismo, aprender en circunstancias menos riesgosas y ensayar combinaciones de conductas que en contextos “reales” nunca se ensayarían. Está demostrado que los infantes –lo mismo que los chimpancés- seleccionan rasgos de actuación a su alcance para adquirir ciertas competencias; practican además variantes en diferentes contextos, y muestran interés, si no por la finalidad del acto, sí por la naturaleza del juego mismo⁹⁸.

Desde un punto de vista lógico, el juego, en criterio del mismo Bruner, además de la capacidad para anticipar las partes potenciales que componen un objeto y utilizarlo en una nueva disposición, tiene dos patrones formales, a saber: una función y sus argumentos, cuando, por ejemplo, un juguete se adapta a tantos juegos como sea posible; y un argumento y las funciones a las que puede adaptarse, como, por ejemplo, trepar a tantos objetos como se pueda.

Si bien en las sociedades primitivas contemporáneas nada se enseña fuera de contexto, la escuela en nuestro medio crea un ámbito “artificial” –simulado o ilusorio- en que el adulto (el maestro) propone la novedad y el desafío, mientras el alumno se siente atraído por lo nuevo.

De este modo, el juego en el corazón de la escuela, del que son partícipes jóvenes y adultos, se nos presenta como un ritual pleno de simbolismos y significados, auténtica metáfora de la acción, mediante la cual

97. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, p. 153.

98. BRUNER, Jerome. (1995): *Acción, pensamiento y lenguaje*, Madrid, Alianza editorial.

*(...) con alas de papel haces tus naves
y con la luna llena un caramelo.*

*Buques que vuelan, lunas de confite,
mi niño hecho de juegos, hasta el punto
que nada digo en serio si te nombro, (...)*⁹⁹

Entre las consecuencias de la transformación simbólica del juego, tenemos que este es un medio eficaz para enseñar la naturaleza de las convenciones sociales, así como las reglas que rigen la vida en sociedad y el respeto por la negociación.

Don Agustín y Henri Bergson: l'esprit de finesse contre l'esprit de géométrie. De la rigidez y el movimiento, del concepto y la intuición, de lo serio y lo risible.

Otra de las influencias –que no por olvidada es menos importante–, reconocida además por el mismo don Agustín, es la que recibió de Henri Bergson:

*(...) La Sorbonne, el Teacher's College de la Universidad de Columbia, el Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra, La Escuela de L'Hermitage de Bruselas, la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, fueron los centros inspiradores, y los maestros más venerados se llamaron: William James, Dewey y Thorndike; Durkheim, Binet, Bergson (el subrayado es nuestro) y Boutroux; Decroly, Ferrière, Bovet y Claparède, Giner de los Ríos, Altamira y Cossío*¹⁰⁰.

La obra de Henri Bergson (1859-1941)¹⁰¹, tan afín con el modo de ser y de pensar de Agustín Nieto Caballero, ajena por completo al fárrago en que para algunos consiste la profundidad, y compuesta en el gozoso ritual de su prosa limpia y elegante, lo que sin duda le agrega valor literario al filosófico que de suyo posee, más que un discurso contra el quehacer científico en general, es la respuesta al positivismo fundado por Augusto Comte (1798-1857) como “teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y a investigar otra

99. ÁNGEL MARCEL (1990): *Op. cit.*, pág. 29.

100. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, p. 30.

101. BERGSON, Henri. (1986): *Introducción a la metafísica. La risa*, Editorial Porrúa, México.

cosa que no sean las relaciones entre los hechos¹⁰²; que se ocupa del cómo pero evade el qué, el porqué y el para qué de los objetos que estudia, y cuyos rasgos distintivos, además de los anteriores, son: la negación sistemática de ciertos aspectos vivenciales como la emoción, por ejemplo; el repudio de la metafísica, así como de todo conocimiento a priori y de toda intuición directa de lo inteligible¹⁰³; la “(...) hostilidad a toda deducción que no esté basada en datos inmediatos de la experiencia”¹⁰⁴ y de la experimentación, amén de su vano intento por reducir la filosofía a los esquemas de las ciencias positivas, lo que dio pábulo para que el llamado operacionalismo propusiera la sumisión de lo empírico a las leyes de la lógica formal simbólica.

Por el contrario, la obra del filósofo francés, uno de los más eximios exponentes del vitalismo en su vertiente menos vehemente y radical, como corresponde a toda postura inteligente y lúcida, sin romper con el racionalismo y la ciencia convencional, logra un “canto a lo inefable, a la intuición, al instante único, a la experiencia irrepetible e irreductible a conceptos abstractos”¹⁰⁵, como pueden constatarlo el Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia (1897), plataforma de lanzamiento del problema de la libertad, que es la cuestión capital de su filosofía; *Materia y memoria* (1897), un texto que, al enfrentar a Descartes, acepta el espíritu como realidad que no se contrapone ni está separada de la materia; *Introducción a la metafísica* (1903), aparecida en la *Revue de métaphysique et de morale*; *La evolución creadora* (1907), el libro más importante, o al menos el más conocido, comentado y discutido, que propone la intuición como conocimiento directo de la realidad “frente al artificio formalizado de la ciencia y el pensar abstracto”¹⁰⁶, asumida tal intuición como conciencia del fluir consciente que escapa a toda medida por no tener ella la entidad del espacio, mientras que la inteligencia, gracias a su particular modo de entender, abstracto y atemporal, tiende a ponerlo todo en términos espaciales; *Las dos fuentes de la moral y la religión* (1932), que busca, por un lado, trascender la moral estática en moral dinámica, cuya base y fundamento

102. FERRATER MORA, José. (1958): *Diccionario de la Filosofía, Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, p. 1083.*

103. FERRATER MORA. (1958): *Op. cit., p. 1083.*

104. GARCÍA MORENTE, Manuel. (1982): *Lecciones preliminares de filosofía, Editorial Porrúa, S.A., México, p. 248.*

105. DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): *Historia de la literatura universal, Barcelona, Editorial Planeta. Tomo 8, p. 164-165.*

106. DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): *Op. cit., p. 166.*

son la libertad y la creatividad, y por otro, superar la religión anquilosada, la que solo defiende los usos sociales, en otra forma de religiosidad abierta y universal, cambiante y amorosa, tal como se presenta en la experiencia de los místicos de cualquier religión y en la vivencia de todo artista verdadero; y, finalmente, La risa, un conjunto de tres ensayos publicados inicialmente por la Revue de Paris, a los que dedicaré la última parte de este ensayo, en relación con la vida y obra de don Agustín.

La confusión entre el papel del análisis y el de la intuición, de la que se derivan tantas discusiones entre escuelas y tantos conflictos entre sistemas, puede, según Bergson, si no resolverse de modo satisfactorio, al menos dilucidarse un poco si hacemos honrada diferencia entre el modo como operan uno y otra, y que, para mayor claridad, podemos traducir a metáforas como las que siguen:

Metáfora A: tómese un río (otra vez el viejo Heráclito), sométaselo a bajas temperaturas hasta congelarlo. Practíquense en el largo bloque de hielo cortes transversales con el fin de clasificar los témpanos según conceptos, es decir, según modos de conocer la realidad que tomen en cuenta únicamente las características generales pero ignoren lo que cada una de esas piezas tienen de íntimo y singular, de único e irrepetible. Hágase un análisis desde distintos puntos de vista, a saber: si estudiamos fuerzas, temperaturas, cantidad de movimiento en el plano molecular; masa, entropía, trabajo y energía, nos habremos detenido en lo relativo y trajinaremos el campo de la física; si nos atenemos a las formas y configuraciones, habremos invadido la provincia de la geometría; si examinamos la composición de la materia, habremos entrado en la comarca de la química, y si, por ejemplo, hacemos un cómputo de los fragmentos, habremos ingresado al terreno de la matemática. Tradúzcase lo anterior al sistema de símbolos propio de cada disciplina. Más aún: desordénense las piezas y pídase a alguien que ordene el río del modo como se arma un rompecabezas. Tal es, en la opinión de Bergson, la manera como operan las ciencias.

Metáfora B: Báñese en el río. Suméjase en él teniendo buen cuidado de no ahogarse. Es evidente que esta vivencia en la que no son muy claros los linderos entre la percepción del frío o la tibieza del agua, de la humedad, del movimiento, del ahora, el antes y el después, del aquí

y el allá, al permitir que el hombre entre en la realidad y no se contente únicamente con mirarla desde fuera y desde distintos puntos de vista fijados en el espacio como lo hace la ciencia, no solo le ofrece la posibilidad de intuir su yo en el río como duración, como fluir permanente, sino que, además, le da una pauta, si no segura, bastante aproximada del modo como, según Bergson, conocen en primera instancia el filósofo y el artista:

En este punto hay algo simple, infinitamente simple, tan extraordinariamente simple que el filósofo jamás ha logrado decirlo. Por eso ha hablado toda su vida (el subrayado es nuestro). No podía formular lo que poseía en su espíritu sin sentirse obligado a corregir una fórmula y luego a corregir su corrección; así, de teoría en teoría, rectificándose cuando creía completarse, no ha hecho otra cosa, por una complicación que atraía la complicación y por desarrollos yuxtapuestos a desarrollos, que expresar con creciente aproximación la simplicidad de su intuición original. Toda la complejidad de su doctrina, que llegaría al infinito, no es pues más que la inconmensurabilidad entre su intuición simple y los medios de que disponía para expresarla.

¿Cuál es esa intuición? Si el filósofo no ha podido dar su fórmula, tampoco nosotros lo lograremos. Pero lo que llegaremos a asir y fijar es una cierta imagen intermedia entre la simplicidad de la intuición concreta y la complejidad de las abstracciones que la expresan, imagen huyente y desvaneciente (sic.), que acosa, inadvertida acaso, el espíritu del filósofo, que le sigue como su sombra a través de todas las vueltas y revueltas de su pensamiento, y que, si no es la intuición misma, se le aproxima mucho más que la expresión conceptual, necesariamente simbólica, a la cual la intuición debe recurrir para dar "explicaciones"¹⁰⁷.

Que no vengan a decir, pues, los detractores de Bergson, entre ellos José María Valverde, que el pensador francés "olvida lo que es el lenguaje, ese medio indispensable gracias al cual puede incluso elogiar el silencio y lo indecible, y criticarlo en lo que tiene de parecido al espacio, a la geometría, a pesar de ser cosa de tiempo, ente musical y sucesivo"¹⁰⁸ como si no fuera posible utilizar las palabras para declarar

107. BERGSON, Henri. (1986): *Op. cit.*, p. 32.

108. DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): *Op. cit.*, pág. 165.

por lo menos que hay cosas indecibles, del mismo modo como hacemos uso de la razón para poner de manifiesto lo que se nos antoja absurdo, irrazonable, y, en el mejor de los casos -como hacen los poetas- para dejar constancia de una intuición que en modo alguno cabe -en términos de descripción o de concepto- en los estrechos límites del discurso.

Cualquiera que haya ensayado con éxito la composición literaria, sabe que, cuando el tema ha sido largamente estudiado, todos los documentos recogidos, todas las notas tomadas, es necesario, para comenzar el verdadero trabajo de composición (el subrayado es nuestro), algo más, un esfuerzo, a menudo penoso, para colocarse de golpe (el subrayado es nuestro) en el corazón mismo del tema y para buscar, lo más profundamente posible, un impulso, al que después de todo, habrá que dejarse ir. Ese impulso, una vez recibido, lanza al espíritu por un camino donde encuentra los datos que había recogido y otros detalles más; se desarrolla, se analiza a sí mismo en términos cuya enumeración sería infinita; y cuanto más adelanta, más descubre, no llegando jamás a decir todo (el subrayado es nuestro); y sin embargo, si nos volvemos bruscamente hacia el impulso que sentimos detrás de nosotros para aprehenderlo, se escapa, porque no era una cosa, sino una iniciación al movimiento, y, aunque indefinidamente extensible, es la simplicidad misma¹⁰⁹.

¿Será que ese esfuerzo, esa iniciación al movimiento indefinidamente extensible, ese impulso y esa intuición tan simple como indecible son los que algunos pretenden medir en la escuela con calificaciones que incluyen unidades, décimas y centésimas? ¿No será que el texto final de una composición, bueno o malo, logrado o malogrado, nada puede decirnos — o muy poco— de la verdadera procesión que va por dentro? Sentados en los bancos escolares dos hipotéticos alumnos con la sensibilidad y el humor de Borges o de Thomas Mann, por ejemplo, en plan de escribir un cuento como actividad de clase, aunque para el ejercicio cabe pensarlos con mucha menos experiencia y muchas menos lecturas que las que gozaron y padecieron esos eminentes autores; leído y corregido su trabajo después de establecer con “honradez profesional” qué se mide, cómo se mide y para qué se mide, según las pedagogías y las didácticas al uso, ¿a cuál de ellos daríamos, por ejemplo, una calificación de 8.5 sobre 10.0,

109. BERGSON. (1986): *Op. cit.*, p. 29.

frente al otro que, a nuestro juicio, podría ser evaluado con un 7.4, sin correr con ello el riesgo de que ambos se nos mueran de la risa?

Un bello ejemplo de esta actitud vital en relación con la enseñanza de la gramática, nos lo da don Agustín:

El niño ha leído un bello trozo literario... "Vamos a analizarlo", dice el maestro. Analizar en gramática es lo mismo que descuartizar en veterinaria. "¿Cuántos sustantivos en ese renglón? ¿Y cómo se divide el sustantivo? Enumere los abstractos. Enumere los concretos. Ahora busque los adjetivos". Y tras de esta engañosa maquinación vendrá el análisis de los géneros y los números, y los problemas de la concordancia y del qué galicado y del gerundio mal empleado. Y se enseñarán errores como se enseñan verdades para que se recuerden unos y otras, confundiendo desde luego lo exacto con lo inexacto.

El chico ha quedado rendido después de este ejercicio abrumador, y es muy posible que haya aprendido a odiar el bello trozo literario que el maestro ha destrozado, miembro a miembro, en beneficio del preciso análisis gramatical. Las palabras homófonas que jamás encontrará el estudiante, fuera de la ocasión en que se le obliga a aprenderlas, serán otra tortura¹¹⁰.

En las obras de don Agustín abundan los ejemplos de esa sabia elasticidad que distinguía al maestro, y que lo acerca –qué duda cabe– al pensamiento bergsonian. Quienes lo conocimos podemos dar fe, por ejemplo, de su inmenso amor por Colombia, de su incancelable afecto por el país, y sin embargo cuán lejos estaba de ese nacionalismo cerrero que ha sido el germen de tantos conflictos internos y de tantas guerras entre las naciones.

El nacionalismo que hoy predicán todas las naciones no ha de entenderse como una idea fatua y agresiva, sino como voluntad colectiva empeñada en forjar una cultura que ha de ser parte integrante de la cultura humana. Este es el tipo de nacionalismo por el que veníamos abogando en esta escuela. Un nacionalismo que surja del análisis que hagamos de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades; y no para ocultar estas y exaltar aquéllas, ni tampoco para erigir sobre nuestras deficiencias la teoría del llamado derrotismo, que sume a sus adeptos en una cobarde inanición¹¹¹.

110. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, p. 196-197.

111. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. Cit.*, p. 21.

Otro aspecto no menos importante para la Escuela Nueva y para el desarrollo subsiguiente de la educación en el país, son las ideas del Maestro Nieto Caballero acerca de la religión y de su enseñanza en el colegio. En la medida en que don Agustín fue un hombre de ideas liberales como lo fueron también los fundadores del Gimnasio, así como quienes, como él, pertenecieron a la Generación del Centenario, a saber: los estadistas Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, ambos presidentes de Colombia; Sanín Cano y Luis López de Mesa, periodista y hombre de letras el primero, pensador y escritor el segundo, así como Guillermo Uribe Holguín quien se destacó en el campo musical, todos hijos y herederos de la guerra de los Mil días, y algunos de ellos continuadores de la labor pionera de “la industrialización en Antioquia, y de la economía cafetera en la colonización antioqueña; (...) los cultivadores del banano en la Costa Norte, los organizadores del transporte en todo el país, empezando por la aviación; los fundadores de los ingenios azucareros del Valle y Bolívar; (...)”¹¹², nada de extraño tiene que sus actitudes y su ideología especialmente en el campo religioso — para no hablar del político — estuvieran gobernadas por la tolerancia y la comprensión. En este sentido fue don Agustín un hombre plenamente moderno, no tanto por estar “al día” y menos aun “a la moda”, como por su serena lucidez frente a cualquier postura fanática o extremista. Lejos estaban de él los fundamentalismos, la fe ciega en una creencia única, exclusiva y excluyente, y la actitud de quien segrega al otro por el simple hecho de ser o pensar de modo diferente.

Existe otro problema neurálgico: hay quienes se oponen a que dentro de los recintos escolares se hable de cuestiones religiosas. Si en la clase de religión se predicara la intransigencia, el fanatismo o el odio, estaríamos de acuerdo con los que piensan de este modo. Pero si lo que allí se oye es una prédica de tolerancia y amor, la cuestión se plantea en forma diametralmente opuesta. La religión así entendida, lejos de oponerse, es una ayuda para el ideal social que busca desde las aulas su camino.

No hay un solo fanatismo. En un desordenado afán de modernidad, se ha creído por algunos que el irrespeto de las creencias religiosas no es falta de cultura y de incompreensión psicológica, sino exponente de avance intelectual. Olvidan que es tonto capricho tratar de aniquilar sentimientos entrañables, y que

112. MALLARINO BOTERO, Gonzalo. (1990): *El Gimnasio Moderno en la vida colombiana*, Bogotá, Villegas Editores. Pág. 25-26.

es precisamente sobre las cenizas humeantes de un templo incendiado, donde con más fuerza se yergue otro más imponente y más duradero.

Sabemos que, etimológicamente, religión quiere decir lazo de unión. Esto ha significado para los fundadores del Gimnasio. Lo cierto es que no hemos encontrado discrepancia entre nuestro ideal y los ideales puramente religiosos. Una religión es ejemplar cuando habla por sí misma para levantar al hombre, cuando se manifiesta en propósitos de noble intención. Para nosotros lo esencial es la conducta, y la conducta que el sentimiento religioso busca es la misma que buscamos nosotros. Lo importante es que en el porvenir no vaya a tener el individuo ni fatuas o pueriles ostentaciones de irreligiosidad, ni fanatismo de ninguna índole. La tolerancia ha de ser una actitud amable, y no una concesión dolorosa. Hemos entendido siempre que tolerar no es aguantar sino convivir¹¹³.

Humor, risa y pedagogía

En el Gimnasio Moderno el humor es cosa seria. Allí pensamos que “no hay que tomar demasiado en serio a quien se toma demasiado en serio”, y que nada hay más cercano a la tontería y a la estupidez que esa seriedad ceremoniosa y acartonada que ignora la relatividad de las cosas y de la condición humana. En el Gimnasio Moderno –por fortunada es demasiado grave, pues tratamos de hacer nuestra la ecuación de Woody Allen: “Tragedia + tiempo = comedia”. Don Tomás Rueda Vargas, uno de nuestros fundadores y posteriormente rector del colegio, fue célebre por su fino sentido del humor, lo mismo que el Prof. Ernesto Bein, a quien he mencionado al principio como uno de mis grandes maestros.

Cuando el Prof. Bein –con su simpatía muy genuina por los muchachos, y una teatralidad pintoresca y transparente, propia de un hombre que no se toma a sí mismo demasiado en serio–, se formó su leyenda, su manera de ser era ya un código de señales perfectamente comprensible para todo el Gimnasio. Todo el mundo, salvo los muy recién llegados, sabían en qué dosis se daban el sentido del humor y la penetración psicológica, en su estilo de comunicarse con los gimnasianos. Lo curioso de ese

113. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. Cit.* p. 63-64.

*estilo, y lo humano, era que los rasgos humorísticos le permitían ser sincero y veraz sin ser hiriente ni parecer halagador*¹¹⁴.

Don Agustín, tenía también un sentido muy fino del humor que no puede dissociarse de la idiosincrasia del clásico “cachaco” bogotano; un hombre sin duda de ocurrencias rápidas y oportunas. A un periodista de la Unión Soviética que quería saber en qué era especialista, don Agustín le contestó que en ideas generales. Sus libros, además, abundan en anécdotas graciosas, que dejan entrever la inteligencia y la grandeza de espíritu de este gran maestro.

*¿Y qué decir de aquellas tareas, en boga todavía, de hacer repetir a un niño centenares de veces la palabra cuya ortografía ha equivocado? Una vieja anécdota recuerda la inutilidad de este suplicio pedagógico. Es el caso del niño a quien se le obliga a escribir trescientas veces esta sentencia: “No se dice cupió sino cupo”. El chico llega a la última línea de su cuaderno, y escribe en la letra ya casi ininteligible que ha producido el cansancio: “El último cupo no cupió”*¹¹⁵.

En la crónica que hace de una excursión con estudiantes del Moderno a la cueva de Tuluní y el río Saldaña, rememora:

*Uno de los chicos que no ha de estar pensando en cosas tan grandiosas, exclama: “Miren ese lagartijo que era verdoso cuando saltó sobre la piedra y se volvió tornasol”. “Camaleón”, gritó otro que no ha olvidado su lección de zoología. Y el mayor de todos, que ya lee periódicos, agregó riendo: “Así dizque son los políticos”*¹¹⁶.

“Muchos definieron al hombre: ‘un animal que ríe’. Habrían debido definirle también como un animal que mueve a risa”¹¹⁷. Tan cierta como la anterior, resulta entonces la afirmación según la cual lo cómico no excede nunca la esfera de lo estrictamente humano (no olvidemos que Dios no ríe, pues por ser infinitamente sabio, conoce todos los chistes). Y si nos reímos de un animal o de una cosa, no es porque ellos en sí mismos sean ridículos o risibles, sino porque advertimos en su aspecto o actitudes, gestos, posturas, apariencias, semblantes y caprichos que nos parecen humanos.

Con estas consideraciones generales abre Bergson su primer ensayo sobre la risa. Pero, de entre todas las visiones –y a veces definiciones– que ofrece de lo cómico, solo nos interesa –con fines pedagógicos– destacar las siguientes:

114. MALLARINO BOTERO. (1990): *Op. cit.*, p. 160.

115. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, p. 197.

116. NIETO CABALLERO. (1993): *Op. cit.*, pág. 238.

117. BERGSON. (1986): *Op. cit.*, pág. 50.

Lo más opuesto a la risa es la emoción. Por ello, los gestos, palabras, movimientos y actitudes que, por ejemplo, los enamorados encuentran sublimes (están poseídos por la pasión), parecen ridículos –y por lo tanto risibles– a quienes permanecen insensibles frente a ellos por no participar de su circunstancia. De análoga manera, en el ámbito de la escuela, los gestos, palabras, movimientos y actitudes que el maestro emocionado reputa como serias, sublimes y ¡muuuuy importantes!, mueven a risa a sus alumnos insensibles. De ello se infiere que un maestro incapaz de despertar la emoción entre sus estudiantes, está en serio peligro de “hacer el oso”.

La rigidez, signo de torpeza, es una de las fuentes más grandes de la risa. En efecto, si, por ejemplo, el señor Arzobispo (mientras más serio y rígido, más risible) cae de su silla, nos reímos de él, no tanto por la sorpresa que nos causa verlo rodar por el suelo, cuanto porque echamos de menos la elasticidad corporal que hubiera evitado su caída. De idéntico modo en la educación, la rigidez del gesto, así como todo rigorismo del alma y del carácter, toda postura inamovible y dogmática, definitiva, hecha y congelada, con gran frecuencia dan lugar a solemnes porrazos, cuyo castigo social (nuestros alumnos lo saben) son el ridículo y la risa. Por ello, “Lo cómico es más bien rigidez de gestos que fealdad de aspecto”¹¹⁸.

Ciertas características corporales -una nariz rubicunda, una joroba, una panza innoble, las “orejas de Dumbo”- mueven a risa en la medida en que se asocian con la imagen del disfraz. En efecto, la nariz rubicunda es una nariz pintada. Asimismo, la falta de autenticidad, las “poses” sociales, y, en nuestro caso las académicas, y lo que es más triste y grave, el ejercicio del magisterio únicamente como medio de sustento que no como forma de vida, deben parecer ridículos a quienes descubren, detrás de la máscara, el verdadero rostro disfrazado.

La idea de reglamentar administrativamente la vida y la aspiración de algunos científicos y artistas a sobrepasar la naturaleza, son la quintaesencia del pedantismo. Ciertamente, el médico que ejerce su profesión como si el enfermo se “hubiera hecho” para “su” medicina y no al revés, la medicina para el paciente, así como el profesor que trata a los alumnos como si ellos estuvieran al servicio de “su” pedagogía, y no la pedagogía para provecho de los estudiantes, son ridículos y pedantes, y dignos, por lo tanto, de la misericordia de la risa.

118. BERGSON. (1986): *Op. cit.*, pág. 57.

El títere de hilos. ¿Cómo no recordar a esos personajes de comedia que desempeñan su papel como si fueran dueños de sus actos y palabras, pero que a la postre resultan manejados por alguien que se ríe a sus costillas?

No olvidemos que todo lo que de serio hay en la vida, parte de nuestra libertad. Los sentimientos que hemos ido madurando en nuestro interior, las pasiones cuyo calor conservamos, las acciones intencionalmente ejecutadas por nosotros, todo lo que de nosotros deriva y realmente nos pertenece, traspasa a la vida su desenvolvimiento dramático, que es generalmente serio. ¿Qué hace falta para que todo esto se vuelva comedia? Se necesitaría suponer que una libertad aparente encubre un juego de títeres; que somos, como dijo el poeta:

*...humildes marionetas cuyos hilos
son manejados por la Necesidad.*

No existe, pues, escena real, seria y hasta dramática, que no pueda ser llevada por la fantasía hasta lo cómico solo evocando esta simple imagen. No existe juego que disponga de campo más vasto¹¹⁹.

Si ello es así, resulta verdaderamente extraño (y risible) que haya quién se tome demasiado en serio. Puesto que somos "(...) humildes marionetas cuyos hilos/ son manejados por la Necesidad", ¿no cabría esperar de la "gente seria" -científicos, doctores, deportistas, hombres de Estado, comentaristas deportivos, escritores, el jefe de protocolo de Palacio con aires de emperador teutón, militares y paramilitares, jerarcas de la Iglesia, burócratas, catedráticos, terroristas- una actitud más humana, más consciente de nuestras carencias y limitaciones, como la que le permitió al inolvidable Prof. Ernesto Bein ser desde su humor un gran maestro de juventudes así estuviera diciendo las cosas más serias y profundas? Si tan humana es, ¿por qué no es usual que la ciencia ría? ¿Por qué los profesores tenemos la proclividad de hacer creer a los alumnos que nuestra materia es la más importante del currículo, y sin la cual ellos serían un desastre en la vida?

"La risa -dice Spencer- es el síntoma de un esfuerzo que de repente se encuentra en el vacío". Y Kant: "La risa nace de algo que se

119. BERGSON. (1986): *Op. cit.*, pág. 74-75.

espera y que de repente se convierte en nada"¹²⁰, debido, según Bergson, a una distracción en el gobierno de nuestra vida (recuérdese a don Quijote, el gran distraído). Lo cómico apunta, pues, a una imperfección individual o colectiva, que reclama corrección: la risa, que sanciona y reprime una distracción que nos impide ser libres.

Dada la ambigüedad de lo cómico, el estudio de sus caracteres - que constituye, a juicio de Bergson, la parte más importante y difícil de su obra- nos permite situar la comedia menos próxima al drama que a la realidad vital, por cuanto la vida ofrece episodios en todo semejantes a la comedia elevada, tanto que podrían representarse en las tablas sin mayores cambios.

La rigidez, la distracción (lo quijotesco), el automatismo (tics, gestos repetidos, carentes de sentido) y la insociabilidad entendida como excentricidad, como ser diferente de los otros, ya se trate de virtudes o defectos, vistos desde la insensibilidad del que ríe (desde el palco los espectadores, desde sus pupitres nuestros alumnos) y no desde la emoción del que participa, constituyen los elementos cómicos de que se forman los caracteres.

Después de un profundo y minucioso análisis que por fortuna y para tranquilidad de algunos no escapa del todo a las definiciones en lo que atañe a las semejanzas y diferencias entre el carácter trágico y el cómico, en las que para nada importa que se trate de personas viciosas o virtuosas; pero sobre todo, después de recordar y subrayar con lúcida coherencia que el artista, por estar inmerso en el río de la vida y no contentarse, como lo hace la ciencia, con mirarlo desde fuera y desde distintos ángulos para congelarlo, fragmentarlo, estudiarlo y recomponerlo al modo de un rompecabezas, lo que le permite, dicho no sea de paso, "ver", es decir, intuir la esencia profunda del arte y de su obra en la naturaleza íntima del hombre, del mundo y de la vida, al punto que hay que seguir reconociéndole -como se hace desde los griegos-rango y jerarquía de "vidente" (no olvidemos que vate es el poeta, el que vaticina, el brujo, el adivino), llega Bergson a la consideración de un carácter cómico que me parece clave en su relación con la pedagogía, cuya actitud corresponde a lo que él mismo llama "lo cómico profesional".

120. SPENCER Y KANT, citados por BERGSON. (1986): *Op. cit.*, pág. 76.

(...) la sociedad misma dispone de marcos ya hechos necesarios para repartir el trabajo, es decir los oficios y las profesiones. Cada profesión comunica a quienes la ejercen unos hábitos mentales y unas particularidades que los hace asemejarse entre sí y los distingue de todos los demás. Así se van constituyendo pequeñas sociedades en el seno de la grande. Proceden, sin duda, de la misma organización de la sociedad, y no obstante, un excesivo aislamiento acabaría por ser una amenaza para la comunidad. La función de la risa consiste precisamente en reprimir toda tendencia aisladora; su objeto es corregir la rigidez y darle una nueva flexibilidad, hacer que cada uno vuelva a adaptarse a los demás, limar las asperezas. Será una clase de lo risible, cuyas variedades se podrían fijar de antemano, y que llamaremos, si os gusta, lo cómico profesional.

Omitiremos detallar estas variedades, pues sería insistir en lo que entre ellas hay de común. Figura en primera línea la vanidad profesional. Cada uno de los maestros de M. Jourdain, pone su arte por arriba de todas las otras. Un personaje de Labiche, por ejemplo, no concibe otra ocupación que la de comerciar en maderas, ni falta hace decir que es la suya. Es una vanidad que va convirtiéndose en solemne a medida que un mayor charlatanismo entra en la profesión ejercida. Es un hecho que cuanto más discutido es un arte, más tienden sus cultores a creerse investidos de un sacerdocio y a exigir que los profanos, se inclinen ante sus misterios. Mientras que las profesiones útiles han sido evidentemente hechas para el público; las de utilidad menos manifiesta solo se justifican con la suposición de que el público ha sido hecho para ellas. Esta es la ilusión que se encuentra en la base de lo solemne. De ella se deriva casi todo lo risible que está en los médicos de Molière. Atienden al enfermo como si hubiera sido creado para el médico, y hablan de la Naturaleza como si dependiera de la medicina.

Otro aspecto de esta rigidez risible es lo que llamaré el endurecimiento profesional. Tan estrictamente se ajustará el personaje cómico al rígido marco de su papel, que no le quedará espacio alguno para conmovirse como los demás (...).

Mas el medio más corriente con que se hace caer una profesión dentro de lo risible, es mantenerla dentro de su lenguaje

*técnico; hacer que el juez, el médico, el soldado, apliquen a los objetos corrientes los términos de la jurisprudencia, de la estrategia o de la medicina, como si no fueran capaces de hablar como todo el mundo*¹²¹.

Quiero –para concluir esta parte– destacar también como fuente de lo risible de los distintos oficios y profesiones, lo que Bergson llama lógica profesional, mediante la cual se razona siguiendo los patrones –casi siempre rígidos– aprendidos en el ámbito profesional donde sin duda pueden ser verdaderos, a pesar de considerarlos falsos el resto de los mortales.

Vale la pena, pues, hacer un alto en el camino para reflexionar sobre lo que nos propone Bergson en sus dos magníficas obras, y ver hasta dónde podemos (¿o queremos?) aceptar sus puntos de vista –ponerlos en práctica, si fuera posible– en un colegio que, como el nuestro, detesta la solemnidad, la rigidez y la egolatría de quienes con toda seriedad, y acaso sin advertirlo, hacemos el ridículo más de la cuenta.

Violencia y educación

Contra lo que piensan la mayoría de los críticos literarios y el público lector en general, creo que García Márquez, antes que novelista es un historiador cuya obra pertenece al realismo a secas antes que al llamado realismo mágico. Lo que ocurre es que nuestra realidad latinoamericana, y en particular la de Colombia, excede con creces –en términos de violencia– nuestras facultades imaginativas. Al recibir hace 20 años el Premio Nobel de Literatura, dijo nuestro escritor:

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas, cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho. Y otros como alcatraces sin lengua, cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le

121. BERGSON. (1986): *Op. cit.*, p. 105.

pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

(...) Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortada, hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad¹²².

En efecto, lo que hemos visto, vivido y padecido a lo largo, ancho y hondo de nuestra historia desde el Descubrimiento y la Conquista hasta la actualidad, pasando claro está por el horror de la guerra de los Mil días a comienzos del siglo XX; la violencia entre liberales y conservadores en la década de los 50, cuando era posible matar por el color rojo o azul de una corbata, y ahora, la atrocidad de esta confrontación armada en que el país se desangra por cuenta de paramilitares, guerrilleros sin ideal, narcotraficantes, delincuentes comunes y fuerzas regulares, sobrepasa la imaginación del más atrevido de nuestros novelistas. Los secuestros masivos, la extorsión, las masacres, la corrupción y el desgüeño administrativo; fraudes, imposturas, odios, agresiones, traiciones y villanías; la muerte absurda de unos niños que hacían excursión por los alrededores de su escuela, en la vereda La Pica; el asesinato aleve de una mujer sencilla y buena mediante la iniquidad de un collar bomba que ni siquiera Poe pudo imaginar en el más terrorífico de sus cuentos, cuya imagen televisiva llenó de horror al mundo entero, van más allá de los más extremos recursos del surrealismo y la literatura. ¿Qué puede estar pasando? ¿Cuál puede ser la causa de esta tragedia? ¿Cuál la razón de la sinrazón?

A manera de explicación, se me ocurre que podríamos pensar un poco al hombre en el contexto de sus tres manifestaciones decisivas: como homo sapiens, como homo faber y como homo civilis, para mostrar que mientras en sus dos primeras dimensiones ha alcanzado niveles sorprendentes de evolución, en la última no ha logrado salir del más grosero primitivismo.

Cierto. El homo sapiens puede mostrarnos la maravillosa realidad de la ciencia, la arquitectura de la filosofía, la sorprendente visión estética del mundo, los diferentes sistemas de pensamiento.

122. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (2002): *La soledad de América latina*. En: *Discursos - Premios Nobel*. Bogotá, Común Presencia Editores. Pág. 133.

Puede sentirse orgulloso de su cultura milenaria, de sus museos, de sus bibliotecas y de todas aquellas instituciones que se ocupan del saber y la inteligencia. Sócrates, Platón y Aristóteles; Descartes, Locke, Hume y Berkeley; Leibniz, Hegel y Kant; Galileo Galilei, Kepler y Newton; Einstein y su teoría de la relatividad que sirvió de base a la física cuántica; Homero, Virgilio, Dante, Aretino, Cervantes, Quevedo, Thomas Mann, Carlos Fuentes y Borges; Velásquez, Goya, Picasso, Miró, Dalí y René Magritte; Bach y Beethoven. Y entre los nuestros, los sabios Caldas y Mutis; Julio Garavito, Agustín Nieto Caballero, Rodolfo Llinás y Elkin Patarroyo; José Asunción Silva, León De Greiff, Álvaro Mutis y García Márquez; Alejandro Obregón, Antonio Roda, Luis Caballero y Fernando Botero, son, entre muchos otros, ejemplos dignos de imitar en lo que atañe al desarrollo del saber científico, pedagógico y filosófico, y al ámbito de la música, las letras y las artes plásticas.

El homo faber –hombre fabricante y artesano- puede mostrar también los portentosos objetos salidos de sus manos, desde el hacha de sílex, la rueda, la rueca y el arado, hasta el ingenio de los automóviles, los aviones supersónicos, los submarinos y navíos. Puede mostrar las sondas y las naves espaciales, los computadores, los rayos laser, el microscopio y el telescopio, el radioreceptor, el teléfono y el televisor; la vitrola, el tocadiscos y la calculadora; el violín, la trompeta, el órgano, la guitarra, el tiple y la bandola; el lápiz y el pincel; la máquina de escribir, la cámara oscura, la cámara fotográfica, la filmadora y el proyector de cine; los reactores nucleares, los instrumentos de medición y microcirugía, la aguja, la lezna, el martillo y los tractores; los grandes edificios, los puentes, acueductos y represas, y por qué no decirlo, la altanera vergüenza de sus armas.

En cambio, el homo civilis, el hombre social y animal político parece que se nos raja. Salvo raras y muy honrosas excepciones, la historia de la humanidad ha sido también la historia de la agresión y de la guerra. Salvo raras y muy honrosas excepciones, aun en los comienzos del siglo XXI, el hombre sigue siendo un bárbaro notable. Que lo digan si no los dictadores de todas las calañas, desde Hitler, Franco y Mussolini hasta el General Juan Manuel De Rosas, Rafael Leonidas Trujillo, Fulgencio Batista, Pérez Jiménez y Augusto Pinochet. Que lo digan si no los grupos armados que llenan de destrucción y sangre esta amada nación colombiana.

Es muy triste reconocerlo, pero el ser humano, a pesar de su vasto saber y de la habilidad increíble de sus manos –y me temo que por causa de ello mismo- no ha aprendido a convivir. Ha fracasado en la pedagogía de la concertación, del diálogo, del entendimiento, de la tolerancia y la aceptación del otro, que es en última instancia lo que cuenta. Este hombre tan hábil y tan “sabio” es capaz, sin embargo, de matar o hacerse matar por futilidades, por un asunto tan baladí como la discutible validez de un gol en el estadio. Este hombre tan hábil y tan “sabio” es capaz de hacer de la sangre y la crueldad motivos de diversión: disfruta cuando el boxeador aniquila físicamente a su oponente, se deleita cuando el matador atraviesa al toro con el estoque. Este hombre tan hábil y tan “sabio” daña el medio ambiente hasta poner en peligro la supervivencia de la especie. Este hombre tan hábil y tan “sabio” ha construido un arsenal atómico suficiente para destruir todo vestigio de vida sobre la Tierra.

Con suma preocupación encuentro, entre otras cosas, que la raíz de este mal puede estar en lo que pudiéramos llamar sin ambages un fracaso pedagógico de los sistemas de educación por cuanto, por lo que parece, el saber no nos hace mejores ni más benévolos ni menos egoístas, fracaso que se traduce en el absurdo divorcio entre saber y hacer, entre conocimiento y vida, vicios que señala Montaigne en su famoso ensayo *Del pedantismo*. “No se nos adoctrina para la vida –dice Montaigne recordando a Séneca- se nos instruye solo para la escuela”¹²³. Y también: “Desde que los doctos pululan, los hombres honrados se eclipsaron”¹²⁴

Se me dirá que la gente, mientras más indocta e ignorante es más bárbara y violenta. Nada más cierto, pero por desgracia no tenemos demasiadas pruebas de que el conocimiento haya contribuido en forma decisiva a espantar el fantasma de la guerra ni de cualquiera de las formas de la agresión humana.

Agrega Montaigne:

(...) Entiendo que nuestro mal pedantesco proviene de la desacertada manera como nos consagramos a la ciencia y del modo como recibimos la instrucción, según los cuales no es maravilla que ni escolares ni maestros tengan mayor habilidad,

123. DE MONTAIGNE, Miguel. (1959): “*Del pedantismo*”, en *Ensayos selectos*, Buenos Aires, El Ateneo. Pág. 98.

124. DE MONTAIGNE. (1959) : *Op. cit.*, pág. 99.

aunque se hagan más doctos. Los sacrificios y cuidados de nuestros padres no se dirigen sino a amueblarnos la cabeza de ciencia; de juicio y de virtud, contadas nuevas¹²⁵.

(...) van (los pedantes) embarazándose y dando traspiés sin cesar; escápanse de sus labios hermosas palabras, mas precisa que otros las aprovechen; conocen bien a Galeno, pero en manera alguna al enfermo; os han llenado la cabeza de leyes, y sin embargo, no comprenden la dificultad de la causa que se dilucida, conocen la teoría de todas las cosas, pero buscad a otro que la aplique¹²⁶.

Colofón

Don Tomás Rueda Vargas dijo alguna vez que detestaba la pedagogía. Por supuesto no se refería a la buena pedagogía –a la de Sócrates, por ejemplo– la que el mismo don Tomás ejerció con tanta maestría, sino a esa forma de barbarie intelectual, descrestadora, pantallera y arrogante que se enmascara bajo la especie de un cierto rigor científico. Don Tomás, como don Agustín, como el profesor Ernesto Bein, como tantos buenos maestros, amaban y ejercían la pedagogía del educar antes que instruir, mediante la cual es más importante la formación del hombre que la del docto y erudito. Amaban y ejercían la pedagogía de la dignidad, la franqueza, el valor, la entereza, el esfuerzo, la bonhomía, la nobleza de carácter, la solidaridad, la alegría, la caballerosidad, la finura y el humor. Amaban y ejercían la pedagogía de la disciplina de confianza, mediante la cual el educando no necesita de policías ni de métodos castrenses y coercitivos para formarse, pues está más que demostrado que el autoritarismo y la arrogancia son la escuela en que se “preparan” los dictadores y los violentos, los tramposos y los corruptos, los fanáticos, los que secuestran y extorsionan, los que trafican con drogas prohibidas, los que matan y asesinan, los saqueadores del erario público, los incapaces de acciones comunitarias, de dialogar y de hallar en la concertación el medio más eficaz y civilizado para la solución de los conflictos.

Si bien es cierto que la historia humana ha sido, es y seguirá

125. DE MONTAIGNE. (1959) : Op. cit., p. 93.

126. DE MONTAIGNE. (1959) : Op. cit., pág. 97.

siendo por desgracia la historia de la agresión y de la guerra, nosotros los educadores creemos en la quimera del amor y en la utopía de la solidaridad, y proponemos, como lo hizo don Agustín Nieto, caballero andante de la educación, no solo una estética para hacer más tolerable y más bella esta tragedia de sabernos y sentirnos hombres, sino también una ética, rectora de nuestros actos, unión de nuestras fracturas, medio para ofrecer lo mejor de nosotros en favor del otro; ética y estética que nos permiten esperar para las estirpes condenadas a cien años de soledad una segunda oportunidad sobre la Tierra.

¿Para qué sirve la literatura?¹²⁷

Autoridades, señoras y señores:

Permítanme saludar su presencia en este Tercer Congreso de Literatura Infantil y Juvenil con unas breves palabras acerca de la utilidad de la literatura, dirigidas a todos ustedes, anfitriones e invitados, pero de manera especial a los niños y niñas, a los jovencitos y jovencitas, lectores y escritores en ciernes, que son los protagonistas de este encuentro.

No recuerdo con exactitud las palabras de los parlamentos, pero lo que sigue es parte del diálogo entre un periodista de la televisión y el escritor portugués José Saramago durante una reunión de diputados del grupo de la Izquierda Unitaria Europea, realizada en Lanzarote el 20 de abril de 1997.

–¿Para qué sirve la literatura? –le preguntó el reportero.

–Para nada –contestó Saramago.

Desconcertado porque aquella respuesta no venía de una persona cualquiera sino de uno de los novelistas más notables de nuestro tiempo (dos años después recibiría en Estocolmo el premio Nobel de literatura), un hombre que, además, ha dedicado su vida al ejercicio honesto y pulcro de las letras, el entrevistador no se dio por vencido e insistió:

–Pero, ¿por qué para nada? ¿No resulta extraño que un maestro como usted, el autor de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *Manual de pintura y caligrafía*, *Alzado del suelo*, *Casi un objeto*, *Viaje a Portugal*, *Memorial del convento*, *La balsa de piedra*, *Historia del cerco de Lisboa*, *El evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera* y *Todos los nombres*, afirme que la literatura no sirve para nada?

–Para nada –confirmó Saramago. Y agregó–: Tome usted las obras literarias más notables, las de Occidente si quiere, que son las más cercanas a nosotros; tome las que mejor hayan puesto el dedo en la llaga de la miseria humana, las que con mayor alarma y agudeza hayan advertido acerca del peligro que representa para el mundo nuestra especie; tome usted, por ejemplo, las tragedias de Sófocles, la *Comedia de Dante*, *El Quijote*, los dramas y tragedias de Shakespeare, las novelas

127. *Palabras en la apertura del Tercer congreso de literatura infantil y juvenil. Leer para escribir. Bogotá, D. C., 26 de mayo de 2005.*

de Kafka, Tolstoi, Dostoievski, Musil, Camus, Sartre, las que quiera, y estará de acuerdo conmigo en que ninguna de esas obras –ni todas ellas en conjunto– han logrado cambiar un ápice la historia de la barbarie humana.

–Muy bien, señor Saramago –aceptó el periodista–. Demos por cierto lo que afirma. Entonces, dígame ¿para qué escribe?

–Ese es otro cuento –dijo Saramago–. Si bien es cierto que la literatura no ha servido para cambiar el curso de nuestra historia, y en ese sentido no abrigo ninguna esperanza con respecto a ella, a mí sí me ha servido para querer más a mis perros, para ser mejor vecino, para cuidar las matas, para no arrojar basura a la calle, para querer más a mi mujer y a mis amigos, para ser menos cruel y envidioso, para comprender mejor esa cosa tan rara que somos los humanos.

Cuánta razón tiene Saramago. Convengamos con él en que la literatura no sirve para cambiar el mundo, pero sí para querer más a los perros y para ser personas más benignas y decentes.

Pero un momento. Si alguien me preguntara para qué sirven los juguetes, con la venia de Perogrullo y del Chavo del ocho, contestaría que para jugar. O para “jugar”, como dice el Chavo. Sé que la risa y la burla ante semejante respuesta –verdad que por sabida, es de necios e imbéciles decirla– poco a poco se iría desdibujando en una sonrisa de aprobación e, incluso, en un gesto de adhesión, si el preguntón entendiera que jugar, además de hacer funcionar un juguete, significa también desbaratarlo, no solo para observar cómo nos divierte, sino también –y lo que es mejor– para rehacerlo y, si tenemos suerte y nos interesa, para construir uno nuevo a nuestra imagen y semejanza.

Recuerdo la severidad con que se nos castigaba en la niñez a mi hermano y a mí, por el atrevimiento de desarmar los juguetes: un carrito de cuerda con cabeza y trompa de elefante; un avión de cenefas rojas y amarillas en el fuselaje y flores en las alas, y un tren de hojalata cuyo silbido se perdía en territorios ignotos, debajo de las camas. Pero también recuerdo las sonrisas de aprobación de nuestros padres y abuelos cuando las piezas de esos objetos desbaratados –y otras que diseñaba nuestro ingenio infantil– nos servían para impulsar un tren nuevo con las hélices del avión en ruinas, y para construir un pequeño barco que navegaba en la alberca movido con la cuerda del carrito descompuesto.

Qué maravilla. No sé por qué después de semejante epifanía, mi hermano y yo abandonamos nuestros sueños de ingenieros y resultamos jugando con las palabras. Tal vez porque la literatura es una especie de ingeniería verbal que permite a quien la ejerce con pasión de adolescente enamorado y espíritu de hechicero, construir esas máquinas milagrosas que son los poemas, esos artilugios de magia en que se erigen los cuentos, los ingenios de precisión con que nos asombran ensayos y tratados, y esos mundos dentro de mundos –prodigios de la imaginación– que constituyen las novelas.

Qué maravilla. Hace poco, ya adulto mayor, como graciosa o socarronamente nos llaman a los viejos; hecho y derecho y de pelo en pecho, como describe Sancho a Dulcinea, y más o menos “cucho”, como deben verme hoy mis jóvenes alumnos –aunque por fortuna niño del alma todavía–, Lewis Thomas, un escritor neoyorquino e investigador en patología, me sorprendió con el portento de la palabra maravilla. En un delicioso ensayo en el que propone –como reemplazo de las antiguas– siete nuevas maravillas para el mundo moderno, a saber: uno, el planeta Tierra, por haber favorecido la aparición del ser humano, capaz a la vez del más alto altruismo y de las acciones más atroces y viles; dos, una bacteria capaz de sobrevivir a altísimas temperaturas en las que ninguna otra forma de vida sería posible; tres, el oncidere, una especie de escarabajo cuya hembra disecciona mediante un corte circular la rama en la que pone los huevos; cuatro, el llamado virus raspador compuesto al parecer de pura proteína que sin embargo se replica sin necesidad del DNA; cinco, la célula receptora del olfato por la sofisticación de las funciones que cumple; seis, la termita por su capacidad y eficiencia en el trabajo colectivo; y siete, el niño por la adquisición portentosa del lenguaje durante su infancia; en ese ensayo –repito– Thomas nos dice que las palabras maravilloso y milagroso provienen “de una antigua raíz indoeuropea que significaba simplemente reír o sonreír. Hay que sonreír con admiración en la presencia de algo maravilloso (por cierto, admiración viene también de esa raíz, junto con *mirar*, que en inglés quiere decir *espejo*)”¹²⁸.

Como ven, ya estamos jugando con las palabras, lo cual es un buen comienzo. Les sugiero que, en compañía del mismo Lewis Thomas, juguemos ahora con la palabra inundo. Si consultamos el diccionario veremos que inundo significa puerco, sucio, asqueroso, nauseabundo,

128. THOMAS, Lewis (1999): “Siete maravillas”. En: GARDNER, Martin. *Los grandes ensayos de la ciencia*. México: Nueva imagen. Pág. 391.

repugnante, cochambroso, mugriento. También, impuro, vicioso, impúdico y deshonesto. Como lo anterior puede resultar desagradable –sobre todo aquí, en la sesión inaugural de este Tercer Congreso de Literatura Infantil y Juvenil–, les propongo que a inmundo le quitemos el in, para que nos quede la palabra mundo¹²⁹. Qué milagro. Qué maravilla. Sonreímos de admiración al descubrir que originariamente mundo significó limpio, pulcro, aseado, neto, depurado, claro, terso, diáfano, intacto y acendrado, pero también fruncimos el ceño al reconocer que el hombre está haciendo del mundo una inmundicia.

¿Otro juego? Pero este para las niñas y profesoras. ¿De dónde proviene la palabra cosmos? Si encuentran dificultad en contestarme, les daré una pista: la palabra cosmética. Shampoos, cremas, lociones y perfumes; limpiadores, tonificantes, mascarillas, jabones, tinturas –¿se me olvida algo? Sí–, fijadores, sombras, bases, delineadores de ojos y de labios, polvos compactos, pestañina, lápices labiales, brillos, correctores, bálsamos, esmaltes y quitaesmaltes, hacen parte del cosmos de la cosmética, de ese mundo tan próximo a la estética que tiene que ver con el adorno, con el arte de componer y hermohear. Qué maravilla. De nuevo sonreímos con admiración al comprender que el cosmos, es decir el mundo, además del de limpio y pulcro, tiene implícitos los significados de belleza, orden, equilibrio y armonía, pero nuestra sonrisa se desdibuja y desbarata al constatar el caos en que lo tenemos.

Leemos y escribimos con la conciencia de que la literatura no habrá de cambiar el mundo, pero sí a nosotros mismos, en la medida en que nos haga más amables y comprensivos, mejores personas, seres humanos tolerantes, capaces de aceptar a los demás en sus irrenunciables diferencias.

Leer para escribir quiere decir que asumimos los textos como juguetes para divertirnos, pero también para desarmarlos y aprender cómo los construyen sus autores, de manera que podamos componer los nuestros con su ejemplo.

Leer para escribir significa que, ante el portento de los libros, sonreímos maravillados, para que después se maravillen nuestros lectores, y sonrían también con los textos que escribamos para ellos, a

129. *Ibíd.* Pág. 396.

fuerza de trabajo y a costa de nuestras lágrimas y sudores. Leer para escribir significa –por lo que a mí concierne– que durante muchos años he tenido que pasar “las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio”¹³⁰ para construir mi mundo interior –no sabría decirles si rico o pobre, armónico o deforme, en todo caso honesto–, lo que ha implicado pelear a veces con palabras e ideas, y jugar casi siempre y divertirme con ellas; para lograr, en fin, cierta habilidad y cierto conocimiento del oficio –digamos que cierta destreza artesanal– de los que fui consciente cuando pude por fin, hace mucho tiempo, escribir este poema:

*Nada sabes, mi niño, del modelo
que los nombres proponen. Nada sabes
del viaje riguroso de las aves
cuando su canto intentas, y su vuelo.*

*Nada sabes del mundo paralelo
y, sin embargo, intuyes bien las claves;
con alas de papel haces tus naves
y con la luna llena un caramelo.*

*Buques que vuelan, lunas de confite,
mi niño hecho de juegos hasta el punto
que nada digo en serio si te nombro,*

*pues las letras contemplas y el convite,
el orden y el desorden, todo junto,
con redondez insólita de asombro*¹³¹.

130. DE CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. (1964): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la mancha*. En: *Obras completas*. Barcelona, Editorial Juventud. Pág. 435.

131. ÁNGEL MARCEL. *Obra poética*. (1997): Colección Tréboles. Bogotá, Fondo de publicaciones del Gimnasio Moderno. Pág. 30.



Cuadernos

EX-LIBRIS

Nos une un parentesco de palabras

Poesía

Transgresión y anacronismo

Selección de poemas¹³²

Entre el ángel sensual y el diablo puro

*El constructor cifró en la exuberancia
la plenitud del pórtico y del muro;
y el pintor compendió en el claroscuro
ya dualidad del mundo y la distancia*

*entre el color, la forma y la fragancia,
entre aquesa luxuria y el conjuro,
entre el ángel sensual y el diablo puro,
entre el detalle ardiente y la substancia.*

*Ni el retablo fosfórico del templo
ni aquel Theotocópuli que evoco
cuando se alarga el sol entre los truenos,*

*me han podido mostrar tan justo ejemplo
del vértigo y del éxtasis barroco,
como ese crucifijo entre tus senos.*

132. ÁNGEL MARCEL. (1990): *Transgresión y anacronismo*, Gimnasio Moderno, Bogotá.

Ama tu oficio y ama los jardines

*Ama tu oficio y ama los jardines
Mucho más que tus manos jardineras;
Ama tu magisterio si, de veras,
Los medios te conducen a los fines.*

*Inventa un nuevo tren cuando camines
Al margen de las viejas carrileras;
Cada estación espere sus esperas
Alerta a la mención de otros confines.*

*Maestra, deja que los niños te hagan
Autora de su auténtica autoría;
Creador es el barco de la estela,*

*Hondos los trenes si a la hondura indagan,
Oficiantes y oficios, flor y escuela
Se den nombre y te nombren cada día.*

En mis manos hallé la rosa abierta

*Tú me dueles, mi amor, porque has borrado
los límites del mundo y del ensueño;
si me aferro al insomnio me despeño
en el cristal del huerto que has nombrado.*

*Desde el fondo del prado me has llamado;
incrédulo soñé que era tu sueño;
las palabras fundaron un risueño
país por nadie nunca imaginado.*

*Como prueba cabal de que era cierta
la imagen del jardín y de la amada,
una rosa me diste, la soñada*

*allende los presagios más lejanos.
Cuando, despierto, me miré las manos,
en mis manos hallé la rosa abierta.*

Con la palabra sombra te pronuncio

*Olvidamos que el mundo es el reflejo
de la palabra sombra en la memoria
y que los ciegos sueñan con la gloria
de contemplar su rostro en el espejo.*

*Olvidamos que fluye el tiempo viejo:
torrente de quietud, dolor de historia
que discurre feliz por la ilusoria
silueta de cristal del vino añejo.*

*Si en la embriaguez del beso no renuncio
a extraviarme en el riesgo más seguro,
mientras encuentro un nombre para el mundo,*

*con la palabra sombra te pronuncio
y en la forma del agua configuro
tu plenitud de cántaro profundo.*

Me dejas ciego y sordo y sin sabores

*El sabor no reside en la manzana
sino en el paladar de quien la prueba,
declara Berkeley. Tampoco lleva
la tristeza en su toque la campana:*

*ese lamento del oído emana
cuando el tañido del metal se eleva.
Luce la rosa roja y luce nueva
en las pupilas y en el alma humana.*

*Si me niegas tu voz y tus colores,
si tus labios impávidos retienes,
me dejas ciego y sordo y sin sabores.*

*Si en mi amargura, amor, no te contengo
ni en tus frutos tan dulces me contienen,
ni me tienes, amada, ni te tengo.*

Yo pienso, luego existo

*“Yo pienso, luego existo”, fue el cimiento
del mundo que Descartes nos propuso,
y en la órbita exacta de su abstruso
discurso, el cosmos fue conocimiento.*

*La extensión de las cosas y el aliento
infinito de Dios, el ser confuso
o claro de la idea, creyó, iluso,
completaban las formas de su invento.*

*Endeble el universo con tal base
quedó. Faltó la fórmula que habría
el corazón hallado en otra frase.*

*¿Acaso había el pensador previsto
que el mundo de otro modo giraría
si hubiera dicho: te amo, luego existo?*

No se molesta el árbol

*No se molesta el árbol porque el nido
tejen las aves entre la espesura;
ni se llenan los bosques de amargura
cuando tomamos de su fruto herido;*

*ni el lamento del lago hemos oído
si el caminante calma la locura
de su anchurosa sed y en la llanura
de cristal, bebe el agua y el olvido.*

*Si el buen amor es sed y frío y ansias
de lentos sacrilegios y fragancias
(hambre de violación del paraíso),*

*el buen amante es árbol que depara
sombra a la piel viajera y agua clara
para que tú la bebas sin permiso.*

No por Eva te niego el firmamento

*No por simiente, Adán, ni por cimienta
puedes darme tu nombre y apellido;
que Nada, Adán, te nombras si, invertido,
en mi lengua de sembrador te invento.*

*No por Eva te niego el firmamento,
que Ave te llamas, pájaro partido;
entre las alas llevas escindido
el principio y el término del viento.*

*No por Adán, por Nada me cimientos
en la simiente indócil que simientas,
en la estirpe sin padre que señalas.*

*No por Ave, por Eva me has dejado
el cielo tan oscuro y tan poblado
de nombres y catástrofes con alas.*

Y era que Dios estaba enamorado

*Refiere una leyenda que la luna
se fugó con los astros a una fiesta;
y que la noche airada y descompuesta
no los pudo encontrar por parte alguna.*

*Fueron los nombres signos sin fortuna,
la palabra perdió la orilla opuesta;
dormitaba el silencio en la funesta
quietud intemporal de la laguna.
En vano la razón de la tragedia
un sabio consultó en la enciclopedia,
en los nombres oscuros y en el Hado.*

*Y un desdichado amante que moría,
descubrió la verdad de la anarquía,
y era que Dios estaba enamorado.*

Amor sin el amor, letra perdida

*Amor sin propiedad ni propietario,
sin nombre y sin historia conocida;
amor sin el amor, letra perdida
de algún desorientado abecedario.*

*Amor sin el objeto, tributario
de tanta adversidad, que un dios suicida,
cuando habló a los amantes de la vida
les nombró en el amor a su adversario.*

*Quiero el amor que quiere amar la ausencia,
quiero el amor que cifra en la carencia
la hondura de la noche tan vacía.*

*Que si el amor a amarnos se atreviera
y el orden del cariño transgrediera
de seguro que Dios nos amaría.*

El amante en el nombre de la amada

*Quieren decir que se llamaba Alonso,
y ese Cervantes lo apodó Quijana;
amó tanto a su rústica aldeana,
que por Aldonza se nombrara Aldonso,*

*para que su rocín y Sancho intonso,
el bellaco Ginés y la asturiana
Maritornes, gentil y cortesana,
y el cura que por él rezó un responso,*

*contemplaran el mundo de otra laya:
la mar en las arenas de la playa,
la playa azul, embravecida y ancha,*

*el amante en el nombre de la amada
y ella por vuestro nombre recordada,
Don Aldonzo Quixote de la Mancha.*

De mar y sol se teje tu suceso

*De mar y sol se teje tu suceso,
de extrañeza del mundo tu lindero;
el hombre y el disparo y el acero
dan plenitud de culpa a tu proceso,*

*certeza de canícula a tu beso,
dignidad a tu gesto de extranjero,
sanción moral de código a tu fuero,
desviación de saeta a tu regreso.*

*El que mata por causa que hace propia,
mata por causa ajena; ley que copia
de algún precepto bárbaro el modelo:*

*esa patria que nombras de otra laya,
el mar que se hace mar en otra playa,
el sol que se hace sol en otro cielo.*

Dice algo más que adiós la despedida

*Algo más que abandono hay en el gesto
de lento adiós que escapa de tu mano:
el ademán de despedirte en vano
al ponerse el amor de manifiesto.*

*Algo nos habla del sentido opuesto
que a su velero impone el artesano:
zarpar del cautiverio de lo humano*

*hacia la plenitud de lo funesto.
Mientras haya una rada, mientras vibre
tu corazón marino, mientras libre
quede mi azar en manos de tu suerte,*

*ante el riesgo de amor de la partida,
dice algo más que adiós la despedida,
si te haces a la mar y yo a la muerte.*

¿Tiene corazón este camino?

Selección de poemas¹³³

Si crees que por amar te deben tanto

*Si has de salvar, amante, las honduras
donde el amor vigila su labranza;
si de la espera vas a la esperanza
y codicias sus dádivas maduras;*

*si armas lazo a la muerte y la capturas
sin que anteceda el golpe a la asechanza;
si, alabando, persigues la alabanza
por mal despeñadero te aventuras.*

*Si crees que por amar te deben tanto,
mira el tigre nostálgico al acecho,
flecha y arco y afán de cazadores*

*saltando precipicios de amaranto,
y verás que no exige su derecho
de ingresar a la historia de las flores*

Ítaca igual, distinta la hilandera

*Gracias por destejer lo que has tejido,
Imposible Penélope. Los años
No alcanzarán ni alcanzan los rebaños*

133. ÁNGEL MARCEL. (1997): "¿Tiene corazón este camino?". En: *Obra poética*. Bogotá: Gimnasio Moderno.

*A devanar las hebras del olvido.
Por desoír los ruegos que has oído,
Agradezco al amor los desengaños;
Otros odios nos fueron más extraños:
Los de Ulises volvieron y se han ido.*

*Aunque teje y desteje la Odisea,
Nadie ha visto a Penélope. La aldea
Entrevera el ardid con el sofisma.*

*Ítaca igual, distinta la hilandera.
Regreso para darte el alma entera,
Así el amor te salve de ti misma.*

No vengas a sanarme, nazarena

*Lo que vive hace llaga. Las heridas,
si son dignas del nombre, perseveran;
y si han de perdurar nos exoneran
del alivio que mata. ¿O es que olvidas*

*que hay razones de amor bien ejercidas
que lastiman y duelen y laceran?
Cuántos cristos unánimes quisieran
volver al cielo azul de sus caídas.*

*No vengas a sanarme, nazarena.
Poco salva la cruz que soportamos
cuando el amor nos sirve de remedio.*

*Nadie siente la culpa sin la pena.
No es fácil aceptar que nos amamos
si el corazón se pone de por medio.*

Se acuesta para amarnos el que muere

*El árbol de la ciencia he cognoscido
y el árbol de la vida. Los iguala
el golpe de la mano que los tala
y el horizonte que les da sentido.*

*La estatura del hombre que anda erguido
ignora la esbeltez del que resbala;
y en su orgullo no sabe ni señala
que el féretro es un árbol abatido,*

*ni ve que la alta ciencia de la vida
de pie no puede sernos revelada:
se acuesta para amarnos el que muere;*

*y la muerte nos da la bienvenida
al principio y al fin de la jornada:
para la muerte yace el que nos quiere.*

¿Quién es el Rey? Europa no lo sabe

*Viernes 12 de octubre. ¿Qué habrá sido
de Cristobal Colón? ¿El Almirante,
extraviada la rosa en el cuadrante,
será en Cipango, acaso, feneçido?*

*Viernes 12 de octubre. Se ha sabido
que a la costa se acerca un navegante
y que busca la patria en el levante
porque en su reyno todo está perdido.*

*¿Quién es el Rey? Europa no lo sabe.
Y allí va la certeza de la proa
que a la ensenada ingresa entre la bruma.*

*Atan a Palos o a Moguer la nave
y dice el capitán de la canoa
que al África ha llegado Moctezuma.*

El hondo privilegio del silencio

*Por conocer la hoz, la segadora,
y el hato cuyos términos deslinda,
cuanto más muda el alma, más se brinda,
presentida la siembra en la pastora.*

*Aunque calla el aquí, nos da el ahora
y no hay linde ni tiempo que la escinda
ni silbo de zagal que no la rinda
y la nombre a la vez nuestra señora.*

*Y tú, mi qué, mis modos y mi cuándo,
negándome el trigal, a nada accedes,
solo porque a tus manos me aquerencio.*

*¿Qué razones otorgas tan callando,
si al amor ni siquiera le concedes
el hondo privilegio del silencio?*

Incandescencia helada de lucero

*Vienes y vas del paraíso al hades,
Incandescencia helada de lucero;
Vas y vienes de Peces a Carnero
Incendiando las órbitas que evades.*

*Al vaivén de tus lámparas añades
Nombres a Orión, Andrómeda y Cochero;
Andas con precisión de relojero
Quién sabe con qué afán de eternidades.*

*Un poeta, Miguel, perito en lunas,
Imaginó un reló contra el olvido;
Cada muerte oscilaba y cada parto*

*Entre Pez volador y las lagunas.
Nadie sabe qué tiempo habrá medido
O qué amor señalara menos cuarto.*

Prodigios de diluvio aunque no llueva

*Ella abierta a la noche, mar de leva,
un carnaval de amores su semblante;
él, vaivén de la nave y del amante,
la historia de Noé, la buena nueva.*

*Naufragio de lucero es lo que lleva
en sus ojos de lluvia y de diamante;
luna creciente y áncora menguante,
prodigios de diluvio aunque no llueva.*

*Ella, al verse en sus ojos abisales,
la pesadumbre quiere de la barca
con el tropel de tantos animales.*

*Y él, por dar privilegio a sus querellas,
naufraga en ella y sueña que el patriarca
lleva en el arca todas las estrellas.*

Tus muslos en rendido alunamiento

*Cuerpo en tensión y vértigo tendido,
tus muslos en rendido alunamiento,
para que tenga voz y tenga aliento
este acto de valor contra el olvido.*

*Por la luna nos hemos presentido
mutua caída y mutuo elevamiento,
y por ella me ofreces el portentoso
de esas lunas debajo del vestido.*

*Si fuera oscuridad lo que te nombra,
si a tu rostro la tierra diera sombra,
tuvieras vocación para la pena.*

*Pues que tu plenilunio me deslumbra,
deja caer la falda en la penumbra
para darte, mi amor, la luna llena.*

Qué bien que lleve el alma mal sanada

*Amor, yo no soy digno ni merezco
que te niegues a abrirme tu morada;
otra patria más honda y más amada
habrá de darme nombre y parentesco.*

*De tu cariño apenas convalezco,
qué bien que lleve el alma mal sanada;
sin tu nostalgia, no tuviera nada,
enajenado, al fin, te pertenezco.*

*A mi pobre morada no soy digno
de que vengas, amor. ¿Qué oscuro signo
habría de ocuparme si te hospedo?*

*Ábreme, amor, la puerta mientras tanto,
que la muerte se espanta con mi espanto;
déjame entrar en ti, que tengo miedo.*

Creo en el pez que fluye aguas arriba

*Creo en el pez que fluye aguas arriba,
aunque el mar lo convoque aguas abajo;
creo en la red que encuentra su agasajo
en apresar la estela fugitiva,*

*mientras deja que escape la captiva
comunidad de pejes. Más trabajo
da al pescador bregar por el atajo,
si de tan honda plenitud se priva.*

*Creo en un río ardiente de metales
que, a la manera del creador, se fragua
y en lento desandar se consolida.*

*No he creído en los órdenes fluviales.
Tampoco en el amor que, como el agua,
llena la tierra baja y deprimida.*

Maja vestida, mágica desnuda

*Turbia o diáfano fluyen, rauda o frío.
Qué cascabel fluvial, qué transparencia.
Áspid, fuente, mujer; la pura esencia
de enamorada en tránsito de río.*

*Libre y fatal discurre el albedrío
de reptar hasta unirse en la confluencia,
de modo que no hallemos diferencia
entre figura y nombre y atavío.*

*Como el amor deviene en atributo,
maja vestida, mágica desnuda,
como te llamo amada simplemente,*

*por tu mudanza en otro me transmuto,
pues tu cambio de piel también me muda
la intimidad del látigo en serpiente.*

Una lengua plural, una cometa

*Una lengua plural, una cometa
que trasciende el proyecto de la altura;
un riguroso afán de arquitectura,
¡Qué levedad de piedra y qué saeta!*

*Un albañil con manos de poeta
que del monte descende a la llanura
y ve en edificio la figura
de la palabra alada que lo reta,*

*son tus dones, Señor, y tan humanos,
tan heridos, acaso, por tus huellas,
que al tomar con dureza de reproche*

*la torre de Babel entre tus manos,
contra el mundo la arrojas y en la noche
te quedan esparcidas las estrellas.*

Como peón en ajedrez ajeno

*Ciegos juegan detrás de sus enojos
Torre, Caballo, Alfily Reina esclava;
muere aquel Rey que victorioso acaba
por ejercer la cólera de hinojos.*

*Juega el amor detrás de los cerrojos
a desoír el golpe de la aldaba,
mientras Cupido saca de la aljaba
la flecha y las pestañas de tus ojos.*

*Blanco y negro el tablero, siempre vano...
Inútil el estribo y los arneses
cuando al caballo lo desboca el freno.*

*Y así, jinete a pie, vencido gano
la oscuridad cercada de cipreses
como peón en ajedrez ajeno.*

Qué levedad, mi Dios, y mi criatura

*Qué levedad, mi Dios y mi criatura,
caminar sobre el lago a la deriva,
con esos pies de Cristo en carne viva
y con esa nostalgia de llanura.*

*Qué soledad de amor, qué desmesura
mojar con tu saliva mi saliva:
"effatá" para el mudo, tentativa
de darme el vano don de la escritura.*

*¿Qué milagros propones, Jesús mío,
al luchador amante de la calma,
a la angustia terrestre del marino?*

*Nos negaste el azar y el albedrío:
no tenemos senderos en el alma
ni tiene corazón este camino.*

La búsqueda de amor ya es un encuentro **Selección de poemas**¹³⁴

Algo que ya es historia nos madruga

*Alguien de nuevo alcanza la tortuga
(Aquiles o Gregorio en el abyecto
caparazón que somos: el insecto
que subleva la sangre y la subyuga).*

*Algo que ya es historia nos madruga:
el acto del cuchillo o el proyecto
(tanto más ciego cuanto más perfecto)
del socavón que evade nuestra fuga.*

*Mientras iba Gregorio al que sería
Aquiles (en virtud de sus virtudes),
zarpó un acorazado al medioevo,*

*y en el castillo que hoy es abadía
turbios laudes se oyeron y laúdes
que celebran a Ilión y a Sarajevo.*

Cómo atiende el violín nuestros reclamos

*Mástil, ébano, puente, clavijero...
Entre prima y bordón, entre las eses,
equilibrista y músico te meces
como si abajo ardiera un ventisquero.*

134. www.angelmarcel.com Menú. Escritos. Poemas. La búsqueda de amor ya es un encuentro.

*Pértiga el alma y arco el asidero
para que no vaciles ni tropieces;
entre el cordal y el diapasón pareces
mago que embruja a Dios, volatinero.*

*Clavijas y cejilla, tabla y aro,
dan tesitura y voz al desamparo;
nervio a la barra armónica en el centro.*

*Cómo atiende el violín nuestros reclamos...
Lo entenderás mejor si nos callamos:
la búsqueda de amor ya es un encuentro.*

De todos modos a la mar se entrega

*Hay en el alma un río que navega
perdido entre las aguas. Bajo el puente,
con dos lunas por ojos, la serpiente
va mudando la forma que la niega.*

*Venga, vaya o regrese, nunca llega,
y no hay lluvia que amengüe la corriente;
suba o baje o se salga de la fuente,
de todos modos a la mar se entrega.*

*Quienesquiera que estemos, cuando quiera
que las aguas se encuentren, como quiera
que la tabla nos salve del navío,*

*dondequiera que el temporal arrecie,
sobrevive el amor bajo la especie
de dos lunas que van al mismo río.*

Nos une un parentesco de palabras

*Mientras tejes tus ínsulas, presentes
(según el nombre) costas y países;
entre aromas y voces y raíces
tiendes el arco de elevados puentes.*

*No se engaña la fábula. No mientes
si en ti me reconoces. Como Ulises,
con perfumados términos predices
las heridas del alba y los ponientes.*

*Lanza amable te llamo, lanzadera,
y tú me das el nombre de Uliseo.
Si tu puerta es de sándalo, no la abras*

*a la fragancia obscena del Egeo.
Si el que llega es el mismo que te espera,
nos une un parentesco de palabras.*

Se vuelve cada menos más amarga

*Sube tan hondo y encumbrado baja
de la cima al estribo de la altura;
cada paso es su afán, sin la premura
del que no sabe para quién trabaja.*

*No te duele el dolor ni te rebaja
el alto regocijo de la hondura;
vas y vienes sin gozo ni amargura
por el filo glacial de la navaja.*

*Si el peñasco que llevas a la espalda
desde la nieve asciende por la falda,
y otra vez tu linaje te convoca*

*a elevarte más hondo, si la roca
como la tierra pesa con tu carga,
se vuelve cada menos más amarga.*

París será verdad cuando regreses

*He soñado a París. Por darte un beso
habrá enojo entre francos y romanos;
y otro Ulises perdido entre tus vanos
vainenes, hará el viaje sin regreso.*

*He soñado a París. Será por eso
que Notre-Dame se escapa de mis manos;
a esta ciudad de amores tan humanos
por los puentes sonámbulos ingreso.*

*He soñado a París. Me ponen triste
la turbiedad del Sena y de la brisa.
He soñado contigo tantas veces.*

*He soñado a París. París no existe
más que por Abelardo y Eloísa.
París será verdad cuando regreses.*

Tan rosa, que a la lumbre oscurecía

*Te envié una rosa sola entre las rosas,
tan rosa, que a la lumbre oscurecía,
tan sola, que al amor se parecía,
a una cosa perdida entre las cosas,*

*a las cartas de amor, las más hermosas
del maestro Abelardo (todavía
él sueña que Eloísa es su agonía,
la palabra más sola entre sus glosas).*

*¿Dónde está el amoroso jardinero?
Si no está es porque existe, porque escribe
el nombre de la rosa en el florero,*

*y en esa flor tan sola que te manda,
pues quien vive entre rosas se desanda,
y quien anda entre flores se desvive.*

En secreto podemos desnudarnos

*Solo en este poema, nuestra casa
de ventanas azules y entreabiertas,
esta ciudad de lámparas despiertas,
y murallas de seda y argamasa;*

*solo en el cielo puesto en la terraza
por tus manos de luna tan expertas;
solo en este castillo de altas puertas,
por las que todo llega y todo pasa...*

*Tan solo en el fulgor al que se preste
el vivo resplandor de tu figura,
solo en esa amorosa arquitectura*

*que no tiene reparo en habitarnos
solo en este poema, sólo en este,
en secreto podemos desnudarnos.*

Nada tengo que hacer sin tus quehaceres,

*No me hace falta el mundo si confieres
lustre a mi soledad, coraje al miedo
de decirte que puedo y que no puedo
haber en tu universo mis haberes.*

*Nada tengo que hacer sin tus quehaceres,
y si no creo en ti no tengo credo;
no necesito el mundo si me hospedo
bajo el arco toral de tus saberes.*

*No me hace falta el mundo si recibes
la ofrenda de mi voz, aunque no fuera
más que para volver sobre tus pasos.*

*No necesito el mundo si en mí vives
y en ti vivo a la vez, de tal manera
que la muerte me abrace entre tus brazos.*

Que la abrazaba el mar, ya lo sabía

*La barca está de vuelta. Se diría
que la ha tomado el mar por la cintura.
Vienen y van según la curvatura,
que modela en tus senos la bahía.*

*Que la abrazaba el mar, ya lo sabía.
Cuando pruebo, como ella, la dulzura
de tus sales, la sangre se apresura
a teñir de jacinto el mediodía.*

*Como van los cardúmenes en torno
del cristal que no ven, yo te circundo
nadando alrededor de la pecera.*

*Y sin tocar tu playa y tu contorno,
voy y vuelvo, y descubro un Nuevo Mundo
cada vez que me acerco a tu ribera.*

No estás –si dices próxima– conmigo

*No por decir hoguera el fuego prende
en el centro indeciso de la rama;
no por decir canícula se inflama
la estrella que nostálgica desciende.*

*No por decir que vuela el globo asciende
hacia el arco de luz del pentagrama;
otro cielo más hondo lo reclama
y a otros cantos de pájaros atiende.*

*No estás –si dices próxima– conmigo.
Adheridas al alma de las cosas,
son las palabras vanas etiquetas.*

*Mas si en silencio digo lo que digo
–bien oculto el poema entre las rosas–,
con mis ojos incendio tus cometas.*

Que me saquen los ojos si me ciegan

*A poco andar, el tiempo se adormece
en la visión inmóvil de un exacto
reloj, como si hiciéramos el pacto
de no ver más que el lado que aparece.*

*Como el ciego, feliz el que tropiece
contra un olmo que duerme. Por el tacto
de su fragancia, estamos en contacto
con la historia del sueño que florece.*

*Que me saquen los ojos si me ciegan
las dagas del relámpago, los fuegos
de un cuchillo nevado entre los dientes.*

*Que nos saquen los ojos si nos niegan
el don de enceguecer como videntes,
la gloria de tocar como los ciegos.*

No es cierto que sea falso que no vienes

*No es cierto que la sílaba que aumentas
al nombre de la mar, convierta en mares
de negación la sal de mis pesares,
y en resignadas islas mis tormentas.*

*Si entre tantas catástrofes me cuentas
como el coral que falta en tus collares,
un rebaño inconcluso de lunares
sobre tus senos blancos apacientas.*

*Es falso que sean ciertas las verdades.
Por un vagón que falte entre vagones,
el tren no alcanza el nombre de los trenes.*

*Alargada la edad, no digo edades.
Pues mi razón se agota en tus razones,
no es cierto que sea falso que no vienes.*

A ese adorable límite me atengo

*Mi espíritu es tu casa. La mantengo
limpia de lo que soy, de lo que excede
la invocación, del muro que no puede
contener los diluvios que contengo.*

*A ese adorable límite me atengo.
Tu levedad levísima es mi sede.
Si algo tienes de mí, de ti procede,
cuando a mi casa vienes, de ti vengo.*

*Tu espíritu es mi casa. Cuando llegas,
las ventanas le añades y la puerta
de sándalo y cristales, y le agregas*

*un sol que a duras penas imagino,
con las alas doradas de algún trino
que ilumina la jaula bien abierta*

Un resplandor de cera te sofoca

*Ave en pena serás, cometa loca,
pájaro a la deriva sin el Nilo
que al África te amarre, sin el hilo
que sujete tus naves a la roca.*

*Un resplandor de cera te sofoca
contra el cielo de un Ícaro tranquilo,
pura ceniza de ángel sobre el filo*

de un mundo hecho pasión. El sol te invoca

*del llano al mar y de la mar al monte,
del monte a los afanes de la sierra
en un viaje de fuego y sin escalas.*

*Amor sin centro, amor sin horizonte,
duro el golpe será contra la tierra
si en el vuelo prescindes de tus alas.*

Soy en este poema tu elegido

*Una vez más has sido la elegida,
puesto que tú primero me elegiste;
entre la luna llena y el mar triste,
con la luna te quedas y afligida.*

*Con la luna de sal, tu preferida,
en un lago de flores te perdiste;
y no hay rastro de azar que me despiste
si he de hallarte en mis párpados dormida.*

*Una vez más me eliges tu afligido.
Entre el sueño y la huella y el vestigio,
soy en este poema tu elegido.*

*Entre la rosa oculta y el lucero,
una vez más escoges el prodigio
de la estrella que se abre en el florero.*

Él, que amaba el nogal y amaba el río

*Él, que amaba el nogal y amaba el río
(al río, porque baja de las ramas,
al árbol, porque al Nilo sube en llamas),
imaginó un proyecto de navío.*

*Una nave fragante de albedrío,
mucho más tallo y flor que las retamas,
nogal que se hace luz en las escamas
del pez luna que nada en el vacío.*

*“Hagamos –dijo– el mundo a semejanza
de un bosque de agua, hagámoslo al estilo
del que el amor del cántaro ha creado”.*

*Pero al dar realidad a su esperanza,
vio que no estaba el mar ni estaba el Nilo,
ni siquiera el nogal que había sembrado.*

La búsqueda de amor ya es un encuentro

*Pero el amor no basta.
Hace falta la fe sin la esperanza,
sin prometer el cielo.
Prometo lo que soy, mis pies andados
por el blanco camino de Santiago;
mis manos trabajadas
por tu cincel en mármol esculpido,
por el pincel de Goya, por la pluma
del ganso que graznaba
como el Cuervo, de Poe; los oídos
bien oídos por todo lo que dices;
dicha la lengua en todas las palabras
cuyos sabores pruebas en el beso;
el olfato aspirado por la esencia
de todos los aromas,
compendiados acaso en El perfume.*

*Con el dolor que tengo basta y sobra
para hallar tolerable la alegría.*

*El hombre duda. Tanto
más cuanto que los dioses
que –volubles– creó para adorarse,
no han podido querer a sus criaturas.*

*El hombre que oye y huele y saborea,
el que toca, el que ve
la dicha a la que alude el desdichado,
la miseria que nombra el venturoso,
se imagina el amor para palparte,
oírse y saborearte, para verse,
para olerte y pensarse,
para obrarte y decirse,
para creerse dios, para sentirse
diferente del potro y de la yegua,
sumisos ellos, sí, quizás felices,
rendidos por la furia de la sangre,
sometidos al mundo en cuanto río,
arcilla y viento y llama, macho y hembra,
jamás en cuanto idea.*

*Con ellos son los hombres y las cosas,
sin distinción de objetos ni personas,
sujetos y no esclavos
de su fuerza inocente, del llamado
a repetir su imagen sin el miedo
de mirarse invertidos
en la diáfana hondura de las aguas,
en la anchura fragante de los ríos.*

*¿No es la imagen del otro
la que vemos absorta en el espejo?
¿No es estar frente a ti morir me dentro
de ti, mientras te mueres
feliz entre mis brazos?*

*Cuán lejos las raíces de las ramas,
el árbol de la vida,
los frutos de la tierra,
Las uvas de la ira,
cuán lejos la corteza de la savia,
cuán distantes la fe,
la espera y la esperanza
de la patria textual
que nos teje y desteje cada día.*

*Cuán próximo a nosotros
el mundo que ignoramos,
siendo nosotros mundo, no personas
para-sonar, para soñar un cielo
expulsado del mundo del que fuimos
desde siempre excluidos.
Los que nada esperamos
no podemos sufrir desilusiones.
Sin embargo, esperamos.*

*Los que urdimos las trampas
del amor, de la hiel y del poema,
en la hiel nos hundimos,
por el poema el ánima vendemos,
con el amor pactamos.*

*Ah, mi amor y mi puerto de llegada,
en mi rada te espero.*

*Ah, mi amor y mis puntos cardinales,
espérame paciente en tu bahía.*

*Si pudiera decirte lo que quiero,
sabría decirlo todo.*

*Pues los engaños del amor conozco,
aunque no acierte el modo de nombrarlos,
perdido en el tumulto de tu vientre,
solamente en ti creo.*

*Pues mi fe es descreer de la esperanza,
ciego en el laberinto de tus ojos,
sin el hilo de Ariadna,
solamente en ti espero.*

*Puesto que estamos solos,
Eva y Adán en riesgo
de caer, tanto más
cuanto más honda y turbia,
más anchurosa y larga es la distancia
entre el hombre que soy y el que quisieras,
entre niña y amante y prometida,
aunque tampoco encuentre las maneras
de escribir el prodigio,
a nadie más compete
elegir al amor para decirle
las últimas palabras.*

Ars moriendi

Para Otilia.
*(...) entre compasiones y lágrimas de los que allí se
hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.
Cervantes.*

*Nada quieres decir
como sí las palabras
viaje, poniente, aurora;*

*no la muerte ni el alba ni el ocaso
que en ti son sin que nada signifiquen,
la pura vacuidad:
el espejo quebrado de los ojos,
no el ciego vaticinio
del tránsito acabado, ni el anuncio
del rencor amoroso de Yocasta;
la sal de la agonía sobre el rostro,
no el lívido presagio
que anticipa el diluvio en el poema;
ningún pacto de luz el arco iris
sobre el buque varado
del que jamás saldremos.
Eres cuerpo, no signo:
la cáscara que envuelve la corteza,
la mansión en que habitan las estancias,
la sólida oquedad,
la nave de las tablas perfumadas,
el cajón que no pierde
su vocación de sándalo
(dije cajón, no féretro ni cofre,
pues nunca mencionabas
de manera formal los ataúdes).*

*Si quisieras decir como procuro
que digan mis palabras,
qué soledad de amor te abarcaría.
Si quisieras decir alguna cosa,
tú que eludiendo aludes
al símil de ti misma
(la metáfora justa, la figura
idéntica a tu-nada-significa),
es probable que hicieras de este vano
intento de llamarte
una ocasión propicia a la tristeza.*

*Nada quiere decirnos la agonía.
Si quisieras decir como Manrique*

*que la mar es la muerte,
en la leve unidad te escindirías,
en la doble igualdad te condenaras
a redimir dos sangres paralelas,
dos ríos simultáneos,
tú que tuviste un hijo con dos nombres,
gemelo de sí mismo,
Layo y Edipo, al tiempo mar y río,
que desembocan turbios en tu vientre.
Tú que, al decir de tantos, acercabas
–sin apelar al nombre– la distancia
entre el qué y ese cómo-no-se-dice,
tú que jamás dijiste, aunque dijeras
(a la amante del párroco) la moza,
(a la moza del juez) amancebada,
(a la guaricha) puta,
fundabas sin apenas mencionarlo
el mundo en cada fembra que yaciera,
como yaces ahora,
sin permiso del cura o del notario.*

*¿Cómo decirte ahora,
madre, mamá, señora,
de modo que no ofenda
tu manera sencilla de estar sola?*

*Si quisieras decir como pretendo
que digan mis palabras,
sin duda carecieras
del alma de la rosa
que, aunque se ponga triste entre tus manos,
no has echado de menos ni te sobra.*

Lento invierno en el sur

*El mundo no se hizo
para alguien tan hermoso como tú.
Lento invierno en el sur.*

*Las nubes pasan
como un escalofrío.
Arrastra el viento la inquietud temprana
que espera con paciencia tus palabras.
Copo sobre copo,
instante sobre instante,
se acumula la nieve sobre el mundo.
Hace frío, y es blanca la nostalgia.
La lluvia limpia el aire
de toda pesadumbre,
y esa rosa rebelde, la que pones
a manera de insignia junto al nombre,
decide inaugurar la primavera.
El mundo no se hizo
para alguien tan hermoso como tú.*

Chonetos
Poesía festiva

A Venezuela llega Jesucristo

*Pudo más el azar que el imprevisto
capricho de los dioses ¡Qué portento!
Más que historia real, parece un cuento:
¡A Venezuela llega Jesucristo!*

*Pensador del “No pienso, luego existo”,
Titán que no perece en el intento,
Maduro audaz, antorcha contra el viento,
superhombre, prodigio nunca visto.*

*Jesús hizo milagros muchas veces:
multiplicó los peces y los panes
para tener la multitud contenta.*

*Y este nuevo bacán entre bacanes,
inspirador de espíritus, intenta*

¡multiplicar los penes y los peces!
De mandriles, maduros y gorilas

*Esto me dijo el loro que vigila
para que no se coman el maduro:
“Dale rojo rojito y dale duro,
y que no se le arrime algún gorila.*

*Para que no te salgas de la fila,
dale rojo rojito y bien seguro;
no atiendas al majunche cariduro,
no le oigas la engañosa retahíla”.*

*“Dale, chamo, al majunche del Capriles,
el primate mayor de los mandriles”,
decía el loro sentado en el madroño.*

*Y agregaba con gesto preocupado:
“¡Por Dios! Dado que escuálido es Diosdado,
¡Mucho pelo le falta para el moño!*

Cómo tocar con arte la pecosa

*¿El fútbol es poema? ¡Quién lo niega!
Van palabra y balón como el ovillo
dibujando la red, con cuánto brillo
tejen al jugador y al estratega.*

*Con tretas de rufianes no se juega
por más que se haga bola el armadillo;
no saca el Cid la espada del bolillo
ni el lustre de la ofensa y la refriega.*

*Ya quisiera el cobarde la risueña
pasión del Campeador, y la grandeza
de dar amor sin palos a la moza.*

*Y José Néstor Pékerman enseña
con pundonor, con temple y con nobleza,
cómo tocar con arte la pecosa.*

¿Cumpliendo años, señor?

*¿Cumpliendo años, señor? A lo hecho, pecho.
Larga vara tenéis, la envergadura
del pájaro picón, y la figura
de quien vive la vida en su provecho.*

*No confundís la harina y el afrecho
ni dos tazas de té de Extremadura
con dos tetazas prestas a la hartura
del becerro que mama en el barbecho.*

*No me diréis, señor, que estáis cumpliendo
siete veces la edad del Aretino,
poeta luxurioso a quien se debe*

*que sin correr, señor, te estéis corriendo,
y con la envergadura del pollino
estéis haciendo ya el 69.*

A ver si encuentra usted conjuntivitis

*Pues dicen que el iriólogo se ocupa
de examinar el iris que retrata
las dolencias que Hipócrates delata
y que en graves catálogos agrupa,*

*fui al iriólogo ayer, pues me preocupa
que en ambos ojos tenga catarata.
El medicastro obsceno que me trata
me examinó los ojos con la lupa.*

*Y después de un análisis severo,
por si hubiera glaucoma o retinitis,
me dijo: –Aunque padece de almorranas,*

*las membranas del ojo lucen sanas.
–Ay –le dije–, examíneme el trasero
a ver si encuentra usted conjuntivitis.*

El manco del espanto

*Menos por gesto de ángel que por treta
de menguado Narciso o de gigante,
por presumir de caballero andante,
el 'man' corre en indócil bicicleta.*

*El 'man' pierde del todo la chaveta
si cree que va a caballo en Rocinante;
y no cata por sordo y arrogante
que por detrás lo embiste una volqueta.*

*En un zanjón de la Autopista Norte,
cojo y manco del alma y de los ojos,
el caballero deja sus despojos.*

*Y aunque se cree el Cervantes del deporte,
no los unen la Mancha ni Lepanto;
será por eso el Manco del espanto.*

Le metieron más voltios al muchacho

*Qué Pachito tan majo y tan corriente
Francisco parecía. Sin embargo,
el hombre se pifó por lengüilargo,
por medirle el aceite al presidente.*

*Nadie le va a quitar lo inteligente
si deja la 'jodencia' y deja el cargo;
por la boca, pachito, caen el pargo,*

*el peje y el exvicepresidente.
No conecta la lengua y la totuma.
¿Será que Pacho verde se la fuma
O que el obstetra estaba muy borracho?*

*Iban a darle a Pacho la nalgada;
tres descargas en vez de la palmada
le metieron más voltios al muchacho.*

Excontratista de la Alcaldía de Bogotá asegura que fue víctima de 'matoneo' laboral por los celos de la esposa de Gustavo Petro.

*¡Que lo dejen trabajar
por Bogotá y por el metro!
¿No puede el alcalde Petro
tanta trifulca evitar?
Póngase, Alcalde, a trinar
que de enredos nada escucha,
que para evitar la lucha,
taconazos y otros duelos
entre las damas, por celos,
¡se pondrá otra vez cachucha!*

Chávez se aparece en forma de pajarito

*Un pájaro se aparece
y bendice a Nicolás.
Se va el hombre para atrás
y al punto se desvanece.
Al populacho enardece
para salir del apuro,
y dice que es más que seguro
que ocurran cosas muy graves:
el pajarito de Chávez
si es plátano no es maduro.*

*A mí se me apareció
Chávez en forma de chulo.
Me dijo con disimulo
que Obama lo envenenó.
Parece que le metió
cierta dosis de cianuro,
y, para estar más seguro,
le dio estricnina y cicuta
que le echo a perder la fruta,
y, según el padre Cuevas,
le pudrió también las brevas
y casi todo el maduro.*

***En Venezuela escasea el papel higiénico
MUNDO. El chavismo argumenta la escasez de este
producto porque ahora los ciudadanos comen tres veces
al día.***

*El pueblo que come bien
escribirá en los anales
que no limpia sus canales
por la escasez de papel.
Que diga entonces Fidel,
para salir del apuro,
si es un método seguro
cuando comemos banano
que nos limpiemos el ano
con cáscaras de maduro.*

***Maduro duerme con el cadáver de Chávez
MUNDO. El presidente de Venezuela confiesa que en ocasiones
se queda a descansar donde reposa el cuerpo del
exmandatario.***

*A dormir va Nicolás
al cuartel de la montaña.*

*Al comandante acompaña
y ambos descansan en paz.
Dicen que es grande el solaz
que les produce el asunto,
pero entre dudas pregunto
(si preguntar no es delito):
¿se correrá el pajarito
si se les para el difunto?*

***Maduro crea viceministerio
para “Suprema Felicidad del Pueblo”***

*¡Esto ya pasa de castaño oscuro!
¡Pobre Caracas! ¡Pobre Venezuela!
¿Un viceministerio de novela
para el pueblo dichoso del futuro?*

*Esto pasa de plátano a maduro,
de triqui, triqui, triqui a triquiñuela,
de insulsa verborragia a corruptela
para sacar al Jefe del apuro.*

*Y nos la pone de color de hormiga
por culpa del fascismo y del Imperio.
Por culpa de la moza y del tinieblo,*

*se hace la paja ajena y no la viga
en el ojo de un viceministerio
la Suprema Felicidad del Pueblo.*

***¿Cómo impidieron a Evo
surcar el cielo de Europa?***

*¡No más mofa! ¡Bastaya!
¡Esto rebosa la copa!
¡Las Europas tienen huevo!
¿Cómo impidieron a Evo*

*surcar el cielo de Europa?
Mientras Evo, viento en popa,
navegaba con las aves,
pasaron cosas muy graves:
con su nublada visión
confundieron el avión
¡con el pájaro de Chávez!*

***El presidente Santos pasa la noche
en una modesta casa en Valledupar***

*Si para ser popular
hay que mostrarse en pijama,
y pasar en pobre cama
la noche en Valledupar,
no es arriesgado pensar
que aunque esté de vacaciones,
quitarse los pantalones,
así esté en casa gratuita,
sale caro si alguien grita
"Presidente sin calzones".*

Lo dijo ayer Juan Manuel

*Lo dijo ayer Juan Manuel:
que el paro agrario no existe.
¿Lo dijo en serio o en chiste
o era parte del papel?
Resulta estúpido y cruel
que entre tantos desencantos,
para curarse de espantos,
ande diciendo a la gente
dislates que claramente
parecen de Pacho Santos.*

Palabras finales

Para que perduren en nuestro colegio la tercera dimensión, la idea de profundidad, la perspectiva humana, se requieren menos profesores y más maestros, más educadores que instructores y, entre los estudiantes, gente crítica dispuesta a discernir y a disentir, a pensar, a discutir y a poner en tela de juicio las verdades reveladas, así como las costumbres y los usos paralizantes que poco a poco nos convierten en minusválidos intelectuales. Queremos en el Moderno personas esforzadas, producto de su trabajo, no 'showmen' ni artistas improvisados que de un día para otro salen del sombrero de un inescrupuloso y truculento prestidigitador, como si de una función de circo se tratara.

El Gimnasio Moderno, fundado hace 100 años como un alcázar de ilusión, dentro de un proyecto que de veras propuso, discutió y llevó a buen término una reforma educativa plena de sentido en Colombia y Sudamérica, no puede resignarse a caer en la marisma del simulacro, ni en las aguas podridas del desencanto posmoderno, y sus artistas y hombres de ciencia, pintores y dibujantes, ingenieros, músicos y escritores, caricaturistas y hombres de teatro y televisión, políticos, abogados, profesores, hombres de acción y administradores, tienen la obligación de mantener viva la tradición de su proverbial elegancia que consiste, no en simular lo que ni somos ni tenemos y sí en hacer menos ostensible la grandeza¹³⁵.

135. www.angelmarsel.com Menú: Escritos. Artículos. Arte e ilusión.



Cuadernos

EX-LIBRIS

Referencias

ABAGNANO, Nicolás. (1973): *Historia de la filosofía*. Tomo I, 2ª. edición, Barcelona, Montaner y Simón.

ÁNGEL MARCEL. (2003): *Don Agustín Nieto Caballero andante de la educación*, en: Revista Historia de la Educación Latinoamericana (SHELA), No. 5, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

_____. (2003): *Don Agustín Nieto Caballero andante de la educación*, en: www.angelmarcel.com Menú, Ensayo.

_____. (2012): *Mis primeros cuarenta años*, www.angelmarcel.com Menú, Novedades.

_____. (1990): *Transgresión y anacronismo*. Bogotá, Gimnasio Moderno.

_____. (1997): *Obra poética*. Bogotá, Gimnasio Moderno.

AUSTER, Paul. (1990): *El palacio de la luna*. Barcelona, Editorial Anagrama.

_____. (1997): *La invención de la soledad*. Barcelona, Editorial Anagrama.

BERGSON, Henri. (1986): *Introducción a la metafísica. La risa*. “La filosofía de Bergson”, por Manuel García Morente. México, Editorial Porrúa, S.A.

BIBLIA DE JERUSALÉN. (1976): Bilbao, La Editorial Biscaína.

BORGES, Jorge Luis. (2001): “Credo del poeta”. En: *Arte poética*. Seis conferencias. Barcelona, Ed. Crítica.

_____. (1981): *Obra poética*. Buenos Aires, Alianza Editorial.

- BRUNER, Jerome. (1995): *Acción, pensamiento y lenguaje*. Madrid, Alianza editorial.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. (1998): *La vida es sueño*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CANFIELD, Martha L. (1991): *Gabriel García Márquez*. Bogotá, Procultura.
- CARROLL, L. (2001): *Through the Looking-Glass*. Bbc Books.
- CIORAN, Emile Michel. (1991): *Desgarradura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- CIPOLLA, Carlo M. (1991): “Las leyes fundamentales de la estupidez humana”. En: *Allegro ma non troppo*. Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- DANTE Alighieri. (1980) *La Divina comedia*. Clásicos universales. Estudio preliminar de Jorge Luis Borges. San Sebastián, Txertoa.
- DE CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. (1964): *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Editorial Juventud.
- DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): *Historia de la literatura universal*. Barcelona, Editorial Planeta, S.A.
- DYER, Wayne W. (1999): “La esperanza”. En: *La sabiduría de todos los tiempos*. Grijalbo Mondadori, S.A.
- ECO, Umberto. (1984): *El nombre de la rosa*. Bogotá, Círculo de lectores.
- FERRATER MORA, José. (1958): *Diccionario de la Filosofía*. Tomo II. Buenos Aires, Sudamericana.
- FRANCO, Jean. (1974): “El viaje al país de los muertos”. En: *La narrativa de Juan Rulfo*. Interpretaciones críticas. Antología, introducción y notas de Joseph Sommers. México, Sep/Setentas.

GARAVITO PARDO, Fernando, y UMAÑA PAVOLINI, Fernando. (1992): *Cien mujeres colombianas* (Antología de poemas). Bogotá, Ediciones Cama/León.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1970): *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Sudamericana.

_____. (2002): *La soledad de América latina*. En: Discursos – Premios Nobel. Bogotá, Común Presencia Editores.

_____. (1975): *El otoño del patriarca*. Barcelona, Plaza y Janés.

GARCÍA MORENTE, Manuel. (1986): “La filosofía de Bergson”. En BERGSON, Henri. Introducción a la metafísica. La risa, México, Editorial Porrúa.

GARCÍA MORENTE, Manuel. (1982): *Lecciones preliminares de filosofía*. México, Editorial Porrúa, S.A. 1982.

GIMNASIO MODERNO. (1986): *Se nos volvieron aves las palabras*. Bogotá, Gimnasio Moderno: Departamento de Extensión Cultural.

GIRALDO, Juan David. (2001): *Palíndromos*. Bogotá, Villegas editores.

HOMERO. (1952): *La Odisea*. En: Obras maestras. Barcelona, Iberia.

IRIARTE CADENA, Pompilio. (2001) “Ni miedo ni esperanza”. En: Revista *El Aguilucho*, No. 2, diciembre. Gimnasio Moderno, Bogotá.

KAFKA, Franz. (1980): *La metamorfosis / Un artista del hambre / Un artista del trapecio*. Alianza (España).

KOHLBERG, Lawrence. (2002): *La educación moral*. Gedisa.

KUNDERA, Milan. (1990): *El arte de la novela*. Barcelona, TusQuets.

MALLARINO BOTERO, Gonzalo. (1990): *El Gimnasio Moderno en la vida colombiana. 1914-1989*. Bogotá, Villegas editores.

NIETO CABALLERO, Agustín. (1993): Una escuela, Bogotá, Editorial Presencia.

ORTEGA Y GASSET, José. (1967): *La deshumanización del arte*. Madrid, Revista de Occidente.

PALENCIA-ROTH, Michael. (1983): *Gabriel García Márquez*. Madrid, Gredos.

PELLEGRINI, Aldo. (1965): “La universalidad de lo poético”. En: *Para contribuir a la confusión general*. Nueva visión.

PESSOA, Fernando. (2002): *Antología poética*. El poeta es un fingidor, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral.

PIAGET, Jean. (1983): *El criterio moral en el niño*. Barcelona, Fontanela.

POPOL WUJ, las antiguas historias de los indios quichés de Guatemala, ilustradas con dibujos de los Códices mayas. (1984): México, Editorial Porrúa, S. A.

PROUST, Marcel. (1967): *En busca del tiempo perdido*. Barcelona, Plaza y Janés.

RIVERA, José Eustasio. (1921): *Tierra de promisión*, Bogotá, Editorial Minerva.

RULFO, Juan. (1983): *Pedro Páramo*. Bogotá, La oveja negra.

SABATER, Fernando. (1997): *El valor de educar*. Ariel.

SÁBATO, Ernesto. (1978): “Ensayo sobre la educación en América Latina”, en suplemento de Clarín, 11 de mayo, Buenos Aires.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. (1973): *Ensayo de un diccionario español de sinónimos y antónimos*. Madrid, Aguilar.

SERRANO, Eduardo. (1995): “Darío Morales”. En: *Darío Morales*, Segunda edición. Bogotá, El sello Editorial.

SHAKERPEARE, William. (1969): *Hamlet*. Biblioteca Básica de Salvat.

SHIPLEY, Joseph T. (1962): *Diccionario de la literatura mundial*. Barcelona, Ediciones Destino.

SÓFOCLES. (1969): *Ajax, Antígona y Edipo Rey*. Biblioteca Básica de Salvat.

TABORI, Paul. (1995): *Historia de la estupidez humana*. Buenos Aires, Ed. Siglo XX.

VARGAS LLOSA, Mario. (1990): “El extranjero debe morir”. En: *La verdad de las mentiras*. Alfaguara.

VINCENT, Gérard. (1996): *Akenaton, la historia de la humanidad contada por un gato*. Madrid, Ed. Alfaguara Bolsillo.

VIRIGILIO. (1945): “La Eneida”. En: *Obras completas de Virgilio y Horacio*. Madrid, Aguilar.



Cuadernos

EX-LIBRIS

AGENDA
CULTURAL
GINNASTIO MODERNO



BIBLIOTECA
Y CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

